

SELECCIÓN DE A. HAMMAN, O. F. M.
INTRODUCCIÓN DE DANIEL-ROPS

LA GESTA DE LA SANGRE

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID-1961

Título original francés:
La geste du sang
(Librairie Arthème Fayard, París, 1951)
Traducción de
TOSE VILA SELMA

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS PARA TODOS
LOS PAÍSES DE LENGUA ESPAÑOLA POR
EDICIONES RIALP, S. A. — PRECIADOS, 35. — MADRID
Depósito legal: M. 6.496-61 Núm. de registro: 1532-61



Morgan Software

© 2006 Morgan Software para el edición electrónica formato PDF.
Este libro pertenece a una biblioteca circulante. No puede
venderse, arrendarse o imprimirse

I N T R O D U C C I Ó N

La Iglesia de Cristo, desde que existe, dio siempre de Aquel que le diera el ser, testimonio a través de la sangre y de las lágrimas, con el sufrimiento aceptado libremente, y este testimonio no puede ser rechazado. Testimonio: Nada distinto quiere decir la palabra mártir, pues para los humildes, para los esclavos, para los desamparados que formaron las primeras células cristianas, el testimonio, con toda justicia, sólo era valedero si iba acompañado de suplicios. Por eso lo dice todo la palabra: los mártires son, en verdad, nuestros testigos.

¿Testigos de qué? Precisamente de aquello en lo que se resume y se consume lo esencial de la religión cristiana, que no es sólo una filosofía, sólo una doctrina, sino, ante todo, un acto de amor recibido y misteriosamente devuelto, y tampoco es una demostración, sino una adhesión plena de todo el ser a una certeza, a un acto de fe, a un acto de esperanza. Dos

breves frases resumen y expresan ese doble carácter del testimonio de los mártires en su plenitud. La primera es del Evangelio: «No hay amor más grande que el de aquel que da la vida por los que ama» (Io., XV, 15). Y la otra está tomada de un texto de Santo Tomás de Aquino, comentando la *Epístola a los Hebreos*: «Precisamente porque la fe nos muestra las cosas invisibles y nos enseña a preferirlas, decimos que la fe ha vencido al mundo.» / Precisamente porque amaron a Cristo con gran amor, con un amor literalmente más poderoso que la vida, esos millares de hombres y mujeres aceptaron morir: porque llevaban en ellos la certeza de que existe, más allá de las puertas de la muerte y de la noche, un mundo de luz y de vida más perfecto, más feliz que el terreno, optaron por el suplicio, por el dolor hasta la muerte. La gesta de la sangre, página admirable de la historia cristiana, nos introduce totalmente en el corazón mismo del misterio que Cristo nos propuso como enseñanza de vida. La sangre de esos héroes sella toda apuesta cristiana.

La sangre cristiana comenzó a fluir, húmeda todavía la de Cristo, sobre la tierra de Judá: Esteban, primer mártir, diácono heroico de la primitiva Iglesia, murió apedreado casi por la misma razón por la que Cristo fuera crucificado, por el odio de los judíos, en un arreglar las cuentas horrible en el seno del pueblo elegido. Su fisonomía es representativa, pues es el vínculo que une la sangre derramada en el Calvario y aquella otra que, fluidamente, van a derramar ge-

aeraciones de fieles. E inscrito en la frente de la Esposa mística desde el principio, el signo de la sangre es, desde luego, el signo de Cristo.

Si el cristianismo hubiera quedado limitado dentro del marco de una secta judía, quizá este drama no hubiera ido más allá del alcance modesto de unas cuantas ejecuciones, de algunos crímenes, cometidos casi clandestinamente por las gentes del Sanedrín. Pero precisamente porque trascendió las fronteras de la Tierra Santa, porque se extendió por el mundo, y ante todo por ese Imperio romano que parecía ser su límite natural, la nueva secta promovió las resistencias oficiales y abrió la historia de este capítulo cruento. «Signo de contradicción» fue y pareció desde el principio a los hombres el mensaje evangélico tal como se proponía a los hombres: San Pablo, apóstol de las naciones, había vivido esta experiencia entre los judíos, entre los griegos, entre los romanos. El cristianismo tenía que encontrar en su camino la oposición encarnizada, la violencia decidida, la hoguera y la espada, desde el mismo instante en que su enemigo advirtiera su poder de ruptura, su carácter literalmente revolucionario. Esta es una de las verificaciones más impresionantes que podamos hacer: la dialéctica de la Historia confirma lo que Cristo predijo, lo que en sustancia significó su propio sacrificio, que para vencer al mundo es necesaria la sangre.

La gesta de los mártires, tal como se desarrolla en sus episodios sublimes a lo largo de más de tres siglos, se nos ofrece, por tanto, en el plano histórico como uno de los aspectos de esa gran lucha que la Iglesia sostuvo para plantar la cruz en el Imperio de Roma, y que podemos llamar la revolución de la cruz. Para nosotros, que consideramos este inmenso acón-

tecimiento desde la perspectiva de los siglos, nos parece evidente que el antagonismo haya sido fatal, en cierto sentido admisible, que no pudiera haber entendimiento entre una doctrina que afirmaba la total libertad del hombre, imagen de Dios vivo, y un sistema de pensamiento y de organización que repc- jba en el equilibrio de la tiranía y la esclavitud. Es la misma oposición que en nuestros días hemos visto manifestarse entre los fieles de Cristo y los «fríos monstruos» del totalitarismo, que existía ya, sustancialmente, entre la primera Iglesia y el Imperio de los cesares. Puesto que no estaba permitido dar a Cristo lo que era de Dios, y puesto que el César usurpaba el puesto que a Dios corresponde, no se podía concebir ningún entendimiento. En cuanto que se oponían a las diversas formas de la religión oficial, los cristianos, quizá sin saberlo, destruían el equilibrio vital del Imperio romano, la concepción que este Imperio poseía de sí mismo y sin la cual no era posible su existencia. Tenemos todo derecho para considerar abominables los procedimientos que la justicia romana utilizó para intentar someter al cristianismo, pero es necesario comprender que esto era lógico y necesario. Por eso fue una necesidad de la Historia lo que hizo que comenzara este drama, drama que acabaría por ofrecer al cristianismo la ocasión de revelar que entre sus filas existían caracteres de un valor ejemplar, lo cual contribuiría en no poca medida a extender su reino y su influencia. La frase célebre de Tertuliano «la sangre de los mártires fue simiente de cristianos» expresa una verdad de rara profundidad y que los acontecimientos, a lo largo de tres siglos, sólo hicieron confirmar. A medida que la persecución se fue haciendo más concreta y más cruel,

la resistencia cristiana también se hizo más fuerte y más heroico el testimonio dado por los creyentes. Roma, al intentar destruir a la Iglesia, le dio nuevo vigor, hasta el día en el cual, advirtiendo este misterioso fenómeno, y sintiéndose en cierta manera minada, sostenida por aquellos que ella había intentado destruir, el Imperio perseguidor abandonó su presa: la mano del verdugo había temblado.

La historia de los mártires de los primeros siglos, de la que con excesiva frecuencia sólo se recuerdan, según las narraciones hagiográficas, los rasgos más salientes, los pintorescos, los edificantes, se nos ofrece como uno de los hechos capitales de la historia de la Iglesia en la época decisiva en que se jugó su suerte. Conviene tributar toda veneración a estas patéticas figuras que los textos siguientes nos mostrarán tan sencillamente valientes a la vez tan humanas y tan sobrehumanas; pero no olvidemos que esos santos que cantan y oran en el suplicio eran una apuesta cuyo montante era nada menos que la suerte de la humanidad, el destino de los hombres. Literalmente, y según el ejemplo del Maestro, ((vencieron al mundo»; si nosotros somos cristianos, y no mitrianos o isianos, se lo debemos a ellos.

La oposición entre el Imperio y el cristianismo que hoy nos parece tan natural, a decir verdad, sustancial, no se manifestó inmediatamente, y cuando lo hizo fue tangencialmente y como por azar. Los estados son lentos en cobrar conciencia de lo que les amenaza con exactitud, de la misma manera que los enfermos ignoran por largo tiempo el mal que les llevará a la muerte. La historia de las persecuciones, a lo largo de la cual se desarrolla la gesta de la sangre de los mártires, se divide en tres grandes partes, que corres-

penden a tres épocas progresivas en las cuales el Imperio comprendió y valoró el peligro cristiano. En una primera época, las autoridades paganas castigan casi por azar; después, lentamente, van cobrando conciencia de la oposición, y la persecución, promulgada por edictos, es intermitente, desencadenada o suspendida según el temperamento de los dominantes; en fin, y poco tiempo antes de que todo acabara, en el siglo III, el paroxismo, la cólera oficial se abatió sobre la Iglesia en todas partes al mismo tiempo, tanto más violenta cuanto más vana pareció a los observadores que veían claro.

La primera escena del drama se representó en ese año 64, en el que Nerón, medio demente con corona, para descargarse de una acusación que era rumor popular, imputó a los cristianos el crimen del incendio voluntario, y se aprovechó de las circunstancias para ofrecer a la canalla y a sí mismo uno de esos espectáculos sádicos de los que tanto gustaba. La persecución que se siguió, de la que San Pedro y San Pablo fueron las víctimas más ilustres, conservó evidentemente el carácter de improvisación siniestra. Llamar a los cristianos «enemigos del género humano» no iba más allá de una frase retórica, tal como se usa en los atestados judiciales. No podemos estar seguros de que la frase de Suetonio: «No es permitido ser cristiano», signifique que el estado hubiera adquirido conciencia de la oposición esencial; prueba de esto es que ni Vespasiano ni Tito ni Domiciano en sus primeros años persiguieron, y que este último lo hizo por causas ocasionales un impuesto exigido a los cristianos por «vivir a la manera judía» y otros pretextos tan episódicos como éste. La famosa carta enviada por el emperador Trajano, en el año 112, a su

amigo Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, fijando las normas de la actitud oficial para con los cristianos es característica muestra de un estado de ánimo que todavía duda: «No busques a los cristianos; pero si denunciados confiesan, castígales.» En las décadas siguientes, los apologistas cristianos envían a los emperadores sus alegatos, sus defensas de la religión cristiana. Buena prueba de que todavía no se había manifestado el antagonismo sistemático. Bajo Trajano, bajo Marco Aurelio, ese amigo de la sabiduría que no comprendió la de Cristo, hubo persecuciones con muchos mártires, y algunos nos proporcionaron los más admirables ejemplos de heroísmo cristiano, pero esporádicas, desencadenadas por autoridades locales y no en función de un plan de conjunto. Incluso Cómodo, demente sanguinario, no dirigió contra los cristianos su cólera fácil; en esta misma época, Antonino, procónsul en Asia, se declaraba cansado del entusiasmo que los cristianos sentían al aceptar y para aceptar la muerte.

Sólo en los últimos años del siglo II, bajo esa dinastía de los Severos que daría al Imperio un orden, un equilibrio, hasta incluso grandeza, que pronto se perdería, la persecución cristiana comenzó de nuevo. Y podemos pensar que en la misma medida en que Séptimo Severo comenzó a comprender claramente el drama que estababase viviendo, las amenazas temibles que se cernían sobre el mundo de la loba, se vio impulsado a tomar contra los fieles a Cristo medidas incomparablemente más rigurosas que las de sus predecesores. Desde el momento en que perseguía la finalidad de reunir en un haz las fuerzas tradicionales del Imperio, tenía que considerar al cristianismo un peligro, un agente de disgregación. El «dad al Ce-

sar» no es un buen principio para un poder autoritario. Por tanto, la lucha anticristiana adquirió un carácter más general, extendida a los límites del Imperio. Edictos fueron promulgados reglamentando la persecución; inmensas redadas policíacas fueron organizadas para desorientar a los sospechosos y ponerles frente al dilema de apostatar o morir. El número de detenidos, de torturados, de condenados, creció en aquel entonces enormemente; fue el momento en el que murieron Perpetua y Felicidad, en África; Irene, en Lyon, y en Egipto muchos alumnos de didascalía; éste es también el momento en el que la Iglesia, buscando un medio legal para defenderse, descendió a las catacumbas.

Con Decio, elegido emperador en el 249, se inicia la tercera etapa. Al año siguiente de su advenimiento al trono, proclamó su edicto, que se convirtió en el medio más lúcido de lucha contra la Iglesia. Era evidente que las medidas de sus precedesores no habían alcanzado la finalidad que se habían propuesto; la secta cristiana no cesaba de ganar terreno. Por eso un día fijo se ordenó a todos aquellos que de cerca o de lejos hubieran podido tener contacto con la doctrina enemiga que fueran ante los altares y sacrificaran. Si no hubiera habido fallos en el sistema estatal, si en muchos aspectos del régimen los cristianos no se hubieran beneficiado con eficaces complicidades, ¿la Iglesia habría podido sobrevivir a esta temible ofensiva? Ciertamente hubo numerosas víctimas, desde el Papa Fabio y el gran santo de África Cipriano hasta las más oscuras víctimas. Era demasiado tarde. Era evidente que el Estado podía castigar, y que iba a castigar cada vez más fuerte, hasta el punto de que la última persecución, la de Galerio en el 304, fue,

probablemente, la más terrible que nunca sufriera la Iglesia; ante la ineficacia de tales medios, ante la necesidad al mismo tiempo de apuntalar un trono que se venía abajo con la cruz, diez años más tarde, en Milán, Constantino veía claramente. La revolución de la cruz había triunfado.

Por tanto, ¿el cristianismo había cesado de ser «signo de contradicción», tal como lo define la Escritura? La ley de la sangre, que es la base misma de su desarrollo, después de que pareció asegurado el triunfo de Cristo, iba a tener influencia de otra manera. Este es uno de los capítulos menos conocidos y más extraordinarios, el que termina esta antigua gesta de la sangre, y ni que ha parecido indispensable conceder amplio margen orí este libro en sus últimas páginas. El cristianismo acaba de ser admitido por el Imperio de Roma, y no tardaría en adquirir el carácter de religión oficial; pero, súbitamente, en un país en el que el Evangelio había penetrado mucho tiempo atrás, pero en el que parecía una importación romana, Persia, se desencadenó la violencia contra su doctrina. La persecución, desde 310 aproximadamente, duraría medio siglo aproximadamente, sometería a peores suplicios que los inventados por los verdugos de Roma a innumerables fieles. Promovida por los magos del mazdeísmo, atroz como todas, se desencadenó una verdadera guerra de religión; en pleno siglo V, mientras en otros lugares la Iglesia tenía en sus manos los destinos del mundo occidental, se despertaba, nacía. A los célebres mártires de las persecuciones romanas hay que añadir, en justicia, los nombres de las víctimas de Sapor, de lezdgerd, de Bahmram V, los Simón, Pusai, Tarbo, Narsé, Peroz y los héroes de la matanza de Bet-Husayé y Mar-abda y sus compa-

No se sabría llegar más lejos por el camino del horror.

Si a esto añadimos que a los tormentos físicos se unían otros psicológicos, comprenderemos todo el heroísmo que los mártires necesitaron para enfrentarse con tamaña prueba. Releamos estos versículos en los que San Mateo nos cuenta la misteriosa y terrible advertencia del Señor (x, 35): «He venido a separar al padre del hijo, a la hija de la madre, a poner enemistad entre los de la misma familia.» La conversión al cristianismo, ¿en cuántos casos no plantearía problemas de conciencia? No sólo el cuerpo libraba el combate para dar testimonio; el alma y el corazón estaban comprometidos en la misma tarea, hasta sus impulsos más legítimos, hasta los afectos más queridos. Una virgen cristiana arrastrada a las casas de prostitución debía sufrir en lo más íntimo de su conciencia; pero todavía más sufría quizá la esposa separada de su marido por la fe, el padre de su hijo, la madre de su hija.

Pero no podemos dudar de que todos estos tormentos de todo tipo fueron soportados por los mártires. A lo largo de la gesta de la sangre se adquiere y se va formando la impresión de un valor tan admirable, que sólo en un plano humano sitúa a estos millares de sacrificados voluntarios a la altura de los héroes. Desde el más célebre al más ignorado, todos tuvieron al enfrentarse con la muerte una serenidad, una calma que, aparte toda adhesión a la fe, ha promovido con frecuencia la veneración. Podemos admirar al soldado que en medio del fragor de la batalla y sus innumerables peligros corre a la lucha; es sostenido en cierta manera por su entusiasmo, por el acre olor de la sangre, por sus propios compañeros. Pero

soportar suplicios en los que se está solo, frente a frente del gran riesgo, exige una cualidad superior de alma. En el conjunto de los capítulos de este libro hay un conjunto tan único de testimonios dados al hombre por el hombre a lo que en éste hay de más puro y mejor, que al leerlos sentimos no se sabe qué impresión de esperanza y de confortamiento.

No hay que decir que estos héroes tuvieron para enfrentarse con las atroces ocasiones a las que se habían expuesto y prometido, fuerzas nerviosas superiores a las nuestras. Eran lo que somos nosotros, hombres y mujeres que tenían miedo a la muerte, cuya carne, con sólo mencionar el suplicio, se contraía. Es posible que los que redactaron ciertas narraciones hagiográficas hayan insistido en demasía sobre la paz maravillosa de estos mártires que cantaban en los suplicios, que oraban por sus verdugos. Pero la gran lección psicológica *es* aquella que dan algunos de estos textos, en los que, por el contrario, vemos a los cristianos mientras esperan el suplicio hablar de ello con sencillez impresionante. Pues hablaban de ello como acaso lo hiciéramos nosotros si estuviéramos en su lugar, preguntándose si el golpe de la espada es muy doloroso en la nuca o si el fuego asfixia antes de quemar el cuerpo. Aquellos que iban a ser entregados a las bestias sabían que más valía ser atacado por la pantera, que de un *zarpazo* destroza la garganta, que por el oso, que mata con feroz lentitud. Lo que es admirable es la manera extraordinaria con que se les ve a todos superar el horror próximo, esa unión de los corazones frente al sacrificio, esa generosidad para no abrumar a sus torturadores y suplicar a sus allegados que no lloren su trágico destino. La fuerza en ellos forma un todo con las otras virtudes, con la sencillez, la dul-

zura, el gozo del alma, y habrá que recordarlo cuando tengamos que responder a los que sólo ven en los mártires a fanáticos vulgares; el fanatismo no produce tales armonías en el comportamiento humano.

Más todavía. Es necesario observar que este heroísmo que demostraban iba a la par con una especie de prudencia, que era otra forma de humildad. En el hermoso texto en el que se nos cuenta la pasión de San Policarpo se dice formalmente: «Censuramos a aquellos que se entregan libremente a los tribunales, pues éste no es el espíritu del Evangelio.» Por otra parte, llegado el caso, nada más justificado que este espíritu prudente: el único cristiano que se mostró cobarde ante las fieras fue un presumido que se presentó voluntariamente a los tribunales. El emperador Marco Aurelio, considerando que era una bravata la actitud de los cristianos, se equivoca del todo. Nada hay en ellos que parezca jactancia la manifestación de buenos sentimientos. Para dar testimonio del Gran Humilde no es a los medios del orgullo a lo que hay que recurrir.

Y, en definitiva, es este conjunto de cualidades lo que les da esa eficacia que en ellos reconocemos. Si en verdad «la sangre de los mártires fue semilla de cristianos», es porque esa sangre era pura, excelsamente pura, y que en ella no había ganga de suciedades humanas y de mediocridades. Al leer los textos de la gesta, lo que más impresión produce es la simplicidad, la sencillez con la que les es rendido homenaje. Frente a los magistrados que, como ellos saben, sólo pueden condenarles, no dudan, no vacilan. La afirmación surge de sus labios, sencilla: «¡ Soy cristiano!» O ante la interrogación legal: ¿Nombre? ¿Cualidad?, la respuesta orgullosa: «Cristiano; eso

basta.» Otros son más meticulosos, buscando la ocasión de explicar sus razones para creer y proclamar en voz alta el Evangelio. Todos conservan la misma limpieza, la misma rectitud. Comprendemos que los oyentes de tales escenas fueran alcanzados por tal mensaje.

Cuando, en fin, llegaba el momento de enfrentarse con la muerte en los suplicios, de nuevo encontramos ese valor sencillo, desnudo de énfasis, que nos impresionaba, que impresionaba. Las actas de los mártires abundan en episodios en los que se ve a un juez, impresionado por el heroísmo de su condenado, confesar su inquietud ante tal fe capaz de promover tales personalidades, o verdugos, convencidos por la víctima a la que atormentan, para que mezclen su sangre a la suya. Son demasiado frecuentes estos hechos para que puedan ser considerados como una frase retórica. En la *Apología* de San Justino leemos estas palabras características de un estado de ánimo que se difundía: «Cuando era platónico comprendía muchas acusaciones hechas contra los cristianos; pero les he visto demasiado intrépidos ante la muerte e inaccesibles al miedo de todo aquello que los demás temen, y entonces me dije que era imposible que tales hombres vivieran mal y en el amor de los placeres.» Ahora podemos comprender el sentido del testimonio humano prestado por estas generaciones de mártires y la explicación del misterio que fue la victoria de la flaqueza cristiana frente a la fuerza romana, el secreto de un prodigioso trastorno histórico. Los mártires tomaron su sobrehumano coraje en la aceptación total de los preceptos de Cristo, en un cristianismo vivido hasta la más extrema de sus exigencias. Ningún ejemplo como el suyo demuestra que siempre es posi-

ble a los cristianos «vencer al mundo» con la condición de vivir su fe, de vivirla hasta la muerte.

III

Pero los mártires no sólo rindieron testimonio ante el mundo y ante los hombres, sino también ante Dios. Nada sería más falso que identificar el martirio con un sacrificio libremente aceptado, tal como se encuentra en numerosos ejemplos de la Historia, y que a veces han sido movidos por causas que nos presentan como desiguales frente al heroísmo al que dieron lugar. El martirio no es sólo el resultado lógico de un conflicto entre un movimiento revolucionario y el orden establecido que podía destruir el primero. Es otra cosa muy diferente, y la primitiva Iglesia tuvo muy vivo y claro, de que al morir sus hijos se situaban en otro plano.

El martirio, durante esos tres primeros siglos en el que se multiplicó hasta el infinito, se presentaba como uno de los datos fundamentales de la fe, un acto verdaderamente sacramental que podía suplir a todos los sacramentos, y cuya gracia, «la Gracia de las gracias», se decía, se extendía por el alma de aquellos que eran sus héroes, para extenderse a continuación a toda la comunidad cristiana, según el dogma de la participación en los méritos y de la comunión de los santos. De aquí que desde el primer momento un verdadero culto envolvió el recuerdo de los mártires, del que son testimonio las inscripciones de las catacumbas, así como el calendario litúrgico, culto que fue el primer impulso que recibió el de los santos.

En el siglo IV, cuando la Iglesia de Occidente ha-

bía vencido ya esta prueba, una gran alma, San Victrico de Rouen, meditando sobre la significación de esos héroes, no pudo encontrar otros términos más fuertes para caracterizar al mártir: «No es más que un imitador de Cristo.» La frase en su profundidad lo dice todo. Esa «imitación» de Cristo que cada creyente está llamado a realizar, bien que mal, durante su vida, los mártires la consumaron y llevaron al punto extremo de su realización, aceptando su muerte. En las primeras líneas del admirable texto que los cristianos de Esmirna redactaron para narrar la pasión de su pastor, leemos estas frases en las que se expresa la siguiente noción fundamental: «Policarpo ha esperado ser traicionado, como el Señor, para enseñarnos a imitarle.» Y más tarde, deduciendo de esta trágica y sublime historia su mejor enseñanza, San Gregorio Magno escribirá esta frase que puede servir de lección a todos los cristianos de todos los siglos: «Y así, el Cristo será, en verdad, hostia para nosotros, cuando nosotros nos hayamos hecho hostia.» Los mártires no hicieron ni más ni menos.

Lo que explica la heroica fuerza que sostenía a estas almas, y al mismo tiempo explica también la sobrenatural dulzura que en ellas observamos no es otra cosa que la imitación de Cristo, esa «adhesión», diremos usando el término caro al lenguaje místico del xvii, a la única hostia, al único modelo. Cuando, como se nos cuenta en las pasiones de Perpetua y Felicidad, una cristiana que iba a enfrentarse con el martirio respondía a alguien que de ella se compadecía: «Otro sufrirá por mí, puesto que yo sufriré por él», expresa la certidumbre que todos sus compañeros de tortura, a lo largo de los siglos, comparían con ella; todos sabían que Dios estaría presente

en ellos llegada la hora suprema, y esta convicción era su sostén.

Hemos visto en qué medida el valor de los mártires es diferente al de los combatientes, lanzados, con el rostro descubierto, en medio de la lucha furiosa. El signo supremo de su grandeza consiste precisamente en esas virtudes armonizadas, conexas entre sí, que en ellos iban a la par con la firmeza de alma. Ya se trate de Perpetua, o de Lucía, o de Inés, o de Cecilia, ¡qué dulzura hay en su sacrificio; qué modestia, ya se trate de los mártires de Escilia o de otro lugar! Esto basta para distinguir su martirio de aquel que impone el fanatismo. Y todavía hemos de añadir la maravillosa caridad que tantos manifestaron y que les empuja a perdonar a sus verdugos, a orar para que Dios les perdone. Esta palabra de Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» es la de tantos mártires como último testimonio: así gritó el primero de los mártires en el momento de morir bajo los golpes de las piedras: «Señor, no les imputes este pecado.» Las frases de Santo Tomás de Aquino sobre el ejemplo de los mártires hay que comprenderlas en relación con la humanidad, ante la que eran testigos, como en relación con Dios: «Entre todos los actos de virtud, el martirio es aquel que manifiesta en más alto grado la caridad de Cristo» (*Summa*, II, a; II^a, q. 124).

Para comprender en toda su plenitud el sacrificio de los mártires, hay que considerar en su conjunto esta trama psicológica. Y también para responder a aquellos que van pregonando por todas partes que el coraje frente a la muerte nada prueba, y en absoluto la veracidad de la doctrina que se ha elegido para dar por ella la vida. La Iglesia jamás dijo que se muere

por una doctrina verdadera, sino sólo que la constancia, la dulzura, la caridad, la generosidad que testimoniaron los mártires definen una actitud totalmente opuesta a cualquier fanatismo y acusan la huella de Dios en su alma.

Lo que *los* mártires probaron al morir no era sólo el vigor conquistador de la Iglesia, sino también la santidad de ésta. Según el pensamiento de Tertuliano, la sangre que ellos derramaron por todos los anfiteatros hizo algo más que ser simiente de cristianismo: literalmente lo consagró; participó en su redención. Por eso, mucho más tarde, Santa Catalina de Siena no cesará de repetir que en el corazón del misterio cristiano la sangre fija su huella, la sangre que Cristo derramó en el Calvario, y es posible que se una a esta liberación única la sangre derramada por los hombres.

Sólo así se explica que la Iglesia primitiva concediera a los mártires ese lugar privilegiado que nosotros les conservamos. En las primeras comunidades, aquellos que por designios de la Providencia habían logrado escapar, más o menos heridos o jadeantes, a la muerte, eran objeto de un respeto excepcional, de una veneración profunda; una plaza especial les era reservada en la jerarquía. De modo particular tenían el privilegio de reconciliar con la Iglesia a los desgraciados hermanos que habían sido débiles ante los suplicios y apostatado; un confesor intercedía por ellos, y los cobardes eran perdonados.

Más allá de la muerte conservaban este papel de intercesores y de guías. El respeto que envolvía a sus reatos, cuya importancia histórica nos es conocida, era, en verdad, manifestación pública de una veneración cuyo alcance era sobrenatural; puesto que habían

mezclado su sangre, su simple sangre de hombres, a la del Maestro, ¿por qué no implorar su misericordia? El culto de las reliquias, «de más valor que las piedras preciosas, más estimables que el oro», como dice el redactor de la pasión de San Policarpo, que durante los tiempos bárbaros de la Edad Media, debía de tener otro carácter muy distinto con demasiada frecuencia, en un principio sólo significaba esta emotiva conciencia. Sí, todavía en nuestros días, sobre la piedra del altar ha de haber obligatoriamente una reliquia, no es por una especie de vano fetichismo, sino para expresar la sobrenatural ligazón que existe de manera innegable entre el sacrificio del Calvario, repetido en cada misa, y aquel de las vidas totalmente entregadas. Por eso la liturgia de la fiesta de los mártires Cosme y Damián dice en una fórmula perfecta: «Os ofrecemos, Señor, en memoria de la preciosa muerte de tus justos, este sacrificio que está en el origen de todo martirio.» Con los Policarpas, los Ignacios, las Cecilias, las Blandinas y todos aquellos mártires cuya pasión vamos a leer en estas páginas, nos encontramos en el corazón mismo, en la entraña del misterio cristiano por excelencia, que es el de pedirnos todo para estar asociados a la Pasión de Cristo. «He oído decir—dijo un día el vehemente San Juan Crisóstomo—que en otro tiempo, en el de las persecuciones, había verdaderos cristianos.» La frase, es fácil comprenderlo, quería fustigar a los bautizados, ya en aquellos tiempos acostumbrados a una vida demasiado fácil, y para los cuales el martirio era ya historia pasada. Pero, en verdad, el apostrofe se dirigía al vacío, pues no es lícito afirmar que sólo los mártires de los cuatro primeros siglos son ejemplares, y merecen ser considerados como verdaderos

cristianos. El martirio no es un fenómeno histórico estanco, limitado a ciertas condiciones de tiempo y de lugar; la persecución persa, evocada en las páginas últimas de este libro, ¿no se desborda del marco que parecía cercar las primeras manifestaciones? El martirio sigue siendo un carisma que se repite de generación en generación, más o menos visible, más o menos evidente, según las épocas, pero sustancialmente vinculado a la experiencia cristiana.

Otros mártires hubo en el marco del Imperio cristiano, aun después que Constantino y Teodosio impusieron el triunfo del cristianismo. Hubo quienes perecieron para que la verdad de Cristo fuera salva, como el mártir de la España infiel, Hermenegildo. Hubo *otros* más, muchos otros, para que la palabra de Cristo no fuera vana y para que el Evangelio fuera, según la orden del Maestro, llevado a todas las naciones. La historia de las misiones católicas, ¿no está jalonada desde los franciscanos de Marruecos o del P. Isaac Jogues y sus compañeros jesuítas hasta otros que no podremos conocer, de admirables figuras en las que se expresa la misma fe, se acusa la misma gracia que hemos admirado en los mártires del Coliseo o de las arenas de Lyon? Todavía puede ser escrita otra gesta, paralela a nosotros, realizada en condiciones que no dejan de parecerse a aquellas en las que perecieron los mártires de los primeros siglos. Y como sucedió entonces, para aquella sociedad moribunda quizá sea esta púrpura sangrante la que rescata el mundo embebecido en su propia pérdida y condenado por su propia traición.

Más allá de las limitaciones de la Historia, como más allá de lo patético y pintoresco de sus pasiones, hay que ir tras las huellas de estos héroes de Cristo a

lo largo de éstas páginas, que ahora van a exaltar su memoria. Poco peso tendrían estas páginas si, en definitiva, sólo la curiosidad, incluso, la piadosa, nos impulsara a su lectura. La gesta de la sangre tiene para todo cristiano el sentido de un ejemplo permanente, ¿quién sabe?, quizá de una advertencia.

DANIEL-ROPS.

AÑO 156, EN ESMIRNA

POLICARPO

La Iglesia de Dios establecida en Esmirna, a la Iglesia de Dios establecida en Philomelión¹ y a todas aquellas que, establecidas en cualquier lugar, forman parte de la Iglesia santa y católica: que la misericordia, la paz y la caridad de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo os sean dadas en abundancia.

Os escribimos, hermanos, sobre aquellos que dieron testimonio, y, sobre todo, del bienaventurado Policarpo, que, con su martirio, ha sellado la persecución, deteniéndola. Todos los acontecimientos que precedieron a su martirio, sólo sucedieron para permitir al Señor del cielo mostrarnos una imagen del martirio según el Evangelio. Policarpo ha esperado ser traicionado, como el Señor, para enseñarnos a imitarlo, también nosotros, para que no mire cada uno

¹ Los lugares citados se encontrarán en los mapas al final del libro.

su interés, sino el de los otros. Pues la caridad verdadera y eficaz consiste para cada uno en querer no sólo su salvación personal, sino también la salvación de todos sus hermanos.

Gozosos y valientes fueron todos los ejemplos que nos dieron; lo han sido según la voluntad de Dios, cuyo poder es soberano y universal, pues es necesario atribuir a Dios nuestros progresos en la piedad. ¿Quién no admirará el valor de estos confesores, su paciencia y su amor a Dios? Fueron desgarrados por los látigos de plomo de tal manera, que se veían hasta las venas y arterias interiores, la estructura interna de su carne. Pero ellos se mantenían firmes, aunque los espectadores se apiadaban de ellos y les compadecían. Pero ellos habían alcanzado tal grandeza de alma, que ni un grito ni queja se les escapaba. Al verles, comprendíamos que en esa hora en la que son torturados, todos los mártires de Cristo son arrebatados fuera de su cuerpo o más bien que el Señor les asiste con su presencia.

Puesto todo en la gracia de Cristo, despreciaban los tormentos del mundo; en una hora ganaban la vida eterna. El fuego les refrescaba: el fuego de los verdugos inhumanos; otros fuegos que evitar tenían ellos ante los ojos, el fuego eterno que jamás se extinguirá. Con los ojos del alma contemplaban los bienes reservados a aquellos que habían sufrido, bienes que el oído nunca oyó, que el ojo nunca vio, en los que el corazón del hombre jamás pensó. El Señor les mostraba esos bienes, a ellos, que ya no eran hombres sino ángeles. En fin, condenados a las fieras, los confesores tuvieron que sufrir horribles tormentos. Se les descoyuntaba sobre potros, se les infligía torturas de toda suerte, con el fin de que la du-

ración de los tormentos les llevara a renunciar a su fe.

Numerosas fueron las maquinaciones que el demonio urdió contra ellos. Pero, gracias a Dios, a ninguno pudo vencer. Germánico, valiente entre todos ellos, fortificaba la flaqueza de los otros con el espectáculo de su intrepidez. Estuvo magnífico en el combate contra las fieras. El procónsul le decía que se apiadara de su juventud; Germánico atrajo hacia sí la fiera golpeándola para salir más pronto de este mundo, injusto y criminal. Toda la muchedumbre, asombrada por el valor y la piedad del pueblo de los cristianos, se puso a gritar: «¡Muerte a los ateos; que busquen a Policarpo!»

Uno sólo flaqueó, Quintus, un frigio llegado recientemente de su país. Tuvo miedo al ver a las fieras. Era aquel que, queriendo denunciarse a sí mismo, impulsó a los otros a denunciarse junto a él. El procónsul, a fuerza de requerimientos, consiguió hacerle abjurar y sacrificar. Por eso, hermanos, no aprobamos a aquellos que se entregan libremente; por otra parte, no es ésta la enseñanza del Evangelio.

El más admirable de los mártires fue Policarpo. Cuando supo todo lo que había pasado, no se turbó nada, incluso quiso permanecer en la ciudad. Pero, aconsejado por la mayoría, consintió en alejarse. Se retiró a una pequeña propiedad situada no lejos de la ciudad, y estuvo allí con algunos compañeros. Noche y día no hacía otra cosa que orar por los hombres y por las Iglesias del mundo entero, lo cual era su costumbre. A lo largo de su oración tuvo una visión: vio una almohada en llamas. Fue entonces junto a sus compañeros y les dijo: «Yo seré quemado vivo.»

Como aquellos que le buscaban no cejaban en su

empeño por encontrarle, cambió de retiro. Inmediatamente después de su marcha, llegaron los que le buscaban; no encontrándole, cogieron a dos esclavos; uno de ellos, torturado, confesó. Ya no era posible ocultarse, ahora que su propia compañía le traicionaba. El irenarca, que tenía un nombre predestinado, se llamaba Herodes; tenía prisa por llevarlo al estadio, en el que Policarpo tenía que consumir su destino, compartiendo la suerte de Cristo, mientras que aquellos que le traicionaron compartían la de Judas.

Ellos se llevaron un viernes al esclavo a eso de la hora de la cena; soldados de a pie y de a caballo se pusieron en camino, armados de pies a cabeza, como si fueran en busca de un bandido. Muy tarde, ya en la noche, llegaron a la casa en donde se encontraba Policarpo. Este estaba acostado en una habitación del piso superior; desde allí pudo huir a otro lugar. Pero no lo quiso; se contentó con decir: «Que se cumpla la voluntad de Dios.» Al oír la voz de los soldados, descendió y se puso a hablar con ellos. Su avanzada edad y su calma les admiraron; no se explicaban que se tomaran tanto trabajo para arrestar a tal viejo. Policarpo se apresuró a servirles de comer y de beber, tanto como ellos quisieron. Sólo les pidió que le concedieran una hora para orar libremente. Consintieron en ello, y se puso a orar en pie como un hombre lleno de la gracia de Dios. Y así, durante dos horas, sin poderse detener, continuó orando en alta voz. Los que le oían estaban estupefactos; muchos eran los que sentían haber ido contra un anciano tan divino.

Cuando hubo terminado su oración, en la que recordó a todos aquellos que conociera durante su larga vida, pequeños y grandes, gentes ilustres y hu-

mildes, y a toda la Iglesia católica, extendida en el mundo entero, llegó la hora de la partida. Le hicieron montar sobre un asno y le condujeron hacia la ciudad de Esmirna. Era el día del gran sábado.

En el camino encontró al irenarca Herodes y al padre de éste, Nicetas, que le hicieron subir a su coche. Allí, sentado a su lado, trataron de convencerle diciéndole: «¿Qué mal hay en llamar dios a César, en sacrificar y en todo lo demás para salvar la vida?» Policarpo al principio no les respondía; pero como insistieran, les declaró: «Yo no haré lo que me aconsejáis.» Aquellos dos compañeros de viaje, despechados, le llenaron de injurias y le empujaron tan brutalmente fuera del coche, que se rompió una pierna. El grupo se dirigió hacia el estadio. Allí era tal el tumulto, que nadie se podía hacer oír.

En el momento en que Policarpo penetró en el estadio, se escuchó una voz del cielo: «Valor, Policarpo; sé viril.» Nadie supo quién había hablado; pero aquellos de los nuestros que estaban presentes escucharon la voz. Como hicieran seguir adelante a Policarpo, el tumulto aumentó cuando supieron que el obispo había sido detenido. Cuando estuvo delante del procónsul, éste le preguntó si era Policarpo. Como respondiera que sí, el procónsul le instó a que renegara de su fe. Le decía: «Respeta tu edad», y otras cosas semejantes que los magistrados acostumbran decir. Añadía: «Jura por la fortuna de César, retrocede; grita: ¡abajo los ateos!»

Policarpo con aire sereno miró a la muchedumbre de paganos impíos que cubría las gradas del estadio, y, señalándola con la mano, lanzó un suspiro, levantó los ojos al cielo y dijo: «¡Abajo los ateos!»

El procónsul le instó de nuevo: «Jura y te pongo en libertad. Insulta a Cristo.»

Policarpo respondió: «Hace ochenta años que le sirvo y nunca me hizo mal alguno. ¿Por qué he de blasfemar de mi Rey y de mi Salvador?»

El procónsul insistió, repitiendo: «Jura por la fortuna de César.»

El obispo respondió: «Te envaneces si esperas que voy a jurar por la fortuna de César como tú dices; si pretendes o afectas ignorar lo que yo soy, escucha mi franca declaración: soy cristiano. Si tú quieres conocer la doctrina del cristianismo, concédeme un día, y escúchame.»

El procónsul dijo: «Persuade al pueblo.»

Policarpo: Ante ti, es justo que me explique, pues hemos aprendido a dar a los magistrados y a las autoridades establecidas por Dios el honor que les corresponde, en la medida en que ese respeto no atente contra nuestra fe.

Procónsul: Tengo fieras; voy a entregarte a ellas si no te retractas.

Policarpo: Da tus órdenes. Nosotros cuando cambiamos no es para ir de lo mejor a lo peor, sino para pasar del mal a la justicia.

Procónsul: Si no te arrepientes, te haré morir sobre una hoguera, puesto que desdeñas las fieras.

Policarpo: Tú me amenazas con un fuego que quema durante una hora y luego se apaga. ¿Conoces tú el fuego de la justicia futura? ¿Sabes cuál es el castigo que devora a los impíos? ¡Vamos, no tardes! Decida lo que plazca.

Policarpo dio estas respuestas y otras más con gozo y firmeza; su rostro transparentaba la gracia divina. El interrogatorio no le turbó a él sino al pro-

cónsul. Este envió al heraldo para que desde el centro del estadio, y por tres veces, proclamara: «Policarpo se ha declarado cristiano.»

Al conocer esto, la muchedumbre de los paganos y de los judíos residentes en Esmirna no pudo contener su cólera y vociferó: «Helo aquí, al doctor de Asia, al padre de los cristianos, al destructor de nuestros dioses, que con su enseñanza impide que mucha gente les adore y les sacrifique.»

En medio de estos clamores, se pedía al asiarca Filipo que soltara a un león contra Policarpo. Este se defendió diciendo que las jaulas estaban cerradas. «¡Al fuego!», gritaron entonces de todas partes. La visión de los días precedentes se iba a cumplir, cuando el anciano viera durante su oración la almohada consumida por las llamas, tal como había anunciado a los fieles: «Voy a ser quemado vivo.»

Todo esto ocurrió en menos tiempo del necesario para contarlo. El populacho se puso a amontonar maderas y leños, cogidos de los talleres y de los baños; como de costumbre, fueron, sobre todo, los judíos quienes se distinguieron con sus prisas. Cuando la hoguera estuvo dispuesta, Policarpo se despojó de sus vestidos, quitóse su cinturón, intentó también descalzarse; ordinariamente no lo hacía, pues los fieles que le rodeaban se apresuraban a ayudarlo. Lo cual hacía quien más pronto llegaba a tocar su cuerpo; por razón de su santidad, se le veneraba incluso antes del martirio.

Inmediatamente, pues, se dispuso a su alrededor el aparejo para disponer la hoguera. Los verdugos iban a clavarle a él, cuando dijo: «Dejadme libre; Aquel que me ha dado la fuerza para enfrentarme con el fuego, me dará también la necesaria para permanecer

inmóvil sobre la hoguera sin que haya necesidad de vuestros clavos.»

No le clavaron, se contentaron con ligarle. Ligado a la cruz, las manos a la espalda, Policarpo parecía un cordero atado como reclamo, distinguido entre todo el rebaño preparado para el sacrificio. Entonces, levantando los ojos al cielo, dijo: «Señor, Dios todopoderoso, Padre de Jesucristo, tu hijo bienamado y bendito por quien te hemos conocido; Dios de los ángeles y de las potencias; Dios de toda la creación y de toda la familia de los justos que viven en tu presencia. Te bendigo por haberme juzgado digno de este día y de esta hora, digno de ser contado entre el número de tus mártires y de participar en él cáliz de tu Cristo, para resucitar a la vida eterna del alma y del cuerpo en la corruptibilidad del Espíritu Santo.

Que yo pueda con ellos sumarme en tu presencia como oblación preciosa y bienvenida, tal como Tú me preparaste para serlo, como Tú me lo has mostrado; has cumplido tu promesa, Dios de la felicidad y de la verdad. Por esta gracia y por todo, te alabo, te bendigo, te glorifico por medio del gran Sacerdote celestial, Jesucristo, tu Hijo bienamado.

Por Él, que está en Ti y el Espíritu, gloria te sea dada ahora y en los siglos de los siglos. Amén.»

Cuando Policarpo hubo dicho este amén, acabando su oración, los hombres encendieron la hoguera, y la llama se elevó alta y brillante. Y en ese instante fuimos testigos de un milagro, y hemos sido salvos para poderlo contar a los demás. El fuego se elevaba en forma de bóveda o como una vela hinchada por el viento y envolvía el cuerpo del mártir. El obispo estaba en el centro del fuego, no como una carne que arde, sino como un pan que se dora cociéndose, como

el oro y la plata probados en el crisol. Durante este tiempo percibimos un perfume delicioso como el del incienso o el de los más preciosos aromas.

En fin, los infames, viendo que el fuego era impotente para destruir el cuerpo, enviaron un verdugo para que le hiriera con una espada. Y al herirle surgió una paloma y tanta sangre que el fuego se extinguió inmediatamente. Toda la muchedumbre se asombraba de la diferencia que existía entre los infieles y los elegidos. Entre estos últimos, contamos al incomparable mártir Policarpo, que fue entre nosotros nuestro pastor lleno del espíritu de los apóstoles y de los profetas, el obispo de la Iglesia católica de Esmirna. Todas las palabras pronunciadas por sus labios se cumplieron y se cumplirán.

Pero el diablo, el adversario envidioso y malvado, el enemigo de la raza de los justos, había visto la grandeza del martirio de Policarpo; conocía su vida irreprochable desde su infancia; ahora le veía coronado de inmortalidad al precio de una victoria indudable. Y se las arregló para impedirnos que, por lo menos, no nos lleváramos el cuerpo del mártir, lo que muchos desearan hacer con el fin de compartir sus restos preciosos. El demonio sugirió a Nicetas, padre de Heredes y hermano de Alcea, que intervinieran cerca del procónsul para que no nos diera el cuerpo. «Debemos temer—decía—que los cristianos abandonen el crucifijo para venerar a Policarpo.»

Y decía esto a instigación de los judíos que montaban guardia alrededor de la hoguera, al ver que íbamos a retirar el cadáver. Ignoraban que nunca podríamos abandonar a Cristo, que ha sufrido por las almas salvas del mundo entero, siendo inocente por los pecadores. Jamás podremos honrar a otro. Adoramos

a Cristo como Hijo de Dios; a los mártires les honramos como discípulos de Cristo y sus imitadores. Les amamos como merecen, por su amor incomparable hacia su Rey y su Señor. ¡Que nosotros podamos ser sus compañeros y sus discípulos!

El centurión, viendo la animosidad de los judíos, hizo colocar el cuerpo en el centro del fuego, y, según la costumbre de los paganos, lo hizo quemar. Más tarde sólo pudimos recoger la osamenta de Policarpo, más preciosa que las gemas, más acrisolada que el oro más puro. La hemos puesto en lugar conveniente. Allí, en donde nos reuniremos tan pronto como sea posible en el gozo y en la alegría; el Señor nos concederá festejar el día del aniversario de su mártir, para celebrar la memoria de aquellos que ya combatieron para formar y preparar la paz.

He aquí la historia del bienaventurado Policarpo. Sufrió el martirio en Esmirna junto a once compañeros, originarios de Filadelfia. Él es el único cuyo recuerdo tiene un puesto especial en nuestra memoria. Hasta los paganos hablan de él en todo lugar. No sólo ha sido un obispo eminente, sino también un mártir incomparable cuya pasión todos deseamos imitar, réplica fiel de aquella que el Evangelio nos cuenta de Cristo. Por su paciencia venció al magistrado inicuo y ganó la corona de la inmortalidad. Ahora con los sacerdotes y los justos glorifica a Dios en la alegría, Padre todopoderoso; bendice a nuestro Señor Jesucristo, salvador de las almas; Señor de nuestros cuerpos, Pastor de la Iglesia católica, extendida en el mundo entero.

Nos pedisteis os contáramos con todo detalle lo que ocurrió. Os enviamos un relato abreviado hecho por

nuestro hermano Marciano. Cuando lo conozcáis, remitir la carta a los hermanos más distantes, con el fin de que también ellos glorifiquen a Dios por haber promovido elegidos entre sus servidores.

A Dios, que por un don de su gracia puede conducirnos a todos a su reino celestial por su Hijo único Jesucristo, toda la gloria, honor, poder, majestad en los siglos de los siglos. Saludad a todos los santos. Aquellos que están con vosotros os saludan, así como también Evaristo, el escriba, con toda su familia.

Policarpo sufrió el martirio el segundo día del mes de Xantico, siete días antes' de las calendas de marzo, el día del gran sábado, a octava hora. Fue preso por Heredes bajo el pontificado de Filipo de Trall. Estacio Quadrato era procónsul de la provincia de Asia y nuestro Señor Jesucristo reinaba en todos los siglos. A Él sea dada toda gloria, honor, majestad, realeza eterna, de generación en generación. Amén.

Os rogamos, hermanos, que caminéis según la palabra de Jesucristo, conservada en el Evangelio; con quien sea dad gloria al Padre y al Espíritu Santo, porque salvó a los santos llamados por Él, de la misma forma que concedió el martirio al bienaventurado Policarpo. Que nosotros podamos en su seguimiento alcanzar el reino de Jesucristo.

Cayo ha escrito todo esto según la copia que pertenecía a Ireneo, un discípulo de Policarpo con quien vivió mucho tiempo.

Yo, Sócrates de Corinto, he transcrito según la copia de Cayo. La gracia sea con todos.

Y yo, Pionio, he escrito todo esto según el ejemplar que acaba de ser dicho. Lo había buscado, pero el bienaventurado Policarpo me lo reveló, como diré en otra parte. He recogido estos hechos que el tiempo había casi hecho olvidar, con el fin de que nuestro Señor Jesucristo me una también a mí con los elegidos en su reino celestial. A Él, con el Padre y el Espíritu Santo, gloria en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 160, EN ROMA

TOLOMEO Y LUCIO

Había en Roma una mujer cuyo marido vivía desordenadamente, como también ella viviera en otro tiempo. Cuando ella conoció la doctrina de Cristo se enmendó. Desde entonces se esforzó por atraer a su marido a una vida honesta; le explicaba las enseñanzas de Cristo y le hablaba del fuego eterno, reservado a las gentes sin fe ni ley. Pero el marido permanecía hundido en el desorden.

Su esposa resolvió separarse de él; consideró que era sacrilego compartir la vida con un hombre siempre en busca de placeres prohibidos e infames. Sus padres le aconsejaron paciencia; no estaba perdida toda esperanza de que su marido retornara al buen camino. Ante tantas insistencias, ella acabó por permanecer, pero contra su voluntad.

Su marido se marchó a Alejandría. Y supo que allí todavía llevaba una vida más escandalosa. Temiendo que si permanecía todavía mucho tiempo en

compañía de aquel hombre llegara a ser cómplice de sus torpezas, le hizo notificar el divorcio, y abandonó el domicilio conyugal.

Su marido debiera haberse alegrado; su mujer, que en otro tiempo se prostituía con criados y mercenarios y se abandonaba a la bebida y a todos los vicios, había cambiado de vida y se esforzaba a su vez en convertirle. Pero este divorcio, decidido contra su voluntad, le desagradó y acusó a su mujer de ser cristiana.

Y fue entonces cuando ella te presentó, emperador, su instancia con el fin de poner orden en sus asuntos domésticos antes de responder a la acusación que se la había hecho. Y tú la has bien recibido. El marido, que no podía ya contra ella nada, dirigió sus miras contra un cierto Tolomeo, que instruyó a su mujer en la religión cristiana. Y le hizo condenar por Urbico, prefecto de la ciudad.

Se ganó a un centurión, amigo suyo, e hizo encerrar en la prisión a Tolomeo. Le había sugerido que lo arrestara bajo la única acusación de ser cristiano. Tolomeo, que era un hombre leal, sin dolo ni mentira, había confesado ser cristiano. Y el centurión le había encerrado.

Y le torturaba desde hacía mucho tiempo en la prisión, cuando llegó el momento en que debía comparecer ante el prefecto Urbico. Como la primera vez, tan sólo le preguntaron si era cristiano. Tolomeo, sabiendo lo que debía a la doctrina de Cristo, confesó todas las verdades cristianas; quienquiera que renuncie a una de esas verdades sólo puede hacerlo por dos cosas: o porque la cree indigna de él, o porque su vida le hace indigno de tal verdad. Pero las dos actitudes son incompatibles con la religión cristia-

na. Urbico ordenó que Tolomeo fuera llevado al suplicio.

Lucio, un cristiano que acababa de asistir a ese juicio inicuo, fue en busca de Urbico: «¿Qué es esto? He aquí a un hombre que ni es adúltero, ni relajado, ni homicida, ni ladrón, ni bandido. No es culpable del menor delito. Y tú le condenas simplemente porque confiesa ser cristiano. Semejante juicio, Urbico, no está de acuerdo con las intenciones del emperador, que es piadoso; del hijo de César, que es prudente; del Senado, que es religioso.»

Urbico: Tú también pareces ser cristiano.

Lucio: Desde luego.

Urbico le hizo llevar a la muerte. El condenado le dio las gracias. Morir era para él la liberación de esos dueños injustos e ir al Padre y al Rey de los cielos.

Un tercero, que también se presentó, fue igualmente condenado.

AÑO 163, EN ROMA

JUSTINO

Martirio de los santos mártires Justino, Cariton, Carito, Evelpido, Hieras, Peón, Liberiano.

3Eran los tiempos en los que triunfaban los infames defensores de la idolatría. Tanto en la ciudad como en el campo, se habían dictado órdenes impías contra los cristianos; por ellas se les quería obligar a hacer libaciones en honor de los vanos ídolos.

Detuvieron al conjunto de los santos. Les condujeron ante el prefecto de Roma, Rústico. Cuando se hallaron ante el tribunal, el prefecto Rústico dijo a Justino: «Ante todo, sométete a los dioses y obedece al emperador.»

Justino: Nadie puede ser censurado o condenado por haber obedecido los mandamientos de nuestro Salvador, Jesucristo.

Prefecto Rústico: ¿A qué ciencia te consagras?

Justino: Sucesivamente estudié todas las ciencias. Por fin acabé adhiriéndome a la doctrina verdadera de los cristianos, aunque desagrada a aquellos a quienes el error extravía.

Prefecto Rústico: ¿Y esa ciencia te gusta, desgraciado?

Justino: Sí, pues me adhiero a la doctrina verdadera, siguiendo a los cristianos.

Prefecto Rústico: ¿Qué doctrina es ésta?

Justino: Adoramos al Dios de los cristianos; creemos que ese Dios es único, que desde el origen es el creador y el conservador de todo el universo, de las cosas visibles e invisibles. Creemos que Jesucristo, Hijo de Dios, es Señor; anunciado por los profetas como quien debía venir a ayudar a los hombres, mensajero de salvación y del buen saber, yo que no soy más que un hombre, soy demasiado poca cosa, te lo confieso, para hablar dignamente de su divinidad infinita; reconozco que para hablar de Él se necesita el poder de un profeta. Pero las predicciones referentes a lo que he dicho del Hijo de Dios existen. Pues los profetas estaban inspirados de lo alto cuando anunciaron su venida entre los hombres.

El prefecto Rústico preguntó: «¿Dónde os reunís?»

Justino: Donde cada uno quiere y puede hacerlo. ¿Crees que siempre nos reunimos en un mismo sitio? No. El Dios de los cristianos no está prisionero en un lugar. Es invisible, llena el cielo y la tierra; es adorado y glorificado en todo lugar por los fieles.

Prefecto Rústico: Respóndeme: ¿Dónde os reunís? ¿Dónde convocas a tus discípulos?

Justino: Vivo encima de un tal Martín, cerca de los baños de Timoteo. Siempre he vivido ahí desde que vivo en Roma y aquí me instalé por segunda vez. No

conozco otro lugar de reunión. A todos cuantos vinieron a buscarme a ese lugar comuniqué la doctrina de la verdad.

Prefecto Rústico: Luego tú eres cristiano.

Justino: Sí, soy cristiano.

El prefecto Rústico dijo a Garitón: «Ahora tú, Garitón. ¿Eres cristiano?»

Garitón: Soy cristiano por voluntad de Dios.

El prefecto Rústico dijo a una mujer llamada Carito: «¿Y qué respondes tú, Carito?»

Ella respondió: «Lo soy, por la gracia de Dios.»

Rústico a Evelpido: «Y tú, ¿qué eres, Evelpido?»

Evelpido, esclavo de César, respondió: «Yo también soy cristiano. He sido liberado por Cristo y comparto la misma esperanza por la gracia de Cristo.»

Rústico pregunta a Hieras: «¿Tú también eres cristiano?»

Hieras: Sí, soy cristiano; venero y adoro al mismo Dios.

Rústico: ¿Ha sido Justino quien te hizo cristiano?

Hieras: Siempre lo fui y seré siempre cristiano.

Peón se levantó, y dijo: «Yo también soy cristiano.»

Rústico: ¿Quién te adoctrinó?

Hieras: Recibimos de nuestros padres esa hermosa doctrina.

Evelpido añadió: «Yo escuchaba con agrado las lecciones de Justino; pero debo a mis padres el ser cristiano.»

Rústico: ¿Dónde están tus padres?

Evelpido: En Capadocia.

Rústico (a Hieras): ¿Y los tuyos?

Hieras: Nuestro verdadero Padre es Cristo; nuestra madre, la fe, por la cual creemos en Él. Mis padres

según la carne murieron. Nací en Iconio, en Frigia; fui deportado y traído aquí.

El prefecto dijo a Liberio: «Y tú, ¿qué es lo que tienes que decir? ¿Eres cristiano? ¿Eres también un impío?»

Liberio: Yo también soy cristiano. No soy un impío, puesto que adoro al único Dios verdadero.

El prefecto se dirigió de nuevo a Justino: «Óyeme, tú de quien dicen que eres elocuente y crees poseer la doctrina verdadera. Si eres azotado y luego decapitado, ¿crees que subirás a los cielos?»

Justino: Espero tener allí mi morada si soporto todo eso. Y sé que la recompensa divina está reservada, hasta la consumación del universo, a todos aquellos que hayan vivido de tal manera.

Rústico: ¿Luego piensas que subirás a los cielos para recibir una recompensa?

Justino: No lo pienso, estoy convencido de ello, tengo una seguridad absoluta.

Rústico: Al grano. Vamos a lo que interesa y se os pide. Acercaos y sacrificad a los dioses todos al mismo tiempo.

Justino: Nadie, a menos que pierda la razón, abandona la piedad por la impiedad.

Rústico: Si no obedecéis seréis castigados sin piedad.

Justino: Ese es nuestro deseo más vivo: sufrir por nuestro Señor Jesucristo para ser salvados. Eso será nuestra salvación y nuestra defensa ante el tribunal más temible de nuestro Señor y Salvador, ante el que pasará todo el mundo.

Los otros mártires dijeron también: «Haz lo que quieras. Somos cristianos y no sacrificamos a los ídolos.»

Y entonces el prefecto de Roma dictó sentencia: «Que aquellos que no quisieron sacrificar a los dioses ni obedecer las órdenes del emperador, sean azotados y conducidos a sufrir la última pena, según las leyes.»

Los santos mártires glorificaron a Dios, después fueron conducidos al lugar acostumbrado para las ejecuciones. En él fueron decapitados, consumando de esta manera el martirio al confesar a nuestro Salvador.

Algunos fieles, secretamente, se llevaron los cuerpos y los depositaron en lugar conveniente, alentados por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada toda gloria en los siglos de los siglos. Amén.

BAJO MARCO AURELIO EN PÉRGAMO*

CARPO, PAPILO, AGATÓNICA

En tiempos del emperador Decio ², Óptimo era procónsul en Pérgamo. El bienaventurado Carpo, obispo de Gados, y el diácono Papilo de Tiatira, los dos confesores de Cristo, comparecieron ante él. Óptimo estaba sentado en su tribunal.

El procónsul dijo a Carpo: «¿Cómo te llamas?»

Carpo: Mi primer nombre, el más hermoso, es cristiano. Mi nombre en el mundo es Carpo.

Óptimo: Creo que tú no conoces los edictos de los Augustos que os obligan a sacrificar a los dioses, señores del mundo. Te ordeno que te acerques y que les sacrifiques.

Carpo: Soy cristiano. Adoro a Cristo, el Hijo de Dios, que vino a la tierra en estos últimos tiempos

³ Más verosímilmente bajo Marco Aurelio que bajo Decio. Pero las opiniones siguen estando divididas.

para salvarnos y para defendernos de las trampas del demonio. Por tanto, no voy a sacrificar a semejantes ídolos.

Óptimo: Sacrifica a los dioses como lo ordena el emperador.

Carpo: ¡Que sean destruidos los dioses que no crearon el cielo y la tierra!

Óptimo: Sacrificad, el emperador lo quiere.

Carpo: Los vivos no sacrifican a los muertos.

Óptimo: Según tú, por lo que veo, los dioses son muertos.

Carpo: Exactamente. Mira por qué. Se parecen a los hombres, pero no se mueven. Cesa de cubrirlos de honores; como no se mueven, perros y cuervos vendrán a cubrirlos de suciedades.

Óptimo: Tenéis que sacrificar.

Carpo: Imposible. Jamás sacrificué a estatuas sor-das e insensibles.

Óptimo: Ten entonces piedad de ti mismo.

Carpo: Por eso elegí la mejor parte.

El procónsul ante tales palabras le hizo amarrar al potro. Mientras le torturaban decía: «Soy cristiano. Por mi religión y por el nombre de Jesucristo, no puedo aceptar vuestras prácticas.»

El procónsul hizo que le ataran y fuera desgarrado por los garfios de hierro. Araron su cuerpo, y el dolor era tan intenso, que no podía decir una sola palabra.

Mandó el procónsul que se lo llevaran y se volvió hacia Papilo para interrogarle:

Procónsul: ¿Pertenece a la clase de los notables?

Papilo: No.

Procónsul: ¿Quién eres tú?

Papila: Soy ciudadano.

Procónsul: ¿De dónde?

Papilo: De Tiatira.

Procónsul: ¿Tienes hijos?

Papilo: Muchos, a Dios gracias.

Entre la muchedumbre gritó una voz: «¡ Llama hijos a los cristianos!»

Procónsul: ¿Por qué me mientes diciéndome que tienes hijos?

Papilo: Comprueba que no miento, sino que digo la verdad: en todas las ciudades de la provincia tengo hijos según Dios.

Procónsul: Sacrifica o explícate.

Papilo.—Desde mi juventud sirvo a Dios, jamás sacrifiqué a los ídolos; me ofrezco a mí mismo en sacrificio al Dios vivo y verdadero, que tiene todo poder sobre la carne. Ya no he de decir nada más. Nada puedo añadir.

Le ataron también al potro, en donde fue desgarrado por los garfios de hierro. Tres turnos de verdugos se sucedieron, sin que de Papilo saliera una sola queja. Como valeroso atleta, contemplaba el furor de sus enemigos en un profundo silencio.

Procónsul: ¿Qué dices de esto? Apíadate de ti mismo ; me da pena hacerte sufrir de esta manera.

Papilo: Estos tormentos no existen. No siento las torturas, pues hay alguien que me conforta. Alguien a quien tú no puedes ver sufre en mí. Además, ya te dije que no me era posible sacrificar a los demonios.

Ante la paciencia y la tenacidad de los dos confesores, el procónsul acabó condenándolos a ser quemados vivos.

Mientras esperaban la condenación, Papilo, mientras descendía las gradas, levantó los ojos al cielo y dijo: «Te doy gracias, Señor, Jesucristo, por haberte dignado hacer de mí un vaso de honor, siendo así que no era más que un vaso de ignominia.»

Los dos mártires se apresuraron a llegar al anfiteatro con el fin de terminar lo más pronto posible su lucha. Apresuraron el paso, al ver que amenazaba lluvia.

Había una gran muchedumbre. Los esbirros del demonio despojaron primero a Papilo de sus vestiduras y le crucificaron. Irguieron la cruz y las llamas comenzaron a subir. Sosegadamente, el mártir se puso a orar, y orando entregó su alma.

Después le tocó el turno a Carpo. Los que estaban más cerca de él, le vieron sonreír. Sorprendidos, le preguntaron: «¿Por qué sonrías?», le dijeron.

El bienaventurado respondió: «He visto la gloria del Señor, y estoy en gozo. Heme aquí liberado; ya no conoceré más vuestras miserias.»

Un soldado amontonaba los haces. Cuando les prendió fuego, Carpo, el santo, le dijo: «Hemos nacido de Eva como tú; es nuestra madre común; tenemos una carne semejante a la vuestra. Pero cuando nuestras miradas se fijan en el tribunal de la verdad, somos capaces de sufrirlo todo.»

Y mientras la llama crecía, el confesor oraba: «Bendito eres, Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, pues, a pesar de mi pecado, me has juzgado digno de tu herencia.»

Y diciendo estas palabras, expiró.

Una mujer que asistía al martirio, Agatónica, vio la gloria del Señor que Carpo decía haber contemplado. Comprendió que era una señal del cielo y gri-

tó: «Este festín ha sido preparado para mí. Es necesario que tome parte en él y gustar los mismos gloriosos alimentos.»

Entonces el procónsul hizo que le llevaran ante sí a aquella mujer, y le preguntó: «¿Qué tienes que decir? Eai necesario hacer sacrificios a los dioses. ¿Prefieres seguir los consejos de tus maestros?»

Ella respondió: «Soy cristiana. Jamás sacrifiqué a los demonios, sino sólo a Dios. Con toda mi alma, si soy digna, seguiré las huellas de mis maestros, los santos. Este es mi mayor deseo.

Entonces la muchedumbre gritó: «Ten piedad de ti y de tus hijos.»

El procónsul insistió: «Considera tu situación. Ten compasión de ti y de tus hijos, como dice la gente.»

Agatónica: ¿Mis hijos? Dios cuida de ellos. Yo me niego a obedecerte y a sacrificar a los demonios.

Procónsul: Sacrifica, y no me obligues a condenarte al mismo suplicio.

Agatónica: Haz lo que mejor te plazca. Yo he venido para sufrir por el nombre de Cristo. Estoy dispuesta.

Y el procónsul dictó su sentencia: «Agatónica sufrirá la misma pena que Carpo y Papilo. Tal es mi orden.»

Cuando llegó al lugar del suplicio, Agatónica se quitó sus vestidos, y, gozosamente, subió a la hoguera. Los que asistían al espectáculo se admiraron de su belleza. Y la compadecían: «¡Qué juicio tan inicuo y qué decretos tan injustos!»

Los verdugos la ataron a la cruz y prendieron el fuego. Cuando Agatónica sintió que las llamas toca-

ban su cuerpo, gritó hasta tres veces: «Señor, Señor, Señor, ayúdame. Sólo Tú eres mi ayuda.»

Estas fueron sus últimas palabras. Y así murió mártir con los santos.

Ocultamente, los fieles recogieron sus restos y los conservaron para la gloria de Cristo y para honrar a los mártires. A Él honor y poder, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora, siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

A Ñ O 177, EN L Y O N

LOS MÁRTIRES DE LYON

Carta de las Iglesias de Lyon y de Vienne a las Iglesias de Asia y de Frigia.

Los servidores de Cristo que habitan en Vienne y en Lyon, en la Galia, a los hermanos de Asia y de Frigia que comparten nuestra fe y nuestra esperanza en la redención: paz, gracia y honor al nombre de pÍOS, el Padre, y de Jesucristo, nuestro Señor.

La violencia de la persecución ha sido tal, el furor de los paganos contra los santos y los sufrimientos padecidos por los bienaventurados mártires han sido tan vehementes, que no sabríamos describirlos con exactitud, ya que es imposible además contarlos detalladamente.

En verdad ha de decirse que el enemigo ha golpeado con todas sus fuerzas; como un prelude de las violencias de su futuro reino. Utilizó todos los medios; impulsar y animar a sus esbirros para que ata-

caran a los servidores de Dios: no sólo los lugares públicos, las termas, el agora, nos estaban prohibidas, sino que hasta nos estaba prohibido mostrarnos en público.

Pero la gracia de Dios luchaba con nosotros; sostenía a los flacos; oponía al maligno los más valerosos de entre nosotros, inquebrantables como columnas, con el fin de que sobre ellos coincidiera todo el esfuerzo del maldito. Esos iban al encuentro del enemigo, sufrían ultrajes y tormentos, nada les importaba: iban a unirse con Cristo. Con su ejemplo mostraban que los sufrimientos del tiempo presente nada son comparados a la gloria que debe manifestarse en nosotros.

Y ante todo, soportaron noblemente todos los ultrajes de la muchedumbre contra todos ellos: clamores, golpes, arrestos, robos, lapidaciones, detenciones y todo eso que un populacho desencadenado prodiga ordinariamente a sus enemigos odiados. Después fueron llevados a la plaza pública. Ante la muchedumbre, interrogados por el tribuno y los magistrados de la ciudad, confesaron su fe. Fueron encerrados todos juntos en la prisión hasta que el gobernador regresara.

Más tarde, comparecieron ante el gobernador, que habitualmente usa de toda crueldad contra nosotros. Vecio Epagato, uno de los hermanos, había alcanzado toda perfección en el amor de Dios y del prójimo; a pesar de su juventud, su santidad merecía el elogio que fue hecho al viejo Zacarías: consumaba todos los mandamientos y prescripciones del Señor, irreprochable, siempre dispuesto a servir al prójimo, ardiendo en el celo de Dios, hirviendo del Espíritu Santo. Con tal naturaleza, Vecio no se pudo contener ante el des-

arrollo inicuo del proceso que se nos hacía. Indignado, pidió poder hacer la defensa de sus hermanos y demostrar que no eran ni ateos ni impíos. Las gentes que rodeaban el tribunal comenzaron a vociferar contra él (pues pertenecía a una gran familia). El gobernador rechazó su petición, que era, no obstante, legal, y le preguntó si él también era cristiano. Vecio, con voz briosa, confesó su fe; fue detenido también y promovido a la dignidad de los mártires. Se ofreció como paráclito o abogado de los cristianos, pues llevaba en verdad en él al Paráclito, al Espíritu de Zacarías. Y lo demostraba por la plenitud de la caridad con la que defendía a sus hermanos, al precio de su propia sangre. Era y sigue siendo un verdadero discípulo de Cristo, sigue al Cordero allí por donde va.

Esta tribulación hizo la selección entre los otros cristianos. Unos se mostraron enteramente dispuestos para el martirio; con premura, confesaron su fe; otros, por el contrario, se vio que no estaban ni preparados ni entrenados y suficientemente aguerridos para sostener un combate tan violento. Fueron unos diez aproximadamente los que Saquearon. Nos causaron una gran tristeza, un gran dolor; quebraron el ardor de los demás que no habían sido arrestados, pero conseguían al precio de mil riesgos confortar a los mártires en lugar de mantenerse alejados.

Todos nosotros, en aquellos días, estábamos angustiados, porque su confesión de fe seguía siendo insegura; no era que temiéramos las torturas impuestas, sino que nuestros ojos estaban puestos en el fin; temíamos que algunos acabaran por caer.

Durante este tiempo se arrestaba siempre a los cristianos que eran dignos de este nombre; ellos llenaban

los vacíos dejados por las defecciones. Los elementos más activos de las dos Iglesias, de Lyon y de Vienne, se reunieron en la prisión aquellos que eran sus pilares. Detuvieron también a algunos paganos que estaban al servicio de los nuestros, pues el gobernador, en nombre del Estado, había ordenado que nos buscaran a todos. Estos servidores cayeron en las redes del demonio. Horrorizados por las torturas que veían infligir a los santos, nos calumniaron, acusándonos falsamente de festines de Tieste³, de incestos a la manera de Edipo y de otros crímenes tales, que nos está prohibido hablar de ellos o siquiera de pensar en tales cosas, o incluso creer que semejante cosa sea posible en los hombres. Estas calumnias enfurecieron a la gente como si fueran fieras contra nosotros. Aquellos que por razón de parentesco hasta entonces se habían mostrado moderados, se indignaban y hasta rechinaban los dientes contra nosotros. La palabra de nuestro Señor se consumó: «Vendrá la hora en que cualquiera os hará morir figurándose rendir culto a Dios.»

Desde ese momento, los santos tuvieron que sufrir torturas indescriptibles; Satán se encarnizaba en ellos con el fin de arrancarles una palabra blasfema. El furor del pueblo, del gobierno, de los soldados se ejerció con violencia singular contra Sanctus, el diácono de Vienne; contra Maturo, recientemente bautizado, pero generoso luchador; contra Átala, originaria de Pérgamo, que siempre fuera la columna y el apoyo de los cristianos de aquí; en fin, contra Blandina.

³ Alusión a los festines de Tieste (en los que se servía carne humana), que se refiere quizá a la Eucaristía. Las otras acusaciones pueden proceder de confusiones con otras sectas sospechosas de costumbres infamantes.

En Blandiría, Cristo nos enseñó lo siguiente: aquello que a los ojos de los hombres es despreciable, vil y feo, Dios puede considerarlo digno de una gran gloria a causa del amor a Él, amor que se expresa en los actos y no se satisface de vanas apariencias.

Todos temíamos por Blandina. Su señora, según la carne, que formaba parte del grupo de los mártires, una atleta de la fe, temía que la muchacha no pudiera siquiera afirmar francamente su profesión de fe, pues era extremadamente tímida. Pero Blandina se mostró llena de una fuerza tal que acabó por agotar y cansar a sus verdugos. Se sustitufan de la mañana a la noche para torturarla por todos los medios; tuvieron que reconocerse vencidos y agotados sus recursos. Y se asombraban que siguiera respirando, con aquel cuerpo desgarrado y atormentado. Confesaban que una sola de sus torturas bastaba para quitar la vida, y con más razón todas aquellas torturas y tan numerosas. Por el contrario, la bienaventurada rejuvenecía como un valeroso atleta a lo largo de su confesión de fe. Le bastaba con repetir: «Soy cristiana, y entre nosotros no se hace el mal», y cobraba nuevas fuerzas, descansaba y devenía insensible a las torturas.

Sanctus, también éste, soportaba con vigor sobrehumano todos los suplicios que los verdugos podían imaginar. Los impíos no desesperaban de arrancarle, con la duración y el horror de los tormentos, una sola palabra culpable; pero les opuso una energía indomable. Ni siquiera consiguieron que dijera su nombre, ni su nación, ni su ciudad natal, ni si era esclavo o libre. A todas las preguntas respondía en latín: «Soy cristiano.» Tal era su nombre, su ciudad, su

raza, su todo; los paganos no pudieron arrancarle otra respuesta. Lo que bastó para alentar contra él al gobernador y a los verdugos. Para final de torturas, acabaron por aplicarle láminas de bronce al rojo vivo sobre las partes más sensibles del cuerpo. Mientras sus miembros ardían, Sanctus resistía, sin doblegarse ni dudar, perseveraba confesando su fe, bañado y confortado por la fuente celestial de agua viva que mana del seno de Jesús. El cuerpo del mártir daba fe de las torturas padecidas; sólo era llaga y desgarradura; estaba dislocado y no era forma humana. Cristo sufría en él y le glorificaba en gran manera, haciendo fracasar al diablo, y manifestaba para ejemplo de los otros que el temor no existe donde hay amor al Padre, que no hay sufrimiento donde brilla la gloria de Cristo.

Algunos días más tarde, los verdugos torturaron de nuevo al mártir; todas las partes de su cuerpo una vez más estaban tumificadas e inflamadas; pensaron reducirle aplicándole las mismas torturas, puesto que no podía soportar ni el simple contacto de las manos. En el peor de los casos, moriría mientras le atormentaban y su ejemplo horrorizaría a los demás. Pero no sucedió nada de esto; por el contrario, contra lo que se esperaba, el cuerpo del mártir se recuperó, se irguió de nuevo ante las nuevas torturas y recobró su forma primera, el uso de los miembros. Lejos de ser una pena, el nuevo suplicio fue para Sanctus una curación por la gracia de Cristo.

Una mujer llamada Biblis estaba entre aquellos que habían apostatado; el demonio creía haberse hecho con ella; pero quiso asegurarse todavía mejor su condenación, impulsándola a la blasfemia. La hizo

llevar al interrogatorio para forzarla a que confirmara las impiedades que se nos achacaban. Hasta aquel momento la mujer se había mostrado débil y cobarde. Pero una vez ante la tortura, volvió en sí, y salió como de un profundo sueño. El suplicio que padecía le recordó el castigo eterno del infierno. Osó contradecir en su propio rostro a los blasfemadores, respondiendo: «¿Cómo queréis que coman niños quienes no comen sangre de bestias sin razón alguna?»⁴. A partir de este momento se confesó cristiana y compartió la suerte de los mártires.

Pero así las cosas, los suplicios de los tiranos no pudieron contra la resistencia de los bienaventurados, gracias a la intervención de Cristo. El diablo imaginó nuevas maquinaciones: el amontonamiento de los confesores en calabozos oscuros y malsanos, el poner los pies en cepos que los descuartizaban y otras crueldades que los carceleros, poseídos por el demonio, imaginan para hacer sufrir a sus prisioneros, hasta el punto que la mayoría de los cristianos murieron ahogados, aquellos a los que el Señor quería hacer partir de esta forma, para manifestar su gloria. Otros habían sido tan cruelmente torturados que parecían no poder soportarlo, a pesar de todos los cuidados que se les dispensaban; pero resistieron en la prisión: privados de todos los cuidados humanos, pero confortados por Dios, recobraron la fuerza del cuerpo y del alma, animaban y sostenían a sus compañeros. En fin, **los últimos presos**, cuyo cuerpo no había sido some-

tido todavía a tortura, no soportaron el horrible amontonamiento de la prisión y murieron en ella.

El bienaventurado Potino, que gobernaba como obispo la Iglesia de Lyon, tenía entonces más de noventa años. Su salud estaba muy quebrantada, respiraba difícilmente, todo su cuerpo estaba agotado, pero era reconfortado por el soplo del Espíritu, porque aspiraba al martirio. Cuando llegó el momento, fue llevado ante el tribunal. Su cuerpo estaba minado por la edad y la enfermedad, pero el alma velaba en él con el fin de asegurar el triunfo de Cristo. Los soldados le condujeron, acompañados de los notables de la ciudad y de una muchedumbre que gritaba como si fuera el mismo Cristo. El anciano dio un magnífico testimonio. El gobernador le preguntó cuál era el Dios de los cristianos. El obispo respondió: «Lo sabrás cuando seas digno de ello.»

Por lo cual le arrastraron brutalmente y le quebrantaron a golpes. Aquellos que podían llegar hasta él le golpeaban con los puños y los pies sin consideración para con su edad, los otros le tiraban lo que caía en sus manos. Todos hubieran creído cometer una falta grave de impiedad si no ultrajaban al desgraciado; era así como creían defender a sus dioses. Apenas respiraba cuando fue llevado a la prisión de nuevo. Dos días más tarde entregó su alma.

Y Dios intervino y Jesús manifestó su infinita misericordia; era raro en la comunidad fraternal, pero no extraño a la sabiduría de Cristo. Los que habían renegado su fe, cuando fueron arrestados, compartían los sufrimientos y la prisión de los mártires. Su apostasía no había servido de nada. Los confesores de la

fe estaban encarcelados como mártires, sin que se les hiciera otra acusación. Los otros estaban detenidos acusados de homicidio y de monstruosos delitos. Eran doblemente castigados en relación con sus compañeros. Los confesores encontraban su fuerza en la alegría del martirio, la esperanza de las bienaventuranzas prometidas, el amor a Cristo, el Espíritu del Padre. Los apóstatas, por el contrario, eran torturados en su conciencia hasta el punto que se les reconocía, al pasar, entre todos los demás por su rostro. Los confesores se adelantaban llenos de gozo, con el rostro iluminado de gloria y de gracia. Hasta sus cadenas parecían un magnífico ropaje, como el de una desposada' en el vestido a franjas bordadas en oro. Exhalaban al jwso el aroma bueno de Cristo hasta el punto que algunos se preguntaban si no estarían perfumados.

Los renegados caminaban con la cabeza baja, humillados, repugnantes, con toda clase de deformidades. Los mismos paganos les trataban como miserables y cobardes; estaban ahora acusados de homicidio; habían perdido el nombre soberanamente honorable, glorioso y vivificante de cristianos. Ante tal espectáculo, los otros se sentían fortalecidos. Y aquellos n quienes arrestaban confesaban su fe inmediatamente, no teniendo ni siquiera la idea de escuchar las sugerencias del demonio.

Después de todas estas tribulaciones, los confesores abandonaban este mundo según diversas formas **de** martirio. Con flores de toda especie y de todo color, tejieron una corona que ofrecieron al Padre. Como convenía, los valerosos atletas, después de nú-

merosos combates y de triunfos extraordinarios, obtuvieron la gloriosa corona de la inmortalidad.

Maturo, Sanctus, Blandina y Átala fueron conducidos a las fieras en el anfiteatro para ofrecer al pueblo y a la consideración de las ciudades un espectáculo de inhumanidad⁵. Aquel día, precisamente por los nuestros, se ofrecieron luchas entre las fieras.

Maturo y Sanctus sufrieron de nuevo en el anfiteatro toda la serie de torturas, como si no las hubieran sufrido antes, o más bien como si hubieran rechazado al adversario en luchas parciales y ahora fueran a luchar por la corona. Tuvieron que padecer de nuevo los azotes, las mordeduras de las fieras que les arrastraban sobre la arena y todo aquello que el capricho de un populacho desencadenado podía reclamar con sus gritos. En fin, fue el suplicio del cerco de hierro candente, durante el cual los cuerpos ardiendo desprendían olor a grasa. Lejos de apaciguarse el furor de los paganos, aumentaba sin cesar: querían vencer la resistencia de los mártires. Nada pudieron arrancar a Sanctus, sino aquellas palabras que repetía desde el principio de su confesión (soy cristiano). Para acabar con los dos mártires, cuya vida tanto tiempo hacía que venía sosteniendo tan alto combate, les decapitaron. Durante todo aquel día sustituyeron con su martirio las escenas variadas de los gladiadores y sirvieron de espectáculo al mundo.

Blandina, durante este tiempo, estaba suspendida de una cruz para ser presa de las fieras lanzadas contra ella. Mirar a la virgen así crucificada, que no cesaba

⁵ Para esla traducción, véase P. WÜLLEMEUMIER : *Fouilles de Fourvière a Lyon*. París, 1951, pág. 13.

de orar con fuerte voz, confortaba a los hermanos que luchaban. En lo más duro del combate, los hermanos creían ver con los ojos del cuerpo en su hermana a Cristo crucificado por ellos, crucificado con el fin de asegurar a los creyentes que cualquiera que sufra por la gloria de Cristo vivirá eternamente en la comunión de Dios vivo.

En todo el día ninguna de las bestias había tocado a Blandina. Por lo que la desataron de la cruz y la condujeron de nuevo a la prisión. La reservaban para un nuevo combate. La victoria conseguida en repetidos combates hizo inevitable y definitiva la derrota de la pérfida serpiente y confortó a los hermanos con su ejemplo. Pequeña, débil, despreciada, estaba revestida **de** la fuerza de Cristo, el gran e invencible atleta; repetidas veces rechazó al adversario y logró en **un** combate definitivo la corona de inmortalidad.

Con grandes gritos, la muchedumbre reclamó el suplicio de Átalo (toda la ciudad le conocía). Entró en la arena dispuesto para la lucha, fortalecido con el testimonio de su conciencia; se había entrenado en la práctica de la disciplina cristiana y no había cesado de ser entre nosotros el testigo de la verdad. Tuvo que dar la vuelta a la arena del anfiteatro con un cartel en el que se leía: «Este es Átalo, el cristiano». El pueblo rugía de rabia contra él. Pero el gobernador al saber que era ciudadano romano, ordenó que le condujeran de nuevo a la cárcel con todos los demás. Escribió sobre esto a César y esperó la respuesta imperial.

Este aplazamiento no fue inútil para los prisioneros y logró algo. Por la paciencia de los confesores se manifestó la misericordia infinita de Cristo. Los

vivos comunicaron su vida a los muertos, y los confesores su gracia a los no mártires. Grande fue la alegría de la Virgen Madre, la Iglesia: aquellos a los que rechazara como muertos, les volvía a encontrar vivos. Gracias a los confesores, la mayor parte de los apóstatas se retractaron de su apostasía; fueron concebidos de nuevo, volvieron a tener vida y se aprestaron a confesar su fe. Vivos y confortados estaban cuando se presentaron ante el tribunal. Dios, que no quiere la muerte del pecador sino su conversión, les sostuvo cuando se adelantaron para ser interrogados de nuevo por el gobernador.

César había respondido que se castigara a los obstinados, pero que se liberara a los renegados. El día del panegírico⁶ (en el cual acude mucha gente procedente de todas partes) acababa de comenzar. El gobernador hizo que fueran llevados los prisioneros ante su tribunal; el aparato teatral de aquella festividad serviría como espectáculo a la muchedumbre. Después de un nuevo interrogatorio, mandó cortar la cabeza a todos los que eran ciudadanos romanos; los otros fueron condenados a las fieras.

Los que antes renegaron fueron motivo de gran gloria para Cristo; ahora, contra lo que los paganos esperaban, confesaron su fe. Les interrogaron aparte, prometiéndoles la libertad; pero ellos se confesaron cristianos; fueron sumados al grupo de los mártires. Sólo permanecieron fuera de la Iglesia aquellos en los que jamás hubo huella alguna de fe ni respeto

⁶ Gran fiesta organizada por los romanos, en las que participaban las tribus galas, que en esta ocasión podían contemplar el esplendor de Roma.

por el vestido nupcial ni sentido del temor de Dios. Con su pusilanimidad, estos hijos de perdición blasfemaron contra los caminos de la verdad. Todos los demás regresaron a la Iglesia.

Cierto Alejandro asistió a su interrogatorio. Era frigio de origen; de profesión, médico; hacía muchos años que vivía en las Calías. Casi todo el mundo le conocía a causa de su amor a Dios y por la franqueza de sus palabras (tenía el carisma del apóstolado). Aquel día se encontraba junto al tribunal; con sus gestos animaba a los interrogados a confesar la fe; aquellos que rodeaban el tribunal tenían la impresión de que Alejandro engendraba a la fe a los apóstatas de ayer. La muchedumbre se indignaba al ver cómo los renegados se retractaban, y con sus alaridos hacía responsable de ello a Alejandro. El gobernador le hizo comparecer, y le preguntó quién era. El se declaró cristiano. Colérico, el gobernador le condenó a las fieras.

Al día siguiente, Alejandro entró en la arena junto con Átalo. El gobernador, para congraciarse con la muchedumbre, envió de nuevo a Átalo a las fieras. Los dos sufrieron la serie de torturas inventadas para los suplicios en el anfiteatro; después de áspera lucha, fueron decapitados uno tras otro. Alejandro no «lujó oír ni gemido ni palabra; recogido en su interior, conversaba con Dios. Átalo fue colocado sobre el cerco de hierro candente. Como ardía por todos los costados y exhalaba olor grasiento, dijo, en latín, a la muchedumbre: «En verdad, lo que hacéis es comer carne humana. Nosotros no comemos hombres, no hacemos mal alguno.» Alguien le preguntó el nombre de su Dios. Respondió: «Dios no tiene nombre como los hombres.»

Después de todas estas ejecuciones, el último día de luchas tan singulares, Blandina fue llevada de nuevo a la arena junto con un muchacho de quince años llamado Pontico. Cada día les condujeron al anfiteatro para que presenciaran el suplicio de sus compañeros. Les querían obligar a que juraran por los ídolos. Como permanecieran inquebrantables y despreciaran a los falsos dioses, la muchedumbre acabó por desencadenarse contra ellos, sin compasión por la edad del muchacho, sin pudor alguno para con la mujer. Les infligieron toda clase de torturas, se les hizo pasar por todo el ciclo de suplicios. Y siempre intentándoles hacerles jurar, pero ellos se negaban. Pontico era animado por su hermana cristiana; los paganos se daban cuenta que era ella quien estimulaba el valor del muchacho. Cuando hubo sufrido valientemente todas las torturas, Pontico entregó el alma.

La bienaventurada Blandina se quedó la última de todos. Como aquella noble madre que en otro tiempo exhortara a sus hijos y los había enviado victoriosos ante el rey ⁷, sufrió Blandina, a su vez, todas las luchas de sus hijos espirituales, apremiada por ir a su encuentro. Se sentía feliz y entusiasmada con su próxima partida, como una invitada que se dirige al festín de las bodas más que como una víctima lanzada a las fieras.

Después de los azotes, después de las fieras, después de la silla ardiente, la envolvieron en una red para entregarla a las astas de un toro. Varias veces fue lanzada al aire por el animal. Pero no advertía lo que le estaba ocurriendo: enteramente entregada a su esperanza, a los bienes prometidos, a su fe, continuaba

Alusión a la madre de los Macabeos (*// Mac.*, vi, 21-23).

el diálogo con Cristo. Hasta los mismos paganos tuvieron que admitir que jamás mujer alguna de entre ellos había sufrido tan crueles y numerosos tormentos.

Pero todo esto no bastaba para saciar el furor loco e inhumano contra los santos. Excitados por la bestia brutal, estas tribus salvajes y bárbaras se sosegaban difícilmente; esta vez su rabia se saciaría sobre los cadáveres de los mártires. La vergüenza de la derrota no les desarmó, hasta tal punto parecían incapaces de sentimientos humanos; por el contrario, inflamaba su cólera, como ocurre con las fieras. Gobernador y pueblo manifestaban el mismo odio injusto como para que se consumara la palabra de la Escritura: «El injusto sigue siendo injusto y el justo practica siempre la justicia.»

Lanzaron al pudridero los restos de los confesores; noche y día montaban guardia cerca de ellos para impedirnos recogerlos y enterrarlos. Hasta expusieron en el mismo pudridero lo que el fuego y las fieras habían desechado: tiras de carne, miembros carbonizados. Las cabezas y los cuerpos tronchados. Aquellos que fueron decapitados tampoco recibieron sepultura, bajo la guardia de los soldados, durante largos días.

Entre los paganos, unos rechinaban y enseñaban los dientes contra los mártires, como buscando infringirles un mayor castigo. Otros se burlaban y mofaban, dando gloria a sus ídolos como causantes del castigo de los confesores. Otros, en fin, eran más justos, más prudentes en sus juicios; decían con piedad y con ironía: «¿Dónde está su Dios? ¿De qué les ha servido esa religión que prefirieron a la vida?» Tal

era la mezcolanza de opiniones y de actitudes entre los paganos.

Nosotros sufríamos mucho por no poder confiar a la tierra sus cuerpos. No podíamos aprovecharnos de la noche ni seducir a los guardias con dinero o con nuestras oraciones. Tomaban sus precauciones como si tuvieran gran interés en dejarlos sin sepultura.

Los cuerpos de los mártires sufrieron todos los ultrajes y permanecieron seis días expuestos. Después fueron quemados y reducidos a cenizas, que los malvados lanzaron al Ródano, que fluye cerca de allí, para borrar toda huella suya sobre la tierra. Los paganos creían triunfar de esta manera sobre Dios y privar a los mártires de la resurrección (de los cuerpos). Decían: «Es necesario arrebatar a estos hombres hasta la esperanza en la resurrección. Con esta creencia introducen entre nosotros una nueva religión extraña, desprecian las torturas y corren alegremente a la muerte. Ya veremos ahora si resucitan, si su Dios llega a socorrerlos y arrancarlos de nuestras manos.»

Todos estos confesores se esforzaban por imitar a Cristo, que era de condición divina, y, sin embargo, no prevaleció su igualdad con Dios. Respiraban una gran alegría, a pesar de que no una vez ni dos, sino muchas más confesaron su fe y fueron lanzados a las fieras; llevaban los estigmas de las quemaduras, de las dentelladas, de las llagas que cubrían sus cuerpos. Y, sin embargo, no se llamaban mártires y ni siquiera admitían que otros les dieran tal título. Reprendían con viveza a aquellos que en carta o de viva voz les llamaban de tal manera. Con lo mejor de su voluntad reservaban tal título para Cristo, mártir fiel y verdadero, el primer nacido de entre los muertos, que

es el comienzo de la vida de Dios. Recordaban a aquellos que ya habían dado su sangre: «Esos, decían, son los verdaderos mártires, a los que Cristo juzgó dignos de confesarle; Él ha sellado su martirio con la muerte. En cuanto a nosotros, sólo somos modestos e indignos confesores.» Entre lágrimas conjuraban a sus hermanos para que orasen sin cesar por su perseverancia final.

Probaron prácticamente su valor de mártires, manifestaban gran libertad ante todos los paganos, dando testimonio de su nobleza con su valor, que excluía el miedo y la timidez. Rechazaban el título de mártir que los hermanos les atribuían ya; estaban llenos del temor de Dios. Se humillaban bajo la mano poderosa de Dios, que les mantenía glorificados. Excusaban a los demás y no condenaban a nadie. Desligaban a todos y a nadie ligaban. Oraban por sus verdugos, como Esteban, el primer mártir: «Señor, no les imputes este crimen.»

AÑO 180, EN CARIACO

LOS MÁRTIRES ESQUÍANOS

⁶Bajo el segundo consulado de Presenso, el primero de los Claudios, el 16 de las calendas de agosto comparecieron en Cartago, en la sala de la audiencia, Esperado, Nartzalo, Citino, Donata, Segunda y Vestía.

El procónsul Saturnino les dijo: «Podéis obtener el perdón del emperador, nuestro señor, si mostráis mejores sentimientos.»

Esperado: Jamás hicimos el mal, jamás nos prestamos a ninguna injusticia. No deseamos mal a nadie. Por el contrario, cuando se nos ha maltratado hemos dado las gracias. Por tanto, somos subditos fieles de nuestro emperador.

Saturnino: También nosotros somos religiosos, y nuestra religión es sencilla, juramos por el genio de nuestro señor el emperador, rogamos por su salvación. Haced lo mismo.

Esperado: Si quieres escucharme con calma, quisiera explicarte el misterio de la verdadera simplicidad.

Saturnino: Vas a atacar a nuestra religión; no oiré tus palabras. Jurad por el genio de nuestro emperador.

Esperado: No reconozco el poder de este mundo. Sirvo a Dios, a quien nadie vio ni puede ver con los ojos de la carne. Si no soy un ladrón, si pago los impuestos es señal de que reconozco a mi señor, el Rey de reyes, el Emperador de todos los pueblos.

Saturnino (a todos los demás): Abandonad esa creencia.

Esperado: Las creencias son malas cuando empujan al perjurio y al asesinato.

Saturnino (a los otros): No os unáis a su locura.

Citino: No tememos a nadie, tan sólo al Señor, nuestro Dios, que está en los ciclos.

Donata: Honramos a César como merece, pero sólo tememos a Dios.

y *eslía:* Yo soy cristiana.

Segunda: También yo lo soy. Y quiero seguir siéndolo.

Saturnino (a Esperado): ¿Persistes en ser cristiano?

Esperado: Soy cristiano.

Y todos hicieron la misma declaración.

Saturnino: ¿Queréis un plazo para reflexionar?

Esperado: No hay que reflexionar sobre una cosa tan clara.

Saturnino: ¿Qué hay en vuestro cofrecillo?

Esperado: Los libros sagrados y las cartas de Pablo, un justo.

Saturnino: Aceptad un plazo de treinta días y reflexionad.

Esperado: Yo soy cristiano.

Y todos hicieron lo mismo.

Entonces Saturnino leyó la sentencia escrita en la tableta: «Esperado, Nartzalo, Citino, Donata, Vestía, Segunda y todos los otros han confesado vivir según el rito cristiano. Viendo que al ofrecerles que volvieran a la religión romana lo han rechazado con obstinación, les condenamos a perecer por la espada.»

Esperado: Damos gracias a Dios.

Nartzalo: Mártires, hoy entraremos en el cielo.

El procónsul Saturnino proclamó por medio del heraldo: «Esperado, Nartzalo, Citino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Enero, Generosa, Vestía, Donata y Segunda han sido conducidos al suplicio por orden mía.»

Todos los mártires dijeron: «Gracias a Dios.»

De esta manera recibieron todos juntos la corona del martirio. Y están en el reino con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HACÍA EL AÑO 185, EN ROMA

APOLONIO

Condujeron a Apolonio. El procónsul Perennio le preguntó: «Apolonio, ¿eres cristiano?»

Apolonio: Sí, soy cristiano, por eso honro y temo a Dios, que ha hecho el cielo, la tierra, la mar y todo cuanto en ellos hay.

Perennio: Retráctate, Apolonio, créeme. Jura por la fortuna de nuestro señor, el emperador Cómodo.

Apolonio: Oye, Perennio. Mi defensa será firme y conforme a las leyes. El hombre que cambia de ideas para dejar de observar los mandamientos justos, saludables y admirables de Dios, es culpable, criminal y verdaderamente impío. Pero aquel que cambia, que renuncia a la injusticia, al desorden, a la idolatría y a los propósitos perversos, que evita hasta la menor falta y vuelve la espalda para siempre a estas miserias, ése es un hombre honrado; créeme, Perennio, cree en mi alegato.

Estos hermosos y magníficos mandamientos los recibimos del Verbo de Dios, que conoce todos los pen-

samientos de los hombres. Nos ha ordenado no jurar jamás, sino decir toda la verdad. Es un gran juramento afirmar la verdad con un sí. La mentira nace de la desconfianza, y la desconfianza nace del juramento. ¿Quieres oírme jurar que honramos al emperador y que rogamos por su poder? Lo juraré de buen grado, poniendo por testigo al verdadero Dios, al que existía antes de los siglos, Aquel que no ha sido hecho por manos de hombre, Aquel que ha elegido en la tierra a un hombre para que impere sobre los otros hombres.

Perennio: Haz lo que te digo, retráctate, Apolonio. Sacrifica a los dioses y ante la imagen del emperador Cómodo.

Apolonio (sonrió y dijo): Te he expuesto, Perennio, dos puntos: el cambio de idea y el juramento. Ahora óyeme sobre el sacrificio. Todos los cristianos, y yo con ellos, ofrecemos un sacrificio incruento y sin mancha al Dios todopoderoso, al Señor del cielo, de la tierra y de todo cuanto existe. Este sacrificio de oración es ofrecido en particular por los hombres dotados de inteligencia y de razón, hechos a imagen de Dios, elegidos por la Providencia de Dios para reinar sobre la tierra. Por eso, obedientes a las órdenes de Dios, cada día rogamos al Dios del cielo por el emperador Cómodo, que reina en este mundo. Nosotros sabemos que no es por voluntad humana, sino sólo por la voluntad de Dios por lo que el emperador reina sobre el universo.

Perennio: Te doy un día de plazo para reflexionar. Te va la vida.

Tres días después, nuevo interrogatorio. Fue ante un gran número de senadores, de miembros del Con-

sejo y de sabios filósofos. El procónsul hizo llamar al prevenido, y dijo: «Léanse las actas de Apolonio.»

Terminada la lectura, Perennio preguntó: «Bien, ¿qué has decidido, Apolonio?»

Apolonio: Permanecer fiel a Dios, como tú habías previsto y consignado en las actas.

Procónsul: Cambia de opinión, créeme. El decreto del Senado es formal. Rinde homenaje a los dioses, adóralos, como todos lo hacemos, y podrás continuar viviendo con nosotros.

Apolonio: Conozco el decreto del Senado, Perennio. Pero aprendí a adorar a Dios, y, por tanto, no puedo honrar a los ídolos hechos con mano de hombre. Por cao no adoraré jamás ni oro ni plata, bronce ni hierro, como tampoco las pretendidas divinidades de madera o di; piedra, que no pueden ver ni oír, sino que son obra de artesanos, de orfebres, de torneros y cinceladores y que no tienen vida. Yo sirvo al Dios del cielo, sólo a Él adoro; a Él, que ha dado a todos los hombres un alma viva, y que cada día les conserva la vida. No, Perennio, no me envileceré, rebajándole más bajo que vuestras miserias; es una vergüenza para nosotros adorar lo que está hecho a la medida del hombre o peor que los demonios.

Los desgraciados hombres pecan cuando adoran lo que es materia, un ídolo tallado en una piedra fría o en una reseca madera, un metal pulido u osamentas sin vida. Es la misma tontería que la de los egipcios que adoran, entre otras muchas infamias, una cubeta o como, se dice vulgarmente, un baño de pies. ¡Cuánto ridículo en esta falta de educación! Los atenienses, todavía hoy, veneran una cabeza de buey a la que llaman la Fortuna de Atenas. ¡Ni siquiera pueden orar • tus dioses!

Todas estas cosas sólo pueden perjudicar a las almas que en ellas creen. ¿Qué diferencia hay entre esos ídolos de arcilla cocida o una concha marina rota? Ruegan a estatuas de dioses que no pueden oír como nosotros, que no pueden reclamar nada ni conceder nada. Su apariencia es un engaño. Tienen oídos y no oyen, ojos y no ven, manos que no tocan, pies que no caminan. Su apariencia trastorna la realidad. Creo que Sócrates se burlaba de los atenienses cuando juraba ante un plátano, un árbol de los campos.

En segundo lugar, los hombres pecan además contra el cielo cuando adoran los vegetales, como el ajo y la cebolla, que han devenido dioses en Pelusa; cosas que entran en el estómago y son tiradas a la cloaca.

En tercer lugar, los hombres pecan contra el cielo cuando adoran a los animales, el pez, la paloma o, como entre los egipcios, el perro y el mono, el cocodrilo y el buey, el áspid y el lobo, tantas imágenes como costumbres practican.

En cuarto lugar, los hombres pecan contra el cielo cuando adoran a seres dotados de palabra, hombres devenidos de los demonios malhechores. Llaman dioses a hombres que existieron, como los atestiguan sus propias leyendas: Dionisios, destrozado; Hércules, quemado vivo; Zeus, enterrado en Creta. Tratan de explicar los nombres de los dioses por el sentido de los mitos. Los mismos nombres de sus divinidades reposan sobre leyendas que son su fundamento. ¡No quiero nada de esa impiedad, la rechazo!

Perennio: Apolonio, el decreto del Senado prohíbe ser cristiano.

Apolonio: El decreto de Dios no puede ceder ante el de los hombres. Cuanto más matéis, despreciando la justicia y las leyes y a pesar de su inocencia a aque-

líos que tienen fe en Dios, más Dios aumentará su número. Quiero, Perennio, que sepas una cosa: para todos los hombres sin distinción, reyes, senadores o poderosos de la tierra, ricos o pobres, hombres libres o esclavos, grandes, filósofos o ignorantes, Dios ha decretado la muerte, y después de la muerte, el juicio.

Pero la manera de morir no es la misma. Entre nosotros, los discípulos del Verbo se muere todos los días a los placeres; mortifican sus pasiones con la templanza, para conformar su vida con la voluntad de Dios. Puedes creerme, Perennio, no miento. En nuestra vida no hay gozo que no sea reprimido; apartamos nuestras miradas cuando son solicitadas por un espectáculo vergonoso y nuestros oídos de toda palabra peligrosa, con el fin de conservar puras nuestras almas. Practicando tal norma de vida, no consideramos terrible morir por el Dios verdadero. Nosotros le debemos lo que somos. He aquí por qué sufrimos con toda paciencia para no morir con muerte eterna.

En la vida, como en la muerte, estamos en el Señor. Por otra parte, disentería o fiebre pueden matarnos en cualquier momento. Matarme será para mí como morir por una de esas enfermedades.

Perennio: Apolonio, ¿amas la muerte?

Apolonio: Amo la vida, pero el amor a la vida no me hace temer la muerte. Nada mejor que la vida, pero la vida eterna, la vida que se convierte en inmortalidad para el alma que ha vivido bien aquí abajo.

Perennio: No comprendo lo que dices; no conozco cuanto me expones de tu religión.

Apolonio: ¿Cómo podrían nuestras almas volverse a encontrar, Perennio? ¿Comprendes tan poco las maravillas de la gracia! Es necesario que el alma se abra a la luz para descubrir al Verbo del Señor, como los

ojos para percibir la claridad. La palabra es vana para aquellos que no pueden comprender, como es vana la luz para los ciegos.

Entonces intervino un filósofo cínico: «Apolonio, guarda tus injurias para ti. Estás a punto de divagar creyéndote profundo.»

Apolonio: He aprendido a orar, no a injuriar. Tus palabras dan testimonio de la ceguera de tu corazón, a pesar de los vanos discursos que sobre ello podrías hacernos. Es necesario no comprender nada para ver en la verdad una injuria.

Perennio: Nosotros sabemos que el Verbo de Dios engendró el cuerpo y el alma de los justos. Habló y enseñó como era agradable a Dios.

Apolonio: Este Verbo es nuestro Salvador, Jesucristo. Como hombre, nació en Judea. Era justo en toda cosa y estaba lleno de la sabiduría de Dios. Por amor a los hombres, nos dio a conocer al Dios del universo y el ideal de virtud que convenía para llevar una vida santa. Por su pasión rompió la fuerza del pecado. Nos enseñó a dominar las pasiones, temprar nuestros deseos, disciplinar el gusto de los placeres, abreviar nuestros sufrimientos. Su doctrina consistía en vivir en comunión con nuestro prójimo, crecer siempre en caridad, alejar de nosotros la vana gloria y perdonar las injurias. Por respeto a la justicia, nos ha pedido despreciar la muerte, no porque seamos culpables, sino para soportar la injusticia de los culpables.

Todavía nos pidió otras cosas: respetar la ley, honrar al emperador, adorar tan sólo al Dios inmortal, creer en la inmortalidad del alma, esperar el juicio prometido por Dios a aquellos que vivieron piadosa-

mente. He aquí lo que claramente nos ha enseñado Cristo, apoyándolo en numerosas pruebas. Y Él mismo consiguió un gran renombre de virtud. Pero se atrajo el odio de los ignorantes, como antes que Él los justos y los filósofos. Los justos molestan a los malos. Según la Escritura, los insensatos gritan en su injusticia: «Encarcelemos al justo porque nos molesta.» También entre los griegos se cita una frase de cierto filósofo: «El justo será azotado, torturado, encarcelado. Se le quemarán los ojos, y después de todos estos males se le empalará.»

Los delatores de Atenas hicieron condenar a Sócrates injustamente, engañando al pueblo. También otros malvados hicieron condenar de la misma manera a nuestro Maestro y Salvador, después de haberle ultrajado.

Tal fue también el trato reservado a los profetas, que habían predicho grandes maravillas sobre este hombre: «Un hombre, decían, debe venir, y será justo y virtuoso en todo; extenderá sus bienes sobre todos los hombres, les enseñará la virtud y les persuadirá para que adoren al Dios del universo.» Ese es el Dios que adoramos con fervor. De Él aprendimos a caminar según la ley santa, que hasta entonces ignorábamos. Y no nos hemos extraviado.

Admitamos que éste sea un error, como decís vosotros; el creer en la inmortalidad del alma, en el juicio después de la muerte, en la recompensa, en la resurrección y en el juicio de Dios. Pues bien, aunque así fuera, fomentaríamos en nosotros tal ilusión, que nos ha enseñado a vivir bien y esperar la realización de nuestras esperanzas, a pesar de los males presentes.

Perennio: Esperaba, Apolonio, que renunciarías a

esas ideas y que honrarías a los dioses junto a nosotros.

Apolonio: Y yo creía que estas aclaraciones sobre mi religión te ayudarían, que mis explicaciones abrirían en ti los ojos del alma y que su espíritu daría frutos. Pensaba conducirte a adorar al Dios que ha creado todas las cosas y que cada día harías ascender hacia Él tus oraciones y tus sacrificios incruentos y puros a sus ojos con actos de piedad y de humanidad.

Perennio: Quisiera devolverte la libertad, Apolonio; pero los decretos del emperador Cómodo se oponen a ello. Pero, por lo menos, quiero tratarte humanamente en la muerte.

Y le condenó a ser decapitado.

Apolonio: Doy gracias a Dios, procónsul Perennio, con todos aquellos que han confesado al Dios todopoderoso, su Hijo único, Jesucristo, y el Espíritu Santo por tu sentencia, que me trae la salvación.

ANO 203, EN CARTAGO

PERPETUA Y FELICIDAD

Prefacio.

Los ejemplos de fe de nuestros padres, que dan testimonio de la gracia de Dios y edifican a los hombres, han sido cuidadosamente consignados en este escrito. Su lectura, que evoca tan altos frutos, da gloria a Dios y conforta al hombre. ¿Por qué no dar cuenta de los ejemplos nuevos que ofrecen las mismas ventajas? A su vez estos hechos nuevos devendrán antiguos; serán necesarios a la posteridad, incluso aunque hoy no se les atribuya la menor autoridad a causa de la obsesión que se tiene por lo antiguo.

Así, pues, aquellos que aprecian desde hace muchas generaciones el poder siempre idéntico de un mismo Espíritu Santo que abran los ojos. Acaso fuera necesario prestar más importancia a estos prodigios recientes, puesto que son más recientes y la gracia debe extenderse cada vez más en estos últimos

tiempos por el mundo. «En estos últimos días, dice el Señor⁸, extenderé mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán. Sí, repartiré mi Espíritu sobre mis servidores y sobre mis servidoras; los jóvenes tendrán visiones y los ancianos sueños.»

He aquí por qué aceptamos las profecías y las nuevas visiones que Dios nos ha prometido. Las honramos como otras nuevas manifestaciones del Espíritu que sirven a la Iglesia. Ese mismo Espíritu ha sido enviado a la Iglesia para dispensar todos los dones en la medida en que el Señor los distribuye a cada uno de nosotros.

Por tanto, es necesario poner por escrito todas estas maravillas y hacerlas leer para gloria de Dios De tal manera que no seremos pusilánimes, ni desconfiados respecto de la gracia, ni imaginaremos que sólo los antiguos recibieron la gracia divina, ya en los mártires, ya en las revelaciones. Dios cumple siempre sus promesas para servir de testimonio a los no creyentes, de sostén a los fieles.

Por esto, queridos hermanos e hijos, os anunciamos lo que hemos oído, lo que hemos tocado. De esta manera, los que habéis asistido a esos acontecimientos os acordaréis de la gloria del Señor. Y los que los conocéis leyendo este escrito, entraréis en comunión con los santos mártires, y, a través de ellos, con el Señor Jesucristo, al que pertenecen la gloria y el honor en los siglos de los siglos. Amén.

⁸ El desarrollo del Espíritu y la profecía traiciona las tendencias montañistas del redactor de estos hechos. No es difícil advertir la importancia excesiva concedida a las visiones en esta narración.

Arresto en Tuburbo.

Arrestaron jóvenes, catecúmenos: Revocado y Felicidad, su compañera de esclavitud; Saturnino y Secúndulo. Con ellos se encontraba Vibia Perpetua. Era noble de nacimiento, había recibido una brillante educación y había hecho un buen matrimonio. Perpetua tenía todavía padre y madre, dos hermanos, uno de los cuales era también catecúmeno, y un hijo todavía lactante, un muchacho. Tenía alrededor de veintidós años. Ella misma ha contado toda la historia de su martirio. Hela aquí escrita de su mano y según sus impresiones.

Narración de Perpetua.

Todavía estábamos bajo custodia, en Tuburbo, cuando ya mi padre me hostigaba—nos cuenta Perpetua—. Movidó por su ternura hacia mí, trataba de quebrantar mi fe.

—Padre—le dije—, ¿ves el vaso que está en el suelo, esta vasija o esto otro?

—Sí—dijo mi padre.

—¿Se le puede poner otro nombre que el que lleva?—le dije.

—No—me respondió.

—Tampoco yo puedo darme otro nombre que el que llevo: soy cristiana.

Mi padre se exasperó con estas palabras, y se lanzó sobre mí para arrancarme los ojos; se contentó con maltratarme y se fue, vencido, junto con los argumentos del demonio.

Durante varios días no le volví a ver; yo le daba gracias a Dios por ello; tal ausencia fue para mí un descanso. Precisamente en este corto lapso fuimos bautizados. El Espíritu Santo me inspiró no pedir nada al agua santa más que la fuerza para resistir en mi carne.

Algunos días más tarde fuimos trasladados a la prisión de Cartago. Quedé horrorizada: jamás me había encontrado entre tales tinieblas. ¡Doloroso día! El calor que se desprendía de la muchedumbre de detenidos era sofocante; los soldados trataban de hacerse con nuestro dinero. En fin, yo no podía ya de inquietud por mi hijo. Entonces, Tercio y Pomponio, los diáconos abnegados que cuidaban de nosotros, obtuvieron con dinero que se nos autorizara a descansar, durante unas horas, en un lugar más agradable de la prisión. En aquel momento, todos los prisioneros abandonaban el calabozo y hacían lo que querían. Yo amamanté a mi hijo, que moría de hambre. Como me sentía inquieta por su suerte, hablé con mi madre. Después reconforté a mi hermano, confiándole mi hijo. Sufría mucho al ver cómo los míos sufrían por mí. Durante muchos días, estas inquietudes me torturaron. Acabé por obtener que mi hijo permaneciera en la prisión conmigo. Inmediatamente recobró fuerzas y quedó liberado de las penas y de las preocupaciones que me había causado. De golpe, la prisión se convirtió para mí en palacio, y me encontraba allí mejor que en cualquier otra parte.

Un día, mi hermano me dijo:

—Hermana, ahora tienes crédito ante Dios. Puedes pedirle que te manifieste por medio de una visión lo que te espera: el martirio o la libertad.

Yo sabía que mantenía conversaciones con el Se-

ñor, que me había colmado de beneficios. Llena de confianza, se lo prometí a mi hermano, añadiendo:

—Mañana te daré la respuesta.

Me puse a orar, y he aquí mi visión:

Vi una escala de bronce de tal altura, que llegaba hasta el cielo. Era tan estrecha, que sólo se podía ascender por ella uno a uno. En los peldaños de la escalera había adosados toda suerte de instrumentos de hierro: espadas, lanzas, garfios. Aquel que subiera sin poner cuidado sería desgarrado, dejando tiras de carne en las puntas de hierro. Al pie de la escalera había un dragón de gran tamaño; tendía trampas a los que querían subir para impedirselo.

Saturo subió el primero. Se había entregado libremente, después de nuestra detención, por nuestra causa. El nos había convertido. Estaba ausente cuando fuimos arrestados.

Llegado a lo más alto de la escalera, se volvió hacia mí y me dijo:

—Perpetua, te espero; pero cuida que no te muerda el dragón.

Respondí:

—Por el nombre de Jesucristo, no me hará mal alguno.

En la base de la escalera, el dragón irguió lentamente la cabeza, como si me temiera. Al tomar impulso para alcanzar el primer tramo, le reventé la cabeza con el talón de mi pie.

Después, subí. Y entonces vi un inmenso jardín. En medio del jardín había un hombre canoso, alto, vestido como un pastor. Se ocupaba en ordeñar ovejas. A su alrededor había gentes vestidas de blanco; había millares. Levantó la cabeza, me vio y me dijo:

—Bienvenida, hija mía.

Me llamó y me dio un bocado de queso que preparaba. Lo recibí con las manos juntas, lo comí y todos los asistentes decían: «Amén.» Con el ruido de sus voces desperté, saboreando no sé qué dulzura.

Inmediatamente conté esta visión a mi hermano, y comprendimos que era el martirio lo que nos esperaba. Desde ese momento no esperamos ya- en las cosas de aquí abajo.

Unos días más tarde corrió el rumor de que íbamos a ser interrogados. Mi padre llegó a toda prisa de Tuburgo, quebrantado por el dolor. Y vino a mí para quebrantarme la fe.

—Ten piedad, hija mía, de mis cabellos blancos —me dijo—. Ten piedad de tu padre, si todavía soy digno de que me llames padre. Te he educado con mis manos hasta la flor de la edad; te he preferido a todos tus hermanos; no me entregues a la burla de los hombres. Piensa en tus hermanos, piensa en tu madre y en tu tía; piensa en tu hijo, que no podrá vivir sin ti. Retráctate en tu decisión, no arruines a toda tu familia. Nadie más podrá hablar ya como hombre libre si eres condenada.

Esto es lo que decía mi padre, llevado por su cariño. Y al hacerlo cubría mis manos de besos y se echó a mis pies; llorando, ya no me llamaba hija, sino señora. Sufría al ver a mi padre en tal estado; el único que no se alegraría en toda mi familia de mi pasión. Le reconforté diciendo:

—Ante el tribunal sólo sucederá lo que Dios quiera. Sabe que nuestra suerte no depende de nosotros, sino de Dios.

Y se alejó, desolado.

Otro día, mientras comíamos, nos llevaron repen-

finamente ante el tribunal. Llegamos al foro. La noticia se extendió rápidamente por los barrios vecinos, y se reunió rápidamente una gran muchedumbre.

Subimos al estrado. Interrogaron a los otros, que confesaron su fe. Llegó mi turno, y en aquel momento aparece bruscamente mi padre llevando a mi hijo en los brazos.

Me arranca de mi puesto, y me dice:

—Apíadate de tu hijo.

El procurador, Hilariano, que sustituía a Minucio Timiniano, el procónsul fallecido, y tenía derecho de espada, insistió a su vez:

—Ten piedad de los cabellos blancos de tu padre, de la tierna edad de tu hijo. Sacrifica por los emperadores.

Yo respondí: No sacrificaré.

Hilariano: ¿Eres cristiana?

Yo respondí: Yo soy cristiana.

Mi padre permanecía junto a mí para hacerme flaquear. Hilariano dio una orden: hicieron que mi padre se fuera y le golpearon con un vergajo. Sentí el golpe como si lo hubiera yo recibido. Sufría con su vejez y con su sufrimiento.

Y el juez pronunció la sentencia: fuimos condenados a las bestias. Y nos fuimos felices hacia la prisión.

Como mi hijo seguía mamando, habitualmente permanecía en la prisión conmigo, y tan pronto llegué a la cárcel envié al diácono Pomponio para que se lo reclamara a mi padre. Pero mi padre se negó a dárselo. Desde aquel día mi hijo no volvió a pedir la teta y yo dejé de ser incomodada por la leche. De esta manera cesaron las inquietudes por mi hijo y los dolores en mis senos.

Pocos días después estábamos todos en oración cuando de pronto se me escapó un nombre, el de Dinocrato. Me quedé asombrada por no haber pensado hasta entonces en él, y me entristecí pensando en sus desgracias. Pero comprendí que ahora podía orar por él y que tal era mi deber. Y me puse en oración, dirigiendo al Señor por él, gimiendo, intensas plegarias.

La noche siguiente tuve una visión. Vi a Dinocrato salir de un lugar tenebroso, donde había mucha gente. Tenía mucho calor y moría de sed. Su vestido estaba descuidado, su tez pálida. Tenía sobre el rostro la llaga que llevara al morir. Este Dinocrato era mi hermano según la carne. Tenía siete años cuando murió de manera miserable de cáncer en la cara. Su muerte horrorizó a todos. Había rogado por él. Entre él y yo, ahora que él estaba allí, había una gran distancia : no nos hubiéramos podido reunir. En el lugar en donde estaba Dinocrato había una piscina llena de agua, con una profundidad mayor que la altura de un niño. Dinocrato hacía vanos esfuerzos por beber; me afligía viendo aquella piscina llena de agua, cuyas márgenes eran demasiado altas para que un niño pudiera saciar su sed.

En aquel momento desperté. Comprendí que mi hermano sufría, pero estaba convencida que podría mitigar sus sufrimientos. Rogué por él todos los días hasta el momento en que fuimos trasladados a la prisión militar. Debíamos luchar en los juegos militares, celebrados para festejar el aniversario de César Geta. Seguí rogando por mi hermano, pidiendo su gracia con gemidos y lágrimas.

Un día que estábamos en el calabozo tuve una nueva visión. Volví a ver el lugar que viera por vez pri-

mera. Dinocrato, esta vez, estaba curado, bien vestido y alegre. En lugar de la llaga, una cicatriz. El margen de la piscina era más bajo, llegaba a la cintura del niño, y éste podía beber sin esfuerzo. En el margen había una copa de oro llena de agua. Dinocrato se acercó y comenzó a beber. Pero la copa estaba siempre llena. Cuando hubo saciado su sed, se acercó a la piscina para jugar con el agua, como hacen los niños. Fue entonces cuando desperté; comprendí que le había sido remitida la pena.

Pocos días después, Pudén, un ayudante de la guardia de la prisión, se comportó de manera muy amable con nosotros. Comprendió que la fuerza de Dios estaba en nosotros. Dejaba entrar muchos visitantes, lo que nos permitía animarnos mutuamente.

El día de los juegos se acercaba, no obstante. Mi padre vino a verme. La pena le minaba el ánimo, y se puso a arrancar su barba, a revolcarse por el suelo, a arrodillarse, el rostro contra el suelo. Maldecía sus años y sabía decir palabras que hubieran quebrantado la voluntad de cualquiera. Yo lloraba sobre los infortunios de su vejez.

Hoy, víspera del día fijado para nuestra lucha, acabo de tener la visión siguiente:

El diácono Pomponio había llegado hasta la puerta de la prisión y la golpeaba con fuerza. Salí para abrirle. Llevaba una túnica blanca, sin cinto, así como sandalias galas de múltiples cordones. Me dijo: «Perpetua, te esperamos; ven.»

Me tomó de la mano y comenzamos a caminar por un sendero escarpado y sinuoso. Llegamos, con mucho esfuerzo, al anfiteatro; estábamos sin aliento. Me con-

dujo al centro de la arena y me dijo: «No tengas miedo, estoy contigo; yo te ayudaré.» Y se fue.

Vi entonces una gran muchedumbre que parecía estupefacta. Sabía que estaba condenada a las fieras y me asombraba que no soltaran ninguna contra mí. Entonces avanzó hacia mí un egipcio repugnante. Con sus esbirros se disponía a luchar contra mí. En aquel mismo instante, hermosas jóvenes se alinearon junto a mí. Eran mis ayudas y mis partidarios. Me desnudaron y me convertí en un hombre. Mis partidarios comenzaron a darme fricciones de aceite, como se hace antes de la lucha. Y veía frente a mí cómo el egipcio se revolcaba sobre la arena.

Fue entonces cuando se adelantó un hombre de talla extraordinaria; era tan grande, que era más alto que los muros del anfiteatro. Llevaba una túnica flotante color púrpura sobre el pecho, entre dos bandas; sus sandalias galas estaban adornadas de oro y de plata. Tenía en su mano una verga como el jefe de los gladiadores, y un ramo verde con manzanas de oro. Pidió silencio, y dijo: «Si el egipcio vence sobre esta mujer, la matará con la espada; si ella vence recibirá este ramo.» Y se retiró.

Nos enfrentamos y nos golpeamos con los puños. El egipcio intentó cogermé por los pies, y yo con el talón golpeé su rostro. De pronto, me sentí alzada en el aire y pude seguir golpeándole sin tocar el suelo. Pero como el resultado final se hacía esperar, uno las manos entrelazando los dedos, cojo la cabeza del egipcio, cae por tierra y con un golpe de mi talón destrozo su cabeza.

La muchedumbre me aclama, mis partidarios cantan victoria. Me acerco al jefe de lucha y recibo el ramo. Me besa y me dice: «Hija mía, la paz sea contigo.»

Orgullosa de mi triunfo, me dirijo hacia la puerta de los Vivos".

Fue en este momento cuando me desperté. Comprendí que combatiría no contra las fieras, sino contra el diablo. Y yo estaba segura de mi victoria.

He aquí lo que he contado hasta la víspera de los juegos. Si alguien quiere contar mi lucha, que lo haga.

Narración de Saturo.

El bienaventurado Saturo tuvo también una visión. Hela aquí tal como la ha contado él mismo por escrito

Nuestro martirio se había consumado y habíamos abandonado nuestro cuerpo. Cuatro ángeles nos llevaron hacia el Oriente, pero sus manos no nos tocaban. Subíamos, no tumbados sobre nuestras espaldas y el rostro vuelto hacia el cielo, sino como caminantes que ascienden una suave pendiente. Cuando hubimos trascendido las primeras esferas del mundo, vimos una luz cegadora. Dije entonces a Perpetua, que iba a mi lado: «He aquí lo que nos ha prometido el Señor; hemos llegado.»

Siempre conducidos por los cuatro ángeles, habíamos llegado a una explanada inmensa que se asemejaba a un jardín, con adelfas y toda clase de flores. Los árboles tenían el tamaño de los cipreses y sus hojas cantaban sin cesar. En este jardín había cuatro ángeles más deslumbradores que los otros. Cuando nos vieron, nos acogieron con grandes muestras de deferencia y dijeron a los otros ángeles con admiración:

Una puerta de la ciudad de Cartago.

«¡Helos aquí, helos aquí!» Intimidados, los cuatro ángeles que nos condujeron nos posaron en el suelo.

Entonces caminamos a través de un estadio por una larga avenida, y encontramos a Jocundo, Saturnino y Artaxio, que habían sido quemados vivos en la misma persecución. Quinto, que murió mártir en la prisión, también se encontraba allí. Cuando preguntamos noticias de todos los demás, los ángeles nos dijeron: «Venid primero; entrad, e id a saludar al Señor.»

Llegamos junto a un palacio cuyos muros parecían estar contruidos de luz. En el umbral, cuatro ángeles; cuando entramos nos revisten de blanco. Entramos y oímos un coro que dice sin cesar: «¡Santo, Santo, Santo!» En la sala hay un hombre vestido de blanco. Su rostro es joven y sus cabellos brillantes como nieve. No se ven sus pies. A sus lados, cuatro ancianos. Tras ellos otros ancianos en pie. Avanzamos maravillados, y nos detenemos ante el trono. Cuatro ángeles nos alzan y besamos al Señor, que nos acaricia, la mano. Después, los ancianos nos dicen: «¡ En pie!» Obedecemos, y cambiamos el beso de la paz. Al fin, los ancianos nos dicen: «Id a solazaros.»

Y digo a Perpetua: «Tú posees lo que deseas.»

Ella me responde: «Sí, a Dios gracias. Alegre vivía; más lo seré aquí.»

Al salir del palacio, a la derecha, junto a la puerta, encontramos al obispo Opta; a la izquierda, al sacerdote y doctor Aspasio. Parecen estar en desacuerdo y tristes. Se lanzan a nuestros pies diciendo: «Restableced la paz entre nosotros; os marchasteis mientras discutíamos.» Nosotros les respondimos: «¿No eres tú nuestro padre, y tú, un sacerdote? ¿Cómo os hincáis a nuestros pies?»

Y muy emocionados les abrazamos. Perpetua co-

menzó a hablar en griego con ellos, y les condujimos al jardín, bajo una adelfa.

Hablamos con ellos, y llegaron los ángeles: «Dejad que los mártires reposen—dijeron—. Si tenéis dificultades entre vosotros, perdonaos mutuamente.» Lo que les turbó. Y dirigiéndose a Opta, añadieron los ángeles: «Corrige a tus fieles. Cuando se reúnen alrededor tuyo se diría que vuelven del circo; discuten como facciosos.»

Y nos pareció que los ángeles querían cerrarles la puerta en la cara. Reconocimos a muchos hermanos, mártires como nosotros. Por alimento teníamos un perfume inefable que nos saciaba.

En este momento, muy alegre, desperté.

Narración del redactor anónimo.

He aquí las visiones más notables de los bienaventurados mártires Saturo y Perpetua, tales como las redactaron ellos mismos.

En cuanto a Secundo, Dios, con una muerte prematura, le llamó a Sí mientras estaba todavía en la prisión. La gracia divina le arrancó de los dientes de las fieras. Pero si su alma no ha conocida la espada, su cuerpo, al menos, sintió la amenaza.

Felicidad también obtuvo del Señor una gran gracia. Estaba embarazada de ocho meses en el momento de ser arrestada. Cuando se acercaba el día de los juegos se desasosegaba pensando que aplazarían su martirio a causa del estado en que se encontraba: la ley prohibía ejecutar a las mujeres embarazadas. Temía Irnor que vertir su sangre pura y sin mancha junto

- una hornada de criminales. Sus compañeros de mar-

tirio estaban profundamente tristes con sólo pensar que tendrían que dejar sola a tan buena compañera, una amiga que junto a ellos caminaba hacia una misma esperanza.

Por eso, tres días antes de los juegos, todos juntos, dirigieron al Señor su oración. Tan pronto como hubieron terminado su ruego, los dolores comenzaron en Felicidad. Sufría mucho y gemía a causa de las dificultades de un parto en el octavo mes. Y entonces uno de los carceleros le dijo: «Si ahora gimes, ¿qué harás cuando seas echada a las fieras, que has desafiado negándote a sacrificar?» Felicidad le respondió: «Ahora soy yo quien sufre lo que sufro. Pero allí, en la arena, otro en mí sufrirá por mí, porque yo sufriré por Él.»

Felicidad dio a luz una niña, que una cristiana adoptó como hija.

El Espíritu Santo nos ha permitido, y su permisión fue orden, consignar por escrito la narración de la lucha en los juegos. A pesar de nuestra indignidad, completamos la historia de un mártir tan glorioso. De esta manera creemos realizar el deseo y hasta la misión que la muy santa Perpetua se dignó confiarnos.

En primer lugar, recordemos un rasgo de su firmeza y de la grandeza de su alma. El tribuno trataba duramente a los detenidos. Cegado por las advertencias de personas sin seso, temía que los prisioneros pudiesen escapar por arte de magia. Perpetua le dijo en pleno rostro: «¿Por qué niegas otro trato más suave a tan dignos condenados, que deben combatir por el aniversario de César? ¿No va en nada tu reputa-

ción al exhibir en la arena a prisioneros bien alimentados?»

El tribuno, desconcertado, enrojeció. Y dio orden que trataran a los prisioneros más humanamente. Hasta el punto que los hermanos de Perpetua y todos los otros visitantes pudieron entrar en la prisión y aportar su confortamiento. Tanto más cuanto que el jefe de la prisión acababa de convertirse.

La víspera de los juegos tuvo lugar la última comida de los prisioneros, que se llama «la comida libre». Los mártires, en la medida en que podían, trocaban **esta** comida de orgía en ágape. Hablaban a la muchedumbre con su valor habitual, poniéndoles en guardia contra el juicio de Dios. Proclamaban su alegría feliz por dar la vida y se burlaban de los mirones. «¿No os basta el día de mañana—les decía Satura—para contemplar a placer a los que aborrecéis? Hoy amigos, mañana enemigos. Fijaos bien en nuestros rasgos, con el fin que nos conozcáis en el día del juicio.» Todos los paganos *se* retiraban de allí confundidos; muchos de ellos se convirtieron.

Al fin amaneció el día de la victoria. Los mártires abandonaron la prisión y se dirigieron hacia el anfiteatro; se hubiera dicho que subían al cielo. Radian-tes los rostros, estaban hermosos. Estaban emocionados no de miedo, sino de alegría. Perpetua iba detrás con paso tranquilo, como una gran dama de Cristo, como la pequeña bienamada de Dios. El brillo de su mirada obligaba a todos los espectadores a bajar los ojos. Felicidad la seguía; era feliz por su gozosa manumisión, que le permitía enfrentarse con las fieras; estaba extasiada por ir de una sangre a otra sangre, del parto al martirio, para recibir un segundo bautismo.

Cuando llegaron a la puerta de la arena, se les quiso forzar a que se revistieran de ropas sacrilegas: para los hombres, las de los sacerdotes de Saturno; para las mujeres, las de las sacerdotisas de Ceres. Pero Perpetua se resistió firmemente hasta el final; se negó con invencible tenacidad. «Si hemos venido aquí voluntariamente—decía—es para defender nuestra libertad. Si sacrificamos nuestra vida es para no tener que hacer semejante cosa. Sobre esto hemos establecido un contrato con vosotros.» La injusticia debió ceder ante la justicia. El tribuno consintió en dejarles aparecer en la arena con sus vestidos ordinarios.

Perpetua cantaba; ella comenzaba a golpear la cabeza del egipcio. Revocado, Saturnino y Saturo amenazaban al pueblo con la cólera divina. Cuando pasaron ante el palco de Hilariano, le dijeron con gestos y con signos: «Tú nos juzgas, pero Dios te juzgará a ti.» El pueblo exasperado pidió que les azotaran los cazadores, alineados en fila. Los mártires se alejaron de ellos; así podrían participar, compartir los sufrimientos de Cristo.

Aquel que dijo «pedid y recibiréis» concedió a cada uno el género de muerte que había deseado. Los días anteriores, cuando hablaban entre sí, Saturnino había dicho que quería ser expuesto a todas las fieras, para llevarse una corona más gloriosa. Tan pronto como comenzó el espectáculo, él y Revocado fueron atacados por un leopardo; después, sobre la tarima, fueron despedazados por un oso.

Saturo tenía horror por los osos. Quería ser muerto por un zarpazo de leopardo. Primero se lanzó sobre él un jabalí, pero el cazador que desató la bestia contra el mártir fue reventado por la fiera y murió pocos días después de los juegos. Saturo, por el contrario,

fue sólo tirado sobre la arena. Después le ataron en el puente de la tarima para que fuera desgarrado por un oso, pero el oso no quiso abandonar su jaula. Una vez más Saturo fue retirado de ante las fieras sin heridas.

Para las mujeres jóvenes habían reservado una vaca enfurecida. El diablo había inspirado a los verdugos que se procuraran este animal, desacostumbrado en los juegos, para insultar mejor al sexo de la mujer. Las envolvieron a todas en redes y las expusieron de tal manera en la arena. El público se estremeció de vergüenza, viendo que una de ellas estaba muy débil, que otra acababa de dar a luz y perdía la leche por sus senos. Las retiraron y revistieron de túnicas sin cintura.

Perpetua fue la primera en ser lanzada al aire. Cayó de espaldas, sobre sus riñones. Tan pronto como pudo sentarse, advirtió que su vestido estaba rasgado por uno de los lados, y se las compuso para ocultar sus piernas, más atenta al pudor que al dolor. Después buscó una horquilla para acomodar sus cabellos, que se habían soltado, pues una mártir no puede morir con el pelo suelto, con el fin de no parecer que está de duelo el mismo día de su gloria; después se puso en pie y vio a Felicidad, que parecía estar rota; se acercó a ella, le tendió la mano y la ayudó a ponerse en pie. Al verlas en pie, la credulidad inhumana fue vencida y se las hizo salir por la puerta de los Vivos¹⁰.

Allí, Perpetua fue recogida por un catecúmeno llamado Rústico, muy vinculado a ella. Perpetua pareció despertar de un profundo sueño, tanto había du-

rado el éxtasis del Espíritu. Miró alrededor, y todos los asistentes quedaron estupefactos cuando preguntó: «¿Cuándo vamos a ser expuestas a esa vaca?» Como le dijeran que ya lo habían sido, no quería creerlo, y sólo se rindió a la evidencia al ver sobre su vestido y sobre su cuerpo las señales del suplicio. Después llamó a su hermano y al catecúmeno. Les dijo: «Permaneced firmes en la fe. Amaos los unos a los otros. Que nuestros sufrimientos no sean para vosotros un motivo de escándalo.»

Durante este tiempo, Saturo animaba al soldado Prudencio en otra puerta: «A fin de cuentas—le decía—, como lo esperaba y lo predecía, no he sido tocado por bestia alguna hasta ahora. Cree ahora con toda tu alma. Ha llegado el momento en que debo aparecer sobre la arena; con una sola dentellada, un leopardo me herirá mortalmente.» Era casi el final del espectáculo; soltaron contra Saturo un leopardo, que de un mordisco le bañó en su sangre. La muchedumbre gritó como para dar testimonio de un segundo bautismo: « ¡ Míralo qué bien lavado, qué bien salvado va! » No hay duda de que había sido bien salvado, aquel que había sido lavado con su propia sangre.

Saturo dijo entonces al soldado Prudencio: «¡Adiós! Acuérdate de mi fe. Que no te haga desfallecer sino que te fortifique.» Al mismo tiempo le pidió el anillo que llevaba en su dedo y lo mojó en la sangre de su herida y se lo devolvió como para dejarle como herencia un recuerdo y una garantía de su martirio. Después se desvaneció.

Se le extendió en el suelo para decapitarlo como a todos los demás en la sala del expolio. Pero el pueblo pidió que condujeran de nuevo los heridos al centro de la arena para saborear el espectáculo de la es-

pada penetrando en los cuerpos vivos y haciendo que las miradas fueran cómplices del homicidio. Los mártires se levantaron por sí mismos y se dirigieron por su pie al lugar donde la muchedumbre pedía. Primero se dieron el beso de paz, para consumir el martirio según el rito de la fe. Todos permanecieron inmóviles y recibieron en silencio el golpe mortal.

Saturo, que en la visión iba el primero, fue el primero que rindió su alma, pues debía esperar a Perpetua. Perpetua tuvo tiempo para saborear el dolor: golpeada primero en las costillas, lanzó un gran grito; después, ella misma cogió la mano del gladiador novato y dirigió la espada a su garganta. No hay duda que tal mujer sólo podía morir por propia voluntad, tanto la temía el demonio.

¡Valerosos y bienaventurados mártires! Habéis sido elegidos juntos para la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Todo aquel que le magnifica, que le honra y le adora debe leer estos nuevos ejemplos para edificación de la Iglesia, porque no son menos hermosos que los de otro tiempo. Dan testimonio de uno y mismo Espíritu que siempre actúa, así como Dios todopoderoso y su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, a quienes pertenece la gloria y el poder soberano en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 202, EN ALEJANDRÍA

'POTAMIANA Y BASILDO

Basildo fue el séptimo de los discípulos de Orígenes que murió mártir. Fue tocado por la gracia al conducir a la muerte a Potamiana, la virgen tan conocida, que las gentes siguen hablando de ella en sus conversaciones. Para conservar la pureza de su cuerpo y su virginidad, debió rechazar las proposiciones de pretendientes locamente enamorados de ella. Y en verdad, junto a la belleza del alma, florecía en ella la gracia de un cuerpo en su primera frescura. Había sufrido mil tormentos. Finalmente, después de torturas terribles que hacen estremecer la carne, fue quedada viva con su madre Marcela.

He aquí lo que se cuenta de su martirio.

El juez Aquila la hizo martirizar cruelmente en todo su cuerpo, después la amenazó con entregarla a los gladiadores para ser violada. La joven mártir reflexionó un instante. Le preguntaron en qué pensaba.

Respondió con tal nobleza que sus verdugos le reprocharon el manifestar ideas impías. No había acabado de hablar cuando ya se dictaba su sentencia de muerte.

Basildo, uno de los soldados encargados de los condenados a muerte, la tomó para conducirla a la muerte. Como la muchedumbre tratara de ultrajar a la muchacha y la insultara en términos soeces, Basildo rechazó a los que la insultaban y los mantuvo a distancia. Fue de esta manera como dio muestras a Potamiana de toda su compasión y toda su bondad. Emocionada por tal simpatía, animó al soldado a que tuviera confianza; rogaría por él tan pronto como estuviera cerca del Señor y sería recompensado a buen seguro por tan noble actitud. Después de lo cual Potamiana soportó heroicamente su martirio; le vertieron pez inflamada por el cuerpo, desde la cabeza a los pies, lentamente y poco a poco.

De esta manera triunfó la virgen que las gentes del país celebran.

Basildo no esperó mucho tiempo. Durante un proceso, sus compañeros de armas le pidieron que prestara juramento. Se negó, afirmando que no le era ya posible jurar por los dioses. Era cristiano y lo confesaba abiertamente. Al principio no le tomaron en serio; pero como persistía en sus afirmaciones, le condujeron ante el juez. Repitió su negativa y se confesó cristiano. Le encarcelaron.

Sus hermanos en Dios fueron a visitarle y se informaron del origen de este cambio tan brusco. Lo cual les parecía extraordinario.

Basildo les contó entonces lo siguiente: Tres días después de su martirio, Potamiana se le apareció durante la noche, y le puso una corona sobre la cabeza.

Le dijo haber implorado para él la gracia del Señor, y que su oración había sido oída y que poco después vendría ella a buscarle.

Después de oír esto, sus hermanos le marcaron con el sello del Señor ". Al día siguiente fue decapitado como mártir del Señor.

¹¹ Es decir, recibió el Bautismo.

AÑO 250, EN ESMIRNA

PONIO

El Apóstol alaba a aquellos que viven en la comunión de los santos: el recuerdo de estas vidas vividas en la fe, con toda la intensidad del alma, puede afirmar a aquellos que se esfuerzan en imitar ejemplos tan perfectos.

Ponio merece más que otros permanecer en nuestra memoria. En vida apartó de sus desvíos a una multitud de almas. Ha sido el apóstol de todos nosotros. Y al final, cuando el Señor le llamó a Sí, nos dejó, con su martirio, su testamento para nuestra enseñanza con el fin de que hoy conservemos el recuerdo de su enseñanza.

Narración de Ponio.

Durante la persecución de Decio, el segundo día del decimosexto mes, el día del gran sábado, en el aniversario del bienaventurado Policarpo, arrestaron a

Pionio, Sabina, una mujer piadosa; Asclepio, Macedonia y Limo, sacerdote de la Iglesia católica.

La víspera de la fiesta de San Policarpo, Pionio había visto en sueños que serían arrestados al día siguiente. Celebraba la vigilia con Sabina y Asclepio. Al conocer la noticia, Pionio tomó tres cuerdas, una para él, otra para Sabina y la tercera para Asclepio y las pusieron a sus cuellos. Y esperaron en la casa. Pionio tomó esta decisión para que no se pudiese creer cuando les llevaran que iban como los demás a comer los alimentos sacrificados a los ídolos; por el contrario, todos verían que estaban decididos a ir derechos a la prisión.

Acabaron sus oraciones y acababan de comer el pan sagrado y el agua, era ya sábado, cuando llegó Polemón, el guardián del templo, con sus auxiliares encargados de perseguir a los cristianos y conducirles a sacrificar a los ídolos y a comer los alimentos inmolados.

Palemón: Sin duda, conocéis el decreto del emperador que ordena sacrificar a los dioses.

Pionio: Nosotros conocemos el mandato de Dios que nos ordena adorarle a Él solo.

Palemón: Vais a venir a la plaza pública, y allí acataréis las órdenes.

Sabina y Asclepio afirmaron: «Sólo obedecemos al Dios vivo.» Después de esto, los llevaron, pero sin violencia. Todos los que les vieron pasar se dieron cuenta de que llevaban la cuerda al cuello. Intrigada por este espectáculo extraño, la muchedumbre acudió rápidamente, y pronto aquello fue un verdadero tumulto.

Llegaron a la plaza pública. Los prisioneros fueron conducidos al pórtico oriental, cerca de la Doble

Puerta. La plaza y las azoteas estaban negras de gente curiosa: griegos, judíos, mujeres. La muchedumbre estaba ociosa porque era el gran sábado. Las gentes se aglomeraban sobre los bancos, sobre cajones, para mejor ver.

Los detenidos estaban en el centro de esta muchedumbre. Polemón les dirigió la palabra: «Lo que mejor podéis hacer, Pionio, es obedecer como todo el mundo y sacrificar para evitar los castigos.»

Pionio extendió la mano, y, con el rostro iluminado, comenzó su defensa: «Hombres de Esmirna, que os gloriáis de la belleza de vuestra ciudad y vuestra gloria es contar entre los vuestros a Hornero, el hijo de Mileto, y vosotros, hijos de Israel, que os encontráis entre esa muchedumbre, escuchadme.

He sabido que reís y que os burláis de los apóstatas, que ridiculizáis la flaqueza de aquellos que sacrifican sin oponer resistencia. Vosotros, griegos, saldréis ganando si seguís los consejos de vuestro maestro Homero. ¿No ha dicho, en efecto, que es un sacrilegio burlarse de aquellos que van a morir? Y vosotros, judíos, Moisés os aconseja: «Si ves a la bestia de carga de aquel que te odia caída en el camino, no seguirás adelante en el tuyo, sino que le ayudarás a levantarse.» No deberías escuchar a Salomón: «Si tu enemigo cae, no te alegres, y que tu corazón no salte de alegría al verle caído.»

En cuanto a mí, yo permanezco fiel a mi Maestro; prefiero morir antes que transgredir sus palabras. Me esfuerzo por guardar lo que primero aprendí y he enseñado después.

¿Quiénes somos nosotros para que los judíos se burlen de nosotros sin piedad? Al parecer, somos sus enemigos. Sin embargo, somos hombres y hombres

perseguidos. Pretenden decir que hablamos con claridad y con facilidad. Pero ¿a quiénes hacemos mal? ¿A quién hemos condenado a muerte? ¿A quién hemos perseguido? ¿A quién hemos forzado entre vosotros para que sacrifique a los ídolos? Quizá los judíos se imaginan que sus pecados son menos graves que la caída de aquellos de entre nosotros que sacrifican por una flaqueza que es bien humana. Pero de los judíos a los apóstatas hay una distancia como de una voluntad pervertida a una voluntad que vacila.

¿Quién forzó nunca a los judíos a iniciarse en el culto de Belfegor, a comer los alimentos ofrecidos a los muertos, a prostituirse con las hijas de los paganos? ¿Quién les pide que inmolen a los ídolos a sus hijos y a sus hijas, murmurar contra Dios y hablar mal de Moisés, ser ingratos hacia sus bienhechores y conservar en su corazón la nostalgia de Egipto? Y cuando Moisés subió a la montaña para recibir la ley, ¿quién les pidió suplicar a Aarón: Hagamos dioses y fabricar una vaca de oro? Y toda su historia.

A vosotros, que sois paganos, los judíos pueden engañaros. Pedidles que os expongan los libros de los *Jueces*, de los *Reyes* o del *Exodo* y todo lo que esos libros cuentan. Pasan su tiempo comentando sobre aquellos que han ido a sacrificar sin estar obligados, y por ellos vosotros condenáis a todos los cristianos sin discriminación.

Ved: el espectáculo que tenemos ante los ojos se asemeja a la era del labrador. Qué es más pesado, ¿la paja o el grano? Y cuando el granjero va a limpiar la era a golpe de pala, la paja ligera es llevada por el viento sin esfuerzo, al menor soplo. Pero el grano se queda. Pensad también en la red que es lanzada

al mar. ¿Todo cuanto se recoge es bueno? Aquí ocurre lo mismo.

Cuando nos veis en la tortura, ¿nos consideraréis inocentes o criminales? Si nos consideráis criminales, ¿no merecéis vosotros los mismos castigos que nos infringís injustamente? Si, por el contrario, nos consideraréis inocentes, ¿cuándo los inocentes han sido así torturados? Si el justo se salva con tanto esfuerzo, ¿cuál será la suerte del impío y del pecador? El juicio pesa sobre el mundo; numerosos signos nos advierten de su proximidad.

A lo largo de mis viajes, he recorrido toda Judea. He franqueado el Jordán y he podido contemplar esa tierra que hasta en nuestros días lleva las huellas de la cólera divina. Dios lia castigado los crímenes de los habitantes que mataban y expulsaban a sus huéspedes con violencia. He visto la humareda que todavía hoy aube de sus ruinas y el suelo que el fuego ha reducido a cenizas; he visto a esa tierra castigada con sequedad y esterilidad. He visto el mar Muerto, con su agua cambiada de naturaleza; huye por temor a Dios y no quiere nutrir más a criatura viviente. He visto cómo un hombre sumergiósese en esas aguas y cómo el mar le rechazaba a la superficie, incapaz de soportar todavía el contacto de un cuerpo humano. Ya no puede acoger a hombre alguno en sus aguas para no sufrir por su causa nuevos castigos.

Pero ¿para qué recordar hechos que están alejados de vosotros? Tenéis ante los ojos el suelo de Lidia y contáis la historia de Decápolis, devorada por las llamas. Hasta a vuestros ojos llegan los signos que castigan a los impíos. Recordad el Etna y Sicilia y Licia y las islas de ríos de fuego que surgen gritando. Quizá esos ríos están todavía demasiado lejos de

vosotros. Recordad entonces el prodigio de las aguas ardientes que surgen de las entrañas de la tierra. ¿Sabéis de dónde viene todo ese fuego que la alumbraba, sino de un brasero subterráneo? Habláis de esos incendios y de esas inundaciones que devastaron una parte de la tierra en tiempos de Deucalión, decíais vosotros; nosotros diríamos en tiempos de Noé. Inundaciones parciales, pero que nos muestran lo que sea la catástrofe final.

También nosotros os anunciamos que el juicio futuro de Dios, por su Verbo Jesucristo, será por el fuego. He aquí por qué nos negamos a adorar a lo que vosotros llamáis dioses y por qué no inclinaremos nuestras cabezas ante estatuas de oro.»

Tal fue el discurso de Pionio. Dijo todavía algunas otras cosas como una fuente que es imposible cegar. Polemón, su corte y la muchedumbre estaban tan atentos a sus palabras y el silencio era tan denso, que todos retenían el aliento.

Pionio renovó su negativa: «¡Jamás adoraremos vuestros dioses, jamás inclinaremos nuestras cabezas ante las estatuas de oro!» Entonces condujeron a los prisioneros al centro de la plaza pública, a cielo descubierta, y la muchedumbre hizo un cerco alrededor de Pionio.

Todo el mundo suplicó a Pionio, incluso el mismo Polemón: «Créenos, Pionio, todos te queremos bien; eres digno por tus numerosas cualidades de continuar viviendo; eres honrado y eres bueno. ¡Es tan dulce vivir y es tan hermosa la luz!» Y no cesaban de suplicarle con todas las razones posibles.

Pionio les respondió: «Sí, sé que es dulce vivir; pero nosotros vamos en busca de una vida mejor. La luz es hermosa, pero nosotros deseamos la luz verda-

dera. Sé que la tierra es muy hermosa; es la obra de Dios. Si renunciamos a ella no es por hastío o por desprecio, sino que conocemos bienes mejores y rechazamos aquellos que pueden ocultar trampas.»

Alejandro, un palurdo y malvado, les dijo: «Óyenos, Pionio.»

Piorno: Mejor harás en escucharme a mí. Yo sé todo lo que tú sabes, pero tú ignoras lo que yo conozco.

Alejandro quiso ganarse a los más, y preguntó: «¿Para qué sirve esa cuerda?»

Pionio: Pusimos esta cuerda alrededor de nuestro cuello para que no se crea, al vernos cruzar la ciudad, que íbamos a los festines prohibidos. Significa que es inútil juzgarnos, que nos hemos juzgado a nosotros mismos; vamos a la cárcel y no al templo de Nemesia. Nos la hemos puesto para que no tengáis que llevarnos a la fuerza como a los otros y nos dejéis tranquilos. Y, en realidad, gracias a esta cuerda, no os habéis atrevido a conducirnos ante vuestros ídolos.

Alejandro quedó con la boca abierta después de oír tal respuesta.

Y como los demás insistían, Pionio replicó: «Nosotros mismos hemos pronunciado nuestra sentencia de muerte.» Y les dirigió vigorosos reproches, amenazándoles con el juicio futuro.

Alejandro le interrumpió: «¿Para qué tantos discursos; no merecéis vivir más!»

El pueblo propuso ir al anfiteatro con el fin de poder seguir mejor las discusiones. Algunos se inquietaron por el gobernador; fueron a casa de Polemón para decirle: «No autorices a Pionio a tomar la palabra; si la muchedumbre va al anfiteatro, podemos te-

Después, Polemón dijo a Asclepio: «¿Cómo te llamas?»

Asclepio: Asclepio.

Polemón: ¿Eres cristiano?

Asclepio: Sí.

Polemón: ¿De qué Iglesia?

Asclepio: Católica.

Polemón: ¿A quién adoras?

Asclepio: A Jesucristo.

Polemón: ¿Es ése otro Dios?

Asclepio: No, es el mismo Dios que los demás acaban de confesar.

Después de este interrogatorio condujeron a los mártires a la prisión. Una gran muchedumbre les acompañaba; la gran plaza estaba llena de gente. Algunos decían, refiriéndose a Pionio: «Miradle, de ordinario es muy pálido, y ahora llamea su rostro.»

Sabina iba cogida del manto de Pionio para no ser arrastrada y separada por la muchedumbre. Algunos burlones ironizaban: «Mirad, tiene miedo de ser destetada.» Otro se desgañitaba: «Puesto que no quieren sacrificar, que les azoten.»

Polemón respondió: «Las fascias no nos preceden, no tenemos derecho.»

Otro intervino: «Mirad al hombrecito cómo va a sacrificar.» Hablaba de Asclepio, que nos acompañaba.

Pionio respondió: «¡Tú mientes! ¡Jamás lo hará!»

Voces en la muchedumbre: «Tal y tal han sacrificado.»

Pionio: Allá cada cual con su conciencia. ¡A mí qué me importa! Yo me llamo Pionio.

Otros decían: «¡Vaya religión! ¡Hoy lo estamos viendo!»

Pionio: Vosotros comprendéis mejor la vuestra, en la que se sufre hambre, dolor y otras calamidades.

«¿No has sufrido hambre como nosotros?», respondió alguien.

Pionio: Sí, pero yo poseo la esperanza en Dios.

El tumulto de la muchedumbre que les envolvía, tan asfixiante, hacía difícil que los detenidos entraran en la prisión y ponerles en manos de los guardianes. Ellos encontraron entre los prisioneros a un sacerdote de la Iglesia católica que se llamaba Limo y una mujer de Karina, Macedonia, y un montañista, Eutiquio.

Los carceleros que estaban allí se dieron cuenta que Pionio y los otros rechazaban los dones de los fieles. «En circunstancias más penosas no fui una carga para nadie, ¿cómo voy a serlo ahora?» Esto no agradaba a los carceleros, que se aprovechaban de la generosidad de los visitantes. Furiosos, metieron a los prisioneros en un calabozo más negro todavía. Por otra parte, allí encontraron ciertas condiciones. Los mártires cantaron las alabanzas de Dios en paz y daban a los guardianes los regalos que les enviaban. Entonces el jefe de la prisión cambió de opinión y propuso a los detenidos que volvieran a su antiguo alojamiento. Pero ellos prefirieron quedarse allí: «Gloria al Señor—decían—pues esto es para mejor.» Ya que en aquel calabozo podían libremente conversar y orar a Dios día y noche.

Al mismo tiempo, muchos paganos iban a verles en la cárcel con la esperanza de hacerles cambiar de opinión. Y quedaban asombrados al escuchar sus respuestas.

También fueron hermanos apóstatas que habían cedido bajo presión de los suplicios. No hacían más que gemir. No dejaban un instante de estar roídos por el remordimiento, sobre todo aquellos que habían sido piadosos y cuya alma era estrecha y delicada. Pionio les decía llorando: «Sufro una nueva tortura que me rompe el corazón cuando veo a las perlas de la Iglesia pisoteadas por los cerdos, las estrellas del cielo barridas por la cola del dragón, la viña que el Señor plantara con su mano devastada por los jabalíes y destruida por los que pasan junto a ella. Mijitos, para que yo soporte de nuevos los dolores del parto, hasta que Cristo se forme en vosotros, mis hijitos tan débiles han elegido senderos rudos.

Susana ha sido tentada por ancianos sin conciencia, han despojado a la dulce y hermosa esposa para gozarse con su hermosura y perderla con sus mentiras. Ahora ha llegado para Aman la hora de la embriaguez. Ester y toda la ciudad están trastornadas. Es la hora de la gran hambre, no de pan y de agua, sino de la palabra del Señor. ¿Todas las vírgenes se han dormido? De esta manera se ha consumado la palabra del Señor: Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?

Sé que todos traicionan a su prójimo. De esta forma se consuma esa otra palabra: El hermano entregará al hermano a la muerte. Sí, ha sido permitido a Satán que nos atribule como trigo en un cedazo, y el Verbo de Dios tiene en la mano un tridente de fuego para limpiar el aire. Desde que la sal ha perdido su sabor, ha sido tirada y pisoteada por la muchedumbre. Que nadie acuse al Señor de haber perdido su poder. No, mis hijitos; acusémonos a nosotros mismos. Mi mano, dice Dios, jamás se cansa de ayu-

daros y mi oído jamás se cansa de escucharos. Pero vuestros pecados han levantado una barrera entre Yo, vuestro Dios, y vosotros. Sí, hemos hecho el mal, algunos hasta el desprecio de Dios. Hemos pecado traicionándonos los unos a los otros por nuestras maldades mutuas. Y, sin embargo, nuestra justicia debió superar la de los escribas y fariseos.

Sé también que muchos de entre vosotros son invitados por los judíos para que frecuentéis la sinagoga. Cuidad no caigáis en el pecado de malicia, mayor que todos los demás. Que nadie cometa el pecado irremisible, la blasfemia contra el Espíritu. No lleguéis a ser como aquéllos, los de Sodoma y los habitantes de Gomorra: sus manos están rojas de sangre. Nosotros no hemos dado muerte a los profetas, no hemos entregado a Cristo, no le hemos clavado en la cruz/.

¿Pero por qué os hablo tanto? Recordad lo que habéis oído y ponedlo en práctica. Vosotros habéis oído decir a los judíos: Cristo sólo era un hombre muerto de muerte violenta. Que nos digan entonces quién otro ha poblado como Cristo el orbe entero de discípulos. Quién otro ha encontrado imitadores y discípulos dispuestos a morir en su nombre. ¿Hay un hombre cuyo sólo nombre, desde hace tantos años, basta para echar a los demonios, y los echa hoy y siempre? ¡Y todos los demás prodigios cumplidos por la Iglesia católica!

Ignoran que ese Cristo llevado a la muerte ha muerto por propia voluntad. Explican según la magia la vida de Cristo y pretenden que subió a los cielos con la cruz. ¿Cuáles son las escrituras que hablan así de Cristo, las suyas o las nuestras? ¿Qué hombre honrado puede defender semejantes opiniones? ¿Los que las

profesan no son gente sin fe ni ley? ¿Cómo creer entonces en esas opiniones impías antes que en las palabras de los justos...?

Decid, pues, a los judíos: Aunque seamos débiles, somos mejores que vosotros, que sois impúdicos e idólatras conscientemente. No aceptéis sus errores, hermanos, sino convertíos y permaneced fieles a Cristo. En su misericordia os acogerá de nuevo como hijos.»

Había hablado así y pedido a los que le visitaban que abandonaran en seguida la prisión, cuando se presentó Polemón. Iba acompañado de un oficial de caballería, Teófilo, verdugos y una gran muchedumbre. Dijeron a los mártires: «Mirad, vuestro obispo Euctemón acaba de sacrificar. Sacrificad vosotros también. Euctemón y Lápido os esperan en el templo de Némesis.» Pionio le respondió: «Los que han sido encarcelados ordinariamente esperan al procónsul. ¿Con qué derecho te atribuyes su poder?» Se retiraron discutiendo entre sí. Volvieron de nuevo a la carga con los verdugos y la muchedumbre.

El oficial Teófilo, arteramente, dijo: «El procónsul nos ha enviado para llevaros a Efeso, en donde os espera.»

Pionio respondió: «Que envíe a sus hombres a buscartos.»

Teófilo: ¿Un notable no es digno de crédito? No haces bien resistiendo; soy yo quien manda.

Y se abalanzó sobre Pionio, cogiéndole por la garganta y le entregó al verdugo, y poco faltó para que el sacerdote no muriera estrangulado.

Al mismo tiempo llevaron a la plaza a los otros cristianos y a Sabina. Allí gritaron con todas sus fuerzas: «¡Somos cristianos!» Y se lanzaron a tierra para no ser conducidos al templo. Seis hombres cogieron

a Pionio al frente de todos. Mucho esfuerzo les costó dominarle, tanto se revolcaba, dando patadas en las costillas, en los brazos y en las piernas.

Acabaron por arrastrarle, llevándole, a pesar de sus gritos, y le pusieron en tierra ante el altar, en donde se encontraba todavía el obispo Euctemón, que acababa de sacrificar a los ídolos.

—¿Por qué no sacrificas tú, Pionio?—le preguntó Lépido.

—Porque somos cristianos—respondieron Pionio y sus compañeros.

Lépido: ¿A qué Dios adoráis?

Pionio: Al que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto ellos contienen.

Lépulo: ¿VA que ha sido crucificado?

Pionio: Aquel que ha sido enviado para salvación del mundo.

Los magistrados comenzaron a reír ruidosamente. Lépido maldecía a Pionio. Este les dijo: «Respetad la religión, observad la justicia, aprended a comprender a los demás, obedeced vuestras leyes. Vosotros nos castigáis, porque nosotros no obedecemos; tampoco tú obedeces. Tenéis orden de castigar, no de vencer.»

Rufino, conocido por su elocuencia, le interrumpió: «Pero tú, Pionio, no eres muy inteligente.»

Pero Pionio le respondió: «¿Estos son tus argumentos? ¿Esta es toda tu ciencia? Sócrates recibió menos ultrajes a manos de los atenienses. Todos vosotros tenéis el papel de Anitus y Meleto. Sócrates, Aristides, Anarxarco fueron listos cuando entre vosotros practicaban la sabiduría, la justicia y la paciencia.»

Esta réplica redujo a Rufino al silencio.

Un personaje influyente, un notable de la ciudad,

respondió, ayudado por Lépido: «¡Cesa de gritar, Pionio!»

Pero Pionio respondió: «Y vosotros no usad la violencia. Prended fuego a la hoguera, y subiremos con nuestro propio pie.»

Terencio, entre la muchedumbre, le gritó: «Es él quien impide a los demás que sacrifiquen.»

Finalmente les pusieron coronas sobre la cabeza. Ellos se las quitaron y tiraron.

El agente del Estado estaba allí con alimentos ofrecidos a los ídolos; pero no se atrevió a acercarse a ninguno de ellos; a la vista de todos debió comerse las carnes sacrificadas.

Los mártires gritaban: «¡Somos cristianos!»

No sabiendo qué hacer, los magistrados los remitieron a la cárcel de nuevo. El populacho les abrumaba con sus injurias y les molían a golpes.

Durante el camino, alguien dijo a Sabina: «¿No podrías irte a morir a tu país?» Ella respondió: «¿Cuál es mi país? Yo soy la hermana de Pionio.»

Terencio, que organizaba en aquella época los juegos, dijo a Asclepio: «Cuando seas condenado, te reclamaré para las luchas de gladiadores. Tú lucharás contra mi hijo.» «No me das miedo», le replicó el interpelado. Y los mártires entraron en la prisión.

En el momento en que Pionio cruzaba el umbral, uno de los carceleros le dio en la cabeza un puñetazo tan violento que se hirió la mano. Pionio permaneció indiferente. Las manos y el costado del bruto se hincharon hasta el punto que respiraba con dificultad.

Una vez dentro, los mártires loaron a Dios por haber permanecido inquebrantables en la confesión del nombre de Cristo: ni el magistrado pagano ni el obispo apóstata habían podido dominar su fe. Acabaron

el día cantando los salmos y en oración y se animaban mutuamente a la perseverancia.

Poco después les dijeron que el obispo Euctemón había creído que les haría apostatar. -Con esta intención, llevó un cordero al templo de Némesis. Lo había hecho asar, pero lo comió él solo, y tuvo que llevarlo, apenas empezado, a su casa. Se cubrió de ridículo con esta apostasía burlesca. Coronado, había apostatado, renegando de su cristianismo, jurando y haciendo votos por la fortuna del emperador y por Némesis.

El último interrogatorio.

En el entretanto, el procónsul llegó a Esmirna. Hizo comparecer a Pionio, que confesó su fe. Los escribas tomaron el proceso verbal en la audiencia. Era el cuatro de los idus de marzo.

El procónsul, Quintiliano, interrogó: «¿Tu nombre?»

Pionio: Pionio.

Quintiliano: Sacrifica.

Pionio: No.

Quintiliano: ¿Cuál es tu religión o tu secta?

Pionio: Católica.

Quintiliano: ¿Y tu título?

Pionio: Soy sacerdote de la Iglesia católica.

Quintiliano: ¿Eres el maestro de éstos?

Pionio: Sí, yo enseñaba.

Quintiliano: Doctor en tontería.

Pionio: En piedad.

Quintiliano: ¿Qué piedad?

Pionio: La piedad en Dios Padre, que ha creado el universo.

Quintiliano: Sacrifica.

Pionio: ¡Jamás! Debo adorar a Dios.

Quintiliano: Todos nosotros adoramos a los dioses, el cielo y los dioses que lo habitan. Sacrifica al aire, si esto te agrada.

Pionio: No estoy unido al aire, sino a Aquel que ha creado el aire, el cielo y todo cuanto contienen.

Quintiliano: Dime, ¿quién es este Dios?

Pionio: No es posible hablar de Él.

Quintiliano: En verdad que dios es Zeus, que habita el cielo. Es el rey de todos los dioses.

Extendido en el potro, Pionio se callaba.

Quintiliano: Sacrifica.

Pionio: No.

• Se le sometió a las uñas de hierro.

El procónsul insistía: «Cambia de opinión. ¿A qué viene semejante locura?»

Pionio: No soy loco, sino que temo a Dios vivo.

Quintiliano: Muchos otros han sacrificado, y gozan de la vida. Esos son los prudentes.

Pionio: Yo no sacrifico.

Quintiliano: Reflexiona antes de responder. Retrátate.

Pionio: ¡Jamás!

Quintiliano: ¿De qué te sirve ir a la muerte?

Pionio: No a la muerte, sino a la vida.

Quintiliano: No creas que es una acción brillante ir al encuentro de la muerte de esta manera. Los individuos a quienes alistamos hacen otro tanto: por un poco de peculio se enfrentan con las fieras, con desprecio de la vida. Tú no eres más que ellos. Pero, bien, puesto que tienes tanta prisa en morir, serás quemado vivo.

Desde la tribuna leyó la sentencia en latín: «En vis-
ta que Pionio se ha confesado cristiano, le condenamos a ser quemado vivo.»

Pionio se dirigió a la tarima, acompañado del escriba. Iba estimulado por su fe. Una vez llegó, con movimiento propio *se* despojó de sus vestidos. La vis-
ta de su cuerpo, que había permanecido virgen y cas-
to, le transportó de alegría. Elevó los ojos al cielo y dio gracias a Dios. El mismo se extendió sobre la cruz y rogó al soldado que le clavara. Cuando esto estuvo hecho, el agente del Estado volvió una última

vez a la carga: «Retrátate y serás desclavado.»

Pionio: Estoy clavado—dijo—, me he dado cuenta.

Y después de un momento de recogimiento: «Tengo prisa por morir para despertar antes.» Evidentemente, hablaba de la resurrección de los muertos.

Primeramente izaron la cruz de Pionio, después la
de Metrodoro, un sacerdote marcionita, a la izquierda del primero. Los dos estaban vueltos hacia Oriente. Trajeron madera y apilaron los haces alrededor de los condenados. Pionio cerró los ojos. La muchedumbre creyó que había entregado su alma. Oraba en silencio. Cuando hubo terminado su oración, abrió los ojos

de nuevo. La llama crecía. Con inmenso gozo en el rostro, dijo: «Amén.» Después: «Señor, recibe mi alma.» Se estremeció levemente y expiró sin pena. Había entregado con confianza su alma en las manos del Padre, que ha prometido recibir la sangre injustamente vertida, las almas injustamente condenadas.

Fue así como terminó la vida del bienaventurado Pionio. Había fluido enteramente sin sombra ni mancha. Sin cesar tenía el espíritu dirigido al Señor todopoderoso y hacia nuestro Señor Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres. Fue digno de fin tan glorio-

so. Vencedor del gran combate, entró por la puerta estrecha en la luz inextinguible y radiante.

Su gloria se ha manifestado hasta en su cuerpo. Cuando fue apagada la hoguera, nos acercamos y vimos ese cuerpo tan maravilloso como el de un atleta en todo el vigor de su fuerza. Ni una hinchazón en las orejas, los cabellos compuestos, la barba más abundante. Su rostro brillaba con nueva hermosura. Los cristianos con esto quedaron confirmados en su fe, los paganos se alejaban trastornados, el espíritu herido por el terror.

Esto es lo ocurrido bajo el proconsulado de Julio Proclo Quintiliano, en Asia, bajo el segundo consulado del emperador Mesio Quinto Trajano Decio Sebaste y el tercero de Vecio Grato, el cuatro de los idus de marzo, según el cómputo romano; el diecinueve del decimosexto mes, según los asiáticos; un sábado, a las diez horas, según nosotros, en el reino de nuestro Señor Jesucristo, que tiene la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

EL AÑO 250, EN ANTIOQUÍA DE PISIDIA

ACACIO

Tantas veces como evocamos las gestas gloriosas de los servidores de Dios damos gracias a Aquel que ha sostenido su paciencia en la tortura y coronado su victoria en la gloria.

Marciano, nombrado legado imperial por el emperador Decio, era hostil a la religión cristiana. Hizo que condujeran ante sí a Acacio, que pasaba por ser el defensor y el refugio de los cristianos de la región.

Cuando le vio, Marciano le dijo: «Tú vives bajo la ley romana; por tanto, amas a nuestros príncipes.»

Acacio: ¿Quién tiene más motivos para hacerlo que nosotros? Nadie ama al emperador como nosotros. Sin cesar dirigimos plegarias a Dios con el fin de que le sea concedida una larga vida para que gobierne a los pueblos con equidad y para que su reino suceda en la paz. También rogamos por la salvación del ejército, por la prosperidad del Imperio y del mundo.

Marciano: Te felicito. Pero para que manifiestes

mejor tu sumisión, ven con nosotros a ofrecer sacrificios.

Acacio: No dejo de rogar a Dios vivo y soberano por la salud del príncipe. Pero él no puede exigirnos que hagamos sacrificios; no tenemos derecho a hacerlos. ¿Quién puede rendir culto a un mortal?

Marciano: ¿Cuál es el nombre de tu Dios, con el fin de que nosotros podamos también rendirle nuestros homenajes?

Acacio: Sería muy feliz si tú conocieras a mi Dios, que es el Dios verdadero.

Marciano: ¿Cuál es su nombre?

Acacio: El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Marciano: ¿Esos son los nombres de vuestros dioses?

Acacio: No he nombrado los dioses, sino Dios es el que les habló.

Marciano: ¿Quién es?

Acacio: Adonais, el Altísimo, que tiene su trono entre los querubines y los serafines.

Marciano: ¿Quiénes son esos querubines y esos serafines?

Acacio: Los ministros del Altísimo, los que están más cerca del trono eterno.

Marciano: Esa nefasta doctrina te ha trastornado la inteligencia. Desprecia las cosas invisibles y reconoce a los dioses verdaderos que están ante tus ojos.

Acacio: ¿Quiénes son esos dioses a los que quieres hacerme ofrecer sacrificios?

Marciano: Apolo, nuestro bienhechor, que nos preserva del hambre y de la peste, que conserva y gobierna el mundo entero.

Acacio: Ah, sí; el intérprete del porvenir; el infortunado, enamorado de la belleza de muchacha, que corría, pasmado, ignorante de que iba a perder presa

tan deseada. Está claro que semejante ignorancia nada tiene de divino; ¿cómo puede ser divino el ser seducido por una mujer joven? Y no fue ésta su única tribulación; ha tenido que sufrir, por parte de la fortuna, las más crueles contradicciones. Le gustaban los muchachitos. Y se enamoró de la belleza de un cierto Jacinto, como tú sabes; pero ignoraba lo que iba a suceder, y mató con un disco al muchacho que quería poseer. Se hizo albañil con Neptuno, después pastoreó los rebaños de otro. ¿Este es el personaje al que me pides que rinda sacrificios?

¿Prefieres quizá Esculapio, que murió por un rayo, o la adúltera Venus y los otros monstruos como arbitros de la vida y de la muerte? ¿Cómo adorar a aquellos a los que me cuido muy bien de no imitar, a los que desprecio, a los que acuso, a los que aborrezco? Aquel que les imitara merecería la justicia de vuestras propias leyes. Adoráis lo que condenáis.

Marciano: Los cristianos no hacen más que ultrajar a nuestros dioses. Te ordeno que vengas conmigo al templo de Júpiter y Juno. Y allí celebraremos juntos un festín para rendir homenaje debido a los que son inmortales.

Acacio: ¿Cómo quieres que rinda homenaje a un personaje que está enterrado en la isla de Creta? ¿Habrá resucitado de entre los muertos?

Marciano: Sacrifica o mueres.

Acacio: Eso es propio de las costumbres de los dálmatas. En ese país, los ladrones de profesión se ocultan en los recodos de los caminos y en lugares propicios, y caen sobre los viandantes. Viene alguien, le detienen: ¡la bolsa o la vida! Nadie pide algo razonablemente; se contentan con aforar la fuerza del adversario. Tú les asemejas de forma extraña. Pides la

prevaricación o amenazas con la muerte. No temo ni tiemblo. El derecho público da razón de libertinaje, del adulterio, del robo, de la sodomía, de los maleficios y del homicidio. Si soy culpable de estos crímenes, soy el primero en condenarme. Si, por el contrario, se me condena porque adoro al Dios verdadero, no es la justicia de la ley sino la arbitrariedad del juez lo que me condena. El profeta tiene razón en decir: No hay uno sólo que busque a Dios; todos se han extraviado, aparentemente pervertidos. Por tanto, tú no puedes enmendarte. Pero la Escritura afirma: «Tal como juzgareis seréis juzgados.» Y en otro lugar: «Serás juzgado como hayas juzgado; se te tratará como hayas tratado a otros.»

Marciano: Yo no tengo misión de juzgar, sino de obligar. ¡Si te niegas serás castigado!

Acacio: Mi deber es no renegar de mi Dios. Si ya trato de no unirme a un hombre débil y de carne que mañana abandonará este mundo y será pasto de los gusanos, ¿cómo no voy a obedecer al Dios todopoderoso cuya fuerza sostiene a todo el universo? Ha dicho: «Aquel que me niegue delante de los hombres, le negaré ante mi Padre, que está en los cielos, cuando venga con gloria y poder a juzgar a los vivos y a los muertos.»

Marciano: Acabas de confesar el error de tu doctrina, como hacía tiempo esperaba. Acabas de decir que tu Dios tiene un Hijo.

Acacio: Desde luego.

Marciano: ¿Y quién es ese Hijo de Dios'!

Acacio: El Verbo de gracia y de verdad.

Marciano: ¿Es ése su nombre?

Acacio: No me hablabas de su nombre, sino de su poder.

Marciano: ¿Cuál es su nombre?

Acacio: Se llama Jesucristo.

Marciano: ¿Quién fue su madre?

Acacio: Dios no engendró su Hijo a la manera de los hombres. No se puede concebir que la majestad divina tenga relaciones con una mujer. Formó a Adán con sus manos. Conformó al primer hombre con tierra, y cuando su imagen fue perfecta añadió el alma al cuerpo. Lo mismo hizo con el Hijo de Dios, el Verbo de verdad. Procede del corazón de Dios, según las palabras de la Escritura: «Mi corazón ha dicho una palabra de gran valor.»

Marciano: Luego ese Dios tiene un cuerpo.

Acacio: Sólo Él conoce la forma invisible, y nosotros sólo podemos venerar su fuerza y su poder.

Marciano: Si no tiene cuerpo, no tiene corazón. El sentido exige el órgano.

Acacio: La sabiduría no nace con los órganos, es dada por Dios. ¿Qué relación hay entre los sentidos y los órganos?

Marciano: Recuerda a los catafrigios: su religión es antigua, y, sin embargo, la abandonaron para aceptar la nuestra. Hoy sacrifican a los dioses como nosotros lo hacemos. Haz como ellos. Reúne a todos los cristianos de la religión católica y con ellos acepta el culto al emperador. Todo tu pueblo te seguirá; te es devoto.

Acacio: Obedecen a Dios, no a mí. Me escucharán si les enseño la justicia; pero si les extravió, sólo me despreciarán.

Marciano: Dame la relación de sus nombres.

Acacio: Sus nombres están escritos en el libro de la vida. ¿Cómo podrán ojos mortales descifrar lo que el poder de Dios inmortal e invisible ha escrito?

Marciano: ¿Dónde están los magos que te inspiran estos artificios o quién te ha enseñado sus sortilegios?

Acacio: No, lo que poseemos es de Dios; la magia nos horroriza.

Marciano: ¡Sois magos, puesto que habéis inventado una nueva religión!

Acacio: Nosotros rechazamos los dioses que habéis creado y que teméis. Os quedaréis sin divinidades el día en que el obrero no tenga piedra o la piedra no tenga obreros que la cincele. El Dios al que tememos no es de fábrica humana, es Él quien nos ha creado, pues es nuestro Señor; nos amó, pues es nuestro Padre; nos arrebató de manos de la muerte como un maravilloso pastor.

Marciano: ¡Los nombres o mueres!

Acacio: ¿Estoy ante tu tribunal y me pides los nombres? ¿Crees acabar con ellos cuando sólo tú estás fracasando? Si quieres saber mi nombre, me llamas Acacio. Si quieres nombres, me apodan «Buen ángel». Soy obispo de Antioquía de Pisidia. Memandero es el nombre del sacerdote. Haz lo que quieras.

Marciano: Volverás de nuevo a la cárcel. Los atestados serán enviados al emperador. Que él decida.

Leyendo los atestados del proceso, el emperador Decio admiró la vivacidad de las respuestas. Y no pudo menos que sonreír. Dio a Marciano la prefectura de Panfilia. Y sintió una gran admiración por Acacio, a! que perdonó.

Tales son las actas del proceso, que tuvo lugar bajo el consulado de Marciano, siendo Decio emperador, el cuatro de las calendas de abril.

AÑO 250, EN ÉFESO

MÁXIMO

El emperador Decio decidió extirpar la religión de los cristianos. Promulgó un decreto por todo el Imperio. Todos los cristianos debían abandonar al Dios vivo y verdadero y sacrificar a los demonios. Los que se negaran a ello serían sometidos a tortura.

Precisamente en esta época, un servidor de Dios, Máximo, hizo pública profesión de fe. Era un hombre del pueblo que tenía un pequeño comercio.

Fue arrestado y compareció ante el procónsul de Asia, Óptimo.

Óptimo: ¿Cómo te llamas?

Máximo: Máximo.

Óptimo: ¿Cuál es tu condición?

Máximo: Soy libre de nacimiento, pero esclavo de Cristo.

Óptimo: ¿Cuál es tu oficio?

Máximo: Soy del pueblo. Vivo de mi comercio.

Óptimo: ¿Eres cristiano?

Máximo: Sí, a pesar de mis pecados, soy cristiano.

Óptimo: ¿No conoces los últimos decretos de nuestro invencible príncipe?

Máximo: ¿Cuáles?

Óptimo: Los que ordenan a todos los cristianos abandonar las vanas creencias, reconocer al verdadero soberano, al que todo está sometido, y adorar sus dioses.

Máximo: He conocido el injusto decreto del soberano de este mundo, y por esta razón he manifestado públicamente mi fe.

Óptimo: Sacrifica a los dioses.

Máximo: Sólo sacrifico a un solo Dios. Desde mi infancia a Él rendí sacrificios y estoy orgulloso de ello.

Óptimo: Sacrifica y habrás salvado la vida. Si te niegas, te haré perecer en medio de los suplicios.

Máximo: Ese es mi deseo más ansiado. Si he manifestado abiertamente mi fe, fue con la esperanza de cambiar esta miserable vida de aquí abajo por la vida eterna.

Entonces, el procónsul le hizo azotar. Y mientras le golpeaban, hablaba: «Sacrifica, Máximo, y te librarás de estas torturas.»

¹ Pero Máximo decía: «Las torturas que padezco por el nombre de Cristo Nuestro Señor no son tales. Tienen la dulzura y suavidad del bálsamo. Pero si soy infiel a los mandamientos del Señor que aprendí en los Evangelios, me prepararé a verdaderas torturas y serán eternas.»

Entonces el procónsul le hizo meter en el potro. Durante el suplicio dijo de nuevo: «Ahora, al me-

nos, desgraciado, abandona tu fe; sacrifica para salvar la vida.»

Máximo respondía: «Salvo mi vida, negándome a sacrificar. La perdería sacrificando. Por otra parte, no siento ni las vergas, ni los garfios, ni el fuego, pues en mí está la gracia de Cristo, y me salvará por toda la eternidad. Todos los santos que en la misma situación destrozaron vuestros métodos, nos han dejado modelos de virtud, ellos me sostienen con sus oraciones.»

Entonces el procónsul dictó sentencia de muerte: «Máximo ha rechazado obedecer las leyes sagradas. No ha sacrificado a Diana, la gran diosa. Será lapidado, con el fin de que sirva de ejemplo saludable a los otros cristianos. Así lo ha decretado la clemencia divina.»

Los criados de Satán cogieron al atleta de Cristo, que dio gracias a Dios Padre, por su Hijo Jesucristo, por haberle considerado digno de vencer al demonio.

Condujeron al mártir fuera de los muros, y fue lapidado y entregó su alma.

La pasión del servidor de Dios, Máximo, tuvo lugar en la víspera de los idus de marzo en la provincia de Asia, bajo el emperador Decio y el procónsul Óptimo, bajo el reinado de nuestro Señor Jesucristo, a quien es toda la gloria en los siglos. Amén.

I N V I E R N O D E 2 5 0 - 2 5 1
E N N I C O M E D I A

LUCIANO Y MARCIANO

13 El procónsul Sabino dijo a Luciano: «¿Cuál es tu nombre?»

Luciano: Luciano.

Procónsul: ¿Y tu profesión?

Luciano: En otro tiempo procurador de la ley santa; hoy, indigno como soy, predicador de esta religión.

Procónsul: ¿Con qué título eres predicador?

Luciano: Todos pueden arrancar a su hermano del error, con el fin de procurarle la gracia y libertarle de la esclavitud del demonio.

El procónsul dijo entonces a Marciano: «¿Cuál es tu nombre?»

Marciano: Marciano.

Procónsul: ¿Y tu profesión?

Marciano: De condición libre y adorador de los misterios de Dios.

Procónsul: ¿Quiénes os indujo a abandonar a los antiguos dioses que os rodearon con su benevolencia y procuraron el favor del pueblo, para llevaros hacia un Dios muerte, y crucificado que no se ha salvado a Sí mismo?

Marciano: Fue la obra de Aquel que hizo de Pablo, cuando perseguía a las Iglesias, el heraldo de la gracia que había recibido Él mismo.

Procónsul: Reflexionad y retornad a vuestra primera religión. Recibiréis los favores de los dioses de nuevo y de nuestros príncipes invencibles, y salvaréis vuestra vida.

Luciano: Hablas como un insensato. En cuanto a nosotros, jamás daremos suficientes gracias a Dios por habernos arrancado a las tinieblas y a la sombra de la muerte, para conducirnos a su gloria.

Procónsul: Os guardó tan bien que os entregó a mis manos. ¿Por qué no está aquí para salvaros de la muerte? Yo sé que en el tiempo que no habíais perdido el sentido, os distinguíais por vuestros muchos servicios.

Marciano: La gloria de los cristianos es perder ese tiempo que tú llamas vida para obtener, con su perseverancia, la vida verdadera y sin fin. Hacemos votos para que Dios se digne concederte esa gracia y esta luz, con el fin de que conozcas su naturaleza y su grandeza y lo que supone para aquellos que creyeron en ella.

Procónsul: Ya se ve lo que concede: os entrega, como he dicho, en mis manos.

Luciano: Ya te lo he dicho: la gloria de los cristianos y la promesa del Señor consisten en despreciar los bienes de este mundo, oponerse fielmente a

los asaltos del demonio. Sólo a este precio mereceremos la vida futura y eterna.

Procónsul: ¡Habladorías! Escuchadme y sacrificad a los dioses, obedeced los edictos. De lo contrario os condenaré a otros sufrimientos.

Marciano: Estamos ya dispuestos a sufrir todos los tormentos que te plazca infringirnos. No queremos, renegando al Dios vivo y verdadero, lanzarnos a las tinieblas exteriores y en el fuego eterno que Dios ha preparado para el demonio y sus esbirros.

Viendo su firmeza, el procónsul Sabino pronunció la sentencia:

«Visto que Luciano y Marciano han transgredido las leyes divinas para pasarse a la religión estúpida de los cristianos; visto que no han tenido en cuenta nuestras exhortaciones ni nuestras instancias ni las leyes augustas que prescriben sacrificar, ordenamos que sean quemados vivos.»

Fueron conducidos al lugar de la ejecución. Durante el camino, sus voces se unían en una misma acción de gracias:

«Insuficientes gracias, Señor Jesucristo, te damos por habernos arrancado, miserables e indignos, a los errores del paganismo; por habernos conducido por tu nombre a esta pasión suprema y augusta y a hacernos participar de la gloria de todos los santos. A Ti toda alabanza, a Ti la gloria; ponemos en tus manos nuestra alma y nuestro espíritu.»

Cuando hubieron terminado esta plegaria, los criados del verdugo prendieron el fuego. Y fue así como nuestros venerables mártires acabaron su combate y merecieron participar en la pasión de nuestro Señor.

Luciano y Marciano fueron martirizados el 7 de las calendas de noviembre bajo Decio y el proconsulado de Sabino, pero en el reinado de nuestro Señor Jesucristo. A Él el honor y la gloria, la fuerza y el poder en los siglos de los siglos. Amén.

HACIA EL 250, EN ALEJANDRÍA

APOLINA Y ALGUNOS OTROS MÁRTIRES

Fragmentos de una carta de San Dionisio, obispo de Alejandría, a Fabián de Antioquía sobre el martirio de Santa Apolina y varios mártires en Alejandría,

La persecución no comenzó con el edicto de los emperadores, sino un año antes. Un malvado adivino y pésimo poeta excitó al populacho contra nosotros. Impulsados por él, los paganos creían legítimo todo crimen y consideraban que decapitar a nuestros hermanos era un acto de piedad y de religión para con sus dioses.

Primero cogieron a un anciano que se llamaba Metra, y le ordenaron decir palabras impías. Se negó a ello. Y le molieron a golpes, le hundieron en los ojos y en el rostro rosas con púas, le arrastraron hasta las afueras de la ciudad, en donde le lapidaron.

Después le tocó el turno a una mujer llamada Quin-

ta; la arrastraron al templo para hacerla sacrificar por la fuerza. Como se negara enérgicamente, fue cogida por los pies, arrastrada por toda la ciudad, cuyas calzadas estaban hechas de guijarros puntiagudos; desrozaron su cuerpo con grandes trozos de piedras de moler y la abrumaron con golpes; al fin fue lapidada en el mismo barrio que Metra.

Todo el pueblo se amotinó contra las casas de los cristianos; cada uno se precipitó a la casa del cristiano vecino, al que conocía como tal, para robarle. Se llevaban las cosas de más valor; las de menos valor o de madera eran lanzadas a la calle para ser quemadas. Alejandría parecía una ciudad tomada por asalto. Los hermanos huían; aceptaban alegremente, como dice San Pablo, que les despojaran de sus bienes. Y nadie que yo sepa de aquellos que fueron cogidos renegó del Señor, salvo uno solo.

La bienaventurada Apolina, una virgen con gran renombre de santidad, era de edad muy avanzada. Fue cogida a su vez; todos sus dientes saltaron de tantos golpes como le dieron en la mandíbula. Encendieron una gran hoguera en las afueras de la ciudad y la amenazaron con lanzarla al fuego si se negaba a blasfemar contra Cristo. Ella pidió algunos momentos de libertad, se precipitó en las llamas y se consumió en el fuego.

Scrapio fue arrestado en la propia casa. Los paganos le torturaron primero de mil maneras, y cuando todos sus miembros estaban rotos, lo defenestraron desde el último piso.

Nadie podía mostrarse en cualquier calle que fuera ni de día ni de noche. Por todas partes el mismo grito: «A quien se niegue a blasfemar contra Cristo

le arrastraremos y le quemaremos. Estas sevicias duraron mucho tiempo; sólo la guerra civil podía acabar con ellas. Mientras nuestros enemigos se destruían unos a otros y dirigían contra ellos el furor del que habíamos sido víctimas, tuvimos algún respiro.

Pero el gobierno que nos era más favorable fue derrocado y nos vimos expuestos a nuevas alarmas. Y apareció el edicto terrible del emperador Decio, tan cruel que se podía pensar que la persecución anunciada por el Señor iba a tener lugar, en la que los mismos elegidos serían seducidos.

El horror se extendió por entre todos los fieles, y algunos fueron atemorizados hasta el punto de rendirse inmediatamente, y otros, que ocupaban cargos públicos, fueron por su misma situación llevados a la apostasía; otros, en fin, fueron convencidos por sus padres y amigos. Al verse llamados por su nombre, sacrificaban a los dioses. Algunos estaban tan pálidos en ese momento que más parecían ser sacrificados ellos a los ídolos que ser quienes sacrificaban. La muchedumbre se alegraba con su cobardía: eran tan débiles para sacrificar como para morir. Otros, resueltos, se presentaban y afirmaban que nunca habían sido cristianos. Son de aquellos hombres de los que el Señor decía: «Difícilmente se salvarán.»

El mayor número seguía su ejemplo, y huía; muchos fueron detenidos. Entre estos últimos, algunos sufrieron valerosamente, durante varios días, la prisión y los hierros, pero flaquearon antes, incluso, del juicio. Otros soportaron heroicamente las primeras torturas, pero acabaron por faltarles el coraje.

Pero también hubo hombres inquebrantables, como columnas del Señor, confirmados por Él; su fuerza y

su paciencia eran a la medida de su fe; fueron maravillosos testigos del reino. Entre éstos estaba Julián.

Este bienaventurado sufría gota hasta el punto de no poder caminar ni tenerse en pie. Fue conducido por otros dos hombres; uno de éstos apostató; el otro, que se llamaba Cronión, por sobrenombre Euonos, así como el anciano Julián, confesó al Señor. Se les hizo subir sobre caballos y atravesar toda la ciudad, muy extensa como se sabe, brutalizándoles. Finalmente fueron echados a un inmenso brasero en presencia de una muchedumbre amotinada.

Durante el camino, un soldado llamado Besas, protegía a los confesores contra aquellos que querían ultrajarlos. Los paganos le acusaron y fue conducido ante el tribunal; el generoso soldado de Cristo sostuvo valientemente el combate por su fe y fue decapitado.

Otroro, originario de Libia, llamado Macario (lo que significa bienaventurado), más bienaventurado a causa de las promesas divinas todavía, permaneció fiel, a pesar de todos los intentos del juez; fue quemado vivo.

Después de éstos, Epímaco y Alejandro sufrieron durante varios días todos los horrores del calabozo, la tortura de las uñas de hierro, los látigos y mil otros tormentos; finalmente, fueron lanzados a un horno de cal viva, en donde sus cuerpos fueron consumidos.

Cuatro mujeres cristianas siguieron la misma suerte. La primera se llamaba Amonarión; era una virgen santa. Había afirmado abiertamente que resistiría con todas sus fuerzas al juez, y éste la hizo torturar cruelmente. Permaneció fiel y fue condenada a

muerte. Las otras tres eran Mercuria, de mucha edad; Dionisia, madre de numerosos hijos, pero que prefirió el Señor, y otra, Amonarión también. El prefecto, humillado por ser vencido por unas mujeres, temiendo que todos los tormentos fueran inútiles, las decapitó. Sólo la virgen Amonarión había tenido el honor de sufrir en nombre de sus compañeras.

Le llegó el turno a Heron, Ater e Isidoro, los tres egipcios, y a un joven de quince años, que se llamaba Dióscoro. El juez comenzó por éste: imaginó que triunfaría fácilmente sobre él a causa de su poca edad y que la tortura no tardaría en reducirle. Pero Dióscoro fue impermeable, tanto a las promesas como a los tormentos. Los dos restantes fueron brutalmente flagelados, sufrieron valerosamente este suplicio y murieron en el fuego. En cuanto a Dióscoro, el juez no pudo menos que admirar la sabiduría de sus respuestas y le devolvió la libertad con el fin, dijo, de que recobre los buenos sentimientos. Este maravilloso joven vive todavía entre nosotros. Dios le reserva para un combate más rudo y más glorioso.

Otro egipcio, llamado Nemesio, había sido falsamente denunciado por una banda de ladrones. Se había justificado de esta acusación ante el centurión.

Fue después denunciado como cristiano y llevado ante el prefecto. Este le hizo torturar dos veces más que a los ladrones y le condenó finalmente a ser quemado en medio de los dos bandidos como su glorioso modelo.

Todo un destacamento de soldados, formado por Amón, Zenón, Tolomeo, Ingenuo y del anciano Teófilo, estaba junto al tribunal. Acababan de acusar a un cristiano ante el juez, y ya estaba aquél a punto de

renegar de su fe, cuando estos generosos soldados que le rodeaban comenzaron a darle ánimos por señas hechas con las manos, con la cabeza y con todo el cuerpo. De este modo atrajeron la atención; pero antes de que nadie les acusara, se adelantaron hasta el tribunal y confesaron orgullosamente que eran cristianos. El prefecto y los otros jueces quedaron aterrados por esta manifestación, pues estos nuevos acusados parecían dispuestos a desafiar todos los tormentos. Los jueces no se atrevieron a prenderlos; temblaban, y los valerosos soldados abandonaron el pretorio con alegría por haber manifestado la gloria de Dios con su confesión.

Muchos otros cristianos han perecido durante esta persecución en las ciudades y pueblos. Sólo quisiera añadir a modo de ejemplo un sólo nombre. Isicrión era el intendente de un funcionario. Su señor le ordenó que sacrificara a los dioses. Negándose, fue maltratado por su resistencia. Pero Isicrión luchó pacientemente por su fe. El otro le hundió una estaca, y sus entrañas se esparcieron. Y murió de esta manera.

¿Qué decir de la muchedumbre de cristianos que han perecido en los desiertos, en las montañas, por donde vagaban presa del hambre, de la sed, del frío, de todas las enfermedades, de los bandidos y de las fieras? Los que han sobrevivido dan testimonio de la fe y de la gloria de los demás.

Baste añadir un sólo rasgo para mostrar la exactitud de esta narración. El santo anciano Queremón era el obispo de Nilópolis. Junto con su mujer había huido a las rocas de una montaña de Arabia; ni uno ni otro han regresado. Fue inútil la batida que los

hermanos hicieron por toda la región; no se pudo encontrar sus cuerpos.

Muchos otros cayeron en esta misma montaña entre las manos de los sarracenos, que les redujeron a la esclavitud. Algunos de entre ellos pudieron ser rescatados a gran precio; los otros están todavía llevando cadenas.

Te cuento todos estos acontecimientos, hermano, con el fin de que puedas juzgar qué males hemos sufrido; pero aquellos que los padecieron podrían decirlo mejor todavía con conocimiento de causa.

Los bienaventurados mártires que se sientan actualmente junto a Cristo y comparten su reino y su juicio han acogido a varios de los hermanos que sacrificaron. Vieron la sinceridad de su conversión y de su penitencia. Y pensaron que ese acercamiento había sido del agrado de Aquel que no quiere la muerte sino la conversión del pecador.

AÑO 258, EN CARIACO

CIPRIANO

Proceso del año 257.

Era el cuarto consulado de Valerio y el tercero de Galiano, el 3 de las calendas de septiembre, en Cartago, en la sala de la audiencia.

El procónsul Paterno dijo a Cipriano: «Los muy santos emperadores se han dignado dirigirme una carta para informarme de su voluntad: los que no practican la religión romana deben tomar parte en *las* ceremonias. En consecuencia, he hecho una indagación sobre ti. ¿Qué tienes que responder?»

Cipriano: Soy cristiano y obispo. No conozco otros dioses que el Dios único y verdadero, Aquel que ha hecho el cielo y la tierra, la mar y todo cuanto en ellos existe. Este el Dios que nosotros servimos, los **que** somos cristianos. Es a Él al que oramos día y noche por nosotros y por todos los hombres, como por U misma salvación de los emperadores.

Procónsul: Por tanto, ¿persistes en tu resolución?

Cipriano: Una resolución recta que conoce Dios no puede cambiar.

Procónsul: ¿Quieres irte exiliado a Curubis, según las órdenes de Valerio y Galiano?

Cipriano: Sí, iré.

Procónsul: Mis instrucciones no se limitan sólo a los obispos; también se han dignado escribirme a propósito de los sacerdotes. Por tanto, quiero saber por ti el nombre de los sacerdotes que viven en esta ciudad.

Cipriano: Vuestras leyes, en buen derecho, nos prohíben la delación. Por tanto, no puedo entregar a esos sacerdotes. Los encontraréis en sus ciudades.

Procónsul: En lo que a mí se refiere, mis indagaciones se refieren a mi ciudad.

Cipriano: La disciplina prohíbe entregarse por sí mismo; hasta tú mismo juzgarías malo tal acto. Por tanto, los sacerdotes no pueden entregarse por sí mismos. Pero tus indagaciones los descubrirán.

Procónsul: Los descubriré.

Paterno añadió: «También está prohibido reunirse en cualquier lugar y entrar en los cementerios. En consecuencia, todos cuantos incumplan esta prohibición tan llena de prudencia incurrirán en la pena capital.

Cipriano: Obra según te han ordenado.

Segundo interrogatorio y condenación en el año 258.

Cipriano hacía tiempo que vivía en el exilio, cuando al procónsul Aspasio Paterno sucedió el procón-

sul Galerio Máximo. Este hizo volver de su exilio al obispo Cipriano y comparecer ante él. Cipriano, el santo mártir de Dios, volvió, por tanto, de Curubis, en donde había estado exiliado por orden de Aspasio Paterno, que era procónsul en aquel entonces. Un rescripto imperial le había autorizado a que permaneciera en su casa de Cartago. Allí Cipriano esperaba todos los días que fueran a arrestarle, pues un sueño le había revelado que así sucedería.

Allí se encontraba cuando llegaron dos oficiales. Uno era caballerizo mayor del estado mayor del procónsul Galerio Máximo, sucesor de Aspasio Paterno; otro, el caballerizo de los equipajes en el mismo servicio. Era el idus de septiembre, bajo el consulado de Túsculo y de Baso. Los oficiales hicieron montar a Cipriano en su coche, se sentaron a su lado y le condujeron a Sexti, en donde el procónsul Galerio Máximo se había retirado para recobrarle en su salud.

El procónsul aplazó el asunto para el día siguiente. Cipriano fue conducido e internado en casa de uno de los oficiales, el caballerizo del estado mayor del procónsul y clarísimo Galerio Máximo. Permaneció en casa de este oficial, que se había convertido en su huésped, en el barrio de Saturno, entre la calle Venus y la de la Salud. Allí se reunió todo el pueblo de hermanos. Cuando Cipriano lo supo, pidió que se vigilara a las vírgenes, pues la muchedumbre se estacionaba en la calle delante de la puerta de la casa.

Al día siguiente, el 18 de las calendas de octubre, tan pronto como fue la mañana, una muchedumbre inmensa que había tenido rumores de la orden dada por el procónsul Galerio Máximo se reunió en Sexti. Pero el procónsul ordenó que le condujeran a Cipria-

no el mismo día al Atrio Sauciolo, en donde ejercía justicia. Allí compareció Cipriano.

Procónsul: ¿Eres tú Tascio Cipriano?

Cipriano: Yo soy.

Procónsul: ¿Eres tú quien se ha presentado como el Papa de esos hombres impíos?

Cipriano: Yo soy.

Procónsul: Los santos emperadores te han ordenado que hagas sacrificios.

Cipriano: No lo haré.

Procónsul: Ten cuidado por ti mismo.

Cipriano: Haz lo que se te haya ordenado. En un asunto tan claro no hay por qué deliberar.

Galerio Máximo deliberó con su consejo y dictó, con pena y sentimiento, esta sentencia: «Mucho tiempo viviste sacrilegamente; has agrupado a tu alrededor en gran número a los cómplices de tu culpable conspiración. Te has constituido como enemigo de los dioses romanos y de su culto sagrado. Los piadosos y sagrados emperadores Valerio y Galiano, Augustos y Valerio, el muy noble César, no han podido reconducirte a la observancia de las ceremonias del pueblo romano. Tú eres confeso de ser el instigador y el cabeza visible de los mayores crímenes. En consecuencia, servirás de ejemplo a aquellos a los que tú asociaste en el mal. Por tu sangre quedará sancionado el respeto a las leyes.»

Después de estos considerandos, el procónsul leyó su decisión sobre una tableta: «Tascio Cipriano perecerá decapitado. Así lo ordenamos.»

El obispo Cipriano dijo: *Deo gradas* (gracias a Dios sean dadas).

Noticia sobre el martirio.

Después de esta sentencia, el pueblo de los hermanos decía: «¡ Que nos decapiten con él! » Entre los fieles se promovió una gran agitación y en masa dieron escolta al mártir.

Cipriano fue conducido al Campo de Sexti. Allí, él mismo se despojó de su manto de paño burdo, se arrodilló y se prosternó contra la tierra para orar al Señor. Después se quitó su dalmática y se la dio a los diáconos. Y en pie, con su túnica de lino, esperó al verdugo.

Cuntido hubo licuado el verdugo, el obispo ordenó a su gente que le dieran veinticinco monedas de oro. Mientras tanto, los fieles extendían ante el mártir tejidos de lino y manteles. El bienaventurado Cipriano vendó él mismo sus ojos. No pudiendo atar sus manos, hizo que las atara el sacerdote Juliano y el subdiácono Juliano. De esta manera se consumó oí martirio del bienaventurado Cipriano.

Provisionalmente, depositaron su cuerpo en las ceranías con el fin de sustraerlo a la curiosidad de los paganos. Cuando llegó la noche, a la luz de cirios y antorchas le transportaron, entre oraciones, en triunfo al cementerio del procurador Marobio Candidato, en oí camino de Mapala, cerca de las piscinas.

Pocos días más tarde murió el procónsul Galerio Máximo.

El martirio del bienaventurado Cipriano tuvo lugar el 18 de las calendas de octubre bajo los emperadores Valerio y Galiano, pero bajo el reinado de nuestro Señor Jesucristo, a quien pertenece el honor y la gloria en los siglos de los siglos. Amén,

EN MAGIDOS, EN PANFILIA

CON ON

¡He aquí una condenación impía más! Después de

la muerte de los santos testigos de Cristo, Papías, Diodoro y Claudiano, el gobernador se fue a la ciudad de Magidos y se instaló en el barrio de Zeus. Hizo convocar a los habitantes por medio del pregonero. La proclama del pregonero tuvo como efecto el hacer huir a los habitantes. Dejaron allí todos los bienes, abandonando la ciudad desierta en las manos del cruel gobernador y de su tropa.

Este envió a su guardia montada y a algunos más para que cercaran la ciudad y la registraran hasta el último rincón, casa por casa, por ver si encontraban a alguien. Pero volvieron diciendo que no habían encontrado alma viva ni en la ciudad ni en el campo.

No obstante, un individuo llamado Naodoro, o también Apeles, padre de la ciudad, con otro guardián del templo, furioso a causa de la impiedad de los

habitantes para con los ídolos, pidieron al gobernador que les diera poder y fuerzas para indagar en los lugares en los que sospechaban había gente oculta.

Un ayudante del gobernador, Orígenes, se fue con Naodoro, con la guardia y demás, y cogieron al bienaventurado Conon en un lugar llamado Carmena: Conon iba a regar el jardín imperial.

Cuando se acercaron al jriártir, tres veces feliz, le dijeron: «Buenos días, Conon.»

El servidor de Cristo, alma sencilla y sin malicia, les respondió: «Buenos días, hijos.»

Orígenes dijo: «El gobernador te llama, abuelo.»

El santo hombre preguntó: «¿El gobernador me necesita? Para él sólo soy un extranjero, y lo que es más, un cristiano. Si quiere ver a los correligionarios que los busque en otra parte y deje en paz a un pobre jardinero que trabaja a lo largo de todo el día.»

Asombrado por la respuesta del santo, el miserable Naodoro le hizo atar a su caballo y le llevó arrastrándole tras de sí. El santo mártir no opuso ninguna resistencia a los soldados que le arrastraban, sino que siguió con dulzura y de buen grado a estos miserables.

Naodoro dijo a Orígenes: «Nuestra caza no ha sido inútil. Hemos encontrado la pieza que buscábamos. Este hombre tendrá que responder por todos los cristianos.»

Cuando hubieron llegado ante el gobernador, Naodoro tomó la palabra: «Por los dioses, la orden del soberano y la buena suerte, ilustre señor, hemos encontrado al hombre que buscábamos. Este querido

amigo está dispuesto a obedecer a todos los dioses, a las leyes y a nuestro gran emperador.»

Conon, el santo hombre, protestó con voz potente: «No, eso no es verdad; yo sólo obedezco a un gran Rey, Cristo.»

Orígenes intervino: «Ilustre gobernador, hemos buscado en toda la ciudad y en sus alrededores; sólo hemos encontrado a este viejo en un jardín.»

El gobernador dijo al mártir: «Dime, buen hombre, ¿de dónde eres? ¿Quiénes son tus padres? ¿Cuál es tu nombre?»

Conon: «Soy de la ciudad de Nazaret, en Galilea —respondió—. Sólo estoy emparentado con Cristo, al que servimos de padres a hijos. Le reconozco como el Dios del universo.»

El tirano volvió a decir: «Si reconoces a Cristo, reconoce también a nuestros dioses. Créeme, por todos los dioses, alcanzarás una gloria poco común, la estima y consideración de las gentes de bien y honores en abundancia. No te pido que sacrifiques; no te pido nada semejante. Coge tan sólo un poco de incienso, un poco de vino, una rama y di: «Altísimo Zeus, ¡salva a este pueblo!» Di esto, es lo único que te pido. Oye mi consejo, abandona ese culto impío. ¡Qué error hacer de un hombre un Dios y un hombre condenado a muerte! Los judíos me han informado con exactitud sobre su historia; sé de qué raza era, los milagros que ha hecho ante la muchedumbre y de qué manera murió crucificado Me han traído* los escritos que se refieren a Él y me los han leído. Abandona de una vez esa locura y vive feliz entre nosotros.»

El bienaventurado mártir suspiró, elevó los ojos al cielo, invocó al Dios del universo y respondió des-

pues al tirano: «¡ Tú, el más impío entre los hombres! Quisiera el cielo que tú también participaras en esa locura. No habrías perdido contra toda justicia a las almas que no merecían ser condenadas; tú, que invocas piedras sin vida, obras de manos humanas, que no pueden ver ni entender. ¡Qué imprudencia blasfemar de tal manera del Dios del universo, que tiene tu vida en sus manos! Deseo poder, junto con todos aquellos que confiesan resueltamente su nombre, cantar y glorificar en la eternidad al Salvador, el único Dios.»

Irritado por las palabras del santo mártir, el tirano impío respondió: «Si no obedeces, las torturas te harán temblar. Y si te burlas de esos suplicios, te echaré a un león feroz que te quite la vida. Te echaré al mar para que te devoren los monstruos de las aguas; te colgaré de una cruz hasta que mueras; te hundiré en una caldera hirviente a pleno fuego; destrozaré tus carnes si te niegas a sacrificar a los dioses invencibles y eternos.»

El bienaventurado mártir respondió al impío tirano: «Te enfureces demasiado, gobernador. ¿Crees que tus amenazas bastan para hacerme temblar; piensas convencerme? Nada de eso. Todo lo contrario. Cuida que el Juez no te entregue sin más al infierno o al fuego inextinguible por toda la eternidad, allí donde el gusano no muere, en donde el fuego jamás se extingue. Las torturas con las que me amenazas no pueden destruirme. Dios es mi fuerza.»

El tirano respondió: «Si estas torturas no pueden nada contra ti, inventaré otras más crueles.»

Consultó con sus consejeros, y después ordenó que se clavaran clavos en las articulaciones del mártir, y con los pies clavados de tal manera, le hizo correr

delante de su carro. El mártir, sin ofrecer resistencia, cantaba los versículos del salmo:

*Puse en el Señor toda mi esperanza,
se inclinó hacia mí y escuchó mi plegaria.*

Se acercaban al mercado cuando el mártir, doblando las rodillas, perdió su aliento, agotado por la fatiga. Elevó los ojos hacia su Señor y rogó de esta manera: «Señor, Jesucristo, recibe mi alma; líbrame de estos perros voraces que se alimentan con mi sangre. Dame el descanso junto a todos los justos que han cumplido tu voluntad. ¡Sí, mi Dios, Rey de los siglos!»

Acabada esta plegaria, hizo el signo de la cruz e inmediatamente después entregó su espíritu.

El miserable gobernador quedó afectado por esta victoria del mártir. Y siguió su propio camino.

El bienaventurado Conon fue presentado como ofrenda a Dios, el Rey de los siglos eternos. A Él la gloria en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 259, EN TARRAGONA (ESPAÑA)

FRUCTUOSO Y SUS COMPAÑEROS

En los tiempos de los emperadores Valerio y Galiano. bajo el consulado de Emiliano y de Baso, el 17 de las calendas de febrero, un domingo, el obispo Fructuoso fue arrestado con los diáconos Augurio y Eulogio.

Fructuoso acaba de retirarse a su habitación, cuando llegaron los soldados a su casa. Eran Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo. Al escuchar el ruido de sus pasos, el obispo se levantó precipitadamente, y fue, en pantuflas, al umbral de la puerta para salirles al encuentro.

Los soldados le dijeron: «Ven. El gobernador quiere verte junto con tus diáconos.»

Fructuoso: Vamos. Si lo permitís, me calzaré.

Soldados: Haz lo que quieras.

Cuando llegaron, fueron conducidos a la cárcel. Fructuoso estaba lleno de alegría, pensando en la corona que el Señor le ofrecía. Oraba sin descanso.

U

Toda la comunidad de fieles iba a verle. Le llevaban víveres y se encomendaban a sus oraciones.

En prisión, Fructuoso tuvo la alegría de bautizar a uno de nuestros hermanos, que recibió el nombre de Rogaciano.

Los acusados permanecieron seis días en la cárcel.

El séptimo día, el doce de las calendas de febrero, un viernes, comparecieron.

El gobernador Emiliano dijo: «Introducid al obispo Fructuoso, a Augurio y Eulogio.

Portero: Aquí están.

Gobernador (a Fructuoso): ¿Conoces las órdenes del emperador?

Fructuoso: No. Por otra parte, soy cristiano.

Gobernador: Han dado orden de que adoren a los dioses.

Fructuoso: Yo adoro al Dios único, que ha hecho el cielo y la tierra y el mar y cuanto en ellos se contiene.

Gobernador: ¿Sabes que hay dioses?

Fructuoso: No.

Gobernador: Lo sabrás.

Fructuoso elevó los ojos al cielo y se puso á orar en voz baja.

Gobernador: ¿Quién será obedecido, quién será temido, quién será honrado si se niega culto a los dioses y homenaje a los emperadores?

Y dirigiéndose a Augurio: «No escuches lo que dice Fructuoso.»

Augurio: Yo adoro al Dios todopoderoso.

El gobernador dijo a Eulogio: «¿Adoras a Fructuoso?»

Eulogio: No adoro a Fructuoso, sino al Dios que Fructuoso adora

El gobernador dijo a Fructuoso: «¿Eres obispo?»

Fructuoso: Lo soy.

Gobernador: Lo has sido.

Y dictó sentencia: los tres eran condenados a ser quemados vivos.

Condujeron al anfiteatro a Fructuoso y a sus diáconos. Durante el recorrido, el pueblo se compadecía de Fructuoso: todos le amaban, tanto los paganos como los cristianos. Era un modelo de obispo que respondía a la descripción que de ellos hace el Espíritu Santo en los escritos del bienaventurado Pablo, el apóstol, el vaso de elección y el doctor de los gentiles. También los hermanos, que sabían la gloria que le esperaba, se inclinaban más a la alegría que a la tristeza.

Varios, por caridad, dieron a los condenados una copa de vino aromatizado. Fructuoso les dijo: «Todavía no es hora de romper el ayuno.» Eran las diez de la mañana todavía. El miércoles anterior, los confesores habían celebrado en prisión la «estación»¹². Alegres y serenos, iban ahora a consumir la estación del viernes con los mártires y los profetas en el paraíso que Dios tiene preparado a quienes le aman.

Llegaron al anfiteatro. Tan pronto llegaron, uno de los lectores de Fructuoso, Augustal, se acercó al obispo pidiéndole con lágrimas en los ojos que le permitiera ayudarlo a descalzarse. El bienaventurado mártir le respondió: «Cumple con tu oficio, hijo mío. Me descalzaré yo mismo, estoy tranquilo y feliz; estoy seguro de la promesa del Señor.»

¹³ El oficio religioso del día, celebrado con cierta solemnidad.

Cuando hubo acabado, uno de los hermanos se acercó al obispo, le cogió la mano y le rogó que se acordara de él. El santo obispo le respondió en voz alta, de tal manera que toda la muchedumbre le oyera: «Tengo que pensar en toda la Iglesia católica extendida del Oriente al Occidente.»

Fructuoso estaba en el centro del anfiteatro. Cercano estaba el momento en el que iba a marchar no al suplicio, sino a la gloria incorruptible. Los soldados que antes nombramos le observaban. Entonces, por inspiración del Espíritu Santo, Fructuoso dijo a los hermanos: «No estaréis privados de pastor. No os faltarán ni el amor del Señor ni sus promesas ni ahora ni en el porvenir. Esto que veis es sólo una tribulación que dura un instante.»

Después de haber confortado de esta manera a los hermanos, los confesores caminaron a su liberación, graves y radiantes, en el momento mismo del martirio; iban a recoger los frutos de la gloria que prometían las santas Escrituras.

Parecían los tres hebreos del horno, réplica de la Trinidad santa. En medio de las llamas, el Padre no les abandonaba, el Hijo les socorría, el Espíritu Santo estaba en el centro de las llamas

Cuando se hubieron quemado las cuerdas que les ataban las manos, se arrodillaron en actitud orante, como era la costumbre; estaban repletos de alegría, seguros de resucitar, puestos sobre la hoguera como un trofeo de Dios. No cesaron de orar hasta el momento en que entregaron su espíritu.

Y entonces se manifestaron en gran número los signos maravillosos del Señor: el cielo se entreabrió; dos de nuestros hermanos, Babilas y Migidinio, de la casa del gobernador, y la propia hija de este último

vieron a Fructuoso y a sus diáconos: su frente estaba ceñida con una corona, subían al cielo, en tanto que sus cadáveres seguían atados al poste de la hoguera. Llamaron a Emiliano, el gobernador: «¡Ven—le dijeron—, mira a tus condenados! Han alcanzado el cielo como era su esperanza.» Emiliano fue, pero nada vio. No era digno de ver la visión.

Los hermanos estaban entristecidos; eran como un rebaño sin pastor. Todos se sentían muy desgraciados. No porque lloraran a Fructuoso; por el contrario, le envidiaban, pensando en la fe y en el combate de los mártires. Cuando llegó la noche, fueron apresuradamente al anfiteatro. Llevaron vino para apagar los huesos medio quemados. Hecho esto, reunieron las reliquias de los mártires y cada uno se llevó por su propia cuenta lo que podía coger.

Y fue entonces cuando se manifestó un nuevo prodigio de nuestro Señor y Salvador, que vino a aumentar la fe de los creyentes y servir de lección a los más jóvenes. El mártir Fructuoso tenía que dar testimonio por la pasión y de la resurrección de la carne de la verdad de las promesas de nuestro Señor y Salvador según sus enseñanzas, que había dado antes por la misericordia de Dios. Y sucedió, pues, que, después de la muerte, Fructuoso se apareció a los fieles y les pidió que devolviesen sin tardar aquello que cada uno por devoción se había llevado de entre las cenizas, con el fin de que todo quedara reunido en el mismo lugar.

Fructuoso se apareció también a Emiliano. Iba acompañado de sus diáconos. Los tres iban vestidos de gloria. Fructuoso advirtió duramente al gobernador y le mostró la vanidad de los esfuerzos para destruir el

cuerpo de aquellos que él creía estaban en la tierra y que ahora veía en la gloria.

¡Oh bienaventurados mártires, probados por el fuego como el oro de gran precio, protegidos por la coraza de la fe y el yelmo de la salvación; coronados con la diadema y la corona imperecederas por haber pisoteado la cabeza del demonio!

¡Oh bienaventurados mártires que habéis merecido un puesto de honor en el cielo! Estáis a la diestra de Cristo y cantáis las alabanzas de Dios, el Padre todopoderoso, y de su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor.

El Señor recibió a sus mártires en la paz por su fiel confesión. A Él la gloria y el honor en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 259, EN LÁMBESE (NUMIDIA)

MARIANO Y SANTIAGO

Cuando los bienaventurados mártires de Dios todopoderoso y de su Cristo están impacientes por partir hacia el reino de los cielos que les ha sido prometido, a veces confían una misión a sus íntimos. Lo hacen de forma discreta: saben que la humildad en la fe asegura su verdadera grandeza. Una oración es eficaz en la medida en que es humilde.

Nobilísimos testigos de Dios nos han encargado de hacer conocer su gloria. Pienso en Mariano, uno de nuestros hermanos más amados, y en Santiago. Además de los misterios de la religión, nos unían la vida en común y los vínculos de familia. En el momento de emprender, por inspiración del Espíritu Santo, el combate glorioso contra los ataques de un mundo desencadenado y contra los asaltos de los paganos, me encargaron narrar, para conocimiento de nuestros hermanos, su lucha. No era vanidad por su parte, como si quisieran recoger en la tierra elogios por el triun-

fo de su glorioso martirio. Pero deseaban que sus tribulaciones sirviesen a multitud de fieles y al pueblo de Dios, como ejemplo y sostén en la fe.

Al encargarme de esta misión, su afectuosa confianza no se equivocaba. ¿Quién pondría en duda la comunidad fraterna que nos unía en tiempos de paz, ya que la persecución nos sorprendió unidos, en una estrecha intimidad?

Fue durante un viaje en Numidia. Estamos juntos, como era nuestra costumbre; hacíamos el viaje en el mismo navio, siguiendo la ruta que debía conducirnos, a mí al servicio deseado de nuestra fe, a ellos hacia el cielo. Habíamos llegado al poblado de Mugas, situado en las afueras de Cirta. En esa ciudad, y en esa época, se desencadenaba el furor ciego de los soldados y de los paganos, y los asaltos de la persecución rompían como olas promovidas por el espíritu de este mundo. Con las fauces abiertas, el diablo, el adversario, espumeaba por quebrantar la fe de los fieles. Mariano y Santiago, los bienaventurados mártires, vieron en ello los signos ciertos y tan deseados del favor divino: se veían conducidos en buen momento a ese país en el que la furia de la tempestad se había desencadenado. Comprendía que era Cristo quien había dirigido hacia allí sus pasos en donde tenían que recibir su corona.

En efecto, el gobernador en su cruento furor ciego hacía buscar a todos los elegidos del Señor por medio de tropas de soldados malos y odiosos. Esta loca crueldad no se ejercía sólo contra aquellos que habían escapado a las persecuciones anteriores y continuaban viviendo, sirviendo a Dios con toda libertad. No. El demonio era insaciable; extendía también sus manos

sobre aquellos que hacía tiempo que estaban exiliados y la ferocidad desencadenada del gobernador procuraba la corona de gloria a estos fieles, ya mártires, si no por la sangre, al menos, por el espíritu.

Entre ellos fueron traídos del exilio para comparecer ante el gobernador dos obispos eminentes, Agapio y Segundino, que estaban unidos por una santa amistad; el segundo, admirable por la santidad de su castidad absoluta. Se les conducía, pues, no como creían los paganos de un castigo a otro, sino de una gloria a otra, de un combate a otro. Aquellos que habían triunfado de las falaces atracciones del mundo vinculándose al nombre de Cristo, debían pisotear también con sus pies las crueles tribulaciones de la muerte, por medio de la virtud de una santidad consumada. No se forzaba, pues, y, por tanto, a esos héroes para que buscaran la gloria en la victoria terrestre, siendo así que el Señor tenía prisa por tenerlos cerca de sí.

Entonces, hermanos míos, Agapio y Segundino, estos ilustres obispos devenidos gloriosos mártires, llegando al lugar del combate por su pasión bienaventurada, se detuvieron en Maguas y desdeñaron entrar en la casa de nuestros huéspedes. Su llegada dependía sin duda alguna de la voluntad del gobernador, pero, sobre todo, de disposiciones de Cristo.

La vida de la gracia era tan intensa en estos testigos de Dios, tan santos y tan privilegiados, que les ¡><i recia poco verter su sangre preciosa en una pasión gloriosa: quisieron hacer otros mártires con el ejemplo de su fe. Nos dieron testimonios brillantes de su afecto y de su caridad. No era necesario que hablaran para confortar en nosotros, en la comunidad, la

fe; bastaba el ejemplo de su valor tan religioso y tan resuelto. Pero quisieron hacer más para asegurar más sólidamente nuestra perseverancia, vertieron en nuestras almas el rocío de sus conversaciones saludables. No podían callarse, puesto que vivían de la palabra de Dios. Por tanto, nada extraño que en aquellos días su contacto bienhechor animó tan poderosamente nuestras almas. Cristo brillaba ya en ellos a través de la gracia de su pasión próxima.

Cuando los dos obispos nos abandonaron, dejaron a Mariano y a Santiago preparados con sus ejemplos y sus lecciones para seguir las huellas recientes y frescas de su gloria.

En realidad, dos días tan sólo habían transcurrido cuando la palma del martirio era ofrecida a nuestros queridos amigos Mariano y Santiago. Y no fue como en otras partes, en donde se presentaban dos o tres guardias, sino varios centuriones con una tropa furiosa. Y esos miserables invadieron la casa en la que estábamos, como si se tratara de una ciudadela ilustre de la fe.

¡Oh invasión tan deseada! ¡Oh feliz tumulto! ¡Era digno de ser saludado con transportes de alegría! Si caía sobre nosotros era sólo para consagrar con la sangre de los justos, de Mariano y de Santiago, el triunfo de los elegidos de Dios.

Al escribir estas líneas, mis queridos hermanos, retenemos con esfuerzo al torrente de tantas alegrías acumuladas. Dos días antes, dos mártires se habían arrancado de nuestros brazos para consumir su pasión. Hoy, de nuevo, teníamos junto a nosotros dos futuros mártires. Había llegado la hora para ellos, la hora en la que la mano de Dios los atraía con fuerza

apresurada. Pero también para nosotros fue un hermoso día; habíamos participado en la gloria de nuestros hermanos.

Se nos hizo abandonar Marguas para ir a Cirta. Tras nosotros venían nuestros hermanos elegidos para el martirio. Su afecto hacia nosotros y la llamada apremiante de Cristo guiaban sus pasos. De esta manera sorprendente, de aquellos dos grupos, el que caminaba detrás era el que primero iba a llegar.

Llegados a Cirta, poco duró su espera. Nos exhortaban con tal ardor, que su gozo les traicionaba: se veía que eran cristianos. Fueron interrogados. Como persistieron en confesar valientemente el nombre de Cristo, les condujeron a la prisión.

Entonces, un soldado de la guardia se puso a hacerles sufrir numerosos y crueles suplicios. Este hombre era el verdugo de los justos y de los santos. Le ayudaba un centurión y los mismos magistrados de Cirta, es decir, los sacerdotes del diablo. Como si desgarrando sus miembros se pudiera romper la fe, que desprecia el cuerpo.

Santiago había siempre demostrado gran valentía en su fe austera. Ya había triunfado una vez de los asaltos durante la persecución de Decio. No sólo se declaró cristiano, sino que descubrió su condición de diácono.

Mariano fue dolorosamente torturado, porque afirmaba ser sólo lector, lo que era verdad. ¡Qué torturas! Suplicios nuevos, inventados con envenenado arte diabólico para hacer Saquear a un hombre.

Para mejor golpearle, le colgaron. Pero mientras le desgarraban, le torturaban; el mártir fue tan alentado y sostenido por la gracia que su suplicio sólo sirvió para engrandecerle. Las cuerdas que le tenían atado

le sujetaban no sus manos, sino los pulgares. De esta manera, la débil parte de los dedos soportaba todo el peso del cuerpo, lo que aumentaba todavía más el sufrimiento. Pero, además, le ataron a los pies pesos muy pesados. De esta manera, los instrumentos del suplicio actuaban en sentido contrario: desgarramiento de los miembros y de los músculos, hasta el punto que la estructura del cuerpo se sostenía sólo con los tendones.

¡Pero no pudiste, crueldad pagana, con el templo de Dios, llamado a compartir la herencia de Cristo! Poco importa que suspendas los cuerpos, que disloques los costados, que surques las carnes; Mariano tenía puesta en Dios toda su confianza; a medida que descoyuntaban su cuerpo, su alma crecía. La ferocidad de los verdugos fue al fin vencida. Y el mártir, alegre por su victoria, fue llevado de nuevo a la cárcel. Allí encontró a Santiago y a los otros hermanos, y, llenos de gozo, cantaron sin descanso las victorias del Señor.

¿Qué decís de to' do esto, pueblos paganos? ¿Seguís creyendo que los cristianos tienen horror de la cárcel y que las tinieblas del mundo pueden horrorizar a aquellos que esperan la alegría de las claridades eternas? Un alma sostenida por la firme esperanza de la gracia próxima no siente los suplicios que le infringen al cuerpo. Poco importa que busquéis para las torturas un lugar secreto y oculto, un antro oscuro y malsano, una casa tenebrosa; aquel que ha puesto su confianza en Dios no se preocupa ya de la infección de un calabozo, de una existencia sin sol. Día y noche Cristo conforta a estos hermanos, entregados a Dios, el Padre.

Ved, Mariano, después de haber sufrido ese horrible suplicio, se durmió profundamente con sueño tranquilo. Y Dios, para darle confianza en la liberación, le envió un sueño¹³. Cuando despertó, he aquí lo que nos contó:

«Hermanos—dijo—he tenido un sueño. He visto un tribunal imponente y todo blanco, con una plataforma muy alta. Un juez, con el rostro Heno de nobleza, era el presidente. Había allí un estrado. No era bajo, sino que se subía a él no por medio de un solo escalón, sino por una escala majestuosa que ascendía hasta muy alto. Numerosos confesores desfilaban agrupados, y el juez les condenaba a parecer decapitados.

Pero llegó mi vez. Oí una voz clara y potente que me decía: «Traed a Mariano.» Subí por la escalera hasta el estrado, y de pronto vi a Cipriano, sentado a la derecha del juez. Me tendió la mano, me sonrió y me dijo: «Ven a sentarte junto a mí.» Obedecí; y mientras me sentaba entre los asesores, comparecieron otros grupos de confesores.

En fin, el juez se levantó; le condujimos hasta su pretorio. El camino que llevaba hasta allí cruzaba rientes praderas y bosques verdeantes de tiernas hojas. Cipreses muy altos y pinos que parecían tocar el cielo nos envolvían con su sombra. Toda aquella tierra, entre el bosque, parecía ceñida por una corona de verdor. En el centro, un lago, alimentado por una fuente transparente, repartía en riachuelos transparentes sus aguas límpidas. De pronto, el juez desapareció de nuestros ojos. Entonces Cipriano cogió una copa que había junto a la margen de la fuente, la llenó de aque-

¹³ El mismo fenómeno de visiones que en las pasiones de Felicidad y Perpetua.

lia agua y bebió como un hombre sediento. Llenó de nuevo la copa y me la ofreció. Bebí con placer y dije: «Gracias a Dios.» Me desperté por el sonido de mi propia voz y me levanté.»

Entonces, Santiago recordó que también a él, por bondad divina, le había sido revelada su futura gloria. Uno de los días anteriores, yendo en el mismo coche, Mariano, Santiago y yo con ellos, viajábamos juntos. Hacia el mediodía, Santiago fue presa de un sueño extraño y profundo, ya que el camino por aquellos lugares era irregular. Llamamos a nuestro compañero, le sacudimos y acabó despertando.

«Todavía estoy emocionado—nos dijo entonces—. Pero es la alegría lo que de tal manera me emociona. He visto a un hombre joven de una altura asombrosa, extraordinaria. Llevaba una túnica sin ceñir, tan rielante de luz que los ojos no podían mirarla. Sus pies no tocaban la tierra, y su cabeza trascendía las nubes. Pasó corriendo, y nos tiró a las manos dos cintos purpúreos, uno para Mariano y otro para mí. Y nos dijo: «Seguidme sin tardar».

¡Oh sueño más poderoso que todas las vigiliass!
¡Oh sueño, qué feliz haría al soñarlo a cualquiera que vela en la fe! Este sueño sólo adormece el cuerpo de la carne, pues sólo el alma puede contemplar al Señor. ¿Imaginamos el entusiasmo, la grandeza de alma de estos mártires que, en el umbral de su pasión por el nombre divino, habían tenido la felicidad de escuchar a Cristo, de verle aparecer, sin ser detenidos por las contingencias del tiempo o de lugar? Nada se oponía, ni los vaivenes del vehículo en marcha, rodando sobre un mal camino, ni el sol de mediodía, que lanzaba los dardos de su ardiente luz. El Señor no

quería esperar al misterio de la noche; por una gracia poco conocida, elegía una hora desacostumbrada para aparecerse a su mártir.

Los favores no fueron privilegios sólo de algunos aislados. También Emiliano, que pertenecía a una familia de caballeros y que ahora estaba en prisión, porque era uno de los nuestros. Tenía cerca de cincuenta años y había conservado la virginidad de su infancia. En la prisión pasaba los días ayunando y en oración, y que cada día hacía más intensa, con el fin de preparar su alma, nutrida de oración, para recibir al día siguiente el sacramento del Señor.»

Un día, cuando descansaba, hacia el mediodía, se adormeció. Cuando despertó nos reveló la visión que acababa de tener:

«Me habían hecho salir de la prisión—dijo—, y me encontré con un pagano, nuestro hermano según la carne. Curioso por saber cómo iban nuestros asuntos, me preguntó irónicamente cómo encontrábamos nuestra alimentación y las tinieblas en la cárcel.

Yo le respondí: «Los soldados de Cristo poseen en el seno de las tinieblas una luz brillantísima y en el ayuno un alimento que les sacia: la palabra de Dios.»

Cuando escuchó esta respuesta me replicó: «Pues bien, sabed que a todos los que estáis en la cárcel, si seguís obstinados, sólo os espera la pena capital.»

Entonces, temiendo que se burlara de mí con una mentira, le dije: «¿Es verdad que vamos a ser todos martirizados?»

Y de nuevo afirmó: «La espada os espera muy pronto; vuestra sangre no tardará en correr. Una cosa me preocupa—añadió—. Vosotros, que despreciáis esta vida, ¿recibís en el más allá indistintamente las mismas recompensas?»

Le respondí: «No tengo categoría para pronunciarme sobre una cuestión tan importante. Pero levanta un instante los ojos al cielo; en él descubres un número incalculable de estrellas brillantes. ¿Brillan las estrellas con el mismo resplandor? Y, sin embargo, es la misma luz la que las ilumina.»

Esta respuesta picó su curiosidad, y dio lugar a una nueva pregunta:

«Si existen diferencias—dijo—, ¿quiénes entre vosotros serán los privilegiados en el favor del Señor?»

«Ciertamente, dos sobrepasarán a los demás—le respondí—. Pero no puedo decirte los nombres. Dios los conoce.»

En fin, como me importunaba con su insistencia, le dije: «Tendrán la más hermosa corona aquellos cuya victoria haya sido más ruda y más lenta en conseguirse. Está escrito: Es más fácil que pase un camello por el agujero de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos.»

Después de estas visiones, los confesores permanecieron todavía algunos días en prisión. Después les llevaron ante el tribunal; los magistrados de Cirta podrían de esta manera redactar el proceso verbal oficial de su valentía y gloriosa confesión y enviarlos ante el gobernador con el informe de una semicondenación.

De pronto, durante la audiencia, uno de nuestros hermanos, perdido en la muchedumbre, atrajo sobre sí todas las miradas de los paganos. La gracia de su próximo martirio transfiguraba su rostro y Cristo se manifestaba en todos sus rasgos. Sus vecinos, agitados y furiosos, le preguntaron si también era de la misma religión y si llevaba el mismo nombre de

cristiano. Confesó con tal premura, que obtuvo inmediatamente el honor de ocupar un puesto entre sus amigos.

De esta manera, con sus confesiones, los bienaventurados mártires ganaron para Dios varios testigos, mientras se preparaban a morir como mártires.

Se les envió ante el gobernador. Por penoso y difícil que fuera el camino, le recorrieron rápidamente y con alegría. Cuando llegaron, les condujeron al gobernador, que les hizo encarcelar de nuevo en la prisión llamada de Lambarese. Esta era la única hospitalidad que los paganos reservaban a los justos.

Mientras esperaban durante largos días, una muchedumbre de hermanos vertían su sangre y llegaban de esta forma junto al Señor. Pero la hora de morir no había llegado todavía para Mariano y Santiago ni para los otros clérigos; la rabia del gobernador se ocupaba en castigar a numerosos laicos. En efecto, este artista de la crueldad había dividido a los juzgados en dos grupos, según los grados de nuestra jerarquía eclesiástica. Había separado a los laicos de los clérigos, esperando que los primeros cederían de esta manera a las solicitudes del mundo y a sus amenazas.

Por eso, nuestros muy queridos amigos, estos fieles discípulos de Cristo, así como los otros clérigos, comenzaron a entristecerse un poco viendo que los laicos comenzaban a llevarse la palma del martirio, mientras que para ellos la victoria se hacía esperar tanto.

Entonces intervino Agapio. Hacía mucho tiempo que había consumado por su martirio el testimonio sagrado de la fe. Todavía en vida había rogado con

frecuencia por dos muchachas jóvenes, Tertuliana y Antonia, a las que amaba mucho con afecto paternal. No cesaba de pedir para ellas el martirio al mismo tiempo que él lo recibiera.

Había recibido una revelación divina, según la cual se testificaba la eficacia de sus méritos. «¿Por qué insistes en aquello que una sola de tus oraciones ha conseguido ya?»

Una noche esta Agapio se apareció a Santiago en la cárcel. La verdad es que en el momento de recibir el golpe supremo mientras esperaba al verdugo, Santiago gritó: «Voy al banquete de Agapio y de los otros bienaventurados mártires. Esta misma noche, hermanos míos, he visto a nuestro querido Agapio. Entre todos los otros compañeros de la prisión de Cirta celebraba, más gozoso que todos los otros, un banquete solemne y lleno de alegría. Mariano y yo habíamos sido arrebatados por el espíritu de amor y de caridad

e íbamos a ese festín como a los ágapes. Y entonces un niño acudió a nuestro encuentro. Era uno de aquellos gemelos que murieron mártires con su madre tres días antes. Al cuello llevaba un collar de rosas, en la mano una palma verdeante. ¿Por qué os apresuráis? —nos dijo—. Gozad y sed felices; mañana iréis a nuestro festín.»

¡Oh bondad maravillosa e infinita de Dios para con sus hijos! ¡Oh ternura verdaderamente paternal de Jesucristo, nuestro Señor, que colma de bienes a sus elegidos y que, en su perseverancia, les revela los dones de su buena voluntad!

Al día siguiente de esta visión, la sentencia del gobernador llegó para cumplir las promesas de Dios sin retardo. Mariano, Santiago y los otros clérigos iban

a liberarse de las miserias de este mundo y a reunirse con los patriarcas en su gloria.

Les condujeron al lugar de su triunfo. Era en el prado de un río, en un valle entre montañas; por una y otra parte, las colinas se elevaban escalonadamente. Había en los dos lados dos terraplenes para los espectadores. En la vaguada, el lecho profundo del río bebía la sangre de los bienaventurados mártires. Bañados en la sangre y hundidos en el río, era como si recibieran un doble bautismo.

En este lugar de suplicio, los asistentes podían admirar un procedimiento expeditivo, inventado para las matanzas en masa. El número de los justos que había que decapitar horrorizaba al verdugo, que temía fatigar su brazo y hasta su espada. Por eso, con crueldad salvaje, alineaba a los mártires. De tal manera los golpes, como un impulso jurí os o, cortaban las cabezas una tras otra. Había imaginado este sistema de decapitación para no interrumpirse en su tarea sangrienta y bárbara. Pues de haber permanecido en el mismo lugar, el amontonamiento de cadáveres le hubiera impedido continuar, y hasta el cauce del río, colmado de cuerpos, habría resultado estrecho.

Según la costumbre, se vendó los ojos a los condenados en el momento en que les iban a decapitar. Pero no se podían hundir en las tinieblas los ojos del alma que permanecía libre, que veían desplegarse con esplendor inefable la claridad de una luz infinita. La mayor parte de los mártires, que no podían ver nada con los ojos de la carne, decían a aquellos que les rodeaban, a los hermanos que los asistían, que ya contemplaban espectáculos maravillosos: jóvenes vestidos de blanco se les aparecían montados en caballos blancos como nieve. Algunos de los mártires comple-

taban la narración de sus hermanos: afirmaban oír el galope de los caballos y reconocer el ruido de su carrera.

Mariano profetizaba. Impulsado por el don de profecía, anunciaba con viva voz, fuerte y plena, segura, que muy pronto sería vengada la sangre de los mártires. Predecía, como si se encontrara en el cielo, las plagas que amenazaban al mundo: la peste, la cautividad, el hambre, los terremotos, las invasiones de mosquitos. El mártir no se contentaba por sus profecías con provocar a los paganos: estimulaba a los hermanos para que rivalizaran en valor. Y su voz sonaba como un timbre de victoria para llevar a los justos hasta el Señor, para que no fallaran en una ocasión de muerte tan bella, cuando tantos males iban a abatirse sobre el mundo.

Las ejecuciones habían terminado. La madre de Mariano, como la de los Macabeos, exultaba de felicidad. Su hijo había muerto mártir, se sentía segura sobre su suerte. Podía dar gracias no sólo por él, sino también por ella misma, que había tenido tal hijo. Apretaba entre sus brazos el cuerpo del hijo, la gloria de su propia carne. Le cubría de besos con religiosa ternura las heridas de su cuerpo.

¡Oh María, la bien nombrada! ¡Oh madre doblemente feliz, por llevar tal nombre y por haber tal hijo! ¿No merecía la gloria de llevar tal nombre, tan grande, esta mujer ilustre por el hijo de su carne?

Verdaderamente es inefable la misericordia de Dios todopoderoso y de su Cristo para con los suyos. A aquellos que creen en su nombre, no se contenta con confortales por medio de su gracia; les da una nueva vida al precio de su sangre.

Nadie podrá jamás apreciar cómo concede la grandeza de sus dones. Su ternura de padre actúa sin cesar en nosotros. Y este mártir que creemos ofrecerle es un nuevo don de Dios todopoderoso.

A Él la gloria en todos los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 259, EN CARTAGO

MONTANO, LUCIO Y COMPAÑEROS

Carta de los confesores a la comunidad de Cartago.

También nosotros, muy amados hermanos, luchamos en vuestras filas. No cesamos de pensar en la multitud de nuestros hermanos; éste es el único deber de los servidores de Dios entregados al servicio de Cristo.

Guiados por estas razones, nuestro amor y nuestro deber nos han inspirado esta carta. De esta forma dejaremos a nuestros hermanos del futuro un testimonio fiel de la grandeza de Dios y la narración de los trabajos y de las tribulaciones que hemos padecido por el Señor.

El gobernador sanguinario había desencadenado primero al pueblo para empujarle a la matanza. Al día siguiente fue la terrible persecución de los cristianos. En fin, el magistrado nos hizo encarcelar con brutalidad a nosotros, a Lucio, Montano, Flaviano, Julián,

Victorio, Primólo, Reno y Donaciano. Este último era todavía catecúmeno; fue bautizado en prisión y entregó el alma allí mismo; tenía prisa por pasar inmaculado del agua del bautismo a la corona del martirio. Primólo tuvo una muerte análoga. También él, unos meses antes, había confesado la fe: éste fue su bautismo.

Desde que fuimos detenidos estuvimos confiados a magistrados, y supimos por los soldados las intenciones del gobernador; la víspera nos había amenazado con la hoguera. Y, en realidad, como después lo supimos de fuente fidedigna, había pensado en quemarnos vivos. Pero el Señor, que puede preservar de las llamas a sus servidores y que tiene en sus manos los propósitos y los corazones de los reyes, apartó de nosotros la crueldad repugnante del gobernador. Rogamos con todas nuestras fuerzas sin descanso, y hemos obtenido sin tardar lo que pedíamos. Ya ardía la hoguera para destruir nuestra carne cuando el fuego se extinguió. El rocío del Señor lo había apagado. Nosotros, que creemos, no tuvimos que esforzarnos mucho para relacionar este prodigio con otros anteriores, como lo ha prometido el Espíritu Santo. Otra vez manifestó su poder en favor de tres nidos en el horno, hoy triunfaba de la misma manera en nosotros.

El gobernador encontró un obstáculo para su propósito, gracias a la oposición del Señor. Nos volvió a enviar a la cárcel. Los soldados nos condujeron a ella y el sombrío horror de ese lugar no nos asustó lo más mínimo. Muy pronto esa prisión tenebrosa resplandeció con las claridades del Espíritu. En lugar de los fantasmas de la sombra y de los velos opacos de la noche, el fervor de nuestra fe, brillante como

el día, nos revistió de luminosa luz. Y subimos a ese calabozo de dolores como si subiéramos al cielo.

Y, sin embargo, ¡qué días hemos pasado allí y qué noches! Ninguna palabra sabría describirlo. Los tormentos de la prisión superan todo cuanto puede decirse. No tememos exagerar los horrores de esa cárcel. Pero cuanto más grande es la prueba, más grande es aquel que la supera en nosotros. Cuando el Señor nos asiste, no hay lucha sino victoria. Para los servidores *de Dios*, morir es poca cosa; la muerte es nada, puesto que el Señor hizo como el agujón y vencido su violencia por el triunfo en la cruz. Por otra parte, sólo se puede hablar de armas refiriéndose a un soldado, y no cogemos las armas más que cuando hay lucha. Nuestras coronas sólo son el precio de un combate y la palma sólo es entregada después de la batalla.

En fin, durante algunos días hemos sido reconfortados por la visita de nuestros hermanos. Todos los sufrimientos de la noche desaparecían ante la consolación y la alegría del día.

En esa época, Reno, que era de los nuestros, tuvo un sueño durante la noche. En él vio a hombres que eran conducidos a la muerte. Avanzaban uno a uno; delante de cada uno de ellos llevaban una lámpara. Aquellos que no eran precedidos por una lámpara no llegaban hasta el final. Nos vio desfilar a todos con las lámparas. En este momento se despertó. Cuando nos contó su sueño, nos sentimos transportados por la alegría; ya estamos seguros de caminar con Cristo, que es la luz de nuestros pasos y el Verbo de Dios,

A esa noche sucedió un día que pasó en la alegría. Aquel mismo día nos llevaron ante el procurador, que sustituía en sus funciones al difunto cónsul. ¡Día de alegría! ¡Gloria de los confesores encadenados! ¡Cadenas deseadas con todos nuestros deseos! ¡Hierros más buscados que el oro más puro y más preciosos que él! ¡Chirrido del hierro que resuena golpeado contra otro hierro!

Nuestro consuelo consistía en hablar de nuestra próxima suerte. Sólo teníamos un temor, que nuestra felicidad se difiriera. Los soldados que nos custodiaban no sabían dónde quería escucharnos el gobernador; nos llevaban de una parte a otra a través de todo el foro. Al fin, el gobernador nos llamó para que fuéramos llevados a la sala de la audiencia, pero todavía no había llegado la hora de nuestra pasión. Salimos vencedores de esta sesión, en la que dimos cuenta del demonio. Nos llevaron de nuevo a la cárcel. Nos reservaban para otra victoria.

Vencido este combate, el diablo imaginó otras argucias: trató de probarnos por medio del hambre y de la sed. Renovó este ataque durante muchos días. Creyó que esta táctica sería la más eficaz. Reducidos al caldo del Estado y a agua fría, muchos de los nuestros enfermaron.

Estos sufrimientos, estas privaciones, estos tiempos de miseria, todo procedía de Dios, hermanos amadísimos. Pues Aquel que quería probarnos de tal manera nos habló incluso en medio de la tribulación en una visión.

El sacerdote Víctor, nuestro compañero de martirio, tuvo la siguiente visión; murió poco después:

«He visto—nos dijo—eiitrar aquí en la prisión a un niño. Su rostro brillaba con claridad inefable. Nos

llevó por todas partes con el fin de hacernos salir. Pero no lo conseguí. Entonces me dijo: «Debéis sufrir todavía un poco más, puesto que os retienen aquí dentro. Tened confianza, estoy con vosotros.» Y añadió: «Di a tus compañeros que vuestra corona será más gloriosa.» Y después: «El espíritu se apresura hacia Dios; el alma cercana ya al martirio aspira a la mansión que la espera.»

En ese momento, Víctor comprendió que era el Señor. Le preguntó dónde estaba el Paraíso.

El niño le dijo: «Fuera de este mundo.»

—Enséñamelo—dijo Víctor.

El niño respondió: «En ese caso, ¿para qué quieres la fe?»

Con flaqueza profundamente humana, Víctor le dijo: «No puedo hacerme cargo de la misión que me encomiendas. Dame una señal por medio de la cual pueda invocarte.»

El Señor le respondió: «Diles el signo de Jacob.»

Es necesario que nos alegremos, hermanos amadísimos, por haber sido comparados de esta forma con los patriarcas, si no por la justicia, al menos por el sufrimiento. Pero Aquel que dijo: «Llámame en el día del desasosiego, Yo te salvaré y tú me glorificarás.» Aquel se ha dado toda la gloria; ha escuchado nuestras oraciones, se ha acordado de nosotros, anunciándonos el don de su misericordia.

Una visión del mismo tipo fue concedida a nuestra hermana Cuartillosa, en prisión junto con nosotros. Su marido y su hijo habían sido martirizados tres días antes. Ella misma, que permaneció con nosotros, se reuniría con sus seres más queridos a no tardar. He aquí cómo nos contó la visión que tuvo:

«Vi—nos dijo—a mi hijo, el mártir, llegar hasta aquí, a la cárcel. Se sentó en el borde de la piscina llena de agua y dijo: «Dios ha visto vuestra desazón y vuestros sufrimientos.» Era seguido de un hombre joven de maravillosa prestancia; éste llevaba dos copas de leche, una en cada mano. «Cobrad nuevos ánimos—dijo—; Dios se ha acordado de vosotros.» Nos hizo beber a todos en las copas, y las copas seguían estando llenas. De pronto desapareció la piedra que divide la ventana en dos. Sin piedra, las ventanas se iluminaron y dejaron ver libremente el cielo. El joven puso las copas a la derecha y a la izquierda y dijo: «Estáis desasosegados y todavía os falta. Todavía ven'is cómo llega una tercera copa». Y desapareció.

Al día siguiente de esta visión, esperábamos la hora en la que nos debían traer nuestra ración reglamentaria, ración no de alimentos, sino de hambre y desazón. Pues no nos daban nada de comer, y desde hacía dos días estábamos en ayunas. De pronto, el Señor nos envió una confortación. Llegó como el agua a los sedientos, como el alimento a los hambrientos, como el martirio a los que lo esperan. Y fue nuestro querido Luciano quien lo trajo. Había forzado las consignas de la cárcel, y por las manos del subdiácono Hereniano y el catecúmeno Enero, las dos copas de la visión nos proporcionó a todos el alimento que no mengua. Este socorro nos sirvió de reconfortación en nuestra debilidad y en nuestra tribulación. Incluso aquellos a los que el régimen del caldo y agua fría había enfermado recobraron nuevas fuerzas.

Todos dimos gracias a Dios por obras tan rebosantes de gloria.

Queremos ahora hablaros, queridísimos hermanos, de nuestro mutuo afecto. Os hablaremos de ello no para instruirlos, sino para edificarlos. Hemos sido unánimes en una misma confesión, y lo somos en la vida y en la oración, ante el Señor. Ahora es necesario mantener la concordia de la caridad y vincularse por medio de los lazos del amor. De esta manera se destruye al demonio y el Señor concede todo cuanto se le pide. Tenemos su promesa formal en estas palabras: «Si dos de vosotros sobre la tierra se ponen de acuerdo para pedir cualquier cosa, en verdad lo obtendrán.»

El único medio de ganar la vida eterna y reinar con Cristo es cumplir la voluntad de Aquel que ha prometido la vida eterna y el reino de los cielos. Sólo los que hayan vivido en paz con sus hermanos recibirán la herencia de Dios. Es la enseñanza del Maestro cuando dijo: «Bienaventurados los que crean la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» Comentando esta frase, el Apóstol dice: «Somos hijos de Dios. Hijos, luego herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, siempre que compartamos sus sufrimientos para ser glorificados con Él.»

Por tanto, si no se puede ser heredero sin ser hijo y si no se es hijo sin ser pacífico, no podremos obtener la herencia de Dios si se destruye la paz de Dios. Una advertencia del cielo y una visión divina nos han recordado esta verdad y nos mueven a hablar de ella.

En otro tiempo, en efecto, Montano había tenido discusiones con Julián sobre una mujer excomulgada que se había deslizado fraudulentamente en nuestra comunidad. Montano había hecho ciertos reproches a Julián, y sus relaciones se habían enfriado. La noche siguiente, Montano tuvo una visión:

«He aquí lo que he visto—nos dijo—. Centuriones que vienen hacia nosotros. Nos hacen recorrer un largo camino. Llegamos a un llano inmenso en donde Cipriano y Leucio se reúnen a nosotros. En fin, nosotros llegamos a un lugar todo rebotante de luz, nuestros vestidos se convierten en blancos y nuestros mismos cuerpos deslumbran más todavía que nuestros vestidos. Nuestra carne es diáfana hasta el punto de permitir a la mirada ver el fondo del corazón. Yo me miré el pecho y en él descubro algunas manchas. Aunque todavía sueño, creo que despierto. Encuentro a Luciano, le cuento lo que yo he visto y le digo: «¿Sabes de dónde vienen esas manchas? Proceden del hecho de que no me he reconciliado inmediatamente con Julián.» Y aquí me desperté.»

Por eso, queridísimos hermanos, debemos conservar a todo precio la concordia, la paz y la buena voluntad entre nosotros. Tratemos de ser aquí abajo lo que seremos arriba. Si nos alcanzan las promesas hechas a los justos, si los castigos reservados a los culpables nos atemorizan, si deseamos vivir y reinar con Cristo, hagamos lo que nos lleve a Cristo y al reino de los cielos.

Os saludamos.

Narración de un cronista anónimo.

Tal es la carta común de los hermanos, la que escribieron en la cárcel. Pero era necesario agrupar en una narración completa todos los hechos de los bienaventurados mártires. No lo dijeron todo por modestia. Además, Flavio nos ha confiado personalmente el encargo de completar todo lo que faltaba

en la carta. Hemos añadido lo necesario para completarla.

Durante su reclusión de varios meses, los confesores sufrieron los horrores de la prisión y mucho tiempo hambre, como sed. En fin, muy tarde, por orden del gobernador, fueron llevados al pretorio y entregados a su tribunal. Todos confesaron gloriosamente su fe.

Flaviano había declarado ser diácono. Sus defensores, extraviados por el afecto, lo negaron y sostuvieron que no lo era. La sentencia de muerte fue dictada contra los otros, es decir, contra Lucio, Montano, Juliano y Victorio.

Flaviano fue conducido de nuevo a la cárcel. Tenía de qué afligirse al ver que le separaban de la comunidad con los demás. Pero la fe y la piedad que animaban su vida le hicieron descubrir en esta tribulación la voluntad de Dios. Su religión llena de prudencia suavizaba su tristeza al permanecer solo. Se decía: «El corazón del rey está en la mano de Dios. ¿Por qué afligirme? ¿Por qué irritarme contra un hombre cuyas decisiones son dictadas por Dios?» Pero en lo que sigue hablaré con más detalle de Flaviano.

Durante este tiempo, los otros fueron conducidos al lugar del sacrificio. Los paganos afluían de todas partes. Todos los hermanos estaban allí. Sin duda alguna, antes, habían acompañado a otros testigos de Dios, según la religión y la fe que habían aprendido en la escuela de Cipriano. Pero ese día acudieron más apresuradamente y más numerosos que nunca.

Era un hermoso espectáculo el de los mártires de Cristo. La felicidad de su gloria resplandecía en sus rostros. Incluso sin hablar, habrían arrastrado a los otros con su ejemplo. Pero hablaban sin cansancio;

exhortaban a los hermanos para dar firmeza a su coraje.

Incluso Lucio. Naturalmente dulce de carácter, reservado y modesto, había sido debilitado hasta el límite y el agotamiento por los sufrimientos en la prisión. Había tomado la delantera con algunos compañeros, porque temía ser asfixiado por los vaivenes de la muchedumbre y no poder verter su sangre. Tampoco guardaba silencio; instruía como podía a sus compañeros. Hubo hermanos que le dijeron: «Acuérdate de nosotros. —Vosotros sois, les dijo, los que debéis acordaros de mí.»

¡Qué humildad la de este mártir, que no se enorgullecía de su gloria, ni siquiera en las proximidades de su pasión!

Julián y Victorio insistieron acerca de sus hermanos para que conservasen la paz. Recomendaron a todos los clérigos, sobre todo a los que habían sufrido hambre en prisión.

Llegaron al lugar de su pasión alegres y sin miedo.

Montano era robusto de alma y de cuerpo. Incluso antes de su martirio era célebre por la firmeza y el valor con que defendía la verdad en todo lugar, sin contemplaciones para nadie. Pero la proximidad del martirio le daba nueva grandeza.

Con voz de profeta gritó: «Aquel que sacrifica a los dioses y no al Señor solo será anatematizado.» Repetía estas palabras a todos los vientos. Predicaba con insistencia que no estaba permitido abandonar a Dios para adorar a las estatuas, a ídolos hechos por la mano del hombre.

De esta manera destruía el orgullo y la obstinación culpable de los herejes. Y les conminaba a que, al menos por aquella vez, ante la visión de tal muche-

dumbre de mártires, consideraran dónde podía estar la verdadera Iglesia para que entraran a formar parte de ella.

En fin, se dirigía también contra los apóstatas. Condenaba su prisa por pedir merced. Dilataba su perdón en el seno de la Iglesia al término de una larga penitencia completa, hasta que recibieran la sentencia de Cristo.

Y a aquellos que se habían mantenido firmes, les exhortaba a que perseveraran: «Permaneced firmes, hermanos míos, combatid valerosamente. Tenéis ejemplos que seguir. Que la traición de los apóstatas no os arrastre a la ruina, sino que vuestra constancia os sirva para elevaros hasta la corona del martirio.» E invitaba a las vírgenes a que conservaran pura su castidad.

Y predicaba al pueblo de los fieles el respeto hacia la autoridad. Y hasta a los mismos jefes aconsejaba la concordia y la paz. Nada mejor, decía, que el entendimiento unánime entre los jefes. Es la manera de que el pueblo sienta respeto para con los obispos. Cuando las cabezas visibles se entienden entre sí, el pueblo conserva los vínculos de la caridad.

He aquí lo *que* era en verdad sufrir por Cristo, imitar a Cristo hasta en sus palabras. He aquí la mayor prueba de la fe. ¡Qué hermosa imagen de creyente!

El verdugo iba a dar su golpe, y la espada se estremecía en el aire sobre la cabeza del mártir. Y en aquel momento Montano elevó hacia el cielo sus manos abiertas y con voz potente, cuyos acentos nos emocionaron, no sólo al pueblo de los creyentes, sino hasta a los mismos paganos, oró. Pidió con insistencia que Flaviano, que había sido separado del grupo

por intervención del público, les siguiera al tercer día. Para garantizar la eficacia de su oración, rasgó en dos la tela que cubría sus ojos y pidió conservar la mitad para cubrir con ella al día siguiente los ojos de Flaviano. Y hasta pidió que se reservara a Flaviano, en el cementerio, un lugar entre ellos, con el fin de que permaneciera con ellos, junto a ellos hasta en la tumba.

Todo esto ocurrió ante nuestros ojos, según la promesa del Señor en el Evangelio: «Aquel que pide con toda su fe, obtiene lo que pide.»

Dos días después, en efecto, la plegaria de Montano fue consumada. Flaviano nos siguió a su vez y coronó su vida gloriosa con el martirio. El mismo Flaviano, como he dicho, fue quien me encargó de continuar la narración para que quedara explicado el retraso de dos días. Lo habría hecho sin esa indicación, lo que es un motivo más para ser fiel al narrarlo.

La muchedumbre había intervenido a favor de Flaviano; sus partidarios, impulsados por una amistad funesta, se habían erguido contra él con el fin de salvarle con sus protestas, cuando fue llevado a la prisión. Su valor no había Saqueado, su espíritu era invencible, su fe entera. Pensar que iba a permanecer solo no había menguado su vigor de alma. Ciertamente esta perspectiva tenía con qué emocionarle, pero su fe, sostenida por la espera de su pasión inminente, pisoteaba los obstáculos pasajeros.

Flaviano tenía junto a sí una madre incomparable. Era de la raza de los patriarcas; pero sobre todo, esa mujer se manifestaba como una verdadera hija de Abraham, puesto que deseaba ver morir a su hijo. El retraso momentáneo le hacía sufrir una gloriosa

angustia. ¡Oh madre, tan religiosa en tu ternura! ¡Madre digna de ser contada entre los modelos de los antiguos tiempos! ¡Madre, noble émula de la madre de los Macabeos! ¡Qué importa el número de hijos! También ella sacrificó todos sus afectos ofreciendo al Señor a su hijo único.

Flaviano alababa los sentimientos de su madre, pero no quería que se afligiera con el aplazamiento de su martirio. «Sabes—le decía—, madre querida; tú sabes cómo he deseado, si se me concedía la felicidad de confesar a Dios, gustar mi martirio, llevar largo tiempo las cadenas en público, que fuera aplazado mi martirio con frecuencia, repetidas veces. Si hoy me ha sido concedido, debemos alegrarnos y no llorar.»

El día del martirio costó más trabajo que el acostumbrado abrir la puerta de la prisión, y tardaron más tiempo, a pesar de los esfuerzos de los carceleros. Parecía como si un espíritu la mantuviera cerrada y quisiera protestar, según todas las apariencias, contra el tratamiento inicuo que condenaba a los horrores de un calabozo a un hombre cuya mansión se preparaba en el cielo. Pero Dios tenía buenas razones para aplazar el martirio. La puerta de la prisión acabó por abrirse y dejar paso al hombre del cielo y de Dios.

Podemos imaginar los sentimientos de Flaviano durante esos dos días, su esperanza, su confianza; tenía fe en la oración de sus compañeros, y por su lado creía cercana su pasión. Según mi opinión, después de esos dos días, el tercero era esperado no como el día de la pasión, sino como el de la resurrección. La admiración se apoderó hasta de la muchedumbre de los paganos, que habían escuchado la oración de Montano.

El tercer día Flaviano compareció. Cuando corrió la noticia, incrédulos y heréticos concurrieron. Querían presenciar en la tribulación la fe del mártir. El testigo de Dios abandonó la prisión para no volver a ella. Era grande la alegría de todos los hermanos, pero el mártir era mucho más feliz. Estaba seguro de que su fe y la oración de sus compañeros martirizados antes que él forzarían al gobernador, a su pesar y a pesar de las protestas de la muchedumbre, a pronunciar la sentencia de muerte. Por eso prometía a los hermanos que acudían presurosos a saludarle con toda confianza, darles el beso de paz en el Fasciano, el lugar de las ejecuciones. ¡Hermosa seguridad, verdadera fe!

Entró en el pretorio. Allí, en pie, esperando que se le llamara, fue la admiración de todos en la sala de la guardia. Yo estaba a su lado, muy cerca de él, me agarraba a él. Tenía mis manos en las suyas, con el fin de testimoniar mi respeto por el mártir, mi afecto por el amigo.

Sus discípulos le suplicaban que cediera un instante y que sacrificara, aunque más tarde hiciera cuanto quisiera. ¿Por qué temer más una muerte incierta posterior que la muerte inminente? Estos eran los consejos de los paganos. Para ellos, el colmo de la locura era temer los males de una pretendida muerte eterna, desde el punto de mira de la vida presente.

Flaviano les agradecía estas muestras de amistad; trataban de salvarle a su manera. Les habló de la fe y de Dios: «Vale más salvar la libertad de su conciencia y aceptar la muerte antes que adorar a piedras. Hay un Dios soberano que lo ha creado todo Con su poder; a Él sólo hay que adorar.» Y añadía todavía, lo que a los paganos les cuesta trabajo com-

prender, aunque crean en Dios: «Vivimos aunque muramos. No somos vencidos de la muerte, sino vencedores. Vosotros, si queréis llegar, alcanzad la verdad, debéis haceros cristianos.»

Rechazados y confundidos por estas palabras, los defensores de Flaviano, ante el fracaso de sus consejos, llevaron la simpatía que sentían por él hasta la crueldad. Imaginaban que la resolución del confesor cedería ante las torturas sin duda alguna.

Cuando compareció Flaviano, el gobernador le preguntó por qué mentía diciendo ser diácono, siendo así que no lo era. Flaviano afirmó que lo era. Entonces, un centurión dijo haber recibido una carta en la que se demostraba que el acusado mentía. Flaviano respondió: «¿Por qué creer que soy yo quien miente y no el autor de ese anónimo?»

La muchedumbre protestaba gritando: «¡ Mientes! » Por segunda vez, el gobernador preguntó si verdaderamente mentía. Flaviano respondió: «¿Qué interés puedo tener en mentir?»

Ante estas palabras, el pueblo, exasperado, pidió a grandes gritos que torturaran al acusado. Pero el Señor, que ya conocía suficientemente por las pruebas padecidas en la prisión la fe de su servidor, no permitió que un instrumento de tortura hiriera, aunque fuera poco, el cuerpo del mártir, que ya había sido probado. Tocó el corazón del magistrado, quien pronunció la sentencia de muerte. El mártir había acabado su carrera, salía vencedor de la lucha. El Señor quiso coronar a su testigo, fiel hasta la muerte.

Desde ese momento, Flaviano rebosaba alegría. La sentencia dictada le permitía estar seguro de su martirio. Fue entonces cuando me encargó redactar esta relación y unirla a la suya. Quería concretamente que

se añadieran sus visiones, una parte de las cuales se refería a los dos días de aplazamiento.

«En el tiempo—dijo—en que nuestro obispo Cipriano hacía poco que había muerto mártir, he aquí lo que vi. Me parecía conversar con Cipriano y preguntarle si dolía el golpe mortal, bajo la impresión de la muerte. Destinado a mi vez al martirio, quería informarme sobre la paciencia necesaria. El obispo me respondió: «Lo que sufre en nosotros es la carne de otro cuando el alma está en el cielo. El cuerpo nada siente cuando nuestro pensamiento está totalmente abandonado en Dios.»

¡ Magníficas palabras de un mártir exhortando a otro mártir! Uno de ellos afirma que el golpe mortal no duele, para afirmar al otro que debe morir a su vez. El mártir ya sabe que no ha de temer la menor sensación penosa bajo la impresión fatal.

«Más tarde—continuó Flaviano—, cuando mis compañeros fueron casi todos martirizados, soñé por la noche y me abandoné a la tristeza, al pensamiento de permanecer solo lejos de mis amigos.»

Entonces se me apareció un hombre, que me dijo: «¿Por qué estás triste?» Yo le expliqué mis razones.

«¿Y tú estás triste?—me dijo—. Por dos veces confesaste la fe. La tercera serás martirizado con la espada.»

En realidad es lo que sucedió. Después de una primera profesión de fe en la sala de la audiencia, Flaviano confesó a Cristo, una segunda vez, en público. Fue entonces cuando la muchedumbre protestó. Conducido de nuevo a la cárcel, fue separado de sus compañeros como su visión le había anunciado. Fue juzgado una tercera vez después de estas dos confesiones, \ fue entonces cuando consumó su martirio.

Flaviano nos contó después: «Suceso y Pablo—dijo—acababan de recibir con sus compañeros la corona del martirio. Yo apenas podía ponerme en pié a causa de mi enfermedad. Vi entrar en la casa al obispo Suceso. Su rostro, como sus vestidos, rielaban de luz. Era difícil reconocerle, tanto brillaban sus ojos con relumbre angélica. Viendo mi duda, dijo: «He sido enviado para anunciarte tu próximo martirio.» Cuando hubo dicho esas palabras se presentaron dos soldados para llevarme con ellos. Me condujeron a un lugar en donde se encontraba reunida una multitud de hermanos. Comparecí ante el gobernador y fui condenarlo a muerte. De pronto advertí a mi madre en medio de la muchedumbre. Decía: «¡Bravo, bravo! ¡ Nadie ha conocido un mártir tan glorioso! »

Era verdad. No tenemos por qué hablar del régimen de hambre impuesto en la prisión. Los otros prisioneros aceptaban el miserable alimento que el fisco les distribuía con sórdida avaricia; sólo Flaviano no tocaba su exigua parte. La entregaba a los otros para mantenerles. Prefería agotarse en ayunos absolutos y voluntarios.

Voy a hablar del mayor motivo de gloria. Flaviano estaba solo en su camino hacia el suplicio. Nadie había sido conducido con tantos honores. Los sacerdotes por él formados le daban escolta. Parecían seguirle como a un jefe. Esta marcha triunfal demostraba que el mártir iba muy pronto a compartir la realeza divina, pero que ya aquí abajo reinaba con el espíritu y el corazón.

Y hasta el mismo cielo fue testigo de ello. Comenzó a caer una lluvia bienhechora en amplias ráfagas tibias. Nada más a propósito. En principio reprimió la

curiosidad de los paganos. Y permitió a los fieles agruparse, puesto que ningún profano asistió al supremo beso de paz. En fin, como el mismo Flaviano lo observó, esta lluvia llegaba a mezclar el agua y la sangre, como en la Pasión del Señor.

Cuando hubo dicho adiós a todos los hermanos y les hubo dado a todos su beso de paz, Flaviano abandonó el establo en donde se había refugiado, muy cerca del Fasciano. Subió sobre un otero para hacerse oír mejor; pidió silencio con un gesto y dijo:

«Mis queridos hermanos, permaneceréis en paz con nosotros, si permanecéis en paz con la Iglesia y conserváis la unidad en la caridad. Y no es esto decir poco, puesto que el mismo Señor Jesucristo, en el umbral de su Pasión, nos dejó estas palabras supremas: «Mi mandato es que os améis los unos a los otros como Yo os he amado.»

Flaviano terminó su discurso con esta recomendación suprema, que selló, como un testamento, con las últimas palabras de su fe; hizo el mayor elogio del sacerdote Luciano y le designó desde aquel momento como obispo de Cartago. Era una elección merecida. ¡El juicio es mirada naturalmente lúcida cuando el cielo y Cristo están tan cerca!

Terminado su discurso, Flaviano descendió del otero y fue al lugar del suplicio. Se tapó los ojos con la franja de tela que Montano hizo conservar dos días antes para ello. Después se arrodilló para orar. Y fue orando como consumó su martirio.

¡Gloriosas enseñanzas de los mártires! ¡Gestos sublimes de los testigos de Dios! Con todo derecho es conservado su recuerdo para la posteridad. Los ejemplos antiguos nos sirvieron de modelos; saquemos nosotros provecho de estos nuevos ejemplos.

AÑO 262, EN CESÁREA

MARINO

Era el tiempo en el que la paz era general en todas las Iglesias. En esa época, en Cesárea de Palestina, a Marino, oficial del ejército, de gran linaje y gran fortuna, le fue cortada la cabeza por haber confesado a Cristo.

He aquí cómo.

Una plaza de centurión estaba vacante, y Marino, según los ascensos, debía conseguirla para sí. Iban ya a entregarle la cepa de viña, insignia honorífica de los centuriones entre los romanos, cuando se presenta un rival ante el tribunal y declara que Marino no puede alcanzar las dignidades romanas según las antiguas leyes: es cristiano y se niega a sacrificar ante los dioses. Por tanto, dice el acusador, que el ascenso le corresponde a él con todo derecho.

El juez, un cierto Aqueo, molesto por este asunto, pregunta a Marino cuál era su religión. El otro confiesa orgullosamente y sin ceder que es cristiano. El juez le concedió tres horas para reflexionar.

Al salir del tribunal, Marino se encuentra con Teotecnos, obispo del lugar, quien se le acerca, habla largamente con él, y, tomándole de la mano, le lleva a la iglesia. Entran; el obispo le conduce hasta el pie del altar. Allí despliega el manto del oficial y le muestra la espada que lleva colgada a uno de sus costados. Al mismo tiempo le presenta el libro de las Sagradas Escrituras y le pide que elija. Sin dudar, Marino extiende la mano y toma el libro divino. «Sé, pues, de Dios—le dice el obispo—, sé de Dios, y, lórcalecido por la gracia, ve a obtener lo que has elegido. ¡ Ve en paz! »

Marino sale de la iglesia y se dirige ante el tribunal; es el momento en que el heraldo, ante las puertas del tribunal le convoca para comparecer. El plazo acaba de expirar.

Se presenta ante el juez y proclama su fe con mayor ardor todavía. Desde allí mismo le condenan al suplicio y muere mártir.

A Ñ O 289, EN E D E S A

GOURIA Y SCHMOUNA

El año seiscientos quince del reinado de Alejandro, rey de Macedonia; el decimocuarto del reinado de Diocleciano, el octavo de su consulado, el sexto del de Maximiano, bajo los pretores Aba y Abgar, hijo de Zoara, bajo el episcopado de Kona, obispo de Urhai¹⁴, Diocleciano, el impío, desencadenó una gran y violenta persecución contra las Iglesias de Cristo en toda la extensión de su jurisdicción. Sacerdotes y diáconos fueron severamente castigados, cristianos y religiosas fueron penosamente hostigados, todos los cristianos sometidos a oprobios y a suplicios. No había paz para aquellos que no podían sustraerse a la cólera de los perseguidores; éstos los inmolaban a sus divinidades.

Un edicto imperial se refería a ellos de forma cruel. Temor y temblor reinaban en la mayoría de los cris-

Urhai es sinónimo de Edesa.

tianos: temían que sus cuerpos traicionaran la fe de Cristo bajo las torturas. Pues la finalidad de los tiranos era hacerles renegar de Cristo y reconocer a Zeus., el dios mudo; compradores y vendedores debían rendirle sacrificios.

Gouria, un asceta de Sargai, y Schmouna, su compañero, de Ganada, fueron denunciados al juez del lugar por la solicitud con la cual se consagraban a aquellos que adoraban a Cristo y a los fieles de los alrededores. Los dos confesores les decían: «Conservad vuestra fe, hermanos, no temáis las amenazas de los perseguidores, no renegad de Cristo, en cuyas manos están las almas de todos vosotros; os concederá su gracia, fuerza y perseverancia frente a los tiranos, que se agotarán y volverán a la tierra; todos sus malvados designios serán anonadados junto con ellos.

Cuando el gobernador lo supo, les hizo presentarse, les azotó con vergajos y los metió en la cárcel con muchos otros cristianos. Entre ellos, unos fueron cruelmente golpeados; los otros, martirizados con peines de hierro; finalmente, fueron puestos en libertad. Los que no fueron sometidos a las torturas, quedaron despojados de sus bienes, después libertados. Otros, cuyo número es difícil predecir, murieron por amor a Cristo después de crueles tormentos. Merecieron la corona de los mártires y ganaron el reino de Dios. Otros hubo que agotaron las fuerzas de sus verdugos y pudieron volver a sus casas.

Gouria y Schmouna se quedaron solos. Se animaban mutuamente, se fortificaban y se inflamaban al conocer el número de los confesores de otras regiones, como, por ejemplo, Epifanio, Pedro y Panfilo, en Pa-

lestina; Timoteo, en Gaza de los Filisteos; Pablo, en Alejandría; Agapito, en Tesalónica; Hesiquio, en Nicomedia; Felipe, en Adrianópolis; Pedro, en Metilene; Hermai y sus compañeros, en Nisibe, que fueron coronados bajo Heraclio.

El gobernador Misonio, que residía en Edesa, se hizo llevar a Gouria y Schmouna, los dos mártires, que se encontraban en prisión, y les dijo:

«Nuestros príncipes los emperadores invencibles han ordenado que se sacrifique a Zeus, ofreciéndole incienso y apostatar de vuestro cristianismo, que os hace equivocaros al alejaros del politeísmo.»

Schmouna: No nos equivocamos, estamos en la verdad; nuestra vida pertenece a Cristo; es nuestra vida. Lejos de abandonar a Cristo, nuestro Dios, y de adorar una imagen de madera, hecha por la mano de los obreros, artesanos o carpinteros, nosotros no nos prosternaremos ante un ídolo mudo; su imagen es un instrumento de error que lleva a la perdición. No traicionaremos al Dios único, que está en el cielo; no le cambiaremos por una imagen hecha con la mano de un hombre. Nosotros adoramos a Cristo Dios, que por su bondad nos ha salvado del error; Él es nuestra luz, nuestro médico y nuestra vida.

Gobernador: Los reyes han ordenado adorar a los dioses; es necesario cumplir con su voluntad.

Gouria: Ya has oído que no renegaremos de nuestra fe y que no obedeceremos a los hijos de la carne, que son nuestros semejantes; nosotros cumplimos la voluntad del Padre, que está en los cielos; Dios Padre y de su Hijo muy amado, Jesucristo, que ha dicho: «Aquel que me confiese delante de los hombres, le confesaré a mi vez ante mi Padre, que está en los cielos; pero aquel que me reniegue ante los hom-

bres, le renegaré a mi vez ante mi Padre, que está en los cielos.»

Gobernador: ¿No queréis obedecer a los príncipes?

Schmouna y Gouria: Nosotros obedecemos al Rey de reyes, que está en el cielo, y a su Cristo. No cumpliremos lo que es voluntad de pecado.

Gobernador: Si os obstináis, no escaparéis de la muerte.

Schmouna: Nosotros no moriremos, como crees, sino viviremos, según nuestra fe, si cumplimos la voluntad de Aquel que nos ha creado. Si obedecemos a los príncipes, nos precipitamos en la muerte, como tú dices. Si Dios nos destruye, nadie podrá devolvernos la vida; si, por el contrario, tú nos destruyes por orden de tus príncipes, esperamos que Él nos hará vivir. A Él pertenecen los dos mundos. A Él sacrificamos nuestros cuerpos para que de esta manera se cumpla el mandamiento del Señor.

Ante estas palabras, el gobernador dio orden a Avilo para que les encerraran con los sacerdotes y los diáconos bajo la vigilancia de los soldados.

Pocos días después, Diocleciano llamó a su casa de Antioquía al gobernador Misiano, de Urhai, y le dio instrucciones referentes a los sacerdotes y a los cristianos rebeldes.

Cuando regresó, Misiano llamó ante sí a Gouria y Schmouna con los soldados romanos que les guardaban. Una vez presentes, les dijo:

«Nuestros príncipes os ordenan que sacrificuéis a los dioses, quemar incienso y verter vino ante Zeus, que está ante vuestros ojos. Si os negáis, tengo orden de ponerlos sobre una parrilla ardiendo y sobre planchas de hierro ardiente; os haré golpear hasta que vuestra carne se desprenda de vuestros huesos; os

haré desgarrar con peines de hierro hasta que se vean vuestros pulmones. Me ordenan que caliente bolas de plomo y las ponga en vuestras axilas hasta que el fuego devore vuestro cuerpo. Debo hacerlos descoyuntar hasta arrancaros vuestros brazos. Os haré colgar de los pies. Otros suplicios todavía más crueles os esperan por orden del emperador para que, por las buenas o por las malas, cumpláis su voluntad.»

Schmouna: Tus tormentos no nos amedrentan. Duran poco y pasan sin dejar huella. Pero nosotros tememos las penas eternas que están reservadas a los impíos y a los apóstatas. Nuestro Dios, por cuyo nombre sufrimos, sabrá libertarnos del fuego eterno. Nos concederá que soportemos las torturas que hacen sufrir un tiempo, pero desaparecen cuando el alma abandona el cuerpo. Nos basta un tiempo para soportar los tormentos de los que nos hablas, con el fin de escapar del fuego eterno que el Señor reserva a los renegados, allí donde el gusano no muere, en donde el fuego no se extingue jamás.

Gobernador: Abandonad ese error y cumplid la voluntad de los príncipes, porque vosotros no tendréis fuerzas suficientes para resistir las torturas que os esperan.

Gouria: No estamos en el error cuando decimos que vuestros dioses no existen, no caminamos entre tinieblas como los adoradores de los ídolos. Somos hijos de la luz y adoramos a Jesús, verdadera luz; permaneceremos fieles a nuestra fe hasta el final. El Señor nos asegura que estamos en la verdad, que somos su pueblo u ovejas de su rebaño, del que Él es verdadero y buen pastor. Ha dado su vida por nosotros; nos liberó de la tiranía de Satán, que os excita contra nosotros y ejerce su poder en vuestras ame-

nazas. Aquellos que le siguen desde el origen son los que cumplen su voluntad. Pero para nosotros está escrito: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien al que puede hacer perecer cuerpo y alma en la gehenna.» Cristo, nuestro Dios, que reina en lo alto y en lo profundo.

Gobernador: Os he hablado con paciencia, no para escuchar cómo citáis vuestras Escrituras, sino para haceros cumplir la voluntad de los príncipes, para ahorraros los suplicios, y podáis volver a vuestras casas.

Gouria y Schmouna: Esperamos abandonar este tribunal para ir al verdadero Dios y entrar en nuestra verdadera mansión, en donde reposan el pobre Lázaro y Abraham, cerca del Padre, a quien confesamos. No tenemos en modo alguno la intención de volver a encontrar nuestras moradas efímeras, sino que queremos ir a la mansión que es el fin de todos los vivos.

Gobernador: No os quiero ningún mal. Soy paciente, con el fin de haceros obedecer las órdenes de los príncipes. Tengo poder sobre vosotros. Me ha sido ordenado someteros a toda la gama de suplicios.

Schmouna: Una y dos veces has podido convencerte de que nuestra palabra es verdadera, porque nuestra fe es justicia y revela la verdad. El Señor pide que nuestra lengua sea: sí, sí, no, no.

Cuando el gobernador vio que eran irreductibles, ordenó a Leoncio colgar a los confesores por los brazos y descoyuntarlos al mismo tiempo cruelmente. Permanecieron colgados desde la hora tercera a la octava. Guardaban silencio en medio de sus tormentos.

Al fin, el gobernador fue sorprendido por su paciencia. Les hizo preguntar por el oficial si estaban dispuestos a sacrificar para ser liberados de su suplicio.

El oficial les dijo: «¿Estáis dispuestos a obedecer a los príncipes?»

Pero los confesores, incapaces de hablar por las horribles torturas que les martirizaban, hicieron signo de que no.

Finalmente, los verdugos acabaron cansadas. El gobernador les hizo desatar y conducirlos de nuevo a la prisión, que se llamaba «Sombrío agujero». El oficial ejecutó la orden. Oscurecieron puertas y ventanas con el fin de que los confesores no pudieran ver la luz. Era el mes de agosto, en pleno verano; no les llevaban ni pan ni agua.

Al cabo de tres días y tres noches, durante los cuales no vieron ni un rayito de luz, abrieron la puerta del calabozo. Los confesores permanecieron allí los meses de agosto, septiembre, octubre y hasta mediados de noviembre.

El gobernador les hizo comparecer de nuevo, y les dijo: «Obedeced a los príncipes.»

Gouria y Schmouna: Hemos dicho que nuestra fe y nuestra palabra eran irreductibles; haz lo que te ha ordenado el emperador. Tú tienes poder sobre nuestros cuerpos, pero no sobre nuestras almas.

El gobernador les hizo suspender por los pies. Y permanecieron así desde la segunda a la quinta hora. Los romanos que guardaban a Schmouna le dijeron: «¿Hasta cuándo quieres soportar estas penas terribles? Cumple la voluntad de los príncipes y ellos te liberarán.» Pero el mártir guardaba silencio.

Schmouna se contentó con rogar: «Te adoro, Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo; sin tu permiso ningún pájaro cae en la red. Diste fuerza a Abraham, tu amigo, en sus tribulaciones, y a José, el virtuoso,

al que libraste de la soberana; a Moisés para soportar los oprobios de su pueblo; a Jefta, para inmolar a su hija única; a David, al que perseguía el rey Saúl; a Daniel, a los hijos de la casa de Ananías, a Babel, a Simón Pedro, al apóstol Pablo, a Esteban, el mártir, a todos los confesores que han sacrificado su cuerpo para dar testimonio y vencer al maligno. Tú sostuviste su lucha hasta que ellos abandonaron el mundo.

Tú, Señor, dame fuerza para soportar estos tormentos. Tú sabes los sufrimientos que el maligno me infringe en mi cuerpo para que abandone la verdad de mi fe y que se extinga mi luz en donde arde el aceite de Cristo Jesús, tu Hijo, al que adoro.»

El secretario tomó nota de las palabras de Schmouna. El gobernador, viendo que el mártir era irreductible, le hizo desatar y conducir junto con su compañero a la cárcel. Esta orden fue cumplida por el oficial y sus hombres.

El 15 de noviembre, al segundo canto del gallo, el gobernador se sentó de nuevo en su tribunal, en la basílica, frente a las termas de invierno, con todo su séquito. Hizo llevar candelabros y antorchas. Ordenó que llevaran ante él a Gouria y Schmouna. Los soldados llevaron a Schmouna, porque no podía caminar: le habían roto la rótula. Sostenían también a Gouria a causa de su edad.

El gobernador les dijo: «¿Habéis cambiado de opinión y decidido cumplir la voluntad de los príncipes con el fin de vivir, ver la luz, volver a vuestras casas, reuniros con vuestras gentes y vuestros bienes? El emperador me ha ordenado: Si no obedecen, no volverán a ver la luz.»

Schmouna: Tú sabes que los hombres son hijos de Adán, que son polvo y que el Señor les ha condenado a morir. ¿Cómo puedes llamar a hombres señores del sol? El sol ha sido creado como ellos, se oscurece y como ellos desaparece. Es Dios quien lo rige y le hace aparecer por el Oriente y desaparecer por el Occidente. Nosotros vemos su luz tanto tiempo como el común Creador lo permite. Esto nos basta si cumplimos la voluntad divina. Sabemos que hemos de morir de todas maneras.

Gobernador: Da tregua a tus palabras. Me basta con dejaros elegir: sacrificad a los dioses y volveréis a vuestras casas o pereceréis decapitados. Tal es la orden de los príncipes.

Schmouna: Si haces lo que prometes y si nos permites dejar esta vida por medio de la espada, que Dios te lo premie; es lo que esperamos desde el principio.

Gobernador: Basta ya de bravatas, cumplid la voluntad del emperador, y no pereceréis de una manera miserable. No tengo intención de condenaros a muerte; por eso os he concedido este plazo y os he escuchado. No tengo ninguna gana de hacer lo que me pedís.

Schmouna: Moriremos por el nombre de Jesús, nuestro Salvador, con el fin de escapar a la segunda muerte, que sería eterna, y merecer la vida que dura en las eternidades de las eternidades, en la luz del reino y la gloria sin ocaso. No valemos más que los otros confesores, que Simón, que fue crucificado; que Pablo, que fue decapitado; que Esteban, que fue lapidado por los judíos; que Santiago, que fue muerto por Agripa; que Juan Bautista, que fue víctima de Herodías la perversa, ni los numerosos mártires que

entregaron sus cuerpos a la mutilación, a la muerte, por el nombre adorable y santo de Jesucristo.

Gobernador: No os pido la lista de vuestros corregigionarios, sino que sacrificuéis a los dioses según el edicto de los príncipes, para escapar de la espada.

Gouria: Somos los más miserables de los hombres. No merecemos figurar en el número de los justos ni ser comparados a ellos. Pero las palabras de nuestro Maestro nos consuelan: «Aquel que pierde la vida por mi nombre, la encontrará.» Y sabemos, en verdad, que vengados.

Gobernador: Mirad, no tengo prisa alguna en haceros decapitar, he renunciado a haceros sufrir, como el emperador me lo ha ordenado. Ahorrádmelo el haceros torturar para obligaros a obedecer. No tendré piedad con vosotros.

Gouria y Schmouna: Si no estuviéramos dispuestos a soportar todos los tormentos cederíamos. Pero el juicio de Dios es más temible que el tuyo. Estamos en tus manos, haz lo que te han ordenado sobre nosotros; somos cristianos y adoramos a Cristo; nadie puede escapar a su juicio, ni siquiera los reyes.

Cuando vieron que el juez estaba dispuesto a condenarlos a muerte, se alegraron y dijeron: «Alabanzas a Aquel que nos ha juzgado dignos de soportar todos los tormentos por el nombre de Jesucristo.»

Ante tal cosa, el gobernador quedó tan sorprendido como estupefacto. Y cruzando las manos, guardó silencio, pensando en lo que debía hacer.

Finalmente les dijo: «Sabéis la paciencia que he tenido con vosotros; no voy a desdecirme ni volverme atrás: moriréis decapitados, como habéis pedido.»

Ordenó al verdugo que trajera diez hombres con él y que condujera a los confesores a una plaza, en las

afueras de la ciudad, con el fin de no entristecer a los habitantes. El verdugo hizo lo que le había sido mandado; salió de la ciudad por la puerta oeste; encontró una carreta, en la cual hizo subir a los dos mártires, y, antes del alba, les llevó a una colina, al norte de Edesa, llamada Bet-Alah-Kikla (plaza del Dios Kikla).

Cuando hubieron llegado a este lugar, el verdugo les hizo bajar; los mártires estaban llenos de alegría, porque había llegado el día de su coronación. Los confesores pidieron un pequeño espacio de tiempo para orar. El verdugo les respondió: «Rogad también por mí, os lo suplico, porque hago el mal a los ojos de Dios.»

Los dos oraron. Tras ellos estaban el verdugo y los soldados, que oraban con ellos para implorar la misericordia de Dios. Cuando hubieron terminado su oración, dijeron: «Todavía es de noche, y nuestros hermanos están ausentes; enterrad nuestros cuerpos y cubridlos como es la costumbre.» Estaban alegres, porque muy pronto iban a ver el rostro de Cristo, y decían: «Padre de nuestro Señor Jesucristo, recibe nuestros espíritus y conserva nuestros cuerpos para la resurrección.»

Schmouna, vuelto hacia Oriente, se arrodilló y dijo al verdugo: «Cumple con tu deber.» El verdugo se acercó y le mató con la espada.

Gouria, a su vez, vuelto hacia Oriente, le ofreció la nuca y el verdugo dio un solo golpe.

Los soldados colocaron los cadáveres uno junto a otro y volvieron a la ciudad. Ya era de día. Se encontraron con la muchedumbre que les preguntó dónde habían llevado a los confesores. Respondieron: «A Bet-Alah-Kikla.»

Entre la muchedumbre iba la hija de Schmouna. Toda la población, hombres y mujeres, recogió los restos de los mártires y hasta el polvo que había absorbido su sangre. Muchos de ellos llevaron vestidos preciosos, perfumes y mirra, según la costumbre; envolvieron los cuerpos con lienzos y telas, con la mirra y los ungüentos aromáticos; los enterraron en un féretro allí mismo, cantando salmos y cánticos. Glorificaron a Dios por la perseverancia de los mártires en medio de todas las torturas, donde ellos habían permanecido fieles a la verdad de su fe.

He aquí los acontecimientos que ocurrieron bajo Kona, obispo de Arak, como se ha dicho más arriba, cuando Hymenaio era obispo de Jerusalén, Gayo de Roma, Theona de Alejandría y Tyano de Antioquía.

Fin de la narración de Schmouna y de Gouria.

AÑO 295, CERCA DE CARTAGO

MAXIMILIANO

Bajo el consulado de Túsculo y de Anulino, el cuatro de los idus de marzo, en Teveste, Fabio Víctor fue llevado ante el tribunal con Maximiliano. El abogado oficial, Pomeyano, tomó la palabra y dijo: «Fabio Víctor, recaudador del fisco, está presente con Valeriano Maximiliano, hijo de Víctor. Como Maximiliano es útil para el servicio, pido que se le mida la talla.»

El procónsul Dión dijo al conscripto: «Cómo te llamas?»

Maximiliano: ¿Por qué quieres saber mi nombre? No me está permitido servir: sol cristiano ¹⁵.

Procónsul: Que se le talle.

Mientras le tallaban, Maximiliano dijo: «No puedo prestar servicio; no puedo hacer el mal, soy cristiano.»

¹⁵: Estrictamente, el joven cristiano hubiera podido aceptar ser enrolado, sin renunciar por ello a la fe.

Procónsul: Mídasele.

Cuando le midieron, el medidor dijo: «Cinco pies, diez pulgadas.»

Procónsul: Que se le marque.

Maximiliano se debatía, diciendo: «No quiero; no puedo prestar servicio.»

Procónsul: Es necesario servir o morir.

Maximiliano: No seré soldado. Puedes cortarme la cabeza. No serviré en los ejércitos del mundo. Soy soldado de mi Dios.

Procónsul: ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

Maximiliano: Mi conciencia y Aquel que me ha llamado.

El procónsul se dirigió entonces a Víctor, padre del joven: «Aconséjale tú.»

Víctor: Ya tiene edad para saber lo que se hace.

Procónsul (a Maximiliano): Sé soldado y acepta la bula de plomo, señal de enrolamiento.

Maximiliano: De nada me sirve vuestro signo. Ya llevo el de Cristo, mi Dios.

Procónsul: Yo voy a enviarte a reunirse inmediatamente con tu Cristo.

Maximiliano: Es todo cuanto deseo. Eso será mi mayor gloria.

El procónsul Dión dijo a los hombres que le servían: «Mareadle.»

Maximiliano respondió, debatiéndose: «No acepto oír signo de este mundo. Si me lo ponen a la fuerza me lo arrancaré, pues de nada vale. Soy cristiano. No puedo llevar al cuello esa bula de plomo, puesto que llevo el signo de la salvación que he recibido de mi Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Tú no le conoces; ha sufrido por nuestra salvación y Dios le en-

tregó por nuestros pecados. A Él servimos los cristianos. A Él seguimos como guía de vida y el autor de la salvación.»

Procónsul: Sé soldado y acepta la insignia, de lo contrario morirás miserablemente.

Maximiliano: No moriré. Mi nombre está ya escrito en mi Dios. No puedo ser soldado.

Procónsul: Piensa en tu juventud, y sé soldado; es hermoso para un hombre joven.

Maximiliano: Mi servicio está junto a mi Dios. No puedo servir al mundo, ya te lo he dicho. Soy cristiano.

Procónsul: En la guardia de honor de nuestros señores Diocleciano y Maximiliano, Constancio y Máximo hay soldados cristianos y sirven.

Maximiliano: Eso es asunto suyo. Pero yo soy cristiano y no puedo hacer el mal.

Procónsul: ¿Qué mal hacen los que sirven?

Maximiliano: Tú sabes lo que hacen.

Procónsul: ¡Sé soldado! Morirás si desprecias el servicio militar.

Maximiliano: Yo no moriré. Y si dejo este mundo, mi alma vivirá con Cristo, nuestro Señor.

Procónsul: Borrado su nombre.

Una vez borrado el nombre, el procónsul dijo: «En vista de que por indisciplina te has negado a servir en los ejércitos, serás castigado con la sentencia legal. Para que sirva de ejemplo.»

Y leyó su sentencia en la tableta: «Maximiliano, por indisciplina, ha rechazado el servicio militar. Por tanto, es condenado a morir decapitado.»

Maximiliano: Gracias a Dios.

Tenía veintiún años, tres meses y dieciocho días.

En el camino del suplicio, Maximiliano dijo: «Mis queridos hermanos, apresuraos con toda la fuerza de vuestros deseos a ver al Señor y merecer así la corona.»

Después, con el rostro radiante, dijo a su padre: «Da a mi verdugo mi vestido nuevo, el que me has hecho hacer para mi servicio militar. La recompensa será cien veces más hermosa cuando te reciba en el cielo. Entonces cantaremos juntos las glorias del Señor.»

No tardó en consumir su martirio.

Pomeia, una matrona, obtuvo del magistrado la gracia de llevarse el cuerpo del mártir. Lo puso en su litera y le condujo a Cartago. Le enterró cerca del palacio, no muy lejos del mártir Cipriano. Doce días más tarde, esa mujer murió y fue enterrada en el mismo lugar.

En cuanto a Víctor, el padre de Maximiliano, volvió a su casa lleno de alegría, dando gracias a Dios por haber podido ofrecer tal presente al Señor. No tardó en reunírsele.

Gracias a Dios. Amén.

AÑO 298, EN TÁNGER

MARCELO

Primer proceso verbal.

Fue en Leda, bajo el gobierno del prefecto Fortunato. Se celebraba el aniversario del emperador. Entonces, en medio del festín, uno de los centuriones, Marcelo, declaró que renunciaba a los banquetes profanos. Y tiró por tierra su cinto ante las banderas o estandartes de la legión que allí había. Hizo abiertamente una profesión de fe: «Yo soy soldado de Jesucristo, el Rey eterno. Desde ahora ceso de servir a vuestros emperadores. Me niego a rebajarme hasta adorar a vuestros viejos dioses de piedra y madera, que son ídolos sordos y mudos.»

Los asistentes se quedaron aterrados con estas palabras. Los soldados le arrestaron y le pusieron bajo custodia de una buena guardia. Fue enviado un informe al comandante Fortunato. Este hizo encarcelar al centurión; cuando hubo terminado el banquete, ordenó que le condujeran al consistorio.

Fue introducido el centurión Marcelo, y Astasio Fortunato le dijo: «¿Por qué has despreciado la disciplina militar, tirado el cinto, el tahalí y la cepa de viña?»

Marcelo: Ya el 12 de las calendas de agosto, ante los estandartes de vuestra legión, cuando celebrabais la fiesta de vuestro emperador, he declarado públicamente en alta voz que era cristiano, que no podía prestar juramento ni servir bajo otros estandartes que aquellos de Jesucristo, el Hijo de Dios, Padre todopoderoso.

Fortunato: Es demasiado grave para que pueda echar tierra al asunto. Estoy obligado a informar a los emperadores y a César. Voy a enviarte a Aurelio Agricolano, mi superior, que reemplaza al prefecto en el pretorio. Serás confiado a la custodia de Cecilio.

Segundo interrogatorio.

El tres de las calendas de Noviembre, Marcelo compareció en Tánger.

El escribano comenzó: «El centurión Marcelo es transferido a nuestro tribunal por el prefecto Fortunato. He aquí su expediente. ¿Es necesario leerlo?»

Agricolano aprobó y el escribano comenzó a leer: "A ti, señor Fortunato..."»

Acabada la lectura, Agricolano preguntó: «¿Has pronunciado esas palabras consignadas en el informe **ilcl** prefecto?»

Marcelo: Sí.

•*agricolano:* ¿Eres centurión en servicio ordinario?

Marcelo: Sí.

Agricolano: ¿Qué locura es esa de tirar tus insignias militares y pronunciar palabras semejantes?

Marcelo: No hay locura en aquellos que temen a Dios.

Agricolano: ¿Has pronunciado todas las palabras consignadas en el informe?

Marcelo: Sí.

Agricolano: ¿Has tirado tus insignias?

Marcelo: Sí, no es conveniente para un cristiano que es soldado de Cristo servir en los ejércitos del mundo.

Agricolano: El caso de Marcelo es de aquellos que la disciplina militar castiga.

«En vista que Marcelo era del servicio militar ordinario, que se ha confesado culpable de renegar en público su juramento militar, y además que durante el proceso ha pronunciado palabras de rebeldía, será, por orden nuestra, decapitado.»

Y mientras le conducían al lugar del suplicio, Marcelo dijo: «Agricolano, que Dios te bendiga.»

De esta forma Marcelo abandonó el mundo, como mártir glorioso.

H A C I A E L A N O 3 0 2 , E N D O R O S T O R O , M E S I A

JULIO

Cuando la persecución, mientras los fieles esperaban las recompensas eternas prometidas a los vencedores, Julio fue encarcelado por la guardia. Le condujeron ante el gobernador Máximo.

Máximo preguntó: «¿Quién este este hombre?»

El escriba le respondió: «Es un cristiano que se niega a obedecer las órdenes imperiales.»

Máximo: ¿Cómo te llamas?

Julio: Julio.

Máximo: ¿Qué respondes, Julio? ¿Es verdad lo que dicen de ti?

Julio: Sí. Soy cristiano. No puedo negarlo.

Máximo: ¿Ignoras las órdenes de nuestros prínci-

pes que mandan sacrificar a los dioses?

Julio: No las ignoro. Pero soy cristiano; me es imposible obedecer a los reyes a menos que reniegue del Dios vivo y verdadero.

Máximo: ¿Qué hay de malo en el ofrecer incienso y en inmolar?

Julio: No puedo burlar los mandamientos de Dios y ser infiel para con Él. Durante veintisiete años he servido los vanos estandartes de vuestras legiones; jamás estuve ante el juez a causa de algún crimen o de cualquier otra acusación. Hice siete campañas, jamás huí, jamás fui inferior a los demás, jamás tuvo que corregirme ningún jefe. ¿Crees que voy a ser infiel a órdenes más altas, cuando siempre he sido fiel a mis deberes cotidianos?

Máximo: ¿En qué arma serviste?

Julio: En la milicia. Me he licenciado al llegar la ancianidad; soy veterano. Siempre adoré al Dios que hizo el cielo y la tierra. Y todavía hoy le sirvo y quiero servirle.

Máximo: Julio, creo que eres un hombre prudente y formal. Doblégate ante mis argumentos y sacrifica; obtendrás una gran cantidad de dinero.

Julio: No haré nada de eso; no quiero merecer el castigo eterno.

Máximo: Si crees que haces mal, yo me hago responsable. Te obligaré para que no parezca que lo haces por tu voluntad. Después podrás regresar tranquilamente a tu casa. Se te pagarán los decenios y nadie te intranquilizará nunca.

Julio: Ni el dinero de Satán ni tus frases capciosas me harán perder la luz eterna. No puedo renegar de Dios. Condéname como cristiano.

Máximo: Si no obedeces a los edictos y te niegas a sacrificar, haré que te corten la cabeza.

Julio: Harás bien. Te suplico, bondadoso señor, que por la salvación de tus príncipes, cumplas tu propó-

sito. Condéname y habré logrado el colmo de mis deseos.

Máximo: ¡Si no te retractas yo haré que se cumplan tus deseos en la medida que ansías!

Julio: Si me es otorgado sufrir de tal manera, mi gloria será eterna.

Máximo: Oye mi consejo: si sufres por el imperio y sus leyes, recibirás la gloria eterna.

Julio: Yo sufro a causa de las leyes que son de Dios.

Máximo: Esas leyes os las ha dado un muerto y un crucificado. ¡Qué locura! Y tú temes más a un muerto que a los príncipes que viven.

Julio: Murió por nuestros pecados, para darnos la vida eterna. Pero Cristo, que es Dios, permanece siempre. El que le confiesa posee la vida eterna; quien le reniega alcanza el castigo sin remisión.

Máximo: Me das pena. Permíteme que te dé un consejo: sacrifica, y vivirás con nosotros.

Julio: Vivir con vosotros es morir; morir ante la mirada de Dios es vivir eternamente.

Máximo: Oye, sacrifica a los dioses, o de lo contrario, como ya he dicho, me veré obligado a darte muerte.

Julio: He elegido morir en esta ladera de la vida, con el fin de vivir con los santos en la eternidad.

Máximo pronunció la sentencia: «En vista de que Julio se niega a obedecer los decretos imperiales, incurre en la pena capital.»

Quando hubo llegado al lugar de la ejecución, todo el mundo le dio el beso de paz. Julio les decía: «Tened todos conciencia de lo que significa este beso.»

Un soldado cristiano, Isiquio, que también estaba

encarcelado, dijo al mártir: «Te ruego, Julio, que termines alegremente tu carrera y tomes posesión de la corona que Dios promete a aquellos que le confiesan. Te seguiré. Saluda al servidor de Dios, nuestro hermano Valención; su valiente confesión le ha permitido reunirse con el Padre.»

Julio dio el beso de paz a Isiquio. Después le dijo: «Apresúrate, hermano. Aquel a quien quieres que salude escucha tus palabras.»

Le dieron la tela para que tapara sus ojos, lo hizo y ofreció la cabeza, diciendo: «Señor Jesucristo, sufro por tu nombre. Te suplico que acojas mi alma entre los santos.» Y el verdugo descargó el golpe.

AÑO 303, EN CARTAGO

FÉLIX DE TIBIUCA

En el octavo consulado de Diocleciano y el séptimo de Maximiano fue promulgado en todo el Imperio un edicto de los emperadores y cesares. Gobernadores y magistrados, en las colonias y ciudades de su jurisdicción, debían confiscar a los obispos y sacerdotes los libros santos.

El día de las nonas de junio, el edicto fue promulgado en Tibiuca. Precisamente aquel día el obispo Félix se había ido a Cartago. Magniliano, el edil, hizo llamar a los más ancianos entre los cristianos. Le llevaron al sacerdote Aper y los lectores Cirilo y Vidal.

Magniliano les dijo: «¿Tenéis los libros santos?»

Aper: Sí.

Magniliano: Dádmelos; que los quemen.

Aper: Están en casa del obispo.

Magniliano: ¿Dónde está el obispo?

Aper: No lo sé.

Magniliano: Quedáis detenidos hasta comparecer ante el procónsul Anulino

Al día siguiente, el obispo Félix volvió a Tibiuca. Magniliano le citó y le preguntó: «¿Eres tú el obispo Félix?»

Félix: Sí.

Magniliano: Tráeme los libros santos y cuantos archivos poseas.

Félix: Los tengo, pero no los entregaré.

Magniliano: Ve a buscarlos; es necesario que se quemem.

Félix: Prefiero que me quemem a mí antes que dejar que quemem las Santas Escrituras. Pues más vale obedecer a Dios que a los hombres.

Magniliano: Los decretos del emperador valen más que tus palabras.

Félix: Los mandatos de Dios valen más que los de los hombres.

Magniliano: Te doy tres días para que reflexiones. Si te niegas a someterte a este edicto en tu ciudad, te llevaré ante el procónsul; darás cuenta de tus palabras ante su tribunal y allí acabará tu proceso.

Tres días después, Magniliano hizo comparecer al obispo Félix y le dijo: «¿Has reflexionado?»

Félix: Mantengo mi negativa y estoy dispuesto a proclamarlo delante del procónsul.

Magniliano: Pues bien, irás ante el procónsul, y veremos.

Vicente Celsino, decurión de la ciudad, fue encargado de conducir al obispo.

El diez de las calendas de julio, Félix salió de Tibiüca hacia Cartago. Cuando llegó, fue confiado al legado, quien le hizo encerrar. Al día siguiente, en la amanecida, Félix compareció ante el legado.

Legado: ¿Por qué no quieres entregarnos tus inútiles Escrituras?

Félix: Las tengo y las conservaré.

Y el legado le hizo encarcelar en un calabozo subterráneo.

Dieciséis días después, Félix fue sacado de la cárcel y le condujeron encadenado ante el procónsul Anulino. Eran las diez de la noche.

Anulino: ¿Por qué no nos das tus vanas Escrituras?

Félix: Jamás las entregaré.

El procónsul le condena a morir por la espada. Kra en las idas de julio.

El obispo elevó los ojos al cielo y dijo con voz clara: «Gracias te sean dadas, Señor. Tengo cincuenta años en este siglo. He conservado la virginidad, he seguido el Evangelio, he predicado la fe y la verdad. Señor, Dios del cielo y de la tierra, Jesucristo, que vives para siempre, te ofrezco mi garganta para ser sacrificado.»

Cuando hubo terminado su plegaria, los soldados le llevaron y le cortaron la cabeza.

FIIÓ enterrado en la ruta de los Escilitanos, en la b««íl;ca de Fausto.

AÑO 303, EN EGEA DE CILICIA

CLAUDIO, ASTIRIO Y COMPAÑEROS

Lisias, gobernador de la provincia de Licia, en Egea, presidía su tribunal. Comenzó diciendo: «Que traigan ante mi tribunal para comparecer ante él a los cristianos que la guardia ha entregado a los ediles de la ciudad.»

El escriba Eutalio: Obedeciendo tus órdenes, señor, los ediles de la ciudad hacen comparecer a los cristianos que han podido ser presos: tres jóvenes hermanos, dos mujeres con un niño pequeño. Uno de ellos está en pie ante tu grandeza. ¿Qué ordena tu nobleza sobre él?

Gobernador Lisias: ¿Cómo te llamas?

El procesado: Claudio.

Lisias: No vayas a perder tu juventud llevado por tu locura. Acércate y sacrifica a los dioses sin más. Esta es la orden de Augusto, nuestro príncipe. De esta manera escaparás a las torturas que te esperan.

Claudio: Mi Dios no necesita sacrificios como los

vuestros. Se complace en las obras de misericordia y con una vida irreprochable. Vuestros dioses sólo son impuros demonios. Por eso gustan de vuestros sacrificios, pues de esta manera pierden para toda la eternidad las almas de quienes les adoran. No conseguirás que les muestre ningún signo de devoción.

Lisias ordenó que le ataran y que le golpearan con vergajos: «Este es el único medio de vencer su locura.»

Claudio: Poco importa que imagines tormentos más crueles, no doblegarás mi decisión. Lo que consigues con ello es preparar a tu alma un castigo sin fin.

Lisias: Nuestros señores, los emperadores, han ordenado que todos los cristianos sacrifiquen a los dioses; los que se nieguen serán castigados y los que consientan serán recompensados.

Claudio: Vuestras recompensas duran poco, la confesión de Cristo nos aporta la salvación eterna.

Y entonces el gobernador hizo atar a Claudio al potro; encendieron fuego bajo sus pies; arrancaron la carne de sus talones para ponerla ante sus ojos.

Claudio: Ni el fuego ni los tormentos alcanzan a aquellos que temen a Dios; por el contrario, les hacen ganar la vida eterna, ya que los confesores los soportan por el nombre de Cristo.

El gobernador hizo entonces que le desgarraran con Jos garfios de hierro.

Claudio: Tengo el propósito de demostrarte que deeliminades la causa de los demonios. Tus suplicios no me alcanzan. Pero tú estás en camino de conseguir el fuego que no se extingue.

Lisias dijo a los verdugos: «Herid sus costados con

tejos puntiagudos y quemad sus llagas con carbones inflamados.»

Al fin, Claudio dijo: «Tu fuego y tus torturas salvarán mi alma. Sufrir es ganancia para mí a los ojos de Dios. Y morir por Cristo, mi fortuna.»

Lisias, exasperado, le hizo descolgar del caballete y conducir de nuevo a la prisión.

El escriba Eutalio: Por tu orden, señor gobernador, comparece Asterio, el segundo de los tres hermanos.

Gobernador: Tienes ante ti los suplicios reservados a los que se obstinan. Créeme: sacrifica a los dioses.

Asterio: Sólo hay un Dios, el que ha de venir a juzgarnos. El cielo es su mansión. Con su gran poder ve lo que es ínfimo. Mis padres me enseñaron a adorarle y a amarle. Pero los que tú adoras y llamas dioses no existen para mí. Su culto no reposa sobre una verdad, sino sobre una mixtificación; perderá a todos aquellos que piensan como tú.

Lisias le hizo atar al caballete, y dijo: «Desgarrad sus costados.» Mientras, decía al mártir: «Créeme ahora y sacrifica.»

Después del suplicio, Asterio dijo: «Soy hermano del que hace un momento respondía a tus preguntas. Sólo tenemos un alma y una fe. Haz lo que quieras. Mi cuerpo está en tus manos, pero mi alma no.»

Lisias: Atadle los pies, y con los ganchos de hierro trituradle de tal manera que sufra en su cuerpo y hasta en su misma alma.

Asterio: ¡Pobre loco! ¿Para qué me torturas así? ¿No piensas en las cuentas que tendrás que rendir ante el Señor?

Lisias: Ponedle carbones ardientes bajo los pies.

Con vergajos y nervios de buey muy duros aradle la espalda y el vientre a golpes.

Al fin, Asterio añadió: «¡ Pobre ciego! Sólo te pido una gracia: no dejes parte alguna de mi cuerpo sin herida.»

Lisias: ¡Que le lleven a la cárcel con los demás!

El escriba Eutalio: He aquí a Neón, el tercer herriano.

Lisias: Al menos, tú, hijo mío, acércate y sacrifica a los dioses.

Neón: Si tus dioses tienen algún poder, que se defiendan a sí mismos contra aquellos que se niegan a reconocerlos; que no se apoyen en ti. Pero si tú eres su cómplice en el mal, yo valgo más que tú y tus dioses al no obedecerles. Tengo a mi Dios verdadero, que ha hecho el cielo y la tierra.

Lisias: ¡Rompedle la cabeza y decidle: No blasfemes contra los dioses!

Neón: Decir la verdad, ¿es blasfemar?

Lisias: Descoyuntadle los pies, echadle sobre carbones ardientes, aradle la espalda a golpes de nervios de buey.

Cuando los verdugos hubieron acabado su tarea, Neón se contentó con añadir: «Sé lo que es útil y provechoso para mi alma. Eso haré, no desistiré.»

Lisias dictó sentencia: «Que el escriba Eutalio y el verdugo Arquelao conduzcan a los tres hermanos a las afueras de la ciudad, y allí sean crucificados como merecen, y que sus cuerpos sean abandonados a las uves de rapiña.»

Kl escriba Eutalio: Por orden de tu grandeza, señor, comparece Donina.

Lisias: Ya ves, mujer, las torturas y el fuego que te esperan. Si no quieres merecerlos, acércate y sacrifica a los dioses.

Donina: Para escapar al fuego eterno y a las torturas que no tienen fin, adoro a Dios y a su Cristo, que ha hecho el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene. Vuestros dioses son de piedra y de madera; son hechos por la mano del hombre.

Lisias.: Desnudadla, extendadla desnuda y flageladla todo el cuerpo.

El verdugo Arquelao: Donina ha muerto, por tu grandeza, señor.

Lisias: Que la echen al río.

El escriba Eutalio: He aquí a Teonila.

Lisias: Ya ves, mujer, el fuego y las torturas que se preparan para aquellos que se atreven a resistir. Acércate, pues, y honra a los dioses, sacrifica y escarparás a los suplicios.

Teonila: Temo al fuego eterno que pierde alma y cuerpo, sobre todo los de aquellos que han abandonado a Dios para honrar a los ídolos y a los demonios.

Lisias: ¡Golpeadla en pleno rostro!... ¡Echadla por los suelos!... ¡Atadla los pies!... ¡Torturadla violentamente!...

Cumplieron sus órdenes.

Teonila: Es asunto tuyo que trates así a una mujer libre y extranjera. Pero no escaparás por eso a la mirada de Dios.

Lisias: Colgadla del pelo y golpeadla.

Teonila: ¿No te basta con haberme desnudado? No ultrajas sólo a mi persona; insultas en mí a tu madre y a tu mujer. Todas las mujeres son de la misma naturaleza.

Lisias: ¿Estás casada o viuda?

Teonila: Hoy hace veintitrés años que soy viuda. Permanecí viuda para honrar a Dios con ayunos, vigilias y oración desde que abandoné a los ídolos impuros y conocí a Dios.

Lisias: Afeitadla la cabeza con una navaja afilada, para que aprenda a avergonzarse. Ponedla un cinto de espinos, descoyuntadla por las cuatro extremidades y golpead no sólo su espalda, sino todo el cuerpo. ¡Echadla carbones encendidos sobre el vientre y que muera así!

El escriba y el verdugo: Señor, ya ha muerto.

Lisias: Poned su cuerpo en un saco, atadlo bien y echadlo al agua.

El escriba y el verdugo: Las órdenes de tu eminencia referentes a los cuerpos de los cristianos han sido cumplidas.

El martirio de estos santos tuvo lugar en Egea, bajo el gobernador Lisias, diez días antes de las calendas de septiembre, bajo el consulado de Augusto y Aristóbulo.

Por las pasiones de los santos, honor y gloria a Di 13.

AÑO 303, EN CESÁREA DE PALESTINA

PROCOPIO

Procopio fue el primer mártir de Palestina. Era un hombre de rara virtud. Mucho antes de su martirio había, desde su infancia, conservado la castidad y practicado todas las virtudes. Su cuerpo estaba tan enjuto que se le hubiera podido creer sin vida; pero su alma estaba nutrida con las palabras divinas hasta el punto que parecía el único sostén del cuerpo. Se alimentaba de pan y agua, y sólo los comía dos o tres días, y algunas veces se contentaba con una sola comida a la semana. Su contemplación era tan profunda, que se prolongaba día y noche.

Adelantaba a todos los demás con la pureza de su vida y con la perfección de sus virtudes. Junto al conocimiento de las divinas Escrituras, poseía una excepcional cultura humana.

Había nacido en Jerusalén, pero vivía en la ciudad de Escitopolis. Tenía tres cargos en las iglesias: era lector de la Escritura, traductor en siríaco del texto

griego de la Biblia y, en fin, se distinguía por el extraordinario poder para expulsar a los demonios.

Cuando un día iba junto con sus colegas de Escitopolis a Cesárea de Palestina, fue preso a las puertas de la ciudad y conducido directamente ante el gobernador Flaviano. Este le solicitó para que sacrificara a los dioses. Pero Procopio le respondió: «Sólo existe el Dios que ha creado el universo.»

El gobernador quedó sorprendido ante estas palabras. Cambiando de tema, pidió a Procopio que ofreciera incienso a los emperadores, que en aquel entonces eran cuatro. El mártir se contentó con citar, riendo, los versos de Hornero:

No es bueno tener tantos señores;
que haya un sólo señor, un sólo rey.

Al escuchar estas palabras, que parecían poco respetuosas para con los emperadores, el gobernador dictó la pena capital. Y Procopio fue decapitado allí mismo. Y con alegría hizo el breve viaje al cielo.

Este fue el primer mártir de Cesárea.

Era el día 7 del mes de julio, el primer año de la persecución, bajo el reinado de Jesucristo. ¡A Él la gloria y el honor en los siglos de los siglos! Amén.

AÑO 304, EN CARTAGO

HECHOS DE LOS SANTOS SATURNINO, DATIVO Y VARIOS MÁS

Aquí comienzan la confesión, y los hechos de los mártires Saturnino, sacerdote; Félix, Dativo, Ampelio y aquellos cuyos nombres se lee más abajo. Hjn confesado al Señor, en Cartago, el 11 de febrero, bajo el procónsul de África Anulino, a causa de las reuniones litúrgicas y de las Escrituras del Señor. Después derramaron su bienaventurada sangre en diversos lugares y diferentes días en defensa de su fe.

Bajo el reinado de Diocleciano y de Maximiano, el diablo dirigió contra los cristianos una nueva guerra. Buscaba, para hacerlos quemar, los divinos sacramentos del Señor, las Santas Escrituras; destrozaba las iglesias cristianas y prohibía las celebraciones litúrgicas y las reuniones sagradas. Pero la mesnada del Señor no pudo soportar órdenes tan injustas; sintió horror de estas prohibiciones sacrilegas; se armó

con las armas de la fe y salió al combate, no tanto para luchar contra los hombres como contra el demonio. Algunos cayeron y renegaron de su fe, entregando a los paganos, para que éstos las quemaran, las Escrituras del Señor y los divinos Testamentos; la mayor parte resistió con valor y derramó generosamente su sangre para defenderlos.

Estos, llenos de Dios que les inspiraba, triunfaron del demonio y le destrozaron. Con sus sufrimientos conquistaron la palma de los mártires y escribieron contra sus denunciadores y sus cómplices la sentencia con la cual la Iglesia los expulsaba de su comunión. No era posible que la Iglesia de Dios cobijara al mismo tiempo mártires y traidores.

Por todas partes, legiones innumerables de confesores acudieron a la lucha. Allí donde encontraban un adversario, le oponían las armas del Señor.

Cuando el clarín de guerra resonó en la ciudad de Abitene, en la casa de Octavio Félix, los gloriosos mártires alzaron la bandera de Cristo, su Señor. Celebraron allí, como de costumbre, el misterio eucarístico cuando fueron presos por los magistrados de la colonia, asistidos por gente de la guardia. Allí estaban el sacerdote Saturnino con sus cuatro hijos: Saturnino el joven, Félix, los dos lectores, María, virgen consagrada, y el pequeño Hilarión. Después el senador Dativo, Félix, otro Félix, Emérito, Ampelio, Rogaciano, Quinto, Maximiano, Tecla, Rogaciano, Rogado, Enero, Casiano, Victoriano, Vicente, Celiano, Restituía, Prima, Eva, Rogaciano, Givalio, Rogado, Pomponia, Segunda, Enera, Saturnina, Martín, Danto, Félix, Margarita, Mayoría, Honorata, Regiόla, Victorio, Pelesio, Fausto, Daciano, Matrona, Cecilia, Victoria, Heraclina,

Segunda, otra Matrona, Enera. Todos ellos fueron presos y conducidos al foro.

Dativo, a quien sus padres habían engendrado para que un día llevara la toga blanca de los senadores en la corte celestial, abría la marcha de este combate.

Saturnino le seguía, escoltado por sus cuatro hijos, que le servían de murallas. Dos de ellos compartirían el martirio, los otros conservarían en la Iglesia su nombre y su memoria. La tropa del Señor les seguía; la luz deslumbradora de sus armas irradiaba: el escudo de la fe, la coraza de la justicia, el casco de la salvación y la espada de dos filos de la palabra santa. Invencibles con tales armas, daban a los hermanos la confianza en la próxima victoria.

El cortejo entró en el foro. Allí tuvieron su primer combate; según confesaron los mismos magistrados, fueron los vencedores. Ya había luchado el cielo sobre ese mismo foro por las Escrituras del Señor. En efecto, el obispo Fundano acababa de entregar los libros santos, los habían arrojado al fuego, cuando de pronto comenzó a llover en un cielo sin nubes y el fuego se apagó, mientras que el granizo y la tempestad se desencadenaban por toda la región y la devastaban, respetando las Escrituras.

Fue, pues, en la ciudad de Abitene donde los mártires comenzaron a llevar las tan deseadas cadenas. Fueron conducidos a Cartago; estaban alegres y felices. Durante todo el camino cantaron los himnos del Señor. Comparecieron ante el procónsul Anulino. Su valor se redoblaba a medida que los asaltos del demonio se hacían más violentos. Para arrebatarnos la confortación de su ayuda mutua, les hicieron comparecer aisladamente.

He aquí las propias palabras de los mártires: dan cuenta de la desvergüenza de los ataques, la paciencia de los hermanos en medio de las torturas y durante su confesión, así como también del poder de la gracia de Cristo y Señor.

El oficial les presentó al procónsul: «Estos, los cristianos enviados por los magistrados de Abitene; están acusados de reunirse para la celebración de sus misterios.»

En primer lugar, el procónsul interrogó a Dativo. Le preguntó su condición y si había tomado parte en una asamblea litúrgica. Dativo se declara cristiano y reconoce haber asistido a las reuniones. Inmediatamente extendieron a Dativo sobre el potro y los verdugos se aprestaron a desgarrar el cuerpo con los peines de hierro; y pusieron en su tarea una prisa febril; los costados están ya al desnudo y los esbirros cogen las uñas de hierro, cuando en ese instante Tecla, abriéndose paso entre la muchedumbre y desafiando el sufrimiento, dice: «También nosotros somos cristianos; hemos asistido a las asambleas.»

El procónsul se encolerizó como si hubiera sido alcanzado por la punta de una espada. El mártir es molido a palos, puesto sobre el potro, en donde las uñas de hierro hacen volar trozos de carne. Tecla oraba en medio de sus tormentos y cantaba al Señor su acción de gracias.

«¡Gracias a ti, Dios mío! ¡Cristo, Hijo de Dios, por tu nombre, salva a tus servidores! »

Mientras oraba, el procónsul le pregunta: «¿Quién te ha ayudado a organizar esas asambleas?» Los verdugos redoblan su afán. Tecla responde claramente: «El sacerdote Saturnino y todos nosotros.»

¡Oh generoso mártir! ¡Concedes a todos el primer

rango en el martirio! No nombra al sacerdote sin nombrar también a los hermanos, sino que al sacerdote une los hermanos en una confesión común.

El procónsul hizo que les mostraran a Saturnino. Tecla se lo enseña. No traicionaba, puesto que Saturnino estaba a su lado; como él mismo, Tecla combatía contra el demonio. Quería demostrar al procónsul que se trataba de una reunión litúrgica, puesto que allí, con ellos, había un sacerdote.

Pero el mártir unía sus plegarias a su sangre; fiel a los preceptos del Evangelio, oraba por aquellos que desgarraban su cuerpo. Durante las torturas y en medio de los peores sufrimientos, no cesó ni de hablar ni de orar: «Desgraciados, actuáis injustamente, ofendéis a Dios.»

—Altísimo Dios, no les imputes este pecado.

— ¡Pecáis, desgraciados! Desafiáis a Dios. Observad los mandamientos del Altísimo. Obráis injustamente. Desgarráis a los inocentes. ¡No somos asesinos, no hemos cometido fraude alguno!

—Dios mío, ten piedad. Te doy gracias, Señor. Por amor de tu nombre, dame fuerzas para sufrir. Libera a tus servidores de la cautividad de este mundo. Te doy gracias. Jamás podré darte todas las gracias que debo.

Y como la sangre fluía más abundantemente de sus flancos desgarrados por las uñas de hierro, el procónsul le dijo: «Vas a comenzar a sentir los sufrimientos que os están reservados.»

Tecla respondió: «¡Pero para mayor gloria! Doy gracias al Dios de los reinos. Ya está aquí el reino eterno, el reino incorruptible.»

«Señor, Jesucristo, somos cristianos, somos tus ser-

vidores. Eres nuestra esperanza, eres la esperanza de los cristianos. Santísimo Dios, Altísimo, Todopoderoso. Te alabamos por tu nombre, Señor Todopoderoso.»

Mientras oraba, el juez, portavoz del demonio, le dijo: «¡Más te hubiera valido observar las órdenes de los emperadores y de los cesares!»

Su cuerpo se agotaba, pero su alma permanecía valerosa; respondió: «Sólo cumplo la ley que Dios me ha dado. Es la que respeto, por ella muero y en ella expiro; no hay otra ley.» Estas respuestas torturaban en verdad al procónsul. Su furor feroz saciado, dijo: «¡ Cesad!»

Tecla fue conducido a la cárcel y reservado a pruebas más dignas de él.

Le llegó el turno a Dativo. Había permanecido sobre el potro, desde donde pudo asistir al combate glorioso de Tecla. No cesaba de repetir: «Soy cristiano.» Declaraba en voz alta haber asistido a las asambleas cristianas, cuando vio que de entre la muchedumbre salía Fortunancio, hermano de la mártir! Victoria. Era un personaje, llevaba toga; en aquel entonces estaba todavía muy lejos de la religión cristiana. Insultó al mártir sobre el potro: «He aquí al hombre que se aprovechó de la ausencia de mi padre, señor, cuando estudiábamos aquí; ha seducido a mi hermana Victoria y la condujo desde esta espléndida ciudad de Cartago a la colonia de Abitene, así como a Segunda y Restituía. Sólo eilró en nuestra casa para corromper el espíritu de algunas muchachas.»

La gloriosa Victoria se indignó por estas acusaciones mentirosas contra el senador. Y con la libertad de una cristiana, dijo: «Nadie influyó en mi marcha;

por otra parte, no fui a Abitene con Dativo. Podéis interrogar a las gentes de la ciudad. Todo cuanto hice lo hice por iniciativa propia y con plena libertad. Sí, he participado en las reuniones litúrgicas, porque soy cristiana.»

Fortunancio siguió insultando al senador. Desde lo alto del potro, el mártir refutaba todas sus acusaciones. Anulino ordenó que volvieran a coger las uñas de hierro. Los verdugos descarnaron los costados del mártir y cogieron los garfios. Sus manos volaban más rápidas que las órdenes; desgarraban la piel, llegaban hasta las entrañas, ponían al desnudo el corazón. El mártir permanecía impávido y sosegado; los miembros se rompían, saltaban las entrañas, las costillas volaban astilladas, su corazón permanecía intacto y sin tocar. Recordaba que en otro tiempo había ocupado el cargo de senador en la ciudad, y mientras le golpeaban brutalmente, dirigía al Señor esta plegaria : «¡ Oh! Cristo, Señor, que no sea confundido.» Y el Señor escuchó su oración.

Finalmente, el procónsul, turbado, dijo: «¡Cesad!» Y los verdugos se detuvieron. No era justo que el mártir fuera torturado por una causa que se refería tan sólo a Victoria.

Un abogado, Pompeyano, hizo entonces su aparición en escena y presentó contra el mártir infames acusaciones. Pero Dativo le respondió con desprecio: «¿Por qué ejecutas las órdenes del demonio? ¿Qué intentas todavía contra los mártires de Cristo?» Estas palabras le cerraron la boca.

Prosiguieron la tortura. Esta vez le interrogaron sobre su participación en las asambleas cristianas. Dativo respondió que había llegado durante la celebración de los misterios y que se había unido a sus

hermanos: «Pero la reunión—añadió—no fue organizada por uno solo.»

El procónsul, furioso, hizo redoblar la tortura, y una vez más fue sometido a las uñas de hierro. Pero en medio de sus más crueles llagas, repetía sin cesar la misma plegaria: «Te ruego, Cristo, no ser confundido... ¿Qué hice yo? Saturnino es nuestro sacerdote.»

Después que Dativo hubo sufrido toda la gama de tormentos inventados por el magistrado y ejecutados por los verdugos, hicieron comparecer a Saturnino. Este, anonadado en Dios, no había prestado atención a los tormentos de sus hermanos. Ahora los iba a compartir.

El procónsul le dijo: «Has contravenido los edictos de nuestros emperadores y cesares, reuniendo a esas gentes.»

Saturnino: Nosotros hemos celebrado en paz los divinos misterios.

Procónsul: ¿Por qué?

Saturnino: Porque no está permitido suspender las celebraciones litúrgicas.

Al escuchar estas palabras, el procónsul le hizo colgar de un potro frente a Dativo. Este asistía, como «úrente, al desmigajamiento de su cuerpo y oraba al Señor: «Ayúdame, te lo ruego, Señor; ten piedad. Guarda mi alma, guarda mi espíritu, que no sea conúmlido. Te ruego, Cristo, que me des fuerza para sufrir.»

El procónsul dijo a Dativo: «Eras miembro de esta maravillosa ciudad; tu deber era conducir a los demás hacia mejores sentimientos en lugar de desobedecer las órdenes de los emperadores y cesares.»

Dativo se contentaba con decir: «Yo soy cristia-

no.» Con estas simples palabras, el diablo fue vencido. «Cesad»—dijo el procónsul—, y llevaron al mártir a la prisión.

Saturnino, extendido sobre el potro, estaba envuelto por la sangre de los mártires; de ella sacaba un nuevo vigor para su fuerza.

El procónsul le preguntó si era el organizador de la reunión.

Saturnino: Yo estaba allí—dijo simplemente.

Un hombre saltó, presto al combate; era el lector

Emérito: «Yo soy el responsable; la reunión tuvo lugar en mi casa.»

Pero el procónsul, que había gustado numerosas derrotas, no quiso oír a Emérito, y continuó dirigiéndose al sacerdote: «Saturnino, ¿por qué obras contra las órdenes de los emperadores?»

Saturnino: Nosotros no podemos omitir la celebración del domingo, es nuestra ley.

Procónsul: No debías haber desafiado a la prohibición, sino someterte a las órdenes de nuestros emperadores.

La tortura comienza, los verdugos se encarnizan sobre el cuerpo del anciano: los nervios son desgarrados, el vientre abierto, los huesos descarnados, y la muchedumbre contempla la carne que fluye. El sacerdote, al vez cuan lentas eran las torturas, teme que su alma escape antes del fin: «Te ruego, Cristo, libérame. Te doy gracias, Dios; ordena que sea decapitado, ¡Te ruego, Cristo, que te apiades de mí! ¡Hijo de Dios, ven en mi ayuda!»

Por su lado, el procónsul decía: «¿Por qué has desobedecido el edicto?»

Y el sacerdote: «La ley ordena..., lo pide.»

¡Qué admirable y elocuente respuesta por parte de

este sacerdote doctor! Hasta en sus tormentos, el sacerdote sigue predicando la ley por la que sufre.

«Cesad»—dijo el procónsul—. E hizo que el sacerdote fuera conducido a la cárcel.

Le tocó entonces el turno a Emérito.

Procónsul: En tu casa se celebraron asambleas prohibidas—le dijo.

Emérito: Sí, hemos celebrado el día del Señor.

Procónsul: ¿Por qué les has permitido entrar?

Emérito: Son mis hermanos, no podía prohibírselo.

Procónsul: Debiste hacerlo.

Emérita: No podía; no podemos vivir sin celebrar la cena del Señor.

Le extendieron sobre el potro y le sometieron a la tortura. Emérito, en medio de sus tormentos, oraba: «Te ruego, Cristo, que vengas en mi ayuda. ¡Obráis contra el mandato de Dios, desgraciados!»

El procónsul le interrumpió: «No tenías por qué acoger a esas gentes.»

Emérito: Yo no puedo dejar de recibir a mis hermanos.

Procónsul: Las órdenes del emperador valen más que cualquier otra cosa.

Emérito: Dios es más grande que los emperadores... ¡Oh Cristo, te suplico: recibe mis alabanzas; Cristo, Señor, dame fuerzas para sufrir!

Mientras oraba así, el procónsul le interrumpió, diciendo: «¿Tienes Escrituras en tu casa?»

Emérito: Las poseo, pero en mi corazón.

Procónsul: ¿Las tienes en tu casa, sí o no?

Emérito: Las llevo en mi corazón... Cristo, te suplico, recibe mis alabanzas. Libérame; oh Cristo; yo sufro por tu nombre. El sufrimiento dura poco; sufro

con toda mi libertad. Cristo, Señor, que no sea confundido.

¡Oh mártir; como el Apóstol, tú posees la ley del Señor, no escrita con tinta, sino por el Espíritu de Dios vivo; no sobre piedras, sino sobre la carne de tu corazón! Para proteger la ley divina contra las traiciones y las profanaciones, tú la conservabas como un secreto en tu corazón.

Procónsul: ¡Cesad!—dijo. Y dictó el proceso verbal de los primeros interrogatorios; después añadió—: Conforme con vuestras confesiones, recibiréis todo el castigo que habéis merecido.

La rabia feroz del tirano parecía menguar, cuando un cristiano llamado Félix, que iba a realizar en los tormentos la verdad de su nombre¹⁶, se ofreció al combate.

El ejército del Señor estaba allí, unido e invencible. El tirano estaba aterrado.

«Espero—dijo a Félix—que obedecerás, con el fin de conservar la vida.»

Los confesores del Señor le respondieron unánimemente: «Somos cristianos. Sólo obedecemos la ley del Señor y la guardaremos hasta el derramamiento de nuestra sangre.»

Confundido por esta respuesta, el procónsul dijo a Félix: «No te pregunto si eres cristiano, sino si tomaste parte en las asambleas y si posees las Escrituras.»

Pregunta estúpida y ridícula. No se quiere saber si el acusado es cristiano, pero sí si tomó parte en las reuniones. Como si se pudiera ser cristiano y no to-

¹⁶ Juego de palabras sobre el nombre, que significa bienaventurado,

mar parte en las celebraciones eucarísticas, o tomar parte en las reuniones sin ser cristiano. ¿Es que Satán lo ignora?

El mártir respondió: «Sí, hemos celebrado los gloriosos misterios y nos hemos reunido los domingos para leer las Santas Escrituras.»

Asombrado por esta respuesta, Anulino hizo flagelear a Félix. El mártir murió durante el suplicio y fue a reunirse con el coro celestial.

Le sucedió otro Félix, semejante al primero, tanto por el nombre como por la fe. Padeció el mismo suplicio y mostró el mismo valor; como si hubiera sido destrozado por los golpes, murió durante los tormentos que le fueron aplicados.

Después le llegó el turno a Ampelio, que era lector y estaba encargado de la custodia de las Santas Escrituras. Cuando el procónsul le preguntó si había asistido a las reuniones, él respondió, alegre y tranquilo: «Con todos mis hermanos. Asistí a las reuniones, he celebrado el día del Señor, llevo las Escrituras conmigo, pero grabadas en mi corazón... ¡Oh Cristo, te alabo; oh Cristo, acógeme en tu seno! »

Pero le golpearon violentamente en la cabeza. Le condujeron después a la cárcel, en donde se reunió con sus hermanos, y penetró en ella como en la morada del Señor.

Rogaciano le sustituyó. Confesó el nombre del Señor, y fue conducido a la prisión, pero no fue flagelado.

Les siguió Quinto. Confesó de forma magnífica el nombre del Señor. Fue golpeado con vergajos; después, conducido a la cárcel, reservado para otro martirio más digno de él.

Maximiniano llegó después, y fue noble émulo de los precedentes. Después otro Félix, más joven, que proclamó los misterios que eran esperanza y luz de los cristianos. Como todos los demás, fue flagelado. Se contentó con decir: «He celebrado con devoción el día del Señor; estuve en las reuniones junto con mis hermanos, porque soy cristiano.»

Le enviaron a la cárcel junto con los otros.

El joven Saturnino, el hijo del sacerdote del mismo nombre, se presentó con decisión; estaba impaciente por rivalizar en valor con su padre.

Procónsul: ¿Estabas en las reuniones?—le preguntó, furioso.

Saturnino: Soy cristiano.

Procónsul: No es eso lo que te pregunto. ¿Estabas en las reuniones litúrgicas?

Saturnino: Sí, porque Cristo es mi Salvador.

Al oír hablar del Salvador, Anulino se encolerizó e hizo que el hijo fuera atado al potro en donde lo había sido el padre.

Procónsul: ¡Confiesa! ¿Te das cuenta dónde estás? ¿Tienes tú las Escrituras?

Saturnino: Soy cristiano.

Procónsul: Te pregunto si estabas en las reuniones y si tienes las Escrituras.

Saturnino: Soy cristiano. El nombre de Cristo es el único por medio del cual podemos ser salvados.

Fuera de sí como un demonio, el procónsul dijo: «Puesto que te obstinas, serás sometido a los tormentos. Una vez más: ¿Tienes las Escrituras?—Después, Volviéndose hacia el verdugo, dijo—: Comienza.

La sangre del hijo, sobre los garfios, se mezclaba con la del padre, y los verdugos, agotados por el pa-

dre, se encarnizaron todavía más sobre el cuerpo joven.

El hijo, como fortalecido por la mezcla de las dos sangres, pareció cobrar nuevo vigor y ser insensible a los tormentos: «Sí, tengo las divinas Escrituras—dijo—, pero en mi corazón... Te ruego, Cristo, que me des fuerzas para sufrir; en Ti tengo puesta mi esperanza.»

El procónsul le volvió a preguntar: «¿Por qué has desobedecido el edicto?»

Saturnino: Porque soy cristiano.

Procónsul: Cesad—dijo.

Y el hijo fue a reunirse con el padre.

Comenzaba a anochecer; reinaba cierto cansancio, tanto entre los verdugos como en aquel juez cruel. El procónsul acabó por dirigirse al grupo de los demás cristianos, que todavía no habían sido interrogados: «Ya veis lo que han sufrido—les dijo—los que se obstinaron y lo que espera a los que persisten en su fe. Aquel de entre vosotros que quiera indulgencia y salvar su vida, basta con que confiese.»

Pero todos los mártires dijeron: «Somos cristianos.»

Desolado, el procónsul les hizo conducir de nuevo a la prisión.

Las mujeres y las vírgenes, siempre dispuestas al sacrificio y a entregarse a Dios, no se vieron privadas de los honores de este combate. Todos, con la ayuda de Cristo, combatieron con Victoria, y, como Lilla y con ella, fueron victoriosas. Victoria, la más santa de las mujeres, la flor de las vírgenes, el honor y la gloria de los confesores, era una mujer de gran estirpe; pero todavía era mayor por su fe, por

su piedad, por la pureza de sus costumbres. Era seductora a causa de su gran belleza, pero su alma era todavía más deslumbrante que su cuerpo, y mucho más bella cuanto era más casta y más santa. Victoria gozaba con ganar por el martirio la segunda preciada palma tan deseada.

Desde su infancia había sobresalido por su pureza; desde sus años jóvenes se mostraba austera y grave. Llegada a la edad adulta, rechazó el matrimonio que sus padres querían imponerle; huyó por la ventana casi llegada la hora de los esponsales, se ocultó en una gruta y entregó su virginidad a Dios para siempre.

El procónsul le preguntó cuál era su fe. Ella respondió: «Soy cristiana.»

Su hermano Fortunancio intentó que la consideraran como loca. Victoria replicó: «Esta es mi convicción: no he cambiado nunca.»

Procónsul: ¿Quieres volver con tu hermano Fortunancio?

Victoria: Jamás; soy cristiana; mis hermanos son los que guardan los mandamientos de Dios.

Anulino se olvidó de que era juez; trató de hablarle como si se tratara de un niño: «Reflexiona; ya ves que tu hermano quiere salvarte.»

La mártir respondió: «Tengo mis convicciones propias, no he cambiado nunca. Tomé parte en las reuniones con mis hermanos, he celebrado el día del Señor porque soy cristiana.»

Furioso el procónsul, la envió a la cárcel con los demás, con el fin de reservarla para la pasión del Señor.

Quedaba todavía Hilariano, uno de los hijos de Saturnino, el sacerdote. Su amor a Dios trascendía a su

edad. Aspiraba a compartir las tribulaciones de su padre y de sus hermanos. Desafiaba la crueldad del tirano, sin dejarse impresionar por ella.

El juez le preguntó: «¿Seguiste a tu padre y a tus hermanos?»

El niño, casi gritando para hacerse oír, respondió: «Soy cristiano; he participado libremente en las reuniones con mi padre y con mis hermanos.»

El insensato procónsul quería intimidar al niño: «Voy a hacer que te corten los cabellos, la nariz y las orejas»—le dijo.

Hilario: Haz lo que mejor te parezca; yo soy cristiano.

El niño fue enviado a la cárcel, a su vez. Feliz, Hilario, dijo: «Gracias a Dios.»

Así se acaba el gran combate, de esta manera fue vencido el demonio, de esta forma los mártires de Cristo obtienen juntos, con su pasión, los gozos de la gloria eterna.

AÑO 304, EN SALÓNICA

ÁGAPE, IRENE, QUIONIA

El gobernador Dulció presidía su tribunal.

El escribano Artemisia: Por orden tuya leeré a tu excelencia el informe oficial del oficial de la guardia sobre los acusados aquí presentes.

Gobernador Dulció: Lee.

El escribano lee el informe según el protocolo: «Yo, Casandro, beneficiado, a ti, mi señor. Sabe, señor, que Agatón, Irene, Ágape, Quionia, Casia, Felipa y Eutiquia se han negado a comer víctimas inmoladas a los ídolos. Por eso las hice llevar ante tu excelencia.»

El gobernador dijo a los acusados: «¿Qué es esa locura de negarse a obedecer las órdenes de nuestros emperadores y cesares, que son los muy amados de Dios?»

Y volviéndose hacia Agatón: «¿Por qué no has tomado parte en los sacrificios como los que honran a los dioses?»

A galón: Porque soy cristiano.

Gobernador: ¿Todavía persistes hoy en esa resolución?

•Igatón: Sí.

Gobernador: Y tú, Ágape, ¿qué dices?

Ágape: Yo creo en el Dios vivo y no quiero traicionarme mi conciencia.

Gobernador: Y tú, Irene, ¿por qué no obedeciste las órdenes de nuestros soberanos, los emperadores y cesares."

Irene: Por temor de Dios.

Gobernador: Y tú, Quionia, ¿qué dices?

Quionia: Yo creo en el Dios vivo, y me niego a hacer lo que pides.

Gobernador: Y tú, Casia, ¿qué dices?

Casia: Yo quiero salvar mi alma.

Gobernador: ¿No quieres entonces tomar parte en los sacrificios?

Casia: No.

Gobernador: Y tú, Felipe, ¿qué dices?

Felipe: Yo digo lo mismo.

Gobernador: Es decir...

Felipe: Prefiero morir antes que comer carne sacrificada.

Gobernador: ¿Y tú, Eutiquia?

Eutiquia: Yo digo lo mismo, que prefiero morir.

Gobernador: ¿Eres casada?

Eutiquia: Mi marido murió.

Gobernador: ¿Cuánto tiempo hace?

Eutiquia: Siete meses, aproximadamente.

Gobernador: ¿De quién estás embarazada?

Eutiquia: Del marido que me dio Dios.

Gobernador: Te aconsejo, Eutiquia, que abandones

esa locura y que escuches al buen sentido. ¿Qué dices? ¿Quieres obedecer el edicto imperial?

Eutiquia: Yo no obedezco; soy cristiana. Soy la sierva de Dios todopoderoso.

Gobernador: Puesto que Eutiquia está encinta, permanecerá en la prisión por algún tiempo. Y tú, Ágape, ¿qué dices? ¿Quieres hacer lo mismo que nosotros, y sacrificar a los soberanos emperadores y cesares?

Ágape: Jamás serviré a Satán. Tus palabras no podrán hacerme cambiar de decisión. La decisión de todos nosotros es inquebrantable.

Gobernador: Y tú, Quionia, ¿qué dices?

Quionia: Nadie podrá debilitar nuestra resolución.

Gobernador: En vuestras casas, ¿hay escritos, pergaminos o libros que pertenecen a los cristianos impíos?

Quionia: No, señor. Los actuales emperadores los confiscaron todos.

Gobernador: ¿Quién os inspira esta resistencia?

Quionia: Dios todopoderoso.

Gobernador: ¿Quién os ha inducido a cometer esa locura?

Quionia: Dios todopoderoso y su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Gobernador: Es evidente que todos deben someterse a la majestad de nuestros soberanos los emperadores y cesares. Es evidente. Pero puesto que, a pesar de tantas dilaciones, de tantas advertencias, de tantos edictos y amenazas, seguís estando locos; puesto que os atrevéis a despreciar las órdenes de nuestros soberanos, los emperadores y cesares, permaneciendo vinculados al nombre impío de cristianos; puesto que, incluso hoy mismo, presionados por los agentes y

las autoridades para que renunciéis a Cristo, os obstináis en vuestra negativa, vais a recibir el castigo que merecéis.

Y leyó el texto de la sentencia: «En vista de que los encartados Ágape y Quionia han resistido con espíritu de impiedad y de rebeldía a los divinos edictos de nuestros soberanos, los emperadores y cesares, y lian continuado practicando la religión cristiana hasta hoy mismo, esa religión vana y corrompida y odiosa a todos los hombres verdaderamente piadosos, ordenamos que sean entregados al fuego.» Después añadió: «Agatón, Irene, Casia, Felipa y Eutiquia, teniendo en cuenta su edad, permanecerán en la cárcel hasta nueva orden.»

Fue así como murieron en la hoguera los santos mártires Ágape y Quionia.

Más tarde, Dulció hizo comparecer a Irene y le dijo: «Los propósitos de tu locura se manifiestan a los ojos de todos y hasta en tus mismas acciones. Hasta hoy has querido conservar en tu casa los pergaminos, libros, tabletas, volúmenes y páginas de las Escrituras que han pertenecido a los cristianos. Cuando te los han presentado, los has reconocido. Pero en principio negaste haberlos poseído, y esto, a pesar del suplicio de tus hermanas y el temor a la muerte que te amenazaba. Por tanto, nos vemos forzados a aplicar las sanciones con rigor. Pero queremos ser indulgentes contigo todavía. Puedes escapar al castigo y a la muerte. Basta con que adores a nuestros dioses como tales. ¿Qué dices? ¿Te sometes a los decretos de los emperadores y cesares? ¿Estás dispuesta hoy a comer carne inmolada y sacrificar a los dioses?

Irene: En modo alguno. No, no estoy dispuesta a

hacerlo, por la gracia de Dios todopoderoso, que ha creado el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene. El castigo temible del fuego eterno está reservado a aquellos que violan la palabra de Dios.

Gobernador: ¿Quién te ha obligado a conservar hasta hoy esos escritos y esos libros?

Irene: El Dios todopoderoso, que nos ha dicho que hemos de amarle hasta la muerte. Por eso no nos hemos atrevido a traicionarle. Y preferimos morir quemados vivos o sufrir cualquier otro castigo antes que entregar las Escrituras.

Gobernador: ¿Quién de tu casa sabía que guardabas esos escritos?

Irene: Nadie, sino sólo Dios todopoderoso, que lo sabe todo. Nadie más lo sabía fuera de Él. Nosotros consideramos a nuestros prójimos como enemigos por miedo a ser denunciados y nunca lo dijimos a nadie.

Gobernador: El año pasado, cuando fue publicado ese edicto tan importante, ¿dónde estabais escondidos?

Irene: Donde Dios quería. En las montañas, en el campo; sólo Dios sabe.

Gobernador: ¿En casa de quién vivíais?

Irene: Al aire libre; ya en unas montañas, ya en otras.

Gobernador: ¿Quién os daba pan?

Irene: Dios, que lo da todo.

Gobernador: ¿Tu padre es cómplice?

Irene: No, por Dios todopoderoso, no es cómplice. Lo ignoraba todo.

Gobernador: ¿Quién lo sabía de entre los vecinos?

Irene: Interrógales, recorre el país y pregunta quién sabía dónde está nuestro escondite.

Gobernador: Según has dicho, después de volver de

la montaña, ¿leíais esos escritos en presencia de alguien?

Irene: Los libros estaban en mi casa, y no me atreví a tirarlos. Ya era bastante tribulación no poder estudiarlos día y noche como lo habíamos hecho hasta que en el último año tuvimos que esconderlos.

Gobernador: Tus hermanas, que desobedecieron al decreto y se negaron a obedecer, han perecido en la hoguera. Pero tú, culpable, antes de huir, te condeno a muerte por haber escondido esos escritos y esos pergaminos, pero no inmediatamente como tus hermanas. Primero te entregaré a los guardias y al verdugo Zósimo. Ordeno que seas expuesta desnuda en una casa pública. Recibirás del palacio un pan al día y los guardias no te permitirán salir.

Los guardias y el verdugo Zósimo habían entrado. El gobernador les dijo: «Si la policía me dice que esta mujer ha abandonado un sólo instante el lugar indicado, perdéis la cabeza. En cuanto a los escritos encontrados en los cofres y las arcas de Irene, que los quemen en la plaza pública.»

Como lo había ordenado el gobernador, Irene fue conducida por los guardias a una casa de prostitución. Pero el Espíritu Santo, con su gracia, velaba sobre la mártir, la protegía y conservaba pura para Dios, el Soberano del universo. Nadie se atrevió a acercarse a ella, ni siquiera se permitió el menor gesto <[ue hubiera herido su pudor.

Cuando el gobernador la hizo comparecer de nuevo, a la santísima Irene la dijo: «¿Persistes en tu locura?»

Irene: No en mi locura, sino en mi piedad.

Gobernador: En tus primeras respuestas ya manifestaste tu intención de no obedecer a los emperadores.

Ahora veo que persistes en lo mismo. Por tanto, sufrirás la pena merecida.

Pidió una tableta, y escribió en ella la sentencia: ¡(Visto que Irene se niega a someterse a los edictos imperiales y a sacrificar; visto que persevera en la religión cristiana; por estos motivos ordenamos que sea quemada viva como sus dos hermanas.»

En cuanto el gobernador hubo pronunciado la sentencia, los soldados condujeron a Irene al mismo lugar en donde sus hermanas habían sufrido antes el martirio. Encendieron una gran hoguera y ordenaron a la víctima que subiera sobre el montón de haces de leña. La santa se lanzó al fuego cantando y alabando a Dios. Fue así como murió.

Fue en el noveno consulado de Diocleciano Augusto, el octavo de Maximiano Augusto, en las calendas de abril, bajo el reinado eterno de Jesucristo, nuestro Señor.

Con Él gloria al Padre, así como al Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Amén.

A Ñ O 304, EN S I R M I O

IRENEO DE SIRMIO

Durante la persecución de los emperadores Diocleciano y Maximiano, los cristianos fueron sometidos a múltiples pruebas. Pero, fieles a Dios, padecían los suplicios que les aplicaban los tiranos y conquistaban de este modo las recompensas eternas.

Este fue el caso del siervo de Dios Ireneo, obispo de Sirmio, cuya lucha voy a contar, así como su victoria.

Era digno del nombre que llevaba ¹⁷ por su temperamento singularmente modesto y su temor de Dios, lo que era lo que inspiraba toda su conducta.

Fue entonces apresado y conducido ante Probo, Gobernador de Panonia.

Gobernador: Obedece las leyes y sacrifica a los dioses.

Ireneo: Aquel que sacrifica a los dioses en lugar de sacrificar al solo Dios será rechazado.

¹⁷ Ireneo significa pacífico.

Gobernador: Los príncipes, muy clementes, dejan libre la elección: o sacrificar o morir en la tortura.

Ireneo: Tengo ordenado aceptar las torturas antes que renegar de Dios y sacrificar a los demonios.

Gobernador: Sacrifica o haré que te torturen.

Ireneo: Si lo haces, sólo podré alegrarme, pues de esta manera participaré en la pasión de mi Salvador.

El gobernador le hizo torturar. Mientras le infringían suplicios de violencia inusitada, Probo le preguntó: «Bien, Ireneo, ¿qué tienes que decir? Sacrifica.»

Ireneo: Yo sacrifico, proclamando decididamente mi fe en este Dios que es el mío; siempre le he rendido sacrificios.

En el entretanto llegó su familia. Al verle en la tortura, le rogaron que cediera. Sus hijitos se le habían agarrado a los pies y suplicábanle: «Padre, ten piedad de ti y de nosotros»¹⁸. Las mujeres, llorando, le suplicaban que atendiera a su belleza y a su juventud.

Sus padres, desolados por tantos sufrimientos, sollozaban; los de su casa gemían; sus vecinos lanzaban gritos desgarradores; sus amigos se lamentaban. Y todo el mundo le decía con grandes gritos: «Ten piedad de tu juventud.»

Pero él, como acabamos de decir, estaba devorado por una pasión más noble. Tenía puestos sus ojos en las palabras del Maestro: «Aquel que me reniegue ante los hombres, Yo le renegaré a mi vez ante mi Padre, que está en los cielos.» Por eso Ireneo, en medio de aquel bullicio, conservaba el silencio.

¹⁸ El celibato eclesiástico no estaba todavía en vigor, ni siquiera para el episcopado.

Tenía prisa por realizar la esperanza de la elección divina.

Probo le preguntó: «¿Qué dices a todo esto? ¡Vamos! Déjate convencer por las lágrimas de tantos seres queridos; renuncia a tu locura. Piensa en tu juventud. Sacrifica.»

Ireneo respondió: «Pienso en mi eternidad; por eso no sacrifico.»

Probo hizo que le llevaran de nuevo a la cárcel. Allí permaneció encerrado mucho tiempo y sometido a tribulaciones y pruebas de toda clase.

Otra vez, a medianoche, el gobernador Probo le hizo comparecer de nuevo.

Gobernador: Esta vez sacrifica, Ireneo; ahórrate nuevos suplicios.

Ireneo: Cumple con las órdenes que has recibido y no esperes que yo ceda.

Probo se irritó y le hizo flagelar.

Ireneo: He aprendido a honrar a mi Dios desde mi más tierna infancia. Adoro a Aquel que me sostiene en todas mis pruebas. A Él solo sacrifico. Pero no

Miedo adorar a los dioses fabricados por manos de hombre.

Gobernador: Ahórrate, por lo menos, el morir; los tormentos que has soportado son bastante crueles ya.

Ireneo: Ya me ahorro la muerte, obteniendo de Dios la vida eterna, a cambio de los tormentos que piensa hacerme padecer y que ni siquiera siento en mi carne.

Gobernador: ¿No tienes mujer?

Ireneo: No.

Gobernador: ¿Hijos?

Ireneo: No.

Gobernador: ¿Padres?

Ireneo: No.

Gobernador: ¿Quiénes eran esas gentes que lloraban en la última audiencia?

Ireneo: Escucha las palabras del Señor, Jesucristo: «Aquel que ama a su padre, a su madre, a sus hijos, a sus hermanos o parientes más que a Mí, no es digno de Mí.»

Por esta razón, Ireneo, con la mirada fija en el cielo, sólo cedía ante las promesas divinas. Poco le importaba todo lo demás. Por tanto, podía afirmar que no tenía otros parientes que Dios.

Gobernador: Al menos sacrifica por tus pequeños.

Ireneo: Mis hijos tienen el mismo Dios que yo. Ese Dios puede salvarlos. En cuanto a mí, cumple con tu obligación.

Gobernador: Reflexiona, eres un hombre joven. Sacrifica para escapar a los suplicios.

Ireneo: Haz lo que mejor te parezca. Ya verás qué paciencia me concede mi Señor Jesucristo para triunfar sobre tus maniobras.

Gobernador: Voy a pronunciar la sentencia condenatoria.

Ireneo: Te lo agradeceré.

Probo publicó su decisión: «Visto que Ireneo ha desobedecido las órdenes de nuestros príncipes, será arrojado al río. Esta es mi orden.»

Ireneo respondió: «Esperaba ver cómo multiplicabas las torturas que tus amenazas multiplicaban a placer. A fin de cuentas, esperaba morir decapitado. He aquí que no haces nada de esto. Te suplico que lo hagas, para que veas cómo los cristianos, que pusieron toda su fe en Dios, saben despreciar la muerte.»

Exasperado por la seguridad del mártir, Probo decidió que sería decapitado.

Y entonces el santo mártir de Dios, como si acabara de recibir una nueva corona, dio gracias, diciendo:

«Te doy gracias, Señor Jesucristo, por haberme dado paciencia en las tribulaciones y tormentos, y por haberme juzgado digno de compartir la gloria eterna.»

Cuando llegaron al puente de Basentis, se quitó sus vestidos, elevó las manos al cielo y oró diciendo:

«Señor Jesucristo, te dignaste sufrir por la salvación del mundo. Abre tus cielos para que los ángeles puedan recibir el alma de tu siervo Ireneo, que padece estos tormentos por tu nombre y por el pueblo que crece en la Iglesia católica de Sirmio. Ruego e imploro tu misericordia para que te dignes acogerme y confirmar a los otros en la fe.»

Fue en este momento cuando la espada le hirió, y los verdugos le echaron al Save.

El servidor de Dios, San Ireneo, fue martirizado el 5 de los idus de abril, bajo el emperador Diocleciano, y el gobernador Probo, bajo el reinado de Jesucristo, nuestro Señor. A El la gloria en los siglos. Amén.

AÑO 304, EN CIBALIS DE PANONIA

POLLIÓN Y VARIOS MÁRTIRES

Diocleciano y Maximiano habían ordenado, cuando comenzó la persecución, que todos los cristianos fueran puestos ante la alternativa: muerte o apostasía. Cuando el edicto hubo llegado a Sirmio, comenzó Probo, el gobernador, a ponerlo en vigor, comenzando por los clérigos. Hizo apresar y matar a Montan, el sacerdote de la Iglesia de Singiduno, que vivió largo tiempo en la práctica de las virtudes cristianas.

Por medio de una sentencia semejante, el obispo de Sirmio, Ireneo, que defendió generosamente la fe y protegió al pueblo que le había sido confiado, mereció la gloria de los mártires. Ireneo había rechazado con desprecio el culto de los ídolos y los edictos imperiales ; fue cruelmente torturado. Su muerte en el tiempo le introducía en la vida eterna ¹⁹.

No contento con estos castigos crueles, el goberna-

dor organizó una batida por las ciudades vecinas. Tomó como pretexto deberes de su cargo para ir a Cibalis, la ciudad natal del muy cristiano emperador Valentiniano. En una persecución precedente, el obispo de esta ciudad, Eusebio, muriendo por la gloria de Dios, había triunfado de la muerte y sobre el diablo.

El mismo día que llegó el gobernador, el primero de los lectores, Pollión, por la misericordiosa providencia de Dios, había sido apresado y entregado a la justicia. Pollión era muy conocido por la generosidad de su fe. Fue denunciado por haber blasfemado contra los dioses y los emperadores.

Probo: ¿Cómo te llamas?

Pollión: Pollión.

Probo: ¿Eres cristiano?

Pollión: Sí.

Probo: ¿Qué eres?

Pollión: El primero de los lectores.

Probo: ¿Qué lectores?

Pollión: Aquellos que acostumbran leer al pueblo las palabras divinas.

Probo: ¿De aquellos que inspiran al espíritu ligero y caprichoso de las mujeres horror al matrimonio y amor a una castidad inútil?

Pollión: Ya podrás saber hoy si somos vanos y ligeros.

Probo: ¿Cómo puede ser esto?

Pollión: Son vanos y ligeros los que traicionan al Creador para aceptar vuestras supersticiones. Pero aquellos que, a pesar de las tribulaciones, se dedican a seguir los mandamientos del Rey eterno, demuestran su fe y su constancia. Ni siquiera los edictos de los

emperadores ni los tormentos les impiden obedecer a Dios.

Probo: ¿Qué mandamientos? ¿Qué Rey eterno?

Pollión: Los piadosos y santos mandamientos de Cristo.

Probo: ¿Cuáles son?

Pollión: Helos aquí: Hay un solo Dios en el cielo, en donde hace rugir su trueno; ni la madera ni la piedra pueden ser dioses; las faltas deben ser expiadas y corregidas; es necesario perseverar en la inocencia; las vírgenes deben alcanzar la perfección de su estado, los esposos deben procrear castamente; los señores gobernar a sus esclavos más con bondad que con rigor, recordando que la condición humana es común a todos; los esclavos deben cumplir su trabajo más por amor que por temor; es necesario obedecer las justas voluntades de los reyes y seguir a los poderosos cuando nos conducen al bien; se debe respeto a los padres, afecto a los amigos, perdón a los enemigos, consideración a los conciudadanos, humanidad para con los invitados, misericordia para con los pobres, caridad a todos, mal a nadie; es necesario saber soportar la injuria y no cometerla jamás, abandonar los bienes propios y no desear los de otro; en fin, aquel que por su fe haya despreciado la muerte pasajera, que es la que vosotros podéis imponernos, vivirá eternamente. Si no te agradan estas normas, sólo puedes irritarte contra tu propio juicio.

Probo: ¿Y de qué sirve al hombre perder, al morir, no sólo la alegría de la luz, sino todos los placeres del cuerpo?

Pollión: La luz eterna es más hermosa que todas las luminosidades pasajeras, y los bienes que perma-

necen más suaves que los efímeros. No es de sabios preferir lo que pasa a lo que no perece.

Probo: ¿Qué es lo que quiere decir todo eso? ¡Obedece las órdenes de los emperadores!

Pollión: ¿Qué órdenes?

Probo: La orden de rendir sacrificio.

Pollión: Cumple con tu deber. Yo no puedo obedecer, pues está escrito: Será rechazado quien sacrifique.

Probo: Si no haces sacrificios, perecerás decapitado.

Pollión: Cumple con tu obligación. En cuanto debo seguir con toda mi alma la doctrina de los obispos, de los sacerdotes, de todos los padres. Estoy dispuesto a soportar alegremente todos los castigos que tú me impongas.

Probo leyó la sentencia que condenaba a Pollión a ser quemado vivo.

Inmediatamente, los guardias se llevaron a Pollión hasta una milla de la ciudad. Allí, el mártir consumó su sacrificio alabando a Dios, que se dignaba llamarle al cielo, el día del aniversario del mártir obispo Eusebio. Celebramos con alegría la memoria de estos atletas y rogamos al Todopoderoso que nos haga participar en sus méritos.

Este martirio tuvo lugar el día 27 de abril, en Cibalis, bajo Diocleciano y Maximiano, pero bajo el reinado de Jesucristo, en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 304, EN CATANIA, SICILIA

EUPLO

Bajo el noveno consulado de Diocleciano y el octavo de Maximiano, la víspera de los idus de agosto, en Catania.

El diácono Euplo, encontrándose ante el velo que oculta la secretaría del tribunal, gritó: «Soy cristiano. Deseo morir por el nombre de Cristo.»

El gobernador escuchó estas palabras y dijo: «Que traigan aquí al que acaba de hablar de tal manera.»

Euplo fue llevado a la sala de la audiencia: llevaba en la mano el libro de los Evangelios.

Máximo, un amigo de Calviniano, dijo: «No es conveniente que este hombre conserve tales escritos. Lo prohíbe el decreto imperial.»

El gobernador Calviniano dijo a Euplo: «¿De dónde has sacado esos libros? ¿De tu casa?»

Euplo: No tengo casa. Mi señor Jesucristo lo sabe.

Gobernador: ¿Eres tú quien ha traído esos libros hasta aquí?

Eupla: Ya viste que los llevaba cuando entré.

Gobernador: Léenos algo de ellos.

Euplo: Bienaventurados los que sufren por amor a la justicia, pues de ellos será el reino de los cielos. Y aquí: Si alguno quiere ser mi discípulo, que coja su cruz y que me siga.

Cuando Calviniano hubo oído esos textos y algunos otros del mismo tipo, preguntó: «¿Qué es lo que eso quiere decir?»

Euplo: Es la ley de mi Señor, tal como me ha sido dada.

Gobernador: ¿Por quién?

Euplo: Por Jesucristo, Hijo de Dios vivo.

El gobernador le interrumpió y dijo: «Su confesión es formal. Que se le interrogue mientras le torturan y que le entreguen a manos de los verdugos.»

Euplo fue entregado a los verdugos; el segundo interrogatorio comenzó mientras le torturaban.

Sucedió bajo el noveno consulado de Diocleciano y el octavo de Maximiano, la víspera de los idus de agosto.

El gobernador Calviniano dijo a Euplo, a quien torturaban: «¿Mantienes la confesión que acabas de hacer?»

Euplo se signó la frente con la mano que le había quedado libre y respondió: «Lo que confesé, confieso de nuevo: soy cristiano y leo las Sagradas Escrituras.»

Gobernador: ¿Por qué has conservado esos escritos? Los emperadores lo habían prohibido. ¡Debiste entregarlos a la justicia!

Euplo: Porque soy cristiano; no me está permitido entregarlos. Antes morir que entregarlos. Contienen

la vida eterna. Aquel que los entrega, pierde su vida eterna. Para no perderla, doy mi vida.

En medio de las torturas, Euplo decía: «Te doy gracias, Cristo; consérvame para que sufra por ti.»

Gobernador: Euplo, renuncia a tu locura. Adora a los dioses y tendrás libertad.

Euplo: Adoro a Cristo. Detesto a los demonios. Haz lo que quieras. Soy cristiano. Hace tiempo que deseo estos tormentos. Haz lo que quieras. Aumenta mis torturas. Soy cristiano.

Cuando ya hacía tiempo que las torturas duraban, se ordenó que cesaran.

Gobernador: ¡Desgraciado! ¡Adora a los dioses! Honra a Marte, a Apolo, a Esculapio.

Euplo: Adoro al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Adoro a la Santa Trinidad; no hay Dios sino en ella. Que perezcan los ídolos que no crearon ni el cielo, ni la tierra, pero que la habitan. Soy cristiano.

Gobernador: Sacrifica, si quieres salvar la vida.

Euplo: Sacrifico, sí. Pero yo mismo me ofrezco como sacrificio a Cristo Dios. Nada más tengo para sacrificarle. Tus esfuerzos son vanos. Soy cristiano.

Calviniano ordenó que comenzaran de nuevo las torturas, todavía más crueles que la primera vez.

En medio de los tormentos, Euplo decía: «Te doy gracias, Jesucristo, ven en mi ayuda, ¡oh Cristo! Sufró por ti, Cristo.»

Y repetía estas invocaciones. Cuando se agotaron sus fuerzas y se quedó sin voz, sus labios desfallecientes seguían musitando esas invocaciones y otras semejantes.

Entonces Calviniano se retiró para dictar la sentencia. Volvió inmediatamente con una tableta y leyó: «Visto que el cristiano Euplo ha despreciado los edictos

de los emperadores y blasfemado contra los dioses y se ha negado a arrepentirse, ordeno que le sea cortada la cabeza con una espada. Que se cumpla en él la sentencia.»

Colgaron a su cuello el evangelio que llevaba cuando fue apresado. Delante de él iba un heraldo proclamando: «Euplo, cristiano, enemigo de los dioses y de los emperadores.»

Euplo, lleno de alegría, repetía sin cesar: «Gracias a Cristo Dios.»

Apresuraba su paso, como si fuera a su coronación. Llegado al lugar del suplicio, se puso de rodillas y oró largamente, y de nuevo dio gracias a Dios. Después ofreció su cabeza al verdugo y fue decapitado.

Más tarde fueron hasta allí cristianos para recoger su cuerpo. Le embalsamaron y enterraron.

AÑO 304, EN HERACLE, TRACIA

FELIPE DE HERACLE A

El bienaventurado Felipe se distinguió en los cargos de la Iglesia, primero en su calidad de diácono, después como sacerdote. Su fidelidad a sus deberes le valió la alabanza de los hombres, y su virtud, la alegría de una conciencia pura; la rectitud de su vida le puso al abrigo de todo reproche. Hasta el punto de que con el consentimiento unánime de todos fue elevado a la dignidad episcopal. Nadie se sorprendió: a lo sumo se extrañaban de que llegara tan tarde a esa dignidad. Ilustró maravillosamente con su vida la palabra del Señor: Quien aspira al episcopado, aspira a una noble tarea, como dice el apóstol Pablo en su epístola.

Confirmaba en la fe a sus discípulos el sacerdote Severo y el diácono Mermes con frecuentes conversaciones. Y tuvo la alegría de verles compartir, no sólo sus sentimientos, sino también la gloria de su pasión. De la misma manera que los dos le asistieron en la

celebración del glorioso misterio, así se convirtieron en los compañeros de su martirio.

La persecución era amenazante, pero el corazón del obispo no se turbaba. Muchos fueron los cristianos que le aconsejaron abandonar la ciudad; se negó a ello, enseñándoles a desear los suplicios antes que temerlos. Decía: «Que se cumpla la voluntad de Dios.» No abandonaba su iglesia, pero aconsejaba paciencia a los fieles: «Hermanos, decía, están cercanos los tiempos anunciados por los profetas, como nos lo enseña nuestra fe. El diablo, en su rabia, nos amenaza; su poder durará poco tiempo; llega, no para perder a los servidores de Cristo, sino para probarles. El día de la Epifanía ²⁰ está cercano. Es una advertencia para que nos preparemos para la gloria. Que no os asusten ni las amenazas ni los tormentos de los impíos, pues Cristo da a sus soldados paciencia en los sufrimientos y la recompensa por los suplicios padecidos. Tengo la convicción de que son vanos todos los esfuerzos de nuestros enemigos.»

El bienaventurado Felipe estaba todavía hablando cuando llegó Aristemaco, jefe de policía. Iba a cerrar, por orden del gobernador, la iglesia de los cristianos y sellar sus puertas. El bienaventurado Felipe le dijo: «Qué ingenuos son los hombres que imaginan que el Dios todopoderoso habita entre muros de piedra antes que en el corazón de *los* hombres. ¿Ignoras las palabras de Isaías:

El cielo es mi trono,
la tierra mi escabel.
¿Qué casa podríais construirme?

Al día siguiente, el agente de la policía fue para hacer el inventario de todo el mobiliario de la iglesia y selló antes de irse. Felipe, así como Severo y Hermes y los demás, se preguntaban ansiosamente sobre la actitud que debían adoptar. Felipe se mantenía apoyado en la puerta de la iglesia y no permitía que nadie se alejara del puesto que le había sido asignado. Pensaba con inquietud en los días venideros.

Algún tiempo después, los hermanos están reunidos en Heraclea para celebrar el día del Señor. El presidente Baso fue al encuentro de Felipe, que está de pie, rodeado de sus fieles, a la puerta de la iglesia. Baso quiso juzgarles por estar reunidos.

Se dirigió a Felipe y a sus fieles: «¿Quién de entre vosotros es la cabeza de los cristianos y el doctor de su iglesia?»

Felipe respondió: «Es a mí a quien buscas.»

Baso dijo: «Conoces la ley del Emperador que prohíbe toda reunión a los cristianos; quiere que en todo el universo los hombres de esa secta se conviertan a la religión de los ídolos o mueran. Todos los vasos que poseáis, ya sean de oro o de plata, cualquiera que sea su materia o su valor artístico, así como las Escrituras que leéis o que explicáis, quedan sometidas al control de nuestra jurisdicción. Si no lo hacéis por las buenas, lo haréis por la tortura.»

Felipe le respondió: «Si te place hacernos sufrir, has de saber que nuestras almas están dispuestas. Toma este cuerpo débil sobre el que puedes ejercer tu poder y desgárrale a tu gusto. Pero no imagines tener poder sobre nuestra alma. Puedes coger los vasos que buscas, no estamos unidos a ellos en demasía. No ser-

vimos a Dios con metal precioso, sino con el temor do Dios. Cristo gusta más de la belleza del corazón que de la decoración de nuestras iglesias. En lo que se refiere a las Escrituras, ni tú puedes recibirlas, ni yo puedo entregártelas.»

El presidente llamó a los verdugos. Mucapor entró. Era una especie de bruto. Baso hizo que se acercara el sacerdote Severo; no le encontraron en seguida y Felipe fue el primer torturado. El suplicio se prolongaba más allá de toda medida; el bienaventurado Hermes dijo entonces al juez: «Juez implacable, aunque te entregásemos todos nuestros Libros Santos, y aunque no quedara rastro escrito en el universo de la verdadera tradición, nuestros hijos permanecerían fieles a la memoria de sus padres como a la voz de su propia alma; no tardarían en hacer redactar nuevos volúmenes, en mayor número, y enseñarían con más ardor el temor de Cristo.»

Mermes fue golpeado con las vergas durante mucho tiempo; después entró en el lugar en donde estaban escondidos los vasos sagrados y las Santas Escrituras. Fue seguido hasta allí por Publio, el asesor del presidente; era éste un hombre rapaz y ladrón. No tardó en comenzar a ocultar algunos de los vasos, que figuraban en el inventario. Kermes quiso impedirlo; en mala liora se lo dijo, el otro golpeó su rostro hasta el punto •le manar abundante sangre. Cuando Baso fue informado, hizo que Hermes se presentara ante él, y al verle el rostro ensangrentado, se enfadó contra Publio e hizo que curaran a la víctima. Los vasos y todas las Escrituras fueron entregados, por orden del presidente, en manos de un ujier. Después el presidente hizo que Felipe y los demás fueran conducidos al foro, bfljo una buena guardia, con el fin de ofrecer un es-

pectáculo a la muchedumbre e inspirar terror a los cristianos.

Mientras el pueblo se dirigía al foro, el presidente encargó a los soldados que llevaran allí las Escrituras; y él mismo, con gran prisa, volvió al palacio deseoso de acabar con todos los adeptos a la Iglesia. Comenzaron a demoler, en el lugar del culto, hasta las vigas mismas del techo. Se animaba con golpes de látigo a los que estaban encargados de tal tarea, por miedo de que no pusieran mucha premura en destruirlo. De aquí se derivó desorden y confusión. Encendieron en el foro una hoguera en presencia de los ciudadanos y de los extranjeros de la ciudad y echaron a las llamas las Sagradas Escrituras. Las llamas se elevaron hacia el cielo de forma tan amenazadora, que los espectadores comenzaron a huir, presa del temor. Sin embargo, algunos permanecieron en el foro, que sirve de mercado a la ciudad: rodeaban al bienaventurado Felipe.

Cuando las últimas noticias llegaron hasta ellos, el santo tomó la palabra y dijo: «Los que habitáis Heraclea, judíos y paganos, o cualquiera que sea vuestra religión, sabed que están cerca los últimos tiempos, según las palabras del Apóstol: He aquí que del cielo viene toda la cólera de Dios contra toda la impiedad y la injusticia de los hombres. También pesó otra vez sobre Sodoma la cólera de Dios, a causa de los crímenes de sus habitantes. Si queréis escapar al juicio de Sodoma, huid del culto de las piedras y salvas. De esta forma, también el Oriente, en Sodoma, el fuego fue símbolo del juicio y de la cólera del cielo. Pero estos fenómenos no se manifiestan sólo en Oriente: en Sicilia, en Italia, también se han visto prodigios análogos. Pero el santo hombre Lot fue arre-

batado, junto con sus hijas, por los ángeles de la ciudad de Sodoma, porque estaba libre de todo reproche y porque los crímenes de sus conciudadanos sólo le inspiraban terror.

También en Sicilia el cráter divino vertió una gran cantidad de agua, y una llama vengadora descendió del cielo para castigar a los pecadores. Todo lo Jonsumió el fuego, a excepción de dos jóvenes vírgenes que escaparon del peligro. El terror universal no les liizo perder la cabeza: llevaron en sus brazos :i u padre, imposibilitado por la edad y la enfermedad. Pero el dulce peso de su breve cuerpo les detenía en su ayuda; un círculo de llamas les envolvió por todas partes; las muchachas se dieron cuenta de que no les quedaba esperanza alguna. Pero Cristo Todopoderoso no quiso aniquilar tal piedad filial. Por medio del socorro sensible de su majestad soberana, devolvió el padre a los hijos y los hijos al padre. De aquí pole IDOS sacar la consecuencia de que no es Dios quien faltará en las horas de aquel incendio, sino la virtud a las desgraciadas víctimas. Un camino libre y seguro se abrió a las vírgenes, y por allí hacia donde dirigían sus pasos la llama iba abriendo el camino ante ellas. Kl incendio apagaba su aliento de fuego; suave y itariciador como el céfiro, embellecía y daba nuevo vigor de vida a los lugares por los que las vírgenes iilravesaban.

Su santidad y la fuerza de su piedad filial eran tales, que el fuego respetaba no sólo a sus personas, «¡tío también los lugares recorridos por ellas. Ese lunar que el fuego había respetado se llamó desde entonces La Piedad; ha conservado tal nombre hasta nuestros días, para transmitir en su nombre el prodigio. No hay duda que aquel fuego era fuego divino,

que juzga y ve en lo profundo de todas nuestras acciones y viene del cielo a la tierra para quemar todo lo que es inútil. Purifica al justo y castiga al impío. Para los buenos no es llama, sino luz.»

Durante este largo discurso, Hermes vio al sacerdote Cataíronio y a sus ministros que llevaban a los ídolos alimentos sacrílegos. Lo hizo observar a los fieles que le rodeaban: «Ese festín que veis es una invocación del diablo; lo hacen para mancharnos.» Felipe le dijo: «Que se cumpla la voluntad de Dios.»

En aquel mismo momento llegó el presidente Baso, escoltado por una muchedumbre de hombres y mujeres de todas las edades. Unos se apiadaban, otros se dejaban llevar por la cólera; los judíos son los más violentos. El juicio de la Escritura sigue siendo verdadero, y de ellos profetizó el Espíritu Santo diciendo: «Ofrecieron sus sacrificios a los demonios, no a Dios.»

El presidente comenzó el interrogatorio. Dijo a Felipe: «Sacrifica a los dioses.»

Felipe le respondió: «¿Cómo podré, siendo cristiano, adorar a unas piedras?»

Presidente: Tú no puedes negar a nuestros señores el tributo de un sacrificio.

Felipe: Hemos aprendido a obedecer a los príncipes, a ofrecer nuestros homenajes a los emperadores, pero no a rendirles culto.

Presidente: Tú no te negarás a sacrificar ante la diosa Fortuna de esta ciudad. Mira qué hermosa y sonriente es su estatua; con qué benignidad acoge los homenajes de todo el pueblo.

Felipe: Ya veo que te agrada, puesto que la hon-

ras; pero el arte de los hombres no puede arrebatarse el culto que se debe al Señor del cielo.

Presidente: Déjate tocar por la estatua de Hércules, que es tan hermosa.

Felipe: ¡Desgraciado, me haces llorar con tus palabras! ¿Es posible que ignores hasta este punto la santidad adorable de Dios? ¡Desafortunados, reducís el cielo a las proporciones de la tierra, ignoráis la verdad hasta el punto de fabricar con vuestras manos los objetos de vuestro culto! ¿Qué es el oro, la plata, el bronce, el hierro o el plomo? ¿No son sacados de la tierra, que les nutre y les constituye? Ignoráis la divinidad de Cristo, que ninguna inteligencia humana puede medir ni comprender. ¿Os atrevéis a reconocer y aceptar ciertos deberes para con esos ídolos fabricados por un obrero cansado o ebrio? Si el azar quiere que llegue a fabricar una estatua más hermosa, inmediatamente le atribuí un nuevo poder, la revestís de divinidad.

Convenid en que vuestras casas y vuestros palacios son antros de pecado incesante. Cuando quemáis madera para vuestras necesidades domésticas, quemáis la materia de vuestro dios. ¿Qué excusa tenéis para semejante crimen? Decís, y es verdad: esa madera no es dios. Pero yo os respondo: Hubiera podido serlo si el obrero la hubiera tallado según vuestra imagen de los dioses. ¿No veis en qué tinieblas estáis hundidos? ¿Porque es hermoso el mármol de Paros, será mejor el Neptuno esculpido en él? Poseéis un hermoso marfil, ¿será más hermoso el Júpiter esculpido en él.

Es verdad que los obreros han encontrado un medio excelente para multiplicar el valor del metal empleado; pero no en provecho del dios, sino en provecho propio. Todo eso no es más que tierra, que es

necesario pisotear y no adorar. Dios, según nuestro parecer, ha creado el cielo para nuestra alegría y gozo; en cuanto a vosotros, parece que sólo está hecha para proporcionaros materia con la que fabricar dioses.

Baso quedó asombrado de la grandeza de alma de Felipe; vencido por él, se dirigió a Kermes: «Tú, al menos, sacrifica a los dioses.»

Hermes: No sacrifico, soy cristiano.

Baso: ¿Cuál es tu rango en la ciudad?

Hermes: Soy decurión; he aquí a mi señor, al que obedezco en todo.

Baso: Si llevo a Felipe ante el altar del dios para que sacrifique, ¿le imitarás?

Hermes: No, en absoluto; no le seguiré si apostatará, aunque tú no conseguirías acabar con su constancia. Tenemos un mismo espíritu y un mismo coraje.

Baso: Tú serás quemado si te obstinas en esta loca resistencia.

Hermes: Las llamas con las que me amenazas son impotentes; tú desconoces las llamas eternas, que consumen con interminables sufrimientos a los discípulos del demonio.

Baso: Sacrifica, al menos, a nuestros reyes, los emperadores, diciendo: «Vida y poder a nuestros príncipes.»

Hermes: También nosotros aspiramos a vivir.

Baso: Sacrifica si aspiras a vivir; libraos de esas pesadas cadenas, de estos crueles tormentos.

Hermes: ¡Jamás, juez inicuo, nos harás apostatar! Tus amenazas, lejos de ablandarnos, endurecen nuestra resistencia.

Baso se irritó ante estas palabras; y, forzando la

voz, ordenó que los llevaran de nuevo a la cárcel. A lo largo del camino, seres abyectos empujaron a Felipe para hacerle caer por tierra. Y todo el camino el sufrimiento fue el compañero del obispo santo. Pero se volvía a levantar con el rostro sereno, no testimoniando ni indignación ni resentimiento. Lo cual asombró el corazón de todos; todos admiraban aquella serenidad con la que el anciano sufría todas esas ofensas. A pesar de todo, los mártires llegaron a su cárcel cantando salmos como una alegre acción de gracias al Señor, que les había concedido fortaleza. Unos días más tarde abandonaron la cárcel para ir a casa de un tal Pancracio; bajo la vigilancia de los soldados del gobernador, debían ser tratados allí con toda la consideración que impone la hospitalidad. Durante su estancia allí, acudían hermanos de todas partes; los confesores les acogieron con agrado y les enseñaban los misterios sagrados de la ley divina. Furioso por esta afluencia de gente, en la que perdía a todos sus subditos, el diablo obtuvo, a fuerza de delaciones y de calumnias, que fueran llevados de nuevo a la cárcel. Pero ésta estaba cerca del teatro, de tal manera que se había podido construir un pasadizo secreto. De esta manera, los prisioneros podían penetrar en el recinto reservado a los espectáculos y recibir allí a la muchedumbre que acudía a verlos. Quienes iban a visitarlos tenían tales deseos de encontrarse con ellos, que ni siquiera la noche detenía su fervor. Besaban las huellas de Felipe como el rastro de la gracia de Dios.

En el entretanto, Baso acabó su año de presidente, y recibió a su sucesor en la persona de Justino. Era éste un corazón perverso, incapaz de conocer a Dios,

demasiado endurecido para temerle. Este cambio tuvo repercusiones para nuestros hermanos, pues mientras Baso había tenido con ellos ciertas consideraciones, era razonable, y hacía algún tiempo que su mujer se había convertido.

Zoilo, el magistrado de la ciudad, rodeado de soldados, en medio de una gran concurrencia de ciudadanos, llevó a Felipe ante Justino. El nuevo presidente dijo a Felipe: «¿Eres tú el obispo de los cristianos?»

Felipe: Lo soy, no puedo negarlo.

Justino: Los emperadores, nuestros señores, se han dignado ordenar que los cristianos deben hacer sacrificios. Si se niegan, debemos obligarles, y contra su obstinación, el castigo. Apíadate de tu vejez y no la espongas a tormentos que apenas la juventud podría soportar.

Felipe: Hombres, vuestros semejantes, hacen leyes, y tú las acatas; las acatas por temor a un sufrimiento pasajero. Por eso mismo, nosotros debemos obedecer las órdenes de nuestro Dios, que castiga a los culpables con castigos eternos.

Justino: Es justo obedecer a los emperadores.

Felipe: Soy cristiano, no puedo hacer lo que me ordenas. Puedes castigarme, pero no obligarme.

Justino: Ignoras los tormentos que te esperan.

Felipe: Puedes atormentarme, pero no vencerme. Nadie me obligará a hacer sacrificios.

Justino: Haré que te aten por los pies y te arrastren por la ciudad. Si sobrevives, esperarás en la cárcel nuevos suplicios.

Felipe: Quiera Dios que tus palabras se cumplan y que ejecutes tu voluntad impía.

Y entonces Justino le hizo atar por los pies y arras-

trar por toda la ciudad. Su cuerpo chocaba contra los guijarros del suelo con violencia; no pasó mucho tiempo sin que sus miembros estuvieran todos cubiertos de heridas. Manos fraternas le recogieron y le condujeron a la cárcel.

El sacerdote Severo, escondiéndose de las pesquisas, permanecía oculto. Pero, inspirado por el Espíritu Santo, se presentó por propia iniciativa. No podía sustraerse por más tiempo a la pasión que le esperaba. Cuando le hubieron llevado a la audiencia, Justino le dijo: «Te doy un consejo: no te dejes seducir por la extraña locura de la que ha sido víctima Felipe, vuestro doctor. Obedece a las órdenes de los emperadores. Ten piedad de tu cuerpo, ama la vida y aprovéchate de las alegrías que te ofrece el mundo.

Severo: Es necesario que permanezca fiel a las enseñanzas recibidas y conservar en mí hasta el fin los misterios celebrados.

Justino: Reflexiona: de un lado, el suplicio; de otro, la salvación; no te será difícil comprender las ventajas que lograrás sacrificando.

Severo con sólo oír la palabra sacrificio sintió náuseas, lleno de horror. El presidente ordenó que le llevaran a la cárcel.

Kermes fue llevado a comparecer a su vez. Justino le dijo: «Los que te precedieron han resistido a las órdenes del emperador; no tardarás en ver el castigo que les espera. Ahórrate tales tormentos, piensa en tu vida, en tus hijos, no te expongas a los castigos, sacrifica a los dioses.

Hermes: Jamás. He crecido en esa fe; desde mi cuna, el santo Maestro lia impreso en mi alma esa verdad: No puedo apartarme de este camino ni trai-

clonarle. Puedes arrancarme los miembros, presidente, según te plazca; pero yo daré testimonio de mi Dios.

Justino: Tu seguridad procede de que ignoras los tormentos que te esperan. Cuando seas sometido a la tortura, será ya demasiado tarde.

Hermes: Cualesquiera que sean tus castigos, Cristo, por quien sufrimos, los aligera con la mano de sus ángeles.

Ante resistencia tan obstinada, Justino condenó a Severo a cárcel. Pero dos días después suavizó la severidad de sus medidas y puso a los mártires en régimen de hospitalidad. Pero esto duró poco. Una nueva orden les condujo a la cárcel otra vez; durante siete largos meses les tuvieron en un calabozo infecto, hasta que Justino ordenó que fueran conducidos a Andrinópolis. Su partida entristeció a los hermanos profundamente, privados, en consecuencia, de las enseñanzas de tal maestro.

Llegados a Andrinópolis, los confesores fueron conducidos y custodiados en casa de un cierto Semporio, hasta que llegó el gobernador. Al día siguiente de su llegada erigió su tribunal en las termas ante una muchedumbre compacta, y ordenó que llevaran a Felipe.

Le dijo: «La deliberación ya dura mucho tiempo. ¿Cuál es, en fin, tu decisión? Te ha sido concedido ese plazo para que cambiaras de opinión. Sacrifica, por tanto, si quieres recobrar la libertad.»

Felipe: Si nuestra permanencia en la cárcel hubiera dependido de nuestra voluntad, en lugar de sernos impuesta, podrías hacernos valer como un favor el tiempo que nos ha sido concedido. Pero esa prisión

ha sido tan sólo un castigo; ¿con qué derecho llamas liberalidad el tiempo que nos has retenido en ella? Ya te lo he dicho: yo soy cristiano. Esta será mi única respuesta a todas tus preguntas. Jamás sacrificaré a los ídolos, sólo serviré, como en toda mi vida, al Dios eterno.

El gobernador mandó entonces que le despojaran de sus vestidos. Cuando le hubieron quitado su larga túnica de lino, el presidente le dijo: «¿Consientes en obedecer o te niegas todavía?»

Felipe respondió: «Jamás sacrificaré, ya lo he dicho bastantes veces.»

Ante esta respuesta, Justino hizo que le flagelaran. Felipe permaneció inquebrantable, hasta el punto de asombrar a los verdugos. Y fue entonces cuando se produjo un maravilloso prodigio: toda la parte anterior de su túnica permanecía intacta bajo los golpes, mientras que la otra se desgarraba. Los vergajos habían desgarrado profundamente sus miembros y las entrañas estaban al aire; el atleta de Cristo permanecía sereno. Justino quedó horrorizado ante tanto valor e hizo que condujeran al anciano de nuevo a la cárcel.

Después le tocó el turno a Kermes. El juez repitió sus amenazas; los oficiales, por su parte, procuraban razonar al mártir. Ni las amenazas ni la persuasión pudieron con él. Era amado de todo el mundo, y especialmente de los alguaciles del juez; Hermes había sido magistrado y se había hecho estimar de todos los oficiales del gobernador. Estos eligieron esta ocasión para testimoniarse su agradecimiento; temblaban por él. El mártir salió victorioso de este nuevo combate y entró en su calabozo inundado de alegría. Dieron gracias a Cristo y celebraron la derrota del

demonio. Esta primera lucha había exaltado su valor y multiplicado sus fuerzas. El bienaventurado Felipe, que hasta entonces había sido delicado y sensible, hasta el punto de no poder sufrir que le tocaran, protegido por los cuidados de los ángeles, no volvió a sentir dolor alguno.

Tres días después, Justino convocó de nuevo audiencia pública; hizo comparecer a los mártires, y dijo a Felipe: «¿De dónde procede esa tu temeridad que te lleva a despreciar la vida y a negarte a obedecer las órdenes del Emperador?»

Felipe: No es temeridad por mi parte, sino que adoro a Dios, que lo ha creado todo y que juzgará a los vivos y a los muertos; su amor y su temor me inspiran y no me atrevo a despreciar su ley. Durante largos años obedecí a los emperadores y les obedeceré si me ordenan lo que sea justo. La Escritura divina ordena dar a Dios lo que es de Dios y a César lo que es de César. Siempre lo cumplí hasta hoy. Pero ha llegado el momento de oponerse a las sollicitaciones del mundo, de ganar el cielo al precio de la tierra. Sólo puedo repetir que soy cristiano y que me niego a sacrificar a los dioses.

Justino dejó a Felipe para dirigirse a Hermes: «Si la vejez que está cercana a la muerte inspira a éste el desprecio de las alegrías de la tierra, tú, al menos, compra con el sacrificio a los dioses días más felices.»

Hermes: Voy a decirte en pocas palabras, pero claramente, a ti y a tus asesores lo que vale el culto despreciable que practicas. ¿Por qué la mentira persigue de tal manera a la verdad, el crimen a la inocencia; por qué el hombre ataca a su prójimo? ¿Hizo jamás Dios un ser semejante al hombre?

Pero el diablo se las ha ingeniado para profanar la obra del cielo. Ha inventado todos esos dioses a los que honráis, y con vuestros sacrificios os ha convertido en esclavos de su poder. Como los caballos que tascan el bocado con los dientes dejan de obedecer a las bridas y a la mano que los conducía, y, rasgando el freno que les quiere detener, van, con desprecio de la muerte, a lanzarse al precipicio; así, vosotros, de la misma manera, impulsados por vuestra locura, despreciáis la palabra de Dios para cumplir consejos criminales del demonio. Pero el cielo ha hablado: a los buenos, la gloria; a los malos, la vergüenza; a los unos, la recompensa; a los otros, el castigo. El profeta Zacarías ha dicho: «¡ Que el Señor te castigue, Satán! ¡Que te castigue quien destruyó Jerusalén!»

Esta madera medio quemada, ¿no es un tizón arrancado de las llamas? ¿Qué vano deseo os empuja a buscar refugio junto a lo ya ardido, que os dará la muerte? Quemad si lo deseáis; pero, al menos, dejadnos recorrer el rápido ciclo de esta vida terrestre, de manera que nos aseguremos los bienes de la luz eterna.

Con esta apariencia desagradable, con estos vestidos sucios, los cabellos desordenados, pretendéis honrar las tumbas y los templos de vuestros dioses; no se les honra de esa manera. Más bien parecéis llevar duelo por vuestros dioses y sufrir, antes del juicio, el castigo de vuestro pecado.

¿Cómo podéis permanecer ciegos? Vuestro liberador está aquí y no acudís a su socorro. Los perros, cuando olfatean, buscan a su señor; un silbido del caballero al que ha tirado sin saberlo, hace acudir ¡il caballo y salvar a su guía. Cuando ve el establo, el buey vuelve a su dueño, el asno sabe encontrar el

pesebre en donde se nutre. Pero Israel ignora a su Señor, según las palabras de la Escritura:

Israel no me conoce, a Mí, que soy su Señor;
no temen el juicio del Justo.
Perecerán en un nuevo diluvio
como en los días de Noé.

Como los israelitas en el desierto, se doblegaron sus rodillas, y serán consumidos por las llamas, como todos los que no han observado la ley.

Este discurso de Hermes irritó al gobernador, que le dijo: «¿Crees que puedes hacerme cristiano?»

Hermes: Quisiera convertir a Cristo a ti y a todos los que me rodean. Pero no pienses que yo voy a sacrificar a los dioses.

El presidente oyó el consejo de sus ministros y de su asesor, y después dictó la sentencia: «Felipe y Hermes han despreciado los decretos del Emperador; en consecuencia, han perdido todos los derechos de ciudadanos romanos. Ordenamos que sean quemados vivos, con el fin de que todos aprendan con este ejemplo la suerte que espera a los que desprecian las leyes del Imperio.»

Se llevaron a los confesores; éstos se adelantaron hacia la hoguera llenos de alegría; se hubiera dicho que eran las dos cabezas de un gran rebaño elegidas como ofrenda santa a Dios todopoderoso.

Severo permaneció en la cárcel, solo, como un navio sin gobernalle, a merced de las olas, como una oveja a pérdida, que se ha quedado sin pastor. Una gran alegría saltó en su alma cuando supo que sus hermanos eran llevados al martirio, que habían deseado con los más ardientes deseos. Se puso de rodillas, y en una oración humedecida por las lágrimas, decía al

Señor: «Eres el puerto sosegado de todos aquellos a quienes las olas agitan, das esperanza a quienes desesperan; eres la salud de los enfermos, el sostén de los miserables, el guía de los ciegos; eres misericordioso para con aquellos que son amenazados por el castigo; eres apoyo de los que están agotados, claridad en las tinieblas, creador de la tierra, Señor del océano; con tu palabra dispones los elementos, el cielo, los astros: todo es perfecto.

Conservaste a Noé y colmaste de bienes a Abraham; liberaste a Isaac y preparaste la víctima propiciatoria en su lugar; luchaste condescendiente con Jacob y sacaste a Lot de Sodoma, tierra maldita.

Te mostraste a Moisés e hiciste prudente a Jesús Nave; quisiste hacer camino con José y sacar a su pueblo de Egipto para conducirlo a la tierra prometida.

Acudiste en socorro de tres niños en el horno; el rocío de tu majestad impidió a las llamas tocarles; atenazaste la garganta de los leones y concedistes la vida y el pan a Daniel.

No sufriste que Joñas fuera herido o pereciera en el fondo del mar o en las fauces de un tiburón.

Armaste a Judit y salvaste a Susana de las manos de los jueces inicuos; hiciste triunfar a Ester y proteger a Aman.

Nos condujistes de las tinieblas a la luz eterna, Paillo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; eres la In/ invencible, me distes el signo de la cruz y de Cristo.

No me juzgues indigno, Señor, de esta pasión que mis hermanos han conseguido sufrir; pero concédetir, por el contrario, su corona; úneme a la gloria ídc aquellos que fueron mis compañeros de cautividad.

Que obtenga el reposo junto a ellos, con los que he confesado tu nombre glorioso.»

Después de esta plegaria, el ardiente deseo del mártir fue colmado; al día siguiente mereció la gracia pedida.

En cuanto a Felipe, le tuvieron que llevar hasta la hoguera; después de todas las torturas, el dolor de sus pies no le permitía caminar. Kermes, que compartía sus sufrimientos, le seguía cojeando. Hablaba con suavidad a Felipe y le decía: «Maestro bueno, apresurémonos a reunimos con el Señor. No nos cuidemos de nuestros pies, de los que pronto no necesitaremos. Cesarán todas las necesidades de la vida presente cuando hayamos entrado en el reino del cielo.»

Después se dirigió a los que le seguían, y les dijo: «Dios me había dado a conocer estos acontecimientos, revelándomelos. Mientras dormía he creído ver una paloma blanca como nieve. Entró en mi habitación y reposó en mi cabeza', después descendió hasta mi pecho y me ofreció un alimento delicioso. Comprendí que el Señor me llamaba y me juzgaba digno del martirio.»

Todavía seguía hablando cuando llegaron al lugar de la ejecución. Los verdugos, según la costumbre, recubrieron de tierra los pies del bienaventurado Felipe hasta las rodillas; le ataron las manos a la espalda con una cuerda que fijaron con clavos. Después ordenaron a Hermes que descendiera al foso; éste apenas si se podía tener sobre sus pies; rió abiertamente y dijo: «Pero ahora, Diablo, no eres más fuerte que yo.» Echaron tierra a sus pies. Antes de que prendieran fuego a la hoguera, el bienaventurado

I Termes llamó entre la gente a un hermano llamado Velogio. Le hizo jurar por el nombre sagrado de Jesucristo que llevaría a Felipe, su hijo, las últimas voluntades de un padre moribundo y le pediría que pagara todas las deudas que pudiera dejar. ¿No ha ordenado el Rey del universo devolver a cada uno los bienes que de Él podamos recibir? Que sea fiel a esta restitución para que su padre no tenga que reprocharse nada. El mártir se refería a los numerosos depósitos que la confianza de los fieles» había puesto en sus manos. Y añadió con amor de padre: «Eres joven; gana tu vida con el trabajo, como lo hacía tu padre; como él, vive en paz con tu prójimo.»

Después de estas palabras, los verdugos ataron las manos a la espalda y prendieron la hoguera. Entre las llamas, mientras pudieron hablar, dieron gracias al Señor; al fin se escuchó un gozoso amén.

De esta manera, los bienaventurados mártires dieron testimonio con su vida.

Los discípulos siguieron las huellas del Maestro, (líe les permitía salir victoriosos. En seguimiento de los apóstoles y de los mártires, se apresuraron hacia los reinos celestiales.

Encontraron al bienaventurado Felipe con los brazos extendidos, como en oración. El cuerpo del anciano había rejuvenecido con toda prestancia de la juventud, y parecía provocar al enemigo para merecer nuevos combates y nuevas coronas.

El rostro del bienaventurado Kermes estaba intacto y con buen color; sus rasgos tenían la frescura «lo la vida; la huella del combate sólo se manifestaba en los extremos de las orejas, que habían permanecido exangües. Y ante esto, todos juntos dieron gracias a

Dios todopoderoso que da la gloria y la corona a aquellos que esperan en Él.

El diablo no pudo contemplar tantas maravillas sin sentir despecho. Y propuso a Justino que echara al Ebro los cuerpos de los mártires. Todavía no contento de privarles de la vida, les privó de la sepultura. Ante esta noticia cruel, los fieles de Andrinópolis prepararon sus redes y subieron a sus barcas con la esperanza de que alguno tuviera la alegría de encontrar tan rica presa. Oraron; y casi en seguida las sagradas reliquias cayeron en sus redes y fueron sacadas, intactas, del agua. El tesoro, más precioso que el oro y que las piedras preciosas, fue oculto a doce millas de Heraclea durante tres días en una casa llamada Ogetistyrom, lo que significa lugar de los poseedores. En este lugar había numerosas fuentes en lugares amenos; un bosque, ricas cosechas, viñas abundantes. Actualmente, la majestad divina multiplica allí los milagros para probar que no puede tener oculta la gloria de sus servidores; hasta los ríos los devuelven para nuestra veneración. Es de esta manera como nos advierte Él que no temblemos ante los suplicios, sino que, por el contrario, nos apresuremos hacia la corona. Amén.

AÑO 304, EN TEVESTE, NUMIDIA

CRISPINA DE TAGOR

Fue en Teveste, el día de las nonas de diciembre, liajo el noveno consulado de Diocleciano y el octavo <ie Maximiano.

El procónsul Anulino hacía justicia en su tribunal cti la sala de audiencia.

El escribano: Crispina de Tagor ha despreciado los cilicios de nuestros príncipes y señores. ¿Debe comparecer?

Anulino: Que comparezca.

Crispina entra.

Anulino: ¿Conoces el texto del edicto imperial?

Crispina: No. ¿Qué ordena?

Anulino: Sacrificar a nuestros dioses por la salud de nuestros príncipes. Tal es la voluntad de nuestros señores, los piadosos Diocleciano y Maximiano y los muy nobles cesares Constancio y Máximo.

(Crispina: Jamás he hecho sacrificios ni los haré unís que al Dios verdadero y a su Hijo, nuestro Se-

ñor Jesucristo, que vino a este mundo y sufrió por nosotros.

Anulino: Abandona esa superstición e inclina la cabeza ante el altar de los dioses romanos.

Crispina: Cada día adoro a mi Dios todopoderoso. No conozco otro dios.

Anulino: Eres muy insolente y altanera. No te será tan agradable conocer dentro de poco las severidades de la ley.

Crispina: Haz lo que te parezca. En cuanto sufriré de buena gana por mi fe.

Anulino: ¡Qué tontería no abandonar esos errores para ofrecer tu adoración a nuestras santas divinidades!

Crispina: Ofrezco mi adoración todos los días al Dios vivo y verdadero. Él es mi Señor. No reconozco otro Dios que Él.

Anulino: Te repito la orden imperial: obedece.

Crispina: Obedezco, pero a mi Señor Jesucristo.

Anulino: Te haré cortar la cabeza si no obedeces las órdenes de nuestros emperadores y señores. No tendrás más remedio que obedecer. Por otra parte, ya sabes que toda África ha sacrificado.

Crispina: Jamás me harán sacrificar a los demonios. Yo hago sacrificios al Señor que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos existe.

Anulino: ¿Entonces, estos dioses no tienen valor alguno? Pero tú, si quieres salvar la vida tendrás que adorarlos. Por otra parte, es el único medio de tener todavía alguna religión.

Crispina: Hermosa religión que condena a tortura a los que la rechazan.

Anulino: Todo lo contrario. Pedimos simplemente que vayan al templo, que inclinen la cabeza ante los

dioses de Roma y les ofrezcan incienso; de esta forma serás de los nuestros.

Crispina: No lo hice nunca. Incluso ignoro vuestros ritos. Y no lo haré mientras viva.

Anulina: Lo tendrás que hacer si quieres escapar al rigor de las leyes.

Crispina: No temo tus amenazas. Tus suplicios no existen. Pero si llegara a cometer un sacrilegio, mi Dios, que está en el cielo, me abandonaría y me rechazaría hasta en el último día.

Anulino: ¿Qué sacrilegio hay en obedecer a los edictos imperiales?

Crispina: ¡Malditos los dioses que no han hecho ni el cielo ni la tierra! Yo hago sacrificios al Dios eterno, que permanece en los siglos de los siglos. Él es el verdadero Dios al que debemos temer. Él ha hecho el mar, los verdes prados y la arena del desierto. ¿Qué pueden hacerme los hombres salidos de sus manos?

Anulino: Observa la religión romana que practican nuestros soberanos, los invencibles cesares, que es también la nuestra.

Crispina: Ya te lo he dicho varias veces: estoy dispuesta a sufrir todos los suplicios que te plazca imponerme. Pero no mancharé mi alma adorando a dioses tallados en la piedra por mano del hombre.

Anulino: Tú blasfemas; no es así como salvarás tu vida.

Y entonces el procónsul dictó al escribano: «Que la entreguen a la infamia. Que le afeiten los cabellos; <luo su rostro sea humillado.»

Crispina: Haz hablar a tus dioses y creeré en ellos. Si yo no buscara la verdadera salvación de mi alma, n<> me encontraría en este instante ante tu tribunal.

Anulino: ¿Quieres continuar viviendo o prefieres morir en los tormentos como han muerto tus compañeras?

Crispina: Si quisiera morir verdaderamente y perder mi alma en el fuego eterno, aceptaría rendir sacrificios a los dioses.

Anulino: Si te niegas a adorar a nuestros dioses tan venerables, te haré cortar la cabeza.

Crispina: Si logro ese honor, daré gracias a Dios. Perderé de buen grado mi vida por mi Dios. Este es mi deseo más querido. Jamás recibirán mis ofrendas vuestros dioses ridículos, sordos y mudos.

Anulino: ¿Esta es tu última palabra? ¿Te obstinas en esa locura?

Crispina: Mi Dios, que existe desde toda la eternidad, me ha hecho venir a la vida. Me ha salvado con el agua del Bautismo. Está conmigo para sostenerme. Conforta a su esclava en todos* los peligros. Gracias a Él, no cometeré sacrilegio.

Anulino: ¿Por qué soportar por más tiempo las impiedades de esta cristiana? Reléanse las actas del proceso.

Hecha su lectura, el procónsul Anulino leyó la sentencia sobre la tablilla: «Crispina se obstina en su error infame y se niega a sacrificar a los dioses. Por órdenes de los augustos será decapitada. Así lo hemos ordenado.»

Crispina: Bendigo a Dios, que me libera así de tus manos ¡Gracias le sean dadas!

Crispina hizo el signo de la cruz; inclinó la cabeza y fue decapitada por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, de quien es todo el honor en los siglos de los siglos. Amén.

HACIA EL AÑO 304, EN SIRMIO

SAN SERENO

Sereno era griego de origen; al llegar a Sirmio se estableció como jardinero, ya que no conocía otro oficio. Cuando comenzó la persecución, el temor a las torturas le inspiró ocultarse durante algunos meses. Después comenzó de nuevo a trabajar.

Un día, mientras trabajaba, entró una mujer en su jardín con dos muchachas jóvenes y se paseó por allí.

Al verla el jardinero, le dijo: «¿Qué buscas aquí?»

Mujer: Me paseo porque me agrada.

Sereno: ¿Qué matrona se pasea a estas horas de la tarde? No creo que se trate de un paseo; di más bien que tienes una cita de amores. Vamos, sal de aquí, y procura conducirte como una mujer honesta.

La mujer salió enrojeciendo, furiosa, no por haber sido echada de allí, sino por haber faltado a la cita. Envío una carta a su marido, empleado en el ser-

vicio de Maximiano, para quejarse de la grosería de Sereno.

El marido se quejó al Emperador: «Mientras te servimos, nuestras mujeres, lejos de nosotros, son ultrajadas.»

Maximiano le autorizó a vengarse como mejor le pareciera por medio del gobernador de la provincia. El marido se apresuró a ir hasta allí para lavar la injuria hecha no a la virtud, sino al vicio.

Cuando hubo llegado a Sirmio, fue a casa del gobernador, y le cuenta qué es lo que le lleva allí, le da la carta del Emperador y le dice: «Venga la injuria que mi mujer ha sufrido durante mi ausencia.»

El gobernador quedó sorprendido. Le preguntó: «¿Quién ha podido ofender a la mujer de un oficial de la guardia imperial?»

Oficial: Un hombre del pueblo, un jardinero llamado Sereno.

El gobernador mandó buscar al acusado. Tan pronto como éste llegó, comenzó el interrogatorio:

Gobernador: ¿Cómo te llamas?

Sereno: Sereno.

Gobernador: ¿Tu profesión?

Sereno: Jardinero.

Gobernador: ¿Por qué has insultado a la mujer de un alto personaje?

Sereno: Jamás he insultado a una mujer de calidad.

Gobernador: Pregúntale tú mismo—dijo al oficial—para que confiese su insolencia.

Sin prisa, Sereno siguió diciendo: «Recuerdo que una mujer entró en mi jardín hace unos días a hora poco conveniente. Se lo reproché, y le dije que una mujer honesta no sale sin su marido a ciertas horas.»

El oficial comprendió entonces cuál había sido la

conducta de su mujer. Enrojeció y calló. Su confusión fue tal, que no pensó en pedir castigo alguno al gobernador.

Pero el gobernador quedó extrañado por todo lo que había sucedido. Y se dijo: «Sólo un cristiano puede alarmarse de ver a una mujer a hora poco conveniente en su jardín.» Y siguió así el interrogatorio:

Gobernador: ¿Quién eres?

Sereno: Cristiano.

Gobernador: ¿Dónde te has ocultado hasta hoy? ¿Cómo te las has arreglado para no sacrificar a los dioses?

Sereno: Quiso Dios reservarme para esta hora. Era como una piedra rechazada del edificio. Ahora, el Señor me ha hecho un hueco. Puesto que ha querido que sea descubierto, estoy dispuesto a sufrir por su nombre, con el fin de participar en su reino con todos los santos.

El gobernador estaba fuera de sí: «Puesto que has escapado hasta hoy y ocultándote has demostrado tu desprecio para con los edictos del Emperador y te has negado a sacrificar, te será cortada la cabeza.»

Inmediatamente fue llevado al lugar de las ejecuciones, y los siervos del demonio le cortaron la cabeza.

Fue el 23 de febrero, durante el reinado de nuestro Señor Jesucristo, a quien es dado todo el honor y gloria en los siglos de los siglos. Amén.

HACIA EL AÑO 306, EN TIMUIS, EGIPTO

FILEAS Y FILOROMO

Fileas compareció en el banco de los acusados. El gobernador Culciano le dijo: «¿Quieres vivir desde ahora como un hombre honrado?»

Fileas: Siempre fui un hombre honrado, y pienso seguir siéndolo.

Gobernador: Sacrifica a los dioses.

Fileas: No lo haré.

Gobernador: ¿Por qué?

Fileas: Por que está escrito en la Escritura: «Cualquiera que sacrifique a los dioses y no sólo a Dios, será castigado de muerte.»

Gobernador: Sacrifica entonces al dios Sol.

Fileas: No. Dios no acepta semejantes homenajes. En las Sagradas Escrituras se lee: «¿Qué puedo hacer con esta multitud de víctimas que me ofrecéis? No me placen los holocaustos de vuestros chivos ni la grasa de vuestros rebaños ni la sangre de los carneros. No me ofrezcáis ni siquiera flor de harina,»

Uno de los abogados que estaban presentes en la audiencia le interrumpió: «Desde luego, se trata de la flor de la harina. Es la vida lo que te juegas.»

Gobernador: ¿Qué sacrificio es agradable a tu Dios?

Fileas: Un corazón puro, una vida sincera, palabras sin mentira; esto es lo que agrada a Dios.

Gobernador: ¡Vamos! ¡Sacrifica!

Fileas: No.

Gobernador: ¿Y Moisés?

Fileas: En otro tiempo se pidió a los judíos que sacrificaran al Dios único en Jerusalén. Pero hoy hacen mal en continuar celebrando sus fiestas en otros lugares.

Gobernador: ¡Basta ya de tonterías! ¡Sacrifica!

Fileas: No mancharé mi alma.

Gobernador: ¿Se pierde el alma sacrificándola?

Fileas: Se pierde cuerpo y alma.

Gobernador: ¿También el cuerpo?

Fileas: Sí, exactamente, también el cuerpo.

Gobernador: Y la carne, ¿resucitará?

Fileas: Sí.

Gobernador: ¿No ha renegado de Cristo, Pablo?

Fileas: No.

Gobernador: Si yo he jurado, jura tú también.

Fileas: No nos está permitido jurar. La Santa Escritura dice: «Que vuestro lenguaje sea sí, sí; no, no.»

Gobernador: Pablo, ¿no era un perseguidor?

Fileas: Todo lo contrario.

Gobernador: ¿No era un ignorante, un sirio, que hablaba siríaco?

Fileas: No, era hebreo. Hablaba griego en público y sobrepujaba a los demás en sabiduría.

Gobernador: ¿Vas a pretender que sobrepasaba a Platón?

Fileas: A Platón y a todos los demás. Era más sabio que todos los filósofos. Supo convencer a más de uno. Si quieres repetiré aquí sus palabras.

Gobernador: Ahora, sacrifica.

Fileas: No.

Gobernador: ¿Es asunto de conciencia?

Fileas: Sí.

Gobernador: ¿Por qué no lo escuchas cuando se trata de tu mujer y de tus hijos?

Fileas: Porque el deber hacia Dios es el primero: La Escritura dice: «Amarás al Señor, tu Dios, que te creó.»

Gobernador: ¿Qué Dios?

Fileas señaló el cielo con el gesto de la mano, y dijo: «El Dios que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos se contiene. Él es el Creador y el artesano del mundo visible y del invisible. Es el Dios inefable, el único que es y que subsiste en los siglos de los siglos. Amén.

Los defensores de Fileas trataron de hacerle callar, diciéndole: «¿Por qué resistes y te opones al gobernador?»

Fileais: Respondo a sus preguntas.

Gobernador: Basta ya de discursos. ¡Sacrifica!

Fileas: Jamás. No quiero perder mi alma. Por otra parte, los cristianos no son los únicos que se preocupan por su alma; los paganos hacen lo mismo. Mira a Sócrates. Cuando le condujeron a la muerte, su mujer y sus hijos estaban presentes; no por eso se volvió atrás. A pesar de su edad, se apresuró a morir.

Gobernador: ¿Cristo es Dios?

Fileais: Sí.

Gobernador: ¿Qué pruebas tienes de ello?

Fíleos: Devolvió la vista a los ciegos, el oído a los sordos. Curó a los leprosos y resucitó a los muertos. Hizo hablar a los mudos y curó a una muchedumbre de enfermos. Bastó con que una hemorroísa tocara la orla de su vestido para que fuera curada. Muerto, resucitó. Hizo innumerables prodigios.

Gobernador: ¿Cómo Dios pudo ser crucificado?

Füeas: Por nuestra salvación. Sabía además que sería crucificado y que iba a sufrir toda clase de ultrajes. Se prestó a todos esos sufrimientos por nosotros. Su pasión había sido predicha por las Escrituras, que los judíos creen comprender, pero que no comprenden. Aquel que tenga buena voluntad se informe de todo ello, y verá cómo digo la verdad.

Gobernador: Acuérdate de las atenciones que he tenido para contigo. Hubiera podido humillarte en tu propia casa, pero no lo he hecho. Por respeto hacia ti no lo hice.

Füeas: Gracias. Concédeme un favor supremo.

Gobernador: ¿Cuál?

Fíleos: Cumple tu deber. Hasta el final.

Gobernador: ¿Quieres morir sin razón?

Füeas: No sin razón, sino por Dios y por la verdad.

Gobernador: Concedo la gracia que me pedías a tu hermano.

Füeas: Concédeme más bien esta gracia suprema: cumple con tu deber hasta el final.

Gobernador: Si te supiera pobre y empujado por la necesidad, no te perdonaría. Pero eres rico; con tu fortuna, tú puedes no sólo alimentar a tu familia, sino a casi toda la provincia. Quiero perdonarte. Sacrifica.

Fileas: \ Jamás! De esta manera me perdono a mí mismo.

Los defensores se dirigieron al gobernador y le dijeron: «Ya ha sacrificado en privado.»

Fileas: ¡Nunca en la vida!

Gobernador: Tu mujer, llorosa, está ahí, y espera tu decisión.

Fileas: El Señor, Jesucristo, es el Salvador de nuestras almas. Incluso encadenado, sigo sirviéndole. Me ha llamado para que comparta su gloria. Es bastante poderoso para llamar a Sí también a mi mujer.

«Fileas, pide un aplazamiento»—le dijeron los abogados.

Gobernador (a Fileas): Te concedo un plazo para que reflexiones.

Fileas: Ya he reflexionado en muchas ocasiones, y he elegido sufrir por Cristo.

Los defensores de Fileas, su abogado, los miembros del tribunal, todos sus parientes le presionaban para que cediera. Se echaban a sus pies, se le abrazaban y le conjuraban a que tomara en consideración a su mujer para que pensara en sus hijos.

El mártir permanecía inquebrantable como una roca batida por las olas. Respondía que no podía hacer caso de palabras vanas.

Tenía su mirada puesta en Dios. Sus padres y su familia eran ya los mártires y los apóstoles; no conocía a otros.

Había allí un oficial de caballería del ejército romano que se llamaba Filoromo. Vio la escena: Fileas, sitiado por su familia en lágrimas, agotado por las preguntas capciosas del gobernador, pero inflexible e inquebrantable, a pesar de todo.

Y entonces dijo: «¿Por qué tentáis, por otra parte en vano, el valor de este hombre? ¿Por qué que-

réis hacer infiel a este hombre fiel a Dios? ¿Por qué quererle hacer que reniegue de Dios para hacerle >rt>e-diente a los hombres? ¿No veis que sus ojos no ven vuestras lágrimas, que sus oídos no escuchan vuestras palabras, vuestros lloros terrestres no pueden alcanzar a Aquel cuya mirada contempla la gloria del cielo?»

Y entonces la cólera de todos cayó sobre Filoromo. Pidieron su condenación junto con la de Fileas.

El gobernador no se hizo rogar, y condenó a los dos mártires a morir decapitados.

Iban por el camino que conduce al lugar de la ejecución, cuando uno de los defensores de Fileas, su propio hermano, dijo: «Fileas, apela.»

Culciano le volvió a llamar, y dijo: «¿Por qué?»

Fileas: Nada. No lo haré. No escuches a ese desgraciado. Por el contrario, doy gracia a los emperadores y al gobernador, puesto que me permiten compartir la herencia de Cristo.

Y Fileas volvió a rehacer el camino.

Cuando hubieron llegado al lugar del suplicio, Fileas extendió las manos hacia Oriente y dijo: «Mis hijitos muy amados, si buscáis a Dios, permaneced vigilantes; nuestro enemigo, como león rugiente, busca a quien devorar. Hasta aquí no había sufrido. Ahora comienza mi pasión. Ahora voy a ser discípulo de nuestro Señor Jesucristo. Mis queridos hijos, observad los preceptos de nuestro Señor Jesucristo. Iremos al Dios puro, inefable, al Dios que reina sobre los querubines, al Creador del universo, comienzo y fin de todo cuanto existe. A Él la gloria en los siglos de los siglos. Amén.»

Estas fueron sus últimas palabras. Los verdugos

cumplieron con su tarea. Las dos cabezas cayeron y las almas de los dos valerosos mártires fueron al cielo con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina; Dios, con el Padre y el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 306, EN CESÁREA

APIANO Y LDESIO

Cuando el inicuo Maximiano se apoderó del Imperio, mostró en seguida que su reino abriría una nueva era de persecuciones en toda la Iglesia. Todos los habitantes de la ciudad se inquietaron; muchos se dispersaron por todos los caminos.

Apiano no tenía todavía veinte años, y procedía de una de las más grandes familias de Licia, que se distinguía por su fortuna y su prestigio social. Sus padres habían enviado al joven, a causa de los estudios, a Berilo, en donde había acumulado un caudal de conocimientos. Pero no es esto lo que aquí nos interesa. Sin embargo, puesto que contamos los grandes hechos de esta alma elegida, es necesario admirar cómo en tal ciudad supo conservarse, a pesar del contacto con jóvenes de su edad. Tenía la seriedad de un hombre maduro; su conducta era íntegra e irreprochable; su alma poseía una alta virtud. Ni las pasiones de la juventud ni la camaradería de los estu-

diantes le apartaron del camino recto; confirmaba y afirmaba su espíritu por el dominio sobre sí mismo; observó una castidad perfecta y dirigió su vida por el camino recto, según la voluntad de Dios.

Terminados sus estudios, abandonó Berito y volvió a casa de sus padres. Pero no se entregó a la vida mundana de su familia, muy diferente a él por la pureza de sus costumbres. De aquí que huyera secretamente de la casa paterna sin preguntarse ni un solo momento cómo podría vivir, ya que no tenía ni reservas ni provisiones, confiándose por entero a Dios. El Señor le condujo a nuestra ciudad, en donde la corona preciosa del martirio le estaba preparada.

Vivió entre nosotros; fue formado con nosotros en las Santas Escrituras; el célebre mártir Panfilio le dirigió en la práctica de las virtudes. De esta manera adquirió un entrenamiento poco común. Desde entonces estaba preparado maravillosamente para el martirio y para su fin glorioso.

Por otra parte, ¿quién no hubiera reparado en el espectáculo que ofrecía su vida? ¿Quién no hubiera admirado, al escucharle, su coraje y su generosidad, su paciencia y su firmeza, su sabiduría y el dominio de sí mismo, sus frases ante los jueces y sus contestaciones? Y por encima de todo, su atrevimiento y su ardor en defender la causa de Dios.

Cuando se produjo la tercera persecución contra nosotros, el edicto de Maximiano impuso a los magistrados de cada ciudad que pusieran cuidado en que todos y cada uno de los ciudadanos sacrificaran a los ídolos. Inmediatamente, los pregoneros proclamaron en todas las ciudades que hombres, mujeres y niños tenían que ir a los templos de los ídolos. Tribuneros y

centuriones se apostaron en todos los cruces de las mayores calles e invadieron las mansiones. Se hicieron censos de los ciudadanos; se les llamó nominalmente y cada uno fue forzado a someterse al edicto imperial.

Por otra parte, la tempestad desencadenó el terror. Fue en este momento cuando Apiano, el santo mártir de Dios, realizó algo que trasciende todas las palabras. Nadie estaba al tanto de sus proyectos, ni siquiera nosotros, que habitábamos bajo el mismo techo que él.

Un día se acercó al gobernador, se detiene ante él, sin ser visto por la escolta militar. Urbano iba a ofrecer un sacrificio a los dioses. Nuestro héroe le coge la mano derecha y le detiene en el momento en que va a consumir la ofrenda del sacrificio. Después, modestamente, con dulzura, pero lleno de firmeza divina, le pide que renuncie a sus errores. «No está permitido —le dijo— apartarse del verdadero Dios para sacrificar a los ídolos sin vida y a espíritus malignos.»

Entonces, los esbirros del demonio, los soldados de la escolta, quemadas sus entrañas, se precipitan sobre Apiano, le golpean el rostro, le echan por tierra, le pisotean y le desgarran la boca y los labios.

El joven mártir sufrió todos estos males con un maravilloso coraje.

Le llevaron finalmente a la cárcel, en donde fue metido en el calabozo más oscuro. Allí pasó el resto del día y la noche siguiente con los pies metidos en cepos.

Al día siguiente compareció de nuevo ante el triliunal. El gobernador Urbano, figurándose que iba a realizar una brillante acción, dio muestras de toda Mirra de crueldades. Ordenó que torturaran al noble joven con toda clase de refinamiento. Le hizo desga-

rrar los costados con ganchos de hierro, hasta que se vieron las entrañas y los huesos. Le hizo golpear el rostro y el cuello tan brutalmente que ni siquiera sus amigos reconocieron a Apiano con ese rostro desfigurado.

El mártir de Dios era como un diamante, y la gracia de Dios le fortificaba cuerpo y alma y sostenía su perseverancia. En medio de todos estos sufrimientos no hacía más que repetir: «Soy cristiano.» Cuando le preguntaron sobre su condición, su origen, su domicilio, respondía imperturbablemente: «Soy un servidor de Cristo.»

El tirano estaba furioso; fuera de sí a causa de la fidelidad del mártir para con su fe, ordenó que le envolvieran los pies con lienzos embebidos en aceite y les prendieran fuego. Los verdugos obedecieron. Colgaron al mártir. Y para los asistentes fue un horrible espectáculo ver los costados desgarrados cruelmente, ese cuerpo destrozado y ese rostro irreconocible. Un fuego violento le quemó los pies tanto tiempo que su carne se licuaba y goteaba, fundida como cera, y la llama penetraba hasta los huesos.

Pero él sufría todos estos males como si no los sintiera. Estaba lleno de Dios; y en Él poseía un fuerte sostén. La presencia de Cristo en él era tan visible como la luz. Por esta razón, el mártir era más intrépido todavía y de un lenguaje más audaz. Confesaba con fuerte voz su fe en Dios, daba testimonio de Cristo y Cristo le devolvía el testimonio por medio de la fuerza maravillosa que le confortaba. Y tan era así, que asombraba a los asistentes el extraordinario espectáculo que ofrecía el mártir como una gran escena teatral.

Sus enemigos rabiaban como demonios; parecían ser

ellos quienes sufrían y padecían torturas a causa de su valor al confesar la verdadera fe. Rechinaban los dientes y rabiosamente deseaban saber su nombre, su patria, su ciudad; querían forzarle a sacrificar y obedecer a los edictos imperiales. Pero él los miraba con piedad; parecían estar borrachos; consideró que no merecían respuesta alguna. Se contentaba con repetir: «Confieso que Cristo es Dios, que es el Hijo de Dios.» Tal era su testimonio.

Cuando al fin los verdugos estuvieron cansados y desanimados, le llevaron de nuevo a la cárcel. Al día siguiente compareció de nuevo ante el cruel juez. Viendo su fidelidad obstinada, el juez ordenó que lo echaran al mar.

La continuación de este hecho parecerá a buen seguro inverosímil a los que no asistieron a los acontecimientos. Los hombres creen menos fácilmente lo que oyen que lo que ven. Sin embargo, esto no es una razón para dejar que se olvide un hecho tan maravilloso. Todos los habitantes de Cesárea fueron testigos del prodigio; desde el más grande al más pequeño, todos asistieron al espectáculo.

Cuando hubieron echado al mar al hombre de Dios con piedras atadas a los pies, un estruendo horrible atronó el aire y una tempestad desencadenó olas enfurecidas en el mar. Un temblor de tierra sacudió a toda la ciudad. Todos los habitantes alzaron los brazos al cielo: creyeron que aquel día ciudad y ciudadanos iban a perecer. El mar, como si no pudiera conservar el cadáver del santo mártir de Dios, le rechazó ante las puertas de la ciudad... Estaba allí como un signo de terror que testimoniaba del juicio de Dios y que el temblor de tierra amenazaba destruir todo.

Cuando en la ciudad se conocieron los acontecí-

mienlos, todos corrieron hacia las puertas: niños, hombres y ancianos, mujeres de toda edad; las religiosas reclusas abandonaron el convento. Todos querían ver con sus ojos el asombroso espectáculo. Cuando lo hubieron visto, todos confesaron al Dios de los cristianos y glorificaron en gran manera el nombre de Jesucristo.

Fue así como acabó la vida del glorioso mártir Apiano.

Se celebra su memoria el 2 del mes de abril.

Poco tiempo después, Edesio, el hermano de Apiano, sufrió la misma suerte y mereció por su testimonio la corona de los mártires.

Mucho antes que su hermano, Edesio se había convertido a la ciencia de Dios y le había ofrendado su vida y su tiempo. Era versado en las ciencias griegas y hasta en las latinas. Y además había sido durante mucho tiempo alumno del mártir Panfilio.

Edesio proclamó su fe ante los tribunales; fue maltratado muchos días en la cárcel; después enviado a las minas de cobre de Palestina. Tras numerosas tribulaciones, fue puesto en libertad. Volvió a Alejandría. Allí encontró al gobernador Hierocles, que dirigía todo Egipto. Supo y conoció las crueldades de este juez contra los cristianos; maltrataba a los mártires de Cristo con desprecio de toda ley y entregaba a los mantenedores de casas de prostitución a las vírgenes consagradas a Dios.

Edesio no se contuvo ante semejante escándalo. Se decidió, como su hermano, a hacer algo que llamara la atención. No temía la lucha; el celo de Dios ardía en él como una llama y la cólera santa le animaba. Un día, inflamado por el santo ardor, Edesio pudo

acercarse a Hierocles y le avergonzó; y uniendo el gesto a la palabra, le abofeteó en pleno rostro ²¹, le echó al suelo mientras le decía que se abstuviera en adelante de maltratar a los servidores de Dios.

Y le dijo unas cuantas verdades más. Sufrió sin vacilar las más atroces torturas. Finalmente, fue condenado como su hermano a ser echado al mar.

El servidor de Dios Edesio sufrió por la verdad en la ciudad de Alejandría, y allí mereció la corona del mártirio.

AÑO 308, EN SABARÍA, PANONIA

QUIRINO, OBISPO DE ESCICIA

El diablo había empujado a los señores de este mundo a torturar a los santos; en todas partes las iglesias estaban quebrantadas por las tempestades de la persecución. Con la complicidad de los cortesanos del poder, dirigía el ataque contra el pueblo de Dios y cada día se veía cómo se agravaban los hechos de su crueldad. La Iglesia estaba perseguida por las leyes crueles de Maximiano. En toda la Iliria, Diocleciano, ayudado por su colega, que compartía su odio hacia los cristianos, torturaba cruelmente.

Las órdenes sacrilegas fueron transmitidas a casi todos los funcionarios de la provincia; les animaban a que hicieran sacrificar a los cristianos en los templos de los demonios. Se cerraban las iglesias de Cristo; sacerdotes y clérigos tenían la obligación de obedecer a los edictos y reconocer a los dioses. Si se negaban a quemar incienso ante los ídolos se exponían a diversos suplicios y finalmente a la muerte.

Entre la muchedumbre de aquellos que triunfaban, entre los campeones de Cristo, estaba Quirino, obispo de Escicia; fue arrestado por orden del gobernador Máximo después de activas búsquedas. El obispo, advertido, había abandonado la ciudad; le alcanzaron durante su huida y le condujeron de nuevo a Escicia.

Máximo comenzó a interrogarle: «¿A dónde huías?»

Quirino: Yo no huía; cumplía simplemente la orden del Señor. Está escrito en nuestros libros: «Si os persiguen en una ciudad, huid a otra.»

Máximo: ¿De quién es ese precepto?

Quirino: De Cristo, el Dios verdadero.

Máximo: Tú no ignoras que los edictos de nuestros emperadores llegau a todas partes, y ahora que te hemos cogido, Aquel al que llamas Dios verdadero no podrá venir en tu ayuda. Ni siquiera ha evitado que cayeras en nuestras manos y que fueras traído aquí.

Quirino: No nos abandona nunca, y allí donde nos encontremos puede venir en nuestra ayuda. Cuando fui detenido, estaba cerca de mí; ahora sigue estando junto a mí y me conforta; es Él quien te responde por mis labios.

Máximo: Tú hablas mucho y tus discursos te hacen eludir las prescripciones de nuestros emperadores. Lee los divinos edictos y obedécelos.

Quirino: No escucho las órdenes de tus emperadores, porque son sacrilegas; en oposición a las órdenes de Dios, imponen a los cristianos sacrificar a los dioses que yo no puedo honrar, puesto que no existen. Mi Dios, al que sirvo, está en el cielo, en la tierra, en el mar. Está en todas partes y sobre toda cosa, pues contiene todas las cosas; todo ha sido hecho por Él y todo existe por Él.

Máximo: Has vivido mucho tiempo y has acabado por creer en tus propias fábulas. He aquí el incienso, aprende a conocer a los dioses que ignoras. Si obedeces, no dejarás de ser tan ilustrado como lo eres. Si rechazas hacer este acto de piedad, has de saber que serás torturado y que acabarás perdiendo la vida en una muerte cruel.

Quirino: Me honran los tormentos con los que me amenazas; y la muerte, si soy digno de ella, me procurará la vida eterna. Permaneceré fiel a mi Dios, pero no a tus príncipes. No creo en dioses que no existen; no quemo incienso en los altares de los demonios. Conozco el altar de mi Dios, en donde arden sacrificios de agradable aroma.

Máximo: Ya veo que tu locura acabará llevándote a la muerte. Sacrifica, pues, a los dioses.

Quirino: Yo no sacrifico a los demonios. Está escrito: «Serán anonadados quienes sacrifiquen a los ídolos.»

Máximo hizo que le flagelaran. Después le dijo: «Considera y reconoce que los dioses del Imperio romano son poderosos. Si obedeces serás nombrado sacerdote de Júpiter; de lo contrario serás enviado ante Amancio, prefecto de la primera Panonia, que te impondrá la pena capital. Abandona ya esa locura y sacrifica.»

Quirino: Yo ejerzo el sacerdocio, soy sacerdote hasta la medula de mis huesos si me ofrezco como oblación al verdadero Dios. Mi cuerpo es martirizado, pero estoy alegre, no siento ningún daño. Estoy dispuesto a mayores sufrimientos con el fin de que aquellos que están a mi cargo en el mundo me sigan hacia esa vida, a la que se llega por un camino tan fácil.

Máximo: Que le encierren y lo cubran de cadenas hasta que tenga mejores opiniones.

Quirino: No temo la cárcel; sé que mi Dios está conmigo en el calabozo; jamás se aleja de aquellos que le sirven.

Una vez encadenado, Quirino fue encerrado en la cárcel. Entonces comenzó a orar: «Señor—dijo—, te doy gracias por haberme juzgado digno de padecer por Ti todos estos ultrajes. Te ruego que aquellos que están encerrados conmigo en esta prisión sepan que adoro al Dios verdadero y reconozcan que no hay otro Dios que Tú.»

En el corazón de la noche, una luz deslumbradora iluminó la cárcel. Al advertirla, el carcelero Marcelo abrió el calabozo y se prosternó a los pies del santo obispo diciéndole entre sollozos: «Ruega al Señor por mí; yo creo que no hay otro Dios que Aquel al que tú adoras.»

El obispo le habló largamente y después le signó ²² en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Tres días más tarde, Máximo ordenó que llevaran a Quirino ante el prefecto Amancio, en la primera Pannonia, con el fin de que recibiera la sentencia suprema que se había merecido despreciando las leyes de los emperadores.

Durante el camino, atravesó distintas ciudades encadenado; hicieron alto en todas las ciudades de la orilla del Danubio en busca del prefecto. Le hicieron comparecer delante de Amancio el mismo día en que éste volvió de Escarbatiana, pero el interrogatorio fue aplazado hasta el día en que se llegara a Sabaria.

Varias mujeres cristianas fueron en busca del obispo, y le llevaron comida y bebida. Este, al ver su fe, bendijo los presentes, y las cadenas que colgaban de sus manos y de sus pies cayeron al suelo. Comió entonces algo, e idas las mujeres, sus guardianes le condujeron a Sabana.

El gobernador ordenó que compareciera en el teatro. Cuando estuvo en su presencia, Amánelo le dijo: «Te pregunto si lo que aduce Máximo es verdad.»

Quirino: He confesado al verdadero Dios en Escicia. Le he servido siempre, le llevo en mi corazón y ningún hombre podrá separarme del Dios verdadero.

Amando: Nos repugna humillar a un hombre de tu edad flagelándolo, por lo que quisiera que cambiaras de parecer, con el fin de que, sirviendo según los edictos de los emperadores fielmente a los dioses, puedas gozar en paz los últimos años de tu vida.

Quirino: ¿Por qué te preocupas por la edad que la fe puede hacer más fuerte que todos los suplicios? Los tormentos no me harán perjurar, las alegrías de la vida no me harán abjurar y la aprehensión de una muerte, incluso cruel, no hará que se quebrante la firmeza de mi decisión.

Amando: ¿Por qué precipitarte en la muerte, despreciando a los dioses y al Imperio romano, por qué rechazar la vida con una obstinación contra natura, siendo así que aquellos que quieren evitarse una muerte evitan el sufrimiento renegando del pasado? Tú, por el contrario, no reconoces la suavidad de la vida, sus halagos, y te precipitas a la muerte desobedeciendo a los emperadores. Una vez más te aconsejo que, si quieres vivir, obedezcas las leyes romanas.

Quirino: Esta arenga quizá emocione a espíritus debilitados, que aspiran a prolongar su vida. En cuanto

a mí, aprendí de mi Dios a desear la vida que sigue a la muerte y que no conoce fin. Por eso me fui acercando con serenidad al final de mis días. No me parezco a aquellos de los que hablas. Creen vivir, y mueren en la apostasía. En cuanto me voy a la eternidad por mi confesión de fe, no obedezco vuestras leyes porque guardo los preceptos de Cristo, mi Dios, que enseñé a mis fieles.

Amando: He intentado durante largo rato conseguir que obedecieras las leyes de nuestros príncipes, pero puesto que no quiero llegar al límite de tu resistencia, servirás de ejemplo a todos los cristianos; aquellos que quieran vivir, quedarán horrorizados con tu muerte.

El gobernador ordenó, después de varios otros suplicios, que ataran una muela de molino al cuello del santo y le ahogaran de esta forma en el río que pasa por Sabaria. Desde lo alto del puente, le empujaron a las aguas del río, pero flotó durante mucho tiempo. Dirigió la palabra a los espectadores, diciéndoles que no les horrorizara su suerte; después oró para que el cielo quisiera permitir que se hundiera, y su oración fue escuchada y atendida.

A poca distancia fue encontrado su cuerpo, y allí construyeron un oratorio. Su cuerpo fue conducido a una basílica de Sabaria, cerca de la puerta Escarbanca, en donde se formó, alrededor del renombre de sus virtudes, una gran concurrencia de pueblo.

El 4 de junio Quirino, obispo de Escicia y mártir de Cristo, sufrió, fue coronado por nuestro Señor Jesucristo, a quien es debida la gloria, el honor, el poder de todos los siglos. Amén.

AÑO 309, EN EDESA

H ABIB

El mes de agosto del año 620 del rey Alejandro de Macedonia, bajo el consulado de Licinio y de Constantino, Julio y Barak eran estrategas, Kona obispo de Urhai (Edesa), Licinio desencadenó una persecución contra la Iglesia y contra todo el pueblo cristiano. Esta persecución siguió a la de Diocleciano. Muchos fieles dijeron libremente: «¡Somos cristianos!» No temían la persecución, los perseguidos eran más numerosos que los perseguidores.

Habib era originario de un poblado, Tel-Sehe, y era diácono. Clandestinamente recorría las iglesias de los poblados para cumplir con su misión. Leía las Santas Escrituras, alentaba y confirmaba a los fieles, exhortándoles a perseverar en la verdad de la fe y a no temer a los perseguidores.

Cuando el rumor llegó a las autoridades de la ciudad, encargadas de esta cuestión, Habib fue denuncia-

do a Licinio, el gobernador que habitaba la fortaleza: «El diácono Habib, dijeron, del poblado de Tel-Sehe, va de un lado a otro, cumple con su misión y se niega a temblar ante los edictos imperiales.»

El gobernador se irritó sobre manera e informó a Licinio. Ninguna medida había sido adoptada contra los cristianos. Hasta se creía saber que Constantino, que mandaba en Galia y en Italia, era cristiano y no sacrificaba a los dioses.

Licinio ordenó a Lisanio: «Los que se resistan, han de morir quemados.» Cuando llegó esta orden, Habib se encontraba en la región de Zeugmatiche, en donde cumplía secretamente con su ministerio. El gobernador le llamó; y no encontrándole, hizo apresar a toda su familia y a las gentes de su aldea; todos fueron encadenados. Su madre y el resto de la familia, así como las gentes de la aldea, fueron encarcelados en la prisión de la ciudad.

Cuando Habib conoció tal noticia, se dijo: «Es mejor que me entregue al juez, en lugar de ocultarme, antes que ver a los demás corregidos y coronados en mi lugar. Me lo reprocharía siempre. Para qué sirve ser cristiano si evitamos confesar nuestra fe. Aquel que huye el castigo con la muerte, a la que nadie escapa.»

Secretamente, Habib fue a Edesa; estaba dispuesto a recibir golpes de latigazos, hasta ser quemado vivo. Se dirigió a la fortaleza, ante Teotecnos, el anciano, en donde vivía el jefe de la guardia del gobernador.

Le dijo: «Soy Habib de Tel-Sehe, al que buscáis.»
Teotecnos: 'Si nadie te ha visto entrar, vuelve a tu casa, nadie lo sabrá. No te preocupes de tus parientes ni de tus compatriotas; no les harán nada; no tarda-

rán en ser puestos en libertad, porque los emperadores no han tomado ninguna medida contra ellos. Si no sigues mi consejo, seré inocente de la sangre derramada y no escaparás de la hoguera si te entregas al juez.

Habib: No temo por mi familia, ni tampoco por mis conciudadanos; temo por mi propia salvación. Estoy disgustado por no haber estado en el poblado cuando el gobernador me buscaba. Por mi causa, otros han sido encadenados. Paso por un cobarde. Si tú no me llevas ante el gobernador, yo me entregaré personalmente.

Al oír estas palabras, Teotecnos le hizo detener, le puso bajo la custodia de sus hombres, que le condujeron al pretorio, y el oficial dio cuenta de lo sucedido al gobernador: «Habib de Tel-Sehe, al que tu grandeza buscaba, ha venido a entregarse.»

Lisanio: ¿Quién le ha traído? ¿Dónde está? ¿Qué hacía?

Teotecnos: Ha venido por propia voluntad, sin ser obligado por nadie. Nadie está al corriente de lo que ha hecho.

El gobernador manifestó la irritación contra Habib diciendo: «Este individuo me desprecia y no tiene en cuenta que soy su juez. No voy a tener piedad alguna con él. No me precipitaré a pronunciar la sentencia de muerte que está prevista. Lo tomaré con paciencia y multiplicaré los suplicios más crueles, para consternar a los cristianos e impedirles que huyan.»

La muchedumbre estaba reunida alrededor del pretorio. Oficiales y gentes de la ciudad dijeron a Habib: «No debiste entregarte a quienes te buscaban.» Otros, por el contrario, afirmaban: «Has hecho bien entre-

gándote libremente. De esta manera demuestras que confiesas libremente a Cristo, y no por miedo.»

El gobernador hizo comparecer a Habib. Comenzó a interrogarle:

Lisanio: ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Qué haces?

Habib: Me llamo Habib. Soy de Tel-Sehe, soy diácono.

Lisanio: ¿Por qué has transgredido el edicto de los príncipes y has realizado oficios prohibidos por ellos? ¿Por qué te niegas a adorar a Zeus, a quien ellos adoran?

Habib: Los cristianos no adoramos a obras humanas que nada son.

Lisanio: No insistas en esa actitud, en la que te has presentado aquí, ultrajando a Zeus, la gloria misma de los emperadores.

Habib: Esta imagen no es la de Zeus, está hecha por mano de hombre. Dices bien al afirmar que ultrajo. Pero si la madera y los clavos demuestran que es obra de mano humana, ¿cómo puedo ultrajarle? El ultraje viene de él y recae sobre él.

Lisanio: El hecho de no adorarle es un ultraje.

Habib: Si yo le ultrajo no adorándole, ¿cuántos más lo han ultrajado, el carpintero que lo ha cincelado, el forjador que le clavó los clavos?

Al escuchar estas palabras, el gobernador le hizo flagelar sin piedad. Después dijo: «¿Obedecerás ahora? Si te niegas, te someteré a todos los suplicios.»

Habib: Tus amenazas nada son ante aquellas a las que estaba preparado cuando vine aquí. Por ellas me entregué.

El gobernador le hizo conducir a la cárcel.

Unos días más tarde, Habib fue llevado de nuevo ante el gobernador, que le dijo: «¿Estás dispuesto a rendirte y obedecer a los príncipes? Si te niegas, te obligaré a ello con estas peinetas de hierro.»

Habib: No he obedecido ni estoy dispuesto a hacerlo, y las peores torturas de tus emperadores no lo lograrán.

Le colgaron y descoyuntaron, mientras le desgarraban con las púas. Permaneció así hasta que los omóplatos cedieron.

Lisanio: ¿Estás ya decidido a sacrificar ante Zeus y quemar incienso?

Habib: Antes de la tortura me negué. Ahora, ¿crees que voy a obedecer y perder el mérito de mis sufrimientos?

Lisanio: Voy a emplear suplicios más crueles todavía. Estoy obligado a ello para hacerte obedecer los edictos imperiales.

Habib: Me reprochas mi insumisión. Y tú mismo, a quien los príncipes nombraron juez, transgredes leí edictos no haciendo lo que te han ordenado.

Lisanio: Yo me acuso en verdad de tener demasiada paciencia contigo.

Habib: Si no me hubieras atado y flagelado, desgarrado con púas de hierro y cogido mis pies con cepos, todavía podría creer en tu paciencia. Pero después de esto ya puedes hablar de paciencia.

Lisanio: Todo esto de nada te servirá. Nuevos y más crueles males te esperan.

Habib: Si no estuviera convencido de que el Señor me ayudará, no habría hablado.

Lisanio: ¿Adoras a un hombre y te niegas a adorar a Zeus?

Habib: No adoro a un hombre: está escrito: Mal-

dito sea quien confía en un hombre. Adoro a Dios y le doy gracias. Se revistió de carne y se hizo hombre.

Lisanio: Haz lo que los emperadores han mandado hacer. En cuanto a lo que tienes metido en la cabeza, si quieres echarlo fuera, bueno; si no, no lo hagas.

Habib: Esas dos cosas se oponen entre sí. El error se opone a la verdad. ¿Puedo yo ponerme en contradicción externamente con lo que es mi convicción íntima?

Lisanio: Te obligaré por medio de mis torturas.

Habib: Esos suplicios afirman todavía más mi voluntad, como el árbol al que se riega da más fruto.

Lisanio: ¿Qué fuerza pueden dar estos tormentos a tu árbol, sobre todo si te condeno a ser quemado?

Habib: Nosotros dos no consideramos las mismas realidades; yo contemplo las cosas invisibles, y es por ellas por lo que cumplo la voluntad del Creador y no la de ídolo inanimado.

Lisanio: Puesto que niegas a los dioses que adoran nuestros príncipes, te someteré de nuevo a las torturas de las púas de hierro. Mientras hablabas, ya te habías olvidado de ellas.

Y mientras le torturaban, Habib decía: «Los sufrimientos de esta vida nada son ante la gloria que está reservada a los que aman a Cristo.»

Viendo lo ineficaz del suplicio, el gobernador le dijo: «¿Te enseña tu religión a odiar tu propio cuerpo?»

Habib: Nosotros no odiamos nuestro cuerpo. Pero está escrito: Aquel que pierda su vida la ganará. Y también: No entreguéis las cosas santas a los perros, ni las perlas a los cerdos.

Lisanio: Ya sé que hablas así para irritarme, con el ím de precipitar tu fin. Pero de nuevo me llenaré de

paciencia para hacer crecer tus tormentos; espero veas caer tu carne a jirones.

Habib: Yo también espero ver cómo se multiplican tus suplicios, tal como has prometido.

Lisanio: Obedece a los edictos de los emperadores, que tienen poder de hacer lo que quieran.

Habib: No es propio de los hombres, sino sólo de Dios el hacer lo que le place; Él tiene poder sobre el cielo y sobre la tierra, y nadie puede reprenderle y decirle: ¿Qué haces tú?

Lisanio: La muerte por la espada será demasiado dulce ante tamaña insolencia. Te preparo una muerte más cruel.

Habib: La espero sin temblar. Ordena lo que mejor te parezca.

Lisanio: Que le quemem a fuego lento para que sea más horrible su muerte

A Habib se lo llevaron de la presencia del gobernador con un trozo de lana atado en la boca.

Los soldados le condujeron por la puerta oeste cerca del martirio de Abschel-lama, hijo de Abgar.

La madre del diácono está vestida de blanco y camina a su lado. Llegados al lugar de la ejecución, el mártir se irguió y oró, y también aquellos que le habían acompañado.

Después de orar, se volvió y bendijo a la muchedumbre que le deseaba la paz. Trajeron haces, que apilaron alrededor del cuerpo del mártir. Cuando el fuego estuvo prendido y las llamas se elevaron, le dijeron: «Abre la boca.» Y en el mismo instante en que abrió la boca, entregó su alma. Los cristianos le retiraron del fuego, le ungieron y perfumaron; después le pusieron sobre los haces.

Habib fue enterrado al lado de Gouria y de Schmouna, en la misma tumba en donde éstos habían sido enterrados, en la colina llamada Bet-Alah-Kikla, mientras cantaban salmos e himnos.

El mártir fue enterrado el viernes de la segunda semana de septiembre.

Yo, Teófilo, que era pagano de nacimiento y que he confesado a Cristo, me apresuré a copiar los hechos de Habib, como también lo hice para los de Gouria y Schmouna, sus compañeros de martirio.

Aquí acaba la narración del martirio del diácono Habib.

HACIA EL AÑO 309, EN CESÁREA

AGAPIO

En el año cuarto de la persecución que hemos vivido, Maximino, el príncipe de los tiranos, llegó el 20 de noviembre, un viernes, a Cesárea. Se vanagloriaba de haber venido para ofrecer al pueblo, en el teatro, un nuevo espectáculo.

Aquel día festejaba el Emperador la festividad de su nacimiento; por tanto, debía presentar a los asistentes un espectáculo digno de un César, para realzar la presencia del tirano en Cesárea. No encontró nada mejor que echar como pasto a las fieras a un cristiano. Era costumbre cada vez que llegaba un César ofrecer nuevos juegos: justas oratorias, dramas musicales, combates de gladiadores, toda una gama de diversiones y fiestas.

Era, por tanto, necesario que el Emperador ofreciera a su pueblo un gran y maravilloso espectáculo, digno de todos aquellos que le habían precedido. Pero el miserable no ofreció una fiesta digna del aniversa-

rio; una vez más se comportó como un tirano y ofendió a Dios; imaginó un espectáculo digno de sus gustos personales y de su carácter.

E hizo un mártir de Cristo de un llamado Agapio, de rara virtud, que se había distinguido por su modestia y su humildad. Agapio había sido condenado, con cierta mujer llamada Tecla, a ser echado a las fieras. Hicieron, por tanto, traer al valeroso confesor, y le presentaron a la muchedumbre en el anfiteatro. Ante él llevaban una pancarta con el motivo de la acusación. Su crimen era ser cristiano.

Un esclavo, que había asesinado a su dueño, era condenado al mismo suplicio: el mártir compartía su suerte con un asesino. Esto tuvo de común con el Salvador. Uno daba testimonio de Dios, Rey del universo; el otro expiaba su crimen. Tal había sido la sentencia del gobernador Urbano, que en aquellos tiempos gobernaba Palestina.

El Emperador Maximino, a pesar de todo, sobrepasó al injusto Urbano en crímenes y malas acciones. Amnistió al criminal, pura y simplemente; pero no quiso privar *ds* ver cómo el mártir de Cristo era devorado por las panteras y los lobos.

Cuando fue presentado en la tribuna, el mártir fue sometido a un nuevo interrogatorio. Le preguntaron si estaba dispuesto a renegar de su Dios y cambiar de opinión, en cuyo caso escaparía a los tormentos y a la muerte. Pero el mártir confesó su fe ante toda la muchedumbre y gritó: «Los que asistís a estos espectáculos, ¡oíd! He sido traído aquí, a la arena, no por un crimen, sino simplemente porque confieso la verdadera fe. Doy testimonio delante de todos vosotros de que existe un solo Dios, al que debéis reconocer y

adorar, el que ha creado el cielo y la tierra. Todo cuanto me suceda, lo soporto por su nombre, con la alegría del Espíritu Santo.»

Estas palabras del mártir, pronunciadas en el centro del anfiteatro, enfurecieron al tirano. Y ordenó que fueran azuzadas las fieras contra el mártir. El soldado de Dios, con paso apresurado, salió al encuentro de las fieras. Una loba feroz se lanzó sobre él y le desgarró. Se lo llevaron medio muerto a su calabozo, en donde vivió todo un día; después le ataron una piedra y fue echado al mar. El alma del glorioso mártir subió al reino de los cielos, al que aspiraba con toda su alma. Angeles y mártires le hicieron una buena acogida.

He aquí la historia heroica del valeroso mártir Agapio.

AÑO 310, EN CESÁREA

TEODOSIA

Hacía ya cinco años que la persecución se cebaba contra nosotros. Era el día 2 de abril. Confesores de Dios, encadenados, esperaban, ante el tribunal del gobernador. Un instante después iban a comparecer ante el juez.

Pero he aquí que una muchacha joven, Teodosia, originaria de Tiro, se acercó a ellos con bondad, les saludó y les rogó que se acordaran de ella cuando estuvieran en la presencia de Dios. Era una muchacha muy piadosa y muy santa, que había consagrado a Dios su virginidad. No tenía todavía los dieciocho años.

Mientras hablaba así a los acusados, los soldados la detuvieron como si hubiera cometido un delito, y la condujeron ante el gobernador Urbano.

Este, herido no se sabe por qué, se encolerizó furiosamente, como si la muchacha le hubiera insultado. Y le ordenó que sacrificara a los dioses. Ella se negó <-<m coraje viril. Entonces el tirano, más feroz que una írra, ordenó que la torturaran cruelmente, desgarrándole los costados y los senos. La martirizaron hasta que estuvieron a la vista los huesos y las entrañas.

En medio de estos tormentos, la muchacha guardaba silencio con heroísmo magnífico. Como seguía viviendo, el gobernador le ordenó que sacrificara una vez más. Ella se calló, después elevó los ojos con el rostro radiante. Resplandecía con una belleza incomparable.

Finalmente, dirigió la palabra al gobernador: «Tu espíritu, ¡ oh hombre!, está extraviado. Ignoras que mis deseos se han cumplido; he sido considerada digna de estar asociada a los mártires de Dios; estoy gozosa. He compartido sus sufrimientos; desde este instante también podré compartir su vida. Espero recibir la corona, esto es lo que anima mi valor. Doy gracias a Dios por todo ello con toda mi alma; incluso precederé a los confesores cuya intercesión pedía.»

Cuando se vio burlado de esta forma por una muchachita, incapaz de torturarla más por medio de suplicios mayores, el tirano condenó a la mártir a morir precipitada en el fondo del mar. Y por orden del gobernador, Teodosia fue echada al mar.

Urbano pasó a juzgar a nuestros confesores, como ya he dicho, aquellos que habían merecido para Teodosia la vida eterna. Y los envió a todos a las minas de cobre de Palestina, sin insulto ni violencia. La muchacha les había precedido en el combate, había sufrido todos los golpes que les estaban destinados; había cansado la crueldad del juez con su energía y su fuerza de alma.

Todo esto ocurrió en Cesárea, nuestra ciudad²³. Fue un domingo.

²³ Es Eusebio quien nos cuenta los acontecimientos. Véanse notas críticas al final del libro.

AÑO 320, EN SEBASTE, ARMENIA

TESTAMENTO DE LOS CUARENTA
MÁRTIRES

Melecio, Alio, Eutiquio, prisioneros de Cristo, a los santos, obispos, sacerdotes, diáconos y confesores y a todos los otros miembros de la Iglesia en esta ciudad y en todo el país, salud en Cristo.

Cuando, por la gracia de Dios y las oraciones comunes de todos los fieles, hayamos librado el combate que nos espera y recibido la recompensa ofrecida por quien nos llama de lo alto, considerar esto como nuestra última voluntad.

Deseamos que nuestros restos sean recogidos por el sacerdote Proido, nuestro padre; por nuestros hermanos Crispín y Gordio y el pueblo fiel, así como por Cirilo, Marco y Sapricio, hijo de Amonio; que sean depositados en Sarin, cerca de Zela. Es cierto que todos nosotros somos originarios de regiones diferentes; pero hemos preferido tener un único y solo lu-

gar de reposo, ya que hemos sostenido juntos el mismo combate, hemos resuelto reposar juntos en la tierra que designamos. Estas disposiciones expresan nuestra voluntad, y el Espíritu Santo ha querido sellarlas con su beneplácito.

Por esto, los que nos encontramos junto a Atio, Eutiquio y otros hermanos en Cristo, exhortamos a nuestros señores, a nuestros padres y a nuestros hermanos a que se abstengan de todo dolor y de toda inquietud. Les pedimos que respeten la decisión de nuestra fraterna comunidad. Os pedimos que respondáis rápidamente a nuestra petición, con el fin de obtener de nuestro Padre común la gran recompensa de nuestra deferencia y de nuestra compasión.

Todavía dirigimos a todos un ruego: Cuando retiren los restos del horno, que nadie conserve para sí ni uno solo, sino que se ponga todo cuidado en reunirlos y entregarlos a los que hemos dicho más arriba. Que cada uno muestre un presuroso celo y demuestre la sinceridad de sus nobles sentimientos. Que sea recompensado por sus fatigas y por su compasión. Por eso María, por haber permanecido valientemente junto al sepulcro del Señor, vio al Señor antes que todos los demás, y fue la primera en recibir la gracia de la alegría y de la bendición.

Pero si alguien se opusiera a nuestra voluntad, que sea excluido de las recompensas divinas y hecho responsable de su falta. Habrá faltado a la justicia por un fútil capricho, y habrá intentado, tanto como puede hacerlo, separarnos los unos de los otros, a nosotros a quienes el Santo Salvador ha reunido en la fe por su gracia y su Providencia.

Si, por bondad de Dios que ama a los hombres, el joven Eunico llegara con nosotros al final del com-

bate, merecerá tener lugar en nuestra morada primera. Pero si, por la gracia de Dios, sale sano y salvo de la prisión y debe todavía enfrentarse con las tribulaciones de este mundo, le recomendamos que viva en la libertad evangélica, según la escuela de nuestro martirio, y le exhortamos a guardar los mandamientos de Cristo. En el gran día de la resurrección obtendrá la suerte de la misma bienaventuranza que nosotros, por haber soportado en el mundo las mismas tribulaciones. Aquel que se olvida de sí mismo por su hermano, en Dios tiene puesta su mirada. Aquel que se comporta mal con los suyos pisotea los mandamientos de Dios. Y está escrito: «El que ama la iniquidad odia su alma.»

Por eso os pedimos, hermano Crispín..., y os recomiendo alejaros de todas las fruiciones y errores del mundo. La gloria de este mundo es frágil y efímera. Florece por poco tiempo, y muy pronto, como la hierba, se marchita; la hora de su desaparición llega más rápidamente que la de sus comienzos. Apresuraos más bien a vivir en la presencia de Dios, amigo mío. Pues Dios da a aquellos que van a Él riquezas sin fin y concede una vida eterna a los que creen en Él.

Para aquellos que quieren salvarse, ningún momento más favorable. Es la hora de los previsores, la hora fijada para el arrepentimiento, la hora de las buenas obras. Son imprevisibles los cambios en la vida. Pero si os llega alguno, probad la pureza de vuestra piedad, aprovechando tal cambio para transformar vuestra vida y para borrar las huellas de las faltas pasadas. Tal como os encuentro, dice el Señor, tal os juzgo. Tratad, pues, de permanecer irreprochables en la práctica de los mandamientos de Cristo. De esta manera escaparéis del fuego eterno que no se extingue. Hace mu-

cho tiempo que la voz divina nos grita: «Corto es el tiempo.»

Por encima de todo, estimad la caridad; sólo ella respeta la justicia, sólo ella escucha la ley del amor fraterno y obedece a Dios. Pues en el hermano a quien vemos, honramos a Dios invisible. Y si llamamos hermanos a los nacidos de la misma madre en la fe, todos los que aman a Cristo son hermanos. ¿No lo ha dicho nuestro Salvador y Dios? No son tanto hermanos los que llevan la misma sangre, como aquellos que se esfuerzan en vivir plenamente su fe y que cumplen la voluntad de nuestro Padre, que está en los cielos.

Saludamos al señor sacerdote Felipe, Proclamio y Diógenes y a la Santa Iglesia. Saludamos al señor sacerdote Proclamio, que vive en Fidela, a la Santa Iglesia y a todos los suyos. Saludamos a Máximo y a la Iglesia. Saludamos a Domo y los suyos; lies, nuestro padre; Valente y la Iglesia

Yo, Melecio, saludo a mis padres, Lutanio, Crispo, Gordio y los suyos, Elpidio y los suyos, Hiperquio y los suyos.

Saludamos también a los fieles de la región de Sarin, al sacerdote y los suyos, los diáconos y los suyos, Máximo y los suyos, Hysiquio y los suyos. Ciriaco y los suyos. Saludamos a todos aquellos que están en Kadú, a cada uno en particular. Saludamos a los de Carisfoné, a cada uno en particular.

Y yo, Atio, saludo a mis padres, Marco, Aculina y al padre Claudio, a mis hermanos Marco, Tifón, Gordio y Crispo, a mis hermanas, a mi esposa Doma y a mi hijo.

Y yo, Eutiquio, saludo a los fieles de Zimara, a mi

madre Julia, a mis hermanos Cirilo, Rufo y Rigió, Cirila, a mi novia Basilia y a los diáconos Claudio, Rufino y Proclo. Saludamos también a los servidores de Dios Sapricio, hijo de Amonio; Genesio, Sosana y los suyos.

Os saludamos a todos, nuestros señores, nosotros, los cuarenta hermanos y compañeros de cautividad, Meletio, Atio, Eutiquio, Cirion, Cándido, Angias, Cayo, Judión, Heraclio, Juan, Teófilo, Sisinio, Smaragda, Filotecmon, Gorgonio, Cirilo, Severiano, Teódulo, Nicallo, Flavio, Xantio, Valerio, Hysiquio, Domiciano, Domo, Heliano, Leoncio el llamado también Toecristo, Eunoico, Valente, Acacio, Alejandro, Vicracio, llamado también Bibiano, Prico, Sacerdon, Eccidio, Atanasio, Lisícamo, Claudio, lies y Melitón.

Nosotros, los cuarenta cautivos del Señor Jesucristo, hemos escrito por la mano de uno de nosotros, Melecio; sancionamos y aprobamos todo lo que aquí está escrito. Con toda nuestra alma rogamos en el Espíritu Santo, con el fin de que todos obtengamos los bienes eternos de Dios y su reino, ahora y en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 341, EN KARKA-DE-LEDAN

MARTIRIO DEL BIENAVENTURADO SIMEÓN BAR SABAE ^{2*}

En el año 117 del Imperio persa, el 31.º del reinado de Sapor, el rey de reyes, se produjo una gran persecución contra nuestro pueblo. En esta época, Simeón, sobrenombrado Sabae, era obispo de las ciudades de Seleucia y de Ctesifon²⁵. Se sacrificó muriendo por su Dios y por su pueblo.

Al ver las tribulaciones que abruman a su Iglesia, se ofreció como oblación, de la misma manera que Judas Macabeo cuando perseguían a su pueblo.

¡Oh ejemplares sacerdotes, Judas y Simeón! Uno salvó a su pueblo por medio del combate, el otro con la muerte. Uno íué glorificado por su victoria, el otro por su derrota. Judas, luchando, exaltó a su pueblo; Simeón, con su muerte, devolvió la libertad al suyo.

²⁴ El santo se llama Simeón o Simón. Bar Sabbae significa hijo de teñidores de paños, de cueros/

²⁵ Capital y residencia del rey de Persia,

Simeón, el glorioso obispo, con la gracia del Señor, escribió la siguiente carta al rey:

«Cristo rescató a la Iglesia con su muerte, liberó a su pueblo con su sangre, alivió a los que vivían abrumados con su Pasión e hizo suave el yugo de los servidores con su cruz. La promesa se refiere a otro siglo, en el que su reino no tendrá fin. Jesús es el rey de reyes. No os será posible someternos. Somos hombres libres, no seremos esclavos de los hombres. Nuestro Dios es también vuestro Señor; Él es el creador de vuestros dioses. Nosotros no podemos adorar a sus criaturas. Nos recomendó: no llevéis en vuestros cintos ni oro ni plata. No tenemos oro que daros ni dinero para pagar los impuestos. El Apóstol nos lia dicho: «Habéis sido rescatados a gran precio; no seáis esclavos de los hombres»²⁰.

El rey se irritó al recibir esta carta, y en medio de su cólera envió un mensajero a que dijera al obispo: «¿Por qué quieres acortar tu vida como la de tus correligionarios; por qué buscas su muerte y la suya, que os encamina a los infiernos? Con tu orgullo y tu agitación empujas a tu pueblo contra mí. Voy a ocuparme de vosotros y os suprimiré de la tierra y di; entre los hombres.»

Pero nuestro héroe le dio esta valerosa respuesta: «Jesús murió por toda la tierra y la liberó. Yo estoy dispuesto a morir por mi pequeño rebaño, que jamás Ir entregaré libremente. ¿De qué me serviría una vida pasada en el pecado, con una conciencia culpable, mientras los siervos de mi Señor viven oprimidos?

Me horroriza pagar por mi vida el precio de la sangre que rescató a los cristianos, salvar mi cuerpo despreciando la muerte de Cristo.

No haré nada para escapar de la muerte, en la cual el verdadero Gran Sacerdote se inmoló; pero yo daré mi sangre y mi vida por mi rebaño. ¿Qué supone mi muerte junto a la de mi Señor? En lo que se refiere a tu amenaza, «haré desaparecer a tus compañeros», esto es asunto tuyo y no mío, esto recae sobre ti. Morirán para salvar sus almas. Ya tendrás tiempo de convencerte.»

Encolerizado, el rey condenó a ser decapitados a los sacerdotes y levitas; hizo demoler las iglesias y profanar los objetos sagrados. En lo que se refiere a Simeón, dijo: «Traedme al jefe de esos magos; ha rechazado mi reino por el César, cuyo Dios adora²⁷, mientras desprecia el mío.»

El obispo Simeón fue encadenado en Seleucia para ser deportado a la región de los Hizitas con dos viejos sacerdotes del colegio de los Doce, que se llamaban Abdaikla y Hanania.

Al atravesar la ciudad, los que les conducían tomaron la dirección de la magnífica iglesia que había construido. El quiso evitarlo, porque acababa de ser cedida a una sociedad judía, gracias a la influencia de los magos persas. Simeón añadió: «Si la veo mi corazón se romperá y será trastornado mi espíritu. He de ser testigo de cosas más atroces todavía.»

En pocos días hicieron el camino que les separaba de Karka-de-Ledan. El gran «mobed»²⁵ dijo enton-

ees al rey; «Aquí tienes al jefe de los magos.» El rey le hizo entrar. En el umbral, Simeón no se prosternó ante el rey, lo que le irritó todavía más, y le dijo:

El rey: Considero que es verdad todo lo que he oído acerca de ti. ¿Por qué en otro tiempo adorabas nuestros dioses y ahora no los adoras?

Simeón: Es la primera vez que nos vemos encadenado. Hasta ahora no había sido requerido para traicionar a mi Dios, que es el verdadero.

Los magos: Este hombre, negándose a pagar el impuesto, fomenta la rebelión contra tu autoridad. No merece vivir.

Simeón: Hombres abyectos, ¿no os basta con haber arrebatado este reino a Dios? ¿Queréis además arrastrarnos a vuestra impiedad?

El rey: Dejemos a un lado el asunto del impuesto. Simeón, te doy un consejo: adora junto a mí al rey sol y vivirás, así como tu pueblo.

Simeón: Yo no te he adorado, siendo así que eres más excelente que el sol. Tienes un alma y una inteligencia. ¿Cómo puedo adorar yo al sol sin alma? En cuanto a tu promesa gracias a ti mi pueblo vivirá, mi Señor, que es también el de mi pueblo, ha sido crucificado. Yo soy su siervo, estoy dispuesto a morir por Él y por mi pueblo.

El rey: Si al menos confesaras a un Dios vivo, lo comprendería; pero crees en un Dios que ha sido crucificado, según dices. Haz lo que pido: adora al sol, cuyo orto hace vivir a toda criatura, y te colmaré de inmensos presentes; te haré grande y poderoso en todo mi reino.

Simeón: Jesús es el Señor del sol y el creador de los hombres. Cuando sufría a manos del hombre, el

sol que creó se vistió de duelo, como un servidor participa en las tribulaciones de su señor. Al tercer día, Jesús resucitó y subió a la gloria del cielo. En cuanto a tus presentes, el poder y la magnificencia que me prometes, más grande los hay preparados y de los cuales no tienes idea.

El rey: No es prudente arrastrar en tu obstinación a todos los demás. Piensa en tu muerte y en la de los millares que me propongo exterminar. Detente, pues estoy dispuesto a verter la sangre de miríadas.

Simeón: Si viertes sangre inocente, como anuncias, tendrás que dar cuenta al Juez el día de la venganza. Yo solo sé que tus víctimas engendrarán gracia a su alrededor cuando mueran, pero su condenación será tu error. En lo que se refiere a mi vida, sobre la que tú tienes poder en este mundo, tómala ahora mismo por el tipo de muerte que plazca a tu voluntad perversa,

El rey': No quieres salvar tu vida por tu orgullo, que salta a los ojos. Voy a horrorizar a tus correligionarios por tu muerte, que será terrible. Después harán mi voluntad, y harán bien.

Simeón: No sucederá que los fieles mueran a la vida de Dios para salvar la vida. Inténtalo, y verás cómo su voluntad es más fuerte que tu mala voluntad. Cada uno de ellos lleva en su alma la verdad, que se afirma y no se deja quebrantar. Has de saber, oh rey, que no estamos dispuestos a cambiar nuestra gloria magnífica y eterna, que es Jesús, nuestro Salvador, contra la corona brillante, pero pasajera.

El rey: Con la espada destruiré tu belleza y cubriré de sangre tu noble prestancia si mañana al tiempo indicado, ante los grandes de mi corte, no me adoras junto con el sol, el dios de Oriente.

Simeón: Quien puede hacer del sol un dios adorable, siendo así que tú no eres más que un hombre, es más grande que el mismo sol; piénsalo si te place. Me amenazas diciendo «destruiré tu belleza». Hay quien sabrá resucitar y cubrir con la luminosidad de su gloria este ser vil que ha creado y sacado de la nada.

Entonces el rey hizo que le llevaran a la cárcel hasta el día siguiente, diciendo: «Quizá cambie de opinión y escucharé mis consejos.»

Cuando a la salida del palacio encadenaban a Simeón, había junto a ellos un eunuco ya anciano. Había sido el preceptor del rey. Tenía título de «arzabed» (mayordomo), y gozaba en todo el reino de consideración general. Se llamaba Ustazad ²⁹, lo que significa Noble del Reino. Era cristiano, y durante esta persecución se había rendido a instancias del rey y había adorado al sol. Cuando vio a Simeón, se levantó y le saludó. Nuestro santo ni siquiera le miró, apartó la vista con indignación.

En aquel mismo instante el eunuco comenzó a sentir arrepentimiento por su falta, se lamentaba y llorando decía: «Si Simeón, que fue un amigo, está irritado contra mí, ¿cómo no lo estará Dios, del que he renegado?» Volvió a su casa, se quitó y despojó de sus vestidos cortesanos, se revistió de duelo y volvió al lugar en donde estaba sentado antes. Este cambio no pasó inadvertido a nadie. Informaron al rey.

Este envió un mensajero a decirle: «¿Qué significa esta locura? Yo vivo y llevo la diadema y tú vistes de duelo. ¿Has perdido uno de tus hijos o encontrado el cadáver de tu mujer?» Pero el eunuco le envió esta respuesta: «Soy digno de la muerte. Ordena que me quiten la vida.»

Sorprendido, el rey le llamó para saber por sus propios labios la causa de este cambio sorprendente. El eunuco entró a presencia del rey.

El rey: ¿Estás poseído por un demonio para imponer a tu rey el espectáculo de este duelo?

Ustazad: No estoy poseído. Soy sabio y prudente.

El rey: ¿Por qué te has vestido de duelo y haces que me digan soy digno de la muerte?

Ustazad: Lo he hecho porque no he sido leal para con Dios y para contigo. He renegado de Dios, he abandonado la verdad y he hecho tu voluntad. Te he engañado. He adorado al sol sólo externamente, sin creer en él.

Al escuchar estas palabras, la cólera del rey se inflamó y le dijo: «¿Este es el motivo de tu duelo, viejo insensato? Voy a hundirte inmediatamente en el duelo verdadero a ti y a tu familia si te obstinas en ese estado de ánimo.»

Ustazad: Di mi palabra al Dios que ha creado la tierra y el cielo, ya no volveré a hacer tu voluntad como en el pasado. Soy cristiano, y no volveré a renegar del verdadero Dios por un hombre engañoso.

El rey: Tengo piedad por tu edad y por las relaciones que te unieron con mi padre antes que conmigo. Quiero tener paciencia suficiente para actuar en ti por medio de la persuasión. Pero guárdate de seguir defendiendo las ideas de esos magos; te va en ello la vida.

Ustazad: Estoy seguro, oh rey, que ni tú ni los reyes ni los grandes del reino podrán apartarme de la verdad, hacerme adorar a criaturas y renegar de mi Creador.

El rey: ¡Bandido! ¿Es que yo adoro a criaturas?

Ustazad: ¡Si al menos adoraras a criaturas dotadas de alma y de vida! pero tu culto se dirige a aquellas que no tienen alma ni inteligencia, cuya utilidad consiste en servir a los hombres.

El rey se encolerizó de tal manera, que le hubiera cortado la cabeza allí mismo. Cuando conducían al mártir al lugar de la ejecución, éste dijo a la guardia: «Quiero enviar unas palabras al rey; esperad un momento.» E hicieron un alto, pues todos tenían la esperanza que Ustazad se desdijera. El eunuco hizo decir al rey: «Siempre fui leal, conservé todo secreto que me fue confiado; he dado pruebas de sinceridad para con tu padre y para contigo mismo, como tú mismo has confesado. Sólo tengo una cosa que pedirte: que un heraldo proclame a los cuatro vientos: Ustazad ha sido condenado a muerte, no por haber divulgado un secreto de Estado ni por cualquier otra falta; muere porque es cristiano y se ha negado a apostatar»³⁰

El glorioso mártir pensaba para sí: «Puesto que se ha extendido por todas partes la noticia de que había apostado, muchos han flaqueado por esto. Si ahora muero, no sabrán la razón. Si la saben, comprenderán que he sido confortado. Quiero dejar tras de mí un testimonio, con el fin de que todos los cristianos sepan que muero por Cristo y confíen de nuevo.

Tal era la preocupación del prudente anciano para con la comunidad de los cristianos. De esta forma se preparó al martirio este hombre cargado de experiencia, pensando en la utilidad de toda la Iglesia. De esta forma promovió muchos héroes y los preparó para el martirio.

El rey ordenó que un heraldo anunciara lo que Us-tazad había pedido. Creía que así serían los más los que Raquearían y renegarían de su fe. En su locura no pensaba que iba a dar al rebaño el placer de seguir este ejemplo.

El anciano dio su vida por Cristo el 13 del mes de nisán, el jueves de la gran semana de los ázimos³¹.

Cuando Simeón conoció esta noticia, estando en la cárcel, se llenó de alegría, y, feliz, expresó su admiración diciendo: «¡Oh Cristo, qué inmenso es tu amor! Grande es, Dios, tu misericordia. Maravilloso, Jesús, tu poder. Resucitas a los muertos, levantas a los que caen, conviertes a los pecadores. Das de nuevo esperanza a los desesperados. Aquel al que yo creía el último, es el primero ahora; le creía perdido, helo aquí en la casa; lejos de la fe, y he aquí que es el que está más cerca; le creí en las tinieblas, y comparte el mismo festín. Creía precederle, y va ante mí. Ha destruido el muro de la muerte para mi alegría, y me ha enseñado el camino de la salvación. Se ha convertido en mi guía por el camino estrecho a través de las tribulaciones. ¿Qué espero ya? Me ha dejado un consejo: levántate, me dice. Me mira, y me dice: Ven. No te preocupes ya por mí, Simeón; no te aflijas más. Entra gozosamente en la mansión que

me has preparado y en el descanso. Nos hemos alegrado en cosas que pasan, gocémonos ahora en aquellas que permanecen. Escucharé esta voz, y ardo en deseos de seguir su camino. ¡Bendita hora en la que me conducirán al lugar de mi muerte! Entonces, tentaciones y tribulaciones se habrán agotado para siempre!»

Entonces Simeón se levantó para orar: «Concédeme, Señor, la corona; ya sabes cuánto la deseo, pues te amo con toda mi alma y con toda mi vida. Me alegro, porque voy a verte, y Tú me darás el descanso eterno. Ya no viviré sobre esta tierra, ya no tendré que ver el sufrimiento de mi pueblo, las iglesias devastadas, destruidos los altares, perseguido en todas partes tu clero, los débiles manchados, los pusilánimes apartados de su camino y de la verdad y mi pueblo, tan numeroso, dispersado por la persecución. Ya no veré a mis numerosos amigos devenir en la intimidad de sus corazones, mis enemigos y mis asesinos, ni los amigos de una hora desaparecidos por la tribulación, mientras los verdugos se burlan y se yerquen en su soberbia contra nuestro pueblo.

Ahora voy a perseverar en mi vocación con heroísmo y me mantendré con coraje en el camino trazado con el fin de ser un ejemplo para todo el pueblo de Oriente. Yo he comido en los primeros puestos; ahora quiero morir al frente de mis hermanos y dar mi sangre con ellos; con ellos quiero recibir la vida que no conoce ni penas, ni cuidados, ni angustia, ni perseguidor, ni perseguido, ni opresor, ni oprimido, ni tirano, ni víctima; ya no conoceré más las amenazas de los reyes ni las violencias de los sátrapas; ya nadie me citará ante su tribunal o me hará temblar; nadie más me violentará o me aterrorizará.

Las ialtas de mis pasos serán curadas en Ti, oh Camino de Verdad; las fatigas de mis miembros encontrarán en Ti el reposo, oh Cristo, óleo de mis unciones sagradas. En Ti desaparece la tristeza de mi alma; Tú eres la copa de mi salvación; las lágrimas de mis ojos serán secadas, mi consolación y mi gozo.»

Dos ancianos que estaban en la cárcel junto con Simeón estaban admirados mientras le oían orar de tal manera. Tenía las manos elevadas al cielo y su rostro tenía la tersura de una rosa.

La víspera del día 14, en el que murió el Señor, Simeón no se entregó al sueño, sino que oró en estos términos: «Señor, haz que en este día y en la hora precisa de tu muerte sea juzgado digno de beber tu cáliz. Deseo que las edades venideras puedan decir: Simeón murió el mismo día que el Señor, y que los padres puedan contar a sus hijos: Simeón vio cumplidos todos sus deseos, murió el mismo día que su Dios, y fue inmolado como el día 14 de nisán.»

A la hora tercia del mismo día, una orden urgente le sacó de la cárcel. Llevado ante el rey, Simón se negó a adorarle.

Tomando la palabra, el rey le dijo: «¿En qué estado de espíritu has pasado la última noche? ¿Sella-mos nuestra amistad o te envío al infierno?»

Nuestro santo respondió: «He pasado la noche reflexionando en este pensamiento precioso: Tu enemis-tad vale más que tu amor.»

El rey: Adora al sol una sola vez, y serás libre para siempre y escaparás a aquellos que quieren tu vida.

Simeón: No será nunca dicho sobre la tierra para

gozo de mis enemigos: Simeón renegó de su Dios y adoró la nada por temor a la muerte.

El rey: Has de saber, Simeón, que te tenía afecto; por esta razón te he tratado con paciencia; he intentado convencerte y tú no has querido escucharme. Ahora verás.

Simeón: Todo esto de nada sirve, majestad. No tardes en ordenarme; es ya hora de que tome parte en el festín; envíame allí sin más tardar; la mesa está dispuesta y mi puesto designado.

Simeón estaba en medio de la asamblea, y en sus rasgos había una maravillosa belleza radiante, hasta el punto que el rey no pudo menos que decir a los príncipes y a los notables allí presentes: «He visto naciones extranjeras y tierras lejanas, jamás vi semejante belleza y tal prestancia. Mirad, no se cuida para nada de sí mismo, hasta tal punto está rebosante de su doctrina.»

Todo el mundo le respondió: «Guárdate, señor, de considerar la belleza de su cuerpo, piensa sólo en la belleza de las almas que ha seducido y corrompido con sus enseñanzas.»

Simeón fue condenado a morir decapitado. Los notables del reino le condujeron al lugar de su muerte. En la misma ciudad había encarcelado un centenar de hombres: algunos obispos de otras ciudades, sacerdotes, diáconos, monjes. Fueron conducidos junto a Simón a la muerte. Por orden del rey, el jefe de los magos les preguntó: «Si adoráis al gran sol salvaréis la vida.»

Todos respondieron con potente voz: «La muerte es poca cosa en comparación con nuestra fe; dar la vida es nada, en comparación con nuestro amor a Cristo; el golpe de vuestra espada sólo dura un ins-

tante; pero nosotros tenemos la esperanza de resucitar a la vida eterna. No adoraremos al sol ni nos meteremos al rey. Ejecuta sin más tardar las órdenes que tú has recibido, enemigo que odia a nuestro pueblo.»

Fue dada la orden de ejecutar a todos estos bienaventurados ante Simeón, el héroe de la virtud. Creían que al verlos envueltos en el terror de la muerte, se acobardaría y se inclinaría ante la voluntad real. Condujeron, pues, al lugar del suplicio a esta procesión de confesores y comenzaron a ejecutarlos. Simeón estaba a su lado y les animaba diciendo: «Sed valerosos, hermanos; confiad en Dios y no temáis. Seréis amortajados con vuestra resurrección, esperando los clarines del Juicio. Vuestra resurrección dormirá con vosotros para despertaros a los sonos de la trompeta. El Señor fue muerto, y vive. Cuando hayáis muerto como Él, viviréis junto a Él. Acordaos de sus palabras: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma.»

Aquel que pierde su alma por mi nombre, la encontrará en la vida eterna. Conoceréis la verdad en esto: el hombre ha de dar la vida por su amigo. Por tanto, si dais la vida por la verdad, seréis recompensados por los amigos. Considerad las palabras del apóstol: «Acordaos de Jesucristo, que resucitó de entre los muertos; si morís con Él viviréis con Él.» Si sois constantes en el sufrimiento, compartiremos con Él el reino. Y si vivos compartimos la muerte de Jesús, la vida de Jesús se manifestará en nuestro cuerpo de carne.

Es la hora de la muerte; pero sabed, mis bienamados, que nuestra muerte se trocará en vida eterna, mientras que esta vida se trueca en muerte eterna.

Aquel que niega a Dios dejará de existir. A pesar de las tribulaciones de esta hora, sabemos que poseeremos una gloria más grande y una dignidad eterna. El hombre exterior está sometido a la corrupción, mientras que el hombre interior se transforma. Y quien ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos también nos resucitará con Él en su reino.

Mientras estamos en este mundo, estamos muertos a Dios; ahora que abandonamos este mundo, vamos a reunimos con el Señor en la gloria. Nosotros le amamos y Él nos lo premia; nosotros aportamos la caridad, Él aporta la gracia, nosotros las penas y Él la recompensa; nosotros la pasión, Él la resurrección. Damos nuestra sangre y Él su reino, con la alegría, el sosiego, el festín según sus palabras: «Siervos buenos, entrad en el gozo de vuestro Señor. Multiplicad el talento, recibid diez talentos como herencia.»

Cuando todos estos hombres gloriosos hubieron muerto decapitados para recibir cien coronas, sólo quedaba Simeón y los dos ancianos que le acompañaban. Mientras le despojaban de uno de sus vestidos para atarle, su cuerpo temblaba, pero su alma permanecía impávida. Un hombre poderoso, de nombre Pusai, que era maestro de obras de los talleres reales y no hacía mucho que acababa de recibir esta dignidad, estaba allí y decía al anciano: «No tiembles, Hanania, no tiembles. Alza tus ojos y verás la luz de Cristo»³².

Pusai fue apresado allí mismo, conducido ante el rey y acusado de traición por lo que acababa de decir.

El rey: ¿No eres digno de la muerte acaso? ¿No te colmé de honores? ¿Por qué te has burlado de mí, yendo a ver morir a esos criminales?

Pusai: Su muerte me proporciona la vida. Renuncio al honor que me hiciste, porque estaba lleno de mentiras; profeso la muerte que les diste, pues es sinónimo de gozo.

El rey: Insensato, ¿buscas para ti la misma suerte?

Pusai: Soy cristiano y creo en su Dios; por eso prefiero la muerte y repudio tus honores.

Llevado de una cólera violenta, el rey decidió que no moriría de forma habitual. «Ha rechazado mis dignidades y se ha permitido hablarme como mi igual; arrancadle la lengua para que sirva de ejemplo a todos.»

Las órdenes del rey fueron cumplidas escrupulosamente. El mártir murió en aquel mismo día.

Tenía una hija, que también fue acusada de ser cristiana. Fueron a buscarla. Y fue muerta, por Cristo, su esperanza...

En el momento de morir, Simeón oró de la siguiente manera³³.

«Señor Jesús, que oraste por tus verdugos y nos enseñaste a orar por nuestros enemigos, te dignaste aceptar el alma de tu diácono Esteban, que oró por aquellos que le lapidaron; acoge también las almas de los hermanos y la mía junto con todos los testigos que fueron coronados en Occidente, los santos apóstoles y los santos profetas. No acuses de esta falta a los perseguidores y a los asesinos de tu cuerpo, sino con-

cédeles la conversión y que reconozcan tu divinidad y tu señorío.

Bendice, Señor, las ciudades de Oriente que me confiaste. Guarda a los fieles de este país como las niñas de tus ojos. Cobíjales bajo las alas de tu protección hasta el final de estas tribulaciones. Permanece con ellos hasta la consumación de los siglos, según prometiste. Bendice también a esta ciudad de Karka, en donde fuimos apresados y coronados. Que tu cruz la conserve en la verdadera fe, ahora y siempre y en las eternidades de eternidades. Amén.»

Con estas palabras, el glorioso Simeón consiguió la victoria con su decapitación. Era la hora nona del Viernes Santo. En aquel momento, la oscuridad invadió la tierra y los espectadores se estremecieron con gran temor.

Los cuerpos de los bienaventurados Simeón bar Sabae, de los obispos y de todos los mártires que murieron con ellos fueron recogidos juntos, durante la noche, ocultamente, y recibieron digna sepultura. Varios hombres, que servían en los ejércitos del rey, pidieron reliquias de los santos mártires; fueron concedidas por los obispos que estaban en aquellos días en la ciudad de Karka. Estos obispos eran los únicos habitantes del país que no fueron molestados y enviados en aquella época al martirio. La ciudad era de reciente construcción y el rey quería cuidarla especialmente, así como también a la población que en ella se había instalado. Había llevado a ella prisioneros de diversas regiones; les perdonaba por estar exiliados lejos de su país natal, de sus casas.

He aquí los acontecimientos que sucedieron hasta este día y la narración del martirio de Simeón, el ca-

tólico de Oriente ³⁴, llamado bar Sabbae, y de los cien gloriosos mártires, sus compañeros.

Con la gracia de Dios hemos redactado esta narración con la ayuda de numerosas versiones que los hombres diligentes habían hecho antes que nosotros. Así se termina la historia de San Simeón y de sus compañeros coronados con él. Que en sus oraciones recuerden a los fieles y también del pecador que ha escrito esta narración. Amén.

AÑO 341, EN KARKA-DE-LEDAN

PU SAI

Vamos a contar la confesión del valeroso Pusai³⁰. En el rebaño de Cristo, fue, primero, una fiel oveja, antes de devenir el pastor valiente que no se contentó con proteger a su rebaño, sino que sostuvo el valor de los otros pastores. Vamos a contar su historia desde el comienzo.

La familia de Pusai descendía de prisioneros de guerra capturados por el rey Sapor y que este último había trasplantado de Bet Romaje a Beh-Sapor, una ciudad de la provincia de Pars. Antes de haber sido hecho prisionero, Pusai vivía tranquilamente su fe cristiana. Por orden del rey, habitaba en Beh-Sapor, de la que era gobernador. Se casó con una mujer persa de la ciudad, la instruyó en la religión cristiana, hizo bautizar a sus hijos y los educó en la fe.

Cuando el rey Sapor, que desencadenó la persecución por las iglesias de Oriente, construyó la ciudad de Karka, llevó a ésta prisioneros de guerra de distintas regiones, a los que sumó habitantes de todas las ciudades de su reino en grupos de treinta familias. Su intención era que los prisioneros se arraigaran allí, permitiéndoles casarse, lo que disminuía de forma singular los intentos de evasión.

Tales eran los propósitos de Sapor. Dios, en su misericordia, utilizó el cruzamiento de deportados con los autóctonos paganos para dirigirlos por el camino de la fe y de la verdad. Con otras familias, por orden del rey, llevaron a Karka los habitantes de Beh-Sapor, y entre éstos a Pusai y a su mujer, sus hijos, sus hermanos y hermanas y a toda su casa. Pusai era un artesano muy calificado, y era maestro en el arte de tejer y de bordar en oro. Formaba parte del grupo de obreros que el rey había seleccionado entre los prisioneros y los autóctonos, a los que había organizado en gremios con múltiples secciones, y cuyos talleres había instalado junto a su palacio de Karka. Como Pusai era muy hábil, fue altamente considerado por el rey; éste no cesaba de cubrirle de honores y presentes, y no tardó en ponerle al frente del taller. Todos los días, Pusai se distinguía ante todos los demás.

Unos días antes de la persecución y del encarcelamiento del bienaventurado Simeón y de otros muchos cristianos, Pusai acababa de recibir una nueva prueba de la estima y de la consideración real: el rey le había puesto al frente de todos los talleres y de todos los obreros que en ellos trabajaban de todo el reino. Unos días más tarde recibió del rey la orden de inspeccionar a los obreros de la ciudad de Schadhur, que

en arameo se llama Rama. Al dirigirse a ella, Pusai vio al grupo de ciento tres confesores, Simeón y sus compañeros, a los que conducían al lugar de su ejecución. El creyente Pusai fue con ellos para asistir a su testimonio supremo.

Cien mártires habían ya muerto por la espada, cuando llevaron al lugar de la ejecución a un anciano; estaba extenuado y temblaban todos sus miembros de flaqueza y no por temor. Se llamaba Hanania. Era un venerable sacerdote de la iglesia principal de Seleucia, en Bet Aramaje. Cuando le despojaron de sus vestidos para atarle, Pusai advirtió que temblaba; creyó que era de miedo, y, de entre la muchedumbre, le dijo: «Valor, Hanania, no tengas miedo, cierra los ojos y verás la luz de Cristo.»

Sus palabras promovieron un asombro lleno de admiración por haber sido dichas precisamente por Pusai, y tanto más cuanto que el terror amenazaba por todas partes. El gran mago y los otros altos comisarios estaban perplejos al ver a un hombre que consideraban como uno de los primeros magos, que había recibido honores y presentes del rey, que disfrutaba de una situación sin par, pertenecer al grupo de los confesores y alentar el valor de los mártires. El gran mago le hizo detener allí mismo y conducirlo preso.

Le preguntó: «¿Eres cristiano?» El valeroso Pusai le respondió: «Tu pregunta es ociosa; mis palabras te demuestran que soy cristiano.»

Mago: ¿Te has convertido o fuiste bautizado por tus padres?

Pusai: Lejos de mí el repudiar la fe de mis padres. He nacido en el seno del cristianismo.

El gran mago la hizo encarcelar hasta que fuera informado el rey de tales palabras.

Al día siguiente del viernes, aquel viernes en el que el bienaventurado Simeón y sus compañeros fueron coronados, el primer ministro se presentó ante el rey y le expuso la actitud de Pusai. El rey quedó muy sorprendido. Se golpeó el muslo y dijo: «En verdad, por la felicidad de los dioses, yo no sabía que ese hombre fuera cristiano. Si lo hubiera sabido, jamás le hubiese confiado ni nuestro trabajo ni el de los dioses; no le hubiera colmado con tan insigne honra. Creí que era persa, que había adoptado nuestra religión.

Lo que más me irrita es que, conociendo mis disposiciones para con los cristianos, él sabe que rujo como un león contra ellos y que quiera exterminarlos, se burle de mí como un zorro, se me oponga abiertamente y no tenga en cuenta para nada ni mis órdenes ni mis amenazas. Lo peor no es que se contente con profesar esta religión impía, sino que anime a los otros. Por esto, juro por los dioses y me hago responsable del juramento, ante el sol que juzga a la tierra, que habrá de repudiar esa religión falsa; de lo contrario, sus días están contados.»

El rey hizo que le llevaran a su presencia. Al entrar, Pusai se prosternó ante él.

El rey: ¿No sabes que estás condenado a una muerte ignominiosa por haber despreciado mi realeza y mi poder, subestimado mi castigo y desdeñado mi majestad? ¿Por qué no has tenido en cuenta mis órdenes que hacen temblar a mis pueblos y a mis reinos? Tú crees poder vilipendiarlas, como lo demuestran las palabras que me han dicho pronunciaste.

Pusai: Lejos de mí, que sirvo al Dios vivo, el despreciarte, rey poderoso; por el contrario, eres para mí un rey ilustre y el rey de reyes.

El rey: ¿Cómo hablas así? ¿No has jurado por Dios en lugar de jurar por nuestros dioses?

Pusai: Juro por Dios, porque soy cristiano; no puedo jurar por los dioses, porque no soy pagano.

El rey: ¿Cómo puedes estimarme como rey y como rey poderoso e ilustre, como el rey de reyes, teniendo el valor de afirmar ante mí: Yo soy cristiano?

Pusai: ¡Oh el mejor de los reyes! Nací y fui educado en la religión cristiana. ¿Cómo podría ahora repudiar, contra mis convicciones, lo que es mi razón de vivir?

El rey: No vuelvas a decir delante de mí: Yo soy cristiano.

Pusai: Y aunque tu majestad mil veces me hiciera la pregunta, mil veces sin cesar estaría obligado a responder: Yo soy cristiano.

El rey: Mereces la muerte; ¿no sabes que estás ante el rey de toda la tierra? ¿Cómo puedes hablarme como mi igual?

Pusai: Nada de eso, majestad bondadosa; no digas esto de tu servidor, del último de tus siervos. Jamás me atreveré a hablarte como a un igual; sólo soy el siervo de Dios y del rey de reyes.

El rey: ¿Cómo te atreves a decir ante mí: Soy cristiano? ¿No te avergüenza una religión que yo odio?

Pusai: Accede a oírme, majestad. Es verdad que confieso la religión cristiana ante tu majestad, y no me avergüenzo. Un servidor de Dios nos ha dicho: «Hablaré con toda justicia delante del rey y no enrojeceré.» Y Cristo, al que confieso: «Aquel que se avergüence de Mí y de mis palabras, el Hijo del hombre

se avergonzará' de él.» El rey hace bien en decir: odio esa religión, Dios le ha entregado su amor y su religión permanecerá para siempre.

El rey: Te he prohibido que me digas: Yo soy cristiano, y ahora te atreves a hablarme de los libros de Nazaret.

Pusai: Por Cristo vivo, al que sirvo, ¡oh rey!, las Escrituras sólo han hecho que confirmarme en mi fe.

El rey se encolerizó como consecuencia de este interrogatorio. Dijo a los príncipes y a los grandes que estaban junto a él: «¿Qué hacer con este hombre que tiene el valor de hablar de esa manera?» Todos le respondieron: «Merece mil muertes.» «¿Y qué hacer de esos magos, continuó el rey, que ellos llaman obispos y sacerdotes, que profesan la religión del Nazareno y enseñan a los demás como a este hombre, al que yo había cubierto de honores, hasta el punto de que son muchos los que envidian su situación? Ha tenido el valor de decirme: Yo soy cristiano. Le imaginaba un celoso seguidor de la religión de los magos, y helo aquí que me habla de los libros cristianos. Ni siquiera los tales obispos se han atrevido a hablar de tal manera a este hombre que estaba muy dispuesto a abjurar de su fe. ¿Por cuántos motivos no es digno de muerte este hombre que se atreve a pronunciar las palabras que me ha dicho el jefe de los magos, que ha despreciado los honores que le he concedido, y que viene a hablarme de los libros de Nazaret?»

Y todos respondieron: «Es digno de mil muertes.» El bienaventurado Pusai dijo al rey: «Señor, ¿qué es lo que merece la muerte en mis palabras?»

El rey: En primer lugar, las palabras que dijiste a

ese nazareno que tenía miedo e iba a obedecer a mis órdenes, como me lo ha contado el jefe de los magos.

Pusai: ¡Viva el rey eternamente! Que el mago repita lo que ha dicho para que yo pueda oírlo.

El rey pidió al jefe de los magos que contara de nuevo lo que acababa de decirle a él. Este se levantó: «¡ Oh buen rey!, que viva siempre y cuyo reino no tendrá fin. Ayer estaba yo con eunucos, enviados por tu majestad, en el lugar en que se ejecutaba a los magos llamados cristianos; quería ver si temerían ante la muerte y obedecerían las órdenes del rey. Desnudaron a un anciano para atarle; temblaba en todo su cuerpo, quizá habría obedecido las órdenes del rey si no hubiera sido alentado. De pronto, este hombre gritó entre el tumulto de la muchedumbre: «Valor, no temas, cierra los ojos y verás la luz de Cristo.» Cuando oí tales palabras, deseé que la tierra se abriera bajo mis pies antes que oír las, ¡oh buen rey! Es una injuria y una vergüenza para todo el país de los héroes y para todo el estado de los magos; nadie le consideraba como un nazareno, todo el mundo le creía mago. De vergüenza doblo mi cabeza hasta la tierra.»

Pusai: Ha dicho la verdad, bondadoso rey; fue así como hablé. Sólo en un punto el mago ha deformado la verdad; pretende que el anciano estaba a punto de hacer la voluntad del rey. Ningún cristiano se presta a semejante afirmación. Su carne flaqueaba, pero no su espíritu.

El rey: Criminal, mereces ser pisoteado, ¿por qué me hablas de la voluntad de ese hombre? ¿Has pronunciado esas palabras?

Pusai: Desde luego, soy hermano en la fe de ese hombre y he de dar testimonio de su amor a Dios. Si continúo viviendo en este mundo, hablaré así a

todos los confesores cristianos, para confirmarles en su fe.

El rey: Con la condición, evidentemente, de que te deje vivir.

Pusai: Te daré gracias, ¡bondadoso señor!, si me concedes este favor y si me juzgas digno de ese privilegio. Pero tus palabras: «Con la condición, evidentemente, de que te deje vivir», me dejan percibir el eco de mis palabras, después de mi muerte, llegando a los oídos de todos los cristianos.

El rey: Responde a mis palabras.

Pusai: Que el rey hable y su siervo responderá a todas sus preguntas.

El rey: Bandido, no mereces vivir. ¿No te he colmado de honores, no te tomé a mi servicio y al de los dioses?

Pusai: Dices verdad, ¡oh rey!; tu majestad me ha honrado, he obtenido una situación precedera en este mundo que no había merecido, no estaba de acuerdo con mi miseria. Por orden tuya me disponía a cumplir la misión que me habías confiado. Pero en el camino vi una escena deslumbradora, me detuve sin poder seguir adelante, fascinado por la obra de Dios.

El rey: ¿Qué espectáculo era ése?

Pusai: ¿Hay espectáculo más maravilloso que el de la tropa de los justos que son sin pecado ni reproche, que no han hecho nada reprehensible, que se dejan matar en la esperanza del Señor, despreciando el mundo y sus alegrías, que no te temen, ¡oh rey poderoso!, delante de quien tiemblan los pueblos, que no tienen miedo de tus órdenes, terrible para los mismos príncipes, que desprecian la espada centelleante y las ejecuciones aterradoras? Sólo aman a aquel que es el único Dios de verdad.

El rey: Insensato, ¿es que hay que detenerse para ver morir a unos locos?

Pusai: Señor de los reyes, no denigres a los servidores de Dios. Si hubieran estado locos, no habrían muerto por su Dios. Su martirio demuestra a qué precio han permanecido fieles a su amor para con Dios.

El rey se irritó por las palabras de Pusai; se dirigió a los grandes y a los príncipes que estaban ante él: «No se contenta, dijo, con hablar por sí mismo, habla incluso en nombre de sus compañeros de magia. Voy a callar esa voz imprudente con una muerte cruel.»

Pusai: Estoy dispuesto a sufrir la muerte que te plazca infligirme, a ti que eres el mejor de los reyes; por esta razón hablo con tanta libertad de los mártires gloriosos.

El rey: ¿Por qué desprecias mi honor, bandido?

Pusai: No desprecio tu honor; pero el honor que más aprecio es aquel que está en lo profundo de mi corazón, el honor de Dios; lo esperaba con toda mi alma y con todo mi corazón.

El rey: ¿No sabes que todo cristiano desprecia mi honor?

Pusai: Ningún cristiano desprecia el honor del rey, si éste les permite honrar a Dios como Dios y al rey como a rey. Pero si el rey se opone a esto, se ven obligados a desafiar el honor efímero del rey para elegir el honor de su Dios.

El rey: Todo cristiano me odia.

•*Pusai:* No hables de tal manera, rey bondadoso; todo cristiano ama a su rey.

El rey: Los cristianos me odian puesto que no se someten a mis órdenes y no adoran ni al sol ni al fuego, que son nuestros dioses.

Pusai: Los cristianos obedecen tus órdenes cuando

éstas están conformes con la voluntad de Dios. Si hay conflicto entre las tuyas y las de Dios, no pueden seguir las tuyas.

El rey: Mal hombre, ¿cómo mi voluntad puede ser hostil a la de Dios cuando pido que se adore al sol, a la luna, al fuego y al agua, que son los hijos de Ormiz?

Pusai: Bondadoso señor, ¿me permites decir la verdad?

El rey: ¿Quieres pronunciar tu condena? Habla, pues.

Pusai: Yo también aspiro a morir y hago mis plegarias con el fin de morir por la verdad y no vivir en la mentira. Hay precisamente conflicto entre tu voluntad y la de Dios, porque pides que se dé a criaturas la adoración que sólo debe ser dada al Creador. Dios, que ha creado el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene, nos ha ordenado: No tallaréis ni figura alguna de lo que está en lo alto en el cielo, ni de lo que está abajo sobre la tierra, ni de lo que está en las aguas baj o la tierra. Y añadió: No elevéis los ojos al cielo para contemplar el sol, la luna ni las estrellas, para prosternaros ante ellos y servirlos. ¿Quién se atreverá a transgredir las órdenes de Dios? Tu majestad afirma que el sol, la luna y las estrellas son los hijos de Ormiz, pero nosotros los cristianos no creemos en el hermano de Satán, del que hablan los magos cuando dicen que Ormiz es el hermano del diablo ³⁶. Si no adoramos al hermano de Satán, ¿cómo reconoceremos a los hijos de su hermano?

Estas palabras turbaron sobre manera al rey. Acabó diciendo a los príncipes y a los grandes: «A este im-

pío no le basta con rechazar el culto de nuestros dioses; ¿llegará a deshonrarlos?»

Pusai: No deshonro a nadie, ¡oh tú, el mejor de los hombres! Si mis palabras parecen injuria, es necesario acusar de ello a la doctrina de los magos.

El rey: Estás poseído por el demonio. Los magos te han privado del sentido común. Esa es la razón por la que odias mis mandamientos, te opones a mi majestad y desprecias nuestros dioses. Te he soportado hasta ahora. Te doy un buen consejo: abandona esa locura, adopta otros sentimientos. Tiembla ante la fortuna de Sapor, el rey de reyes, que es de raza divina. Recuerda los honores con los que te colmé y arrepíentete de las palabras que has pronunciado. Confiesa tus pecados al jefe de los magos, recibe su admonición, como prescribe nuestra religión para los penitentes ³⁷. Y yo te multiplicaré los honores y los regalos, hasta el punto de promover la envidia de los demás. Pero si te niegas, he jurado ante los dioses que te daré una muerte horrible, para aterrorizar a aquellos que han sido embriagados por las doctrinas de vuestros magos.

Pusai: ¡Bondadoso rey, ojalá vivas siempre! Escúchame, señor, rey; jamás he estado poseído por el demonio, ni antes ni ahora. Ningún mago me ha seducido. Soy cristiano desde mi infancia. Los cristianos echan a los demonios, son enemigos declarados de la magia. Jamás tuve sentimiento culpable alguno, sino que viví fiel a las convicciones de un siervo de Dios. Sé recordar los honores que he recibido de tu majestad; pero ante todo me ocupo del honor de mi

Dios, que trasciende todos los demás: Él es el objeto de mis deseos y de mis aspiraciones. Por mi Dios, que ha creado el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene, que es el rey de reyes, juro que no obedeceré jamás tus órdenes, que no renegaré de mi Dios, prosternándome delante del sol, de la luna, del fuego y del agua, ni de criatura alguna; sólo adoraré al Dios único. Estoy dispuesto, cuerpo y alma, a padecer el género de muerte que te plazca; tienes poder sobre la vida de mi cuerpo, haz de ella lo que te plazca.

El rey: Piensa en el alcance de tus palabras. Piensa en lo que estoy soportando. He sido más paciente contigo que para con Simeón, que fue mi amigo. Acuérdate de la suerte de Simeón, que osó resistirme y murió decapitado. Tú te expones a una suerte todavía más cruel. Tú te obstinas, pese al consejo de los dioses. Juro por los dioses que no te interrogaré más. Si te sometes a mis órdenes, todo irá bien; de lo contrario, morirás con muerte violenta.

Pusai: Tu majestad se ha mostrado paciente y me ha dado testimonio de mucha bondad. Ahora pido a tu poder que no se contente con palabras hacia el último de sus servidores, sino que prepare la muerte prometida. Nuestra consigna de cristianos es la palabra del Señor: Que vuestro lenguaje sea sí, sí; no, no. Si me juzgas digno, ¡oh rey de reyes!, de morir por la religión de Dios, no podré proclamar bastante mi gratitud. Será el más real de todos tus regalos, pues viene de Dios que nos concede a mí y a mis compañeros por intercesión tuya. Has de saber que ni tú, el rey de reyes, ni ningún rey de la tierra, ni los ángeles del cielo, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna criatura sin razón podrán alejarme del amor

al Dios de verdad, al Dios verdadero, nuestro Creador y Señor, el Salvador Jesucristo.

Y entonces el rey dio la siguiente orden: «Conducidle fuera de la ciudad, allí donde alentó el valor del nazareno; perforadle la nuca, arrancadle la lengua. Morirá con muerte cruel, por las palabras imprudentes y por no haber temido a los dioses.»

Al escuchar estas palabras, el valeroso Pusai cayó de rodillas ante el rey y dijo: «¡Vive siempre, oh rey, por haberme hecho el favor de ordenar que me arranquen la lengua que ha hablado por mi Dios.»

Se lo llevaron rápidamente lejos de las miradas del rey. Le hicieron salir de la ciudad, a la misma hora en la que, la víspera, Simeón y sus compañeros la abandonaron; y le condujeron al lugar en donde la víspera fueron coronados. El rey ordenó al jefe de los magos: «Ve rápidamente, dijo; trata de que ese desgraciado nos obedezca, para que viva y no muera. Me es precioso ese hombre. He jurado no volverle a hablar de este asunto. Ve y haz lo que puedas. Bastará con que adore una sola vez al sol para que salve la vida.»

El jefe de los magos obedeció inmediatamente. Le hizo sentar ante él y le dijo: «No deshonres la tierra de los héroes; no pongas duelo en el ánimo de tus amigos; escucha mi consejo: Prostérnate delante del sol una sola vez; sométete a tu rey, y vivirás y no morirás.»

Pusai: ¿Por qué todos estos esfuerzos vanos e inútiles? Desde tercia hasta la hora sexta el rey me ha hablado con mucha condescendencia; ha tratado de persuadirme y yo no he querido. ¿Crees que te voy a obedecer ahora? Sería ir contra mí mismo. No pier-

das tu tiempo en vanos esfuerzos; por el contrario, cumple las órdenes del rey.

El jefe de los magos: No te hablaría así si no supiera que el rey desea que cambies de parecer. No se irritará porque me obedezcas a mí más que a él; por el contrario, le agradecerá. Yo sé que estoy haciendo lo que le agrada.

Pusai: Ya me has oído, junto con todos los príncipes y todos los grandes que estaban sentados ante el rey, declarar que ni aunque los mismos ángeles me aconsejaran separarme del amor a Dios, que está en el Señor Jesucristo, lo haría.

El jefe de los magos: ¿Has perdido la vista? ¿Están ciegos tus ojos? ¿No ves que el sol es dios y que toda la creación habita en su luz?

Pusai: Si comenzamos a discutir, no terminaremos nunca. Pero no quiero dejarte sin respuesta. Óyeme en pocas palabras, para que no se retrase la sentencia del rey.

«Lo que es visible no es Dios, porque ha sido creado y es efímero. Lo que hace la fuerza de nuestra verdad y de nuestra fe es que adoramos a aquel que es inaccesible, ilimitado, inmutable. De Él esperamos todo bien, aunque no le veamos en este mundo. No hay que esperar en lo que es visible. ¿Cómo esperar en lo que está ante nuestros ojos? El hombre aspira a lo que es invisible y que la fe nos descubre. Sois carnales y mundanos, porque sólo deseáis lo visible; nosotros esperamos lo que es espiritual e invisible.

Dices que la creación habita en la luz del sol, pero ni su luz ni su brillo le pertenecen. ¿Cómo podría ser esto si ni siquiera tiene conciencia de poseerlos? El propietario es Dios, su brillo y su majestad, la obra de sus manos divinas. He aquí por qué los cristianos

se admiran, no ante el sol, sino ante Dios que lo ha creado; al ver sus rayos, alabamos a su Autor. Cuando miramos una piedra preciosa, nuestra admiración no se dirige a la piedra, sino al poder del creador, por la variedad de sus obras. Y le damos gracias por Imbérnoslas dado gratuitamente para nuestra alegría y alabanza de su nombre.»

Estas palabras de Pusai asombraron al jefe de los magos. Este acabó por decir: «Perezca tu persona, perezca tu belleza que será destruida, perezca tu sabiduría exquisita y la sagacidad de tus palabras. Ve y muere con la muerte cruel según las órdenes del rey.»

El valeroso Pusai se levantó, se dirigió al lugar indicado, se despojó de sus vestidos y los entregó a uno de sus compañeros. Una muchedumbre de fieles de más de mil se acercaron, arrancaron a la fuerza los vestidos del mártir, los desgarraron, se los disputaron, hasta el punto que se originó la confusión y escándalo. Los magos y su jefe estaban sorprendidos *al vnr* hasta qué punto los cristianos veneraban los hábitos del bienaventurado, hasta el punto de arrebatarlos más que si fueran regalos.

En medio del alboroto de la muchedumbre, el mártir se hincó de rodillas diciendo: «Te confieso, Dios de verdad, esencia verdadera, que mis padres me hicieron conocer. Fui educado y bautizado en esta fe, en el nombre glorioso y sagrado de la inefable Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es la prenda de nuestra filiación, por la que devenimos herederos y participamos en el cuerpo de Cristo; éste sufrió por nosotros, murió, volvió a la vida, resucitó, revelándonos la resurrección entre los muertos; subió a los cielos con el fin de revelarnos el reino de los cielos.

En tu misericordia, nos has juzgado dignos de defender la verdad ante tus enemigos, de dar testimonio ante los reyes y los grandes de esta tierra, de que sólo tú eres el Dios de verdad así como nuestro Salvador, Jesucristo, por quien hemos sido rescatados, devueltos a la verdad, renovados y santificados. Concédeme, Señor, contemplar la luz que he anunciado a Hanania, ante los enemigos de tu verdad; concédeme que entre en posesión de la herencia que has preparado a tus servidores, en tu luz eterna; que esa herencia sea mi gozo, mi júbilo y mi acción de gracias a tu santo nombre.

Que la promesa de tu Cristo proteja a tu Iglesia; que no sea destruida por las puertas del infierno; que confiese abiertamente con Simón Pedro: Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo. A ti, a Él y al Espíritu Santo, gloria, honor, alabanza, ahora, siempre y las eternidades de las eternidades.»

En este momento Pusai se dirigió al verdugo: «Acércate y cumple lo que te ha sido ordenado.» El verdugo se acercó, le tiró el rostro contra la tierra y con su cuchillo horadó su nuca hasta el cráneo. Le martirizó durante una hora: era una muerte despiadada. Todos los asistentes gritaban, horrorizados; no hubo persona que no llorara. Sus gritos subieron hasta el cielo. A lo largo de esta tortura, el verdugo le cortó la lengua en la raíz y se la arrancó por la nuca abierta. El alma del mártir subió a los cielos. Era la misma hora en la que habló a Hanania, la hora de su coronación, un sábado, víspera del gran día de la Resurrección.

Cuando los enemigos de nuestro pueblo advirtieron que habían desaparecido los trescientos cuerpos de los

mártires *de* la víspera, y que todos habían sido llevados y enterrados, que hasta la tierra en la que había sido vertida su sangre había sido cogida para servir de protección a los cristianos, pusieron guardias junto al cuerpo de Pusai. Dios hizo que cayera una violenta helada sobre los guardianes. No cayó en todas partes, sino que trazó una separación, como lo hiciera el ángel exterminador entre los judíos recién nacidos y los egipcios, entre los guardias infieles y los cristianos vigilantes. Los guardias huyeron hacia la ciudad, gritando de dolor. Uno de los cristianos que vigilaba allí cerca cogió, ayudado por su criado, el cadáver de Pusai, lo metió en un saco, lo cargó sobre su asno y lo llevaron a la ciudad. Durante el camino, el tiempo se oscureció súbitamente. Las gentes caminaban a tientas entre las tinieblas para encontrar su camino, pero el asno siguió caminando derechamente pero no tomó el camino que conducía a la casa de su amo; acabó deteniéndose a la puerta de la casa de una muchacha que había sido deportada y que llevaba una vida religiosa; había conservado la virginidad y no había abandonado su casa.

La víspera, al saber que el bienaventurado Simeón, su hermano y compañero, había sido coronado, y también Pusai, comenzó a llorar y suspirar, porque no podía abandonar su casa para recibir la bendición de los bienaventurados. El Señor no le privó del motivo de su llanto.

El asno que llevaba el cuerpo del bienaventurado Pusai se detuvo ante la casa de la virgen, y cuando, al canto del gallo, la criada abrió la puerta para salir, el asno entró en el patio.

La criada se atemorizó y dijo a la bienaventurada: «¡ Mira, este asno cargado ha entrado en el patio.»

La bienaventurada le respondió: «Hazle salir.» La criada se esforzó por todos los medios, pero el asno no se movía. Ante tal obstinación, la virgen acudió en su ayuda; tiraron las dos de él, pero no consiguieron nada; el asno ni siquiera se movió. La bienaventurada dijo entonces a la criada que fuera a buscar a su hermano, que vivía cerca, para que fuera a ayudarlas. Llegó el hermano, cogió un bastón, golpeó al animal, pero éste se negó a salir y no se movió de su sitio. El hermano miró al fin la carga y vio que era un cadáver; la sangre goteaba del saco.

Dijo a su hermana: «Trae una lámpara, hermana, y veamos no sea un regalo de Dios.» Miraron el rostro y vieron que era Pusai. Le reconocieron porque era compatriota suyo, y sobre todo por la herida en la nuca, por la cual le había sido arrancada la lengua.

Una vez descargado, el asno se marchó y volvió a la casa de su dueño, que, por miedo a los persas, no había tenido el valor suficiente para ver qué había sido del cadáver del mártir.

La bienaventurada y su hermano, con gran celo, embalsamaron el cadáver como convenía y le dieron una sepultura honorable, para que fuera una fuente de gracias para sus compatriotas.

Todo esto sucedió por disposición de Dios, cuyas alabanzas queremos cantar ahora y en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 341, EN KARKA-DE-LEDAN

MARTA

Pusai tenía una hija que era religiosa; se llamaba Marta.

Denunciada a su vez, fue detenida el gran día de Pascua y conducida ante el gran jefe de los magos. Este fue a informar al rey. El príncipe ordenó que le dijeran que si renunciaba a su fe y abjuraba del cristianismo no ocurriría nada, y si no lo hacía, que debía tomar un hombre y casarse. Y si no hacía ni lo uno ni lo otro, caería sobre ella la condenación.

El jefe de los magos se fue para interrogar a la hermosa Marta: «¿Qué eres?»

Marta le respondió irónicamente: «Una mujer, como ves.» Los que presenciaban la escena bajaron la cabeza avergonzados, al comprender la pregunta y la respuesta. El rostro del mago se coloreó de vergüenza y de cólera. Se dominó y dijo: «Responde a mi pregunta.»

Marta le dijo: «He respondido a tu pregunta.»

El jefe de los magos: ¿Qué he preguntado y qué has respondido?

María: Has preguntado ¿Qué eres? Y yo he respondido: Una mujer, como ves.

El jefe de los magos: He preguntado: ¿Cuál es tu religión?

Marta: Soy cristiana. Mi vestido lo demuestra.

El jefe de los magos: Dime la verdad. ¿Eres la hija de ese Pusai, que ha perdido la cabeza, que se ha rebelado contra el rey y acaba de morir de una forma miserable?

Marta: Soy su hija según la carne. En cuanto a la fe, también soy hija de ese Pusai que sirvió al rey de reyes y al Rey de la verdad, y que ayer, al morir, ha merecido la vida eterna. ¿Quién puede hacerme digna de ser hija del bienaventurado Pusai, que comparte con los santos la luz y la paz eternas? Mientras tanto, espero en la tierra de las tribulaciones junto a los pecadores.

El jefe de los magos: Óyeme, oye mi consejo desinteresado. El rey de reyes está lleno de misericordia, no quiere la muerte de los hombres. En su bondad, desea que todos los amigos compartan su fe, a fin de que pueda honrarlos. Ha honrado a tu padre, le hizo sobresalir sobre los demás, porque le amaba. Pero tu padre era un insensato y habló de lo que ignoraba. El rey de reyes quiso hacerle cambiar de opinión. Pero se obstinó y murió de forma cruel. Ahora no te obstines como tu padre, sino que, por el contrario, debes obedecer a Sapor, el rey de reyes del universo; adora al sol, abjura la religión cristiana, y el rey te cubrirá de honores y colmará todos tus deseos.

Marta: ¡Viva el rey Sapor!, ¡que la gracia no le abandone, que se guarde su misericordia, que su gra-

cia pase a sus hijos y su misericordia a su descendencia, que la necesita; que comparta la vida que ama con sus hermanos y amigos! Pero que la muerte cruel que sufrió mi padre sea aquello en lo que participen todos aquellos que se parezcan a mi padre.

¿Qué me importan a mí, esta pequeña sierva y la última de las siervas de Dios y del rey, los honores que pasan? Estoy dispuesta, como mi padre, a soportar todos los tormentos por Dios, a morir como él por mi fe.

El jefe de los magos: Conozco la dureza de vuestros corazones, ¡ oh pueblo digno de la muerte! ; yo ya sabía que un padre rebelde no engendra un hijo obediente. Sólo por liberar mi conciencia ante los dioses he intentado persuadirte, convertirte a la religión de nuestros dioses, que velan sobre los habitantes de la tierra.

María: Ya has hecho todo lo posible; y yo también. Si no estuvieras ciego, habrías considerado lo que he dicho sobre la vana gloria de este mundo efímero, y habrías sabido qué palabras importan y cuáles no; cuáles son las que conducen al reino de los cielos y cuáles las que llevan al infierno, las que nos llevan a la vida y las que nos conducen a la muerte.

El jefe de los magos: Óyeme, no te obstines, no te endurezcas y no te empeñes en eso. Si no quieres abandonar tu religión, haz lo que te plazca. Te basta con hacer una cosa para vivir o para morir. Eres joven y hermosa. Cásate, engendra para el mundo hijos e hijas y no te obstines en permanecer en esa vida claustral.

Marta: ¿Es que la naturaleza pide que una muchacha ya prometida sea arrebatada a su prometido, o

que una muchacha se case con otro que no sea su prometido?

El jefe de los magos: No.

María: Esposa de Cristo: ¿Entonces, por qué te empeñas en hacerme tomar por marido a un hombre con quien no estoy prometida?

El jefe de los magos: ¿Estás verdaderamente prometida?

Marta: Desde luego, estoy prometida.

El jefe de los magos: ¿A quién?

Marta: ¿Tu poder no le conoce?

El jefe de los magos: ¿Dónde está?

Marta: Es comerciante y está haciendo un largo viaje. Pero no está lejos y pronto estará de regreso.

El jefe de los magos: ¿Cuál es su nombre?

Marta: Se llama Jesús.

Pero el mago no acababa de comprender lo que ella quería decir. El le preguntó: «¿Hacia qué país ha ido, en qué ciudad se encuentra?»

Marta: Se fue al cielo y a Jerusalén, la ciudad de lo alto.

En aquel momento, el jefe de los magos advirtió que ella hablaba de nuestro Señor Jesucristo. Y le dijo: «¿No he tenido razón al decir que este pueblo era obstinado y discutidor? Voy a manchar tu belleza con tu sangre. Tu prometido podrá venir y llevarte consigo y tomarte como esposa; sólo serás tierra y polvo.»

Marta le replicó: ((Perfectamente, cuando venga en su gloria, sobre las nubes del cielo, con los ángeles y las potencias celestiales, vendrá a tomar consigo a todos aquellos que han sido invitados al festín nupcial: purificará los cuerpos de sus esposas, las lavará con el rocío celestial, las perfumará con el óleo de la ale-

gría gozosa, las revestirá con el hábito de la justicia, que es todo luz, les pondrá en el dedo un anillo, el de la verdad, las pondrá en las sienas la corona de la gracia, que es imperecedera. Las pondrá sobre un carro de fuego, se las llevará por los aires y las conducirá a la cámara nupcial, preparada en una mansión que no está hecha por la mano del hombre, establecida en Jerusalén, la ciudad libre, sobre las alturas.»

Ante estas palabras, el jefe de los magos la hizo conducir a su palacio; después fue a informar al rey de toda esta conversación. El príncipe ordenó: « ¡ Que saquen de la ciudad a esa mujer insolente, que la decapiten en el mismo lugar en donde murió su padre. »

El gran día de la Resurrección, mediado el día, condujeron a Marta, la virgen purísima, fuera de la ciudad. Mientras preparaban el lugar en donde debía morir, cayó, el rostro contra el suelo, de rodillas ante su Dios, vuelta hacia Oriente. Y comenzó a orar:

«Te confieso, Jesucristo, mi Señor, mi esposo y mi rey: guardaste mi virginidad, la sellaste con el sello de tus promesas, conservaste mi fe en la Trinidad bendita; en ella nací, mis padres me educaron en ella e hicieron bautizar. Por esta fe, mi padre, Pusai, ha sido condenado.

Te confieso, Jesús, Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo. Por tu nombre nuestros obispos han sido inmolados, así como los sacerdotes, los diáconos y las almas religiosas, las ovejas cebadas por la gracia, Ustazad y Pusai, mi padre. A mi vez, soy el cordero cebado en los verdes pastos de tus promesas, inmolado por ti. Entre tus manos, Jesús, gran sacerdote de la verdad, quisiera ser ofrecida como un holocausto puro, santo, agradable, a la Tri-

nidad, el Ser oculto, en cuyo nombre nos has instruido, formado y bautizado.

Visita, Señor, a tu pueblo atribulado y consérvale en medio de sus enemigos en la verdadera fe; que sea oro puro en el crisol de las persecuciones, que venere la fuerza de tu poder y adore al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, en los siglos de los siglos. Amén.»

Cuando hubo acabado su oración, corrió a ofrecerse ella misma en la fosa preparada para ella. El verdugo quiso cubrirle los ojos, pero se negó y dijo: «No me tapes los ojos, soy feliz por recibir la muerte por mi Señor.» Cuando el verdugo afiló la espada, Marta se echó a reír y dijo: «No digas como Isaac: ¿Dónde está preparado el cordero para el holocausto? Yo puedo decir: He aquí al cordero y al cuchillo, ¿dónde están la madera y el fuego? ¿La madera? Es la cruz de Cristo, mi Señor. ¿El fuego? Yo poseo el fuego que Dios trajo al mundo cuando dijo: He venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?»

Los millares de espectadores admiraron el valor de la muchacha casta y alababan a Dios que da fuerza a aquellos que le temen.

El verdugo se acercó y decapitóla como a un cordero, mientras ella confiaba su alma a Cristo. Seis guardianes vigilaron el cuerpo de la mártir, que permaneció expuesta durante dos días. En la noche del martes de Pascua se pudo comprar a los vigilantes y llevarse a la bienaventurada, después que muchos sufrieron la muerte por el nombre de Jesús. El hermano de la religiosa que había enterrado a Pusai dio dinero y recibió el cuerpo de la bienaventurada Marta; se lo llevó consigo, lo embalsamó y lo enterró junto a su padre.

La bienaventurada Marta fue coronada el domingo de la gran solemnidad de Pascua.

La bienaventurada que la enterró conmemoró el aniversario de su martirio, durante toda su vida, en presencia de los sacerdotes de la iglesia. Después de su muerte, el hijo de su hermano heredó aquella casa; éste, a su vez, celebraba todos los años el día del aniversario. Cuando murió, dejó la casa a sus dos hijos; durante algún tiempo, éstos se disputaron las reliquias de la santa: aquel que había recibido la mitad de la casa pedía también una parte de las reliquias.

El obispo de Karka, Saumai, de santa memoria, acabó por llevárselo consigo. Acabó por persuadir a los dos hermanos para que cedieran los restos de la santa a la iglesia de Karka; aquéllos los entregaron para la Iglesia de Cristo, para que ésta conservara la memoria y el precioso tesoro ³⁸.

Esto ocurrió el año octavo del rey Mahram bar Lezgerd, ochenta años después de la coronación de la santa.

AÑO 341, EN BET HOUZAYE, EN SUSANIA

LA GRAN MATANZA DE BET HOUZAYE

El lunes de la primera semana ³⁰, los magos, desde diversos lugares de su jurisdicción, llevaron sacerdotes, diáconos, monjes, santificados¹⁰, santas mujeres; todos estaban encadenados y habían ya sufrido por parte de los magos tribulaciones, pruebas, cadenas y tormentos. Les conducían a la corte del rey; la noticia de las demás condenaciones se había extendido ya por todas partes. El mayor número, entre ellos, eran laicos; habían sido presos en las localidades de diversas provincias y conducidos como cristianos.

Cuando llegaron, el jefe de los magos se presentó ante el rey para informarle. Este dijo: «Ve e interrógalos. Si están dispuestos a someterse a nuestra

voluntad y a la de los dioses y a adorar al sol, podrán volver a sus casas y lugares. De lo contrario, preparales el fin que tuvieron sus compañeros muertos ayer.»

El jefe de los magos les hizo ponerse en fila, encadenados, y les dijo en alta voz: «El rey de reyes os ha perdonado.» Al oír esto, todos cayeron de rodillas y dijeron: «¡Viva el rey de reyes!» El mago continuó: «Estas son las órdenes del rey de reyes. Yo no quiero vuestra muerte ni veros morir en vano. Rendíos a mis deseos: prosternaos ante el sol que ilumina el universo, al que yo, Sapor, rey de reyes, de naturaleza divina, adoro; vosotros viviréis y no moriréis.»

Todos respondieron con una sola voz: «Vida sea dada al rey bondadoso. Nosotros no morimos en vano. No caminamos a nuestra muerte, sino a la vida, al negarnos a adorar al sol, y no concediendo a las criaturas honores que han de ser reservados al Creador. No morimos a los ojos de Dios, sino que adoramos su Majestad.»

El gran mago respondió: «¿Unánimemente os negáis a adorar el sol?» Y los santos dijeron: «Jamás le adoraremos. Que todos los hombres sepan que nosotros somos cristianos y que no nos prosternaremos ante el sol.»

El gran mago añadió: «En este caso, pereceréis todos decapitados.»

Todos los mártires dijeron: «Nosotros no morimos, sino que viviremos. Nuestra muerte en Dios es nuestra vida.»

El jefe de los magos les hizo llevar al lugar mismo en donde la víspera sus compañeros habían sido ejecutados. Una muchedumbre inmensa de gente, de sol-

dados, de habitantes de Karka, les siguió. Se empujaban unos a otros para ver mejor al largo cortejo de testigos, cuyo número era considerable. Mientras salían de la ciudad, las plazas públicas de Karka retumbaban de himnos y de salmos que cantaban hombres y mujeres. Fueron a la cárcel a buscar asesinos para que ejecutaran a los mártires. No terminaron con todos ellos aquel lunes; sólo mataron a unos cuantos, dejando a los demás, la noche entera, encadenados junto a los cadáveres.

Al día siguiente, martes, cuando los que de la víspera todavía no habían sido muertos, los magos enviaron nuevos confesores al martirio, en mayor número todavía. Fueron interrogados a su vez, y ante su negativa, oyeron la misma sentencia. Al fin, los asesinos y las espadas anduvieron escasos. La carnicería era algo penoso de contemplar, tan grande era el número de víctimas. Los verdugos estaban agotados. Todos maldecían al rey impío, temiendo perder la vida y preparándose a morir. El entusiasmo de los cristianos no hacía más que aumentar de día en día; unos tras otros fueron a la muerte. Cada día era mayor el número de los confesores sacrificados, desde el lunes hasta el jueves.

Innumerables cristianos de todo origen, soldados que habían acudido a asistir en la muerte a los mártires, se quitaban sus vestidos, se unían a los confesores y decían: «También nosotros somos cristianos.» Y murieron a su vez.

Una confusión general siguió a esta matanza; la agitación era tal, que no se sabía a quién se mataba.

Voy a contar un episodio que podrá parecer inverosímil. Pero el escepticismo de algunos no nos impe-

dirá decir la verdad. Aquellos que lean la narración de esta horrible matanza verán lo que un régimen insensato ha hecho entre los servidores de Dios.

El jueves de la semana en la que se mataba a los testigos de Dios, fuera de la ciudad de Karka de Ledan, un eunuco, Azad, amigo de Ustazad ⁴¹, que era uno de los primeros notables de la corte, muy estimado por el rey, pidió a su vez la corona del testimonio; era cristiano. Inventó la siguiente argucia: Cambió aquel día su vestido por el de un monje, se puso un capuchón negro sobre la cabeza, se mezcló entre los bienaventurados confesores que iban a morir. Avanzó entre ellos y dijo a los magos que hacían oficio de comisarios así como de verdugos: «Yo también soy cristiano.» De esta forma, el bienaventurado Azad fue coronado.

Al día siguiente el rey mandó llamar a Azad. Le buscaron entre los eunucos, sin encontrarle. Le fueron a buscar a su casa, sin resultado alguno. Un heraldo, durante dos días, le buscó y llamó entre la muchedumbre; todo el mundo se asombró de la desaparición del eunuco.

Pero Dios no quiso que este prodigio pasara inadvertido: un mago de la región que conocía bien a Azad dijo: «Un monje entre los cristianos que fueron muertos el jueves último se parecía muchísimo en su rostro y la talla a Azad. Tuve la impresión de que se trataba de él; pero dudé, ya que llevaba hábito religioso. Intenté verle, para hablarle. Pero me acobardé y me dije: Quizá no sea él, y sospecharán de mí en estos tiempos tan turbulentos por haber dirigido la palabra a un nazareno.»

Pronto se conoció esta confesión del mago; la corte se alarmó; los grandes del reino acabaron por conocer las palabras del mago e informaron de ello al rey. Este ordenó que buscaran entre todos los cadáveres, lo más pronto posible. Fueron revisados los cuerpos de los santos, mientras los guardias vigilaban a su alrededor; entre los muertos encontraron el cuerpo del magnífico Azad. La nueva fue llevada al rey. Sapor se entristeció mucho y quedó estupefacto. Cuando volvió en sí, ordenó: «Desde ahora es necesario acabar con esta matanza desordenada.» Todos aquellos que sean presos como cristianos serán interrogados; se les preguntará el nombre de su padre, de su madre y de su familia, incluso de su ciudad, villa o pueblo de origen. Las declaraciones serán archivadas. Después se les interrogará sobre su religión, y se tomará nota de las respuestas. Se les interrogará, se les someterá a la tortura y los azotes para hacerles hablar. Si no abjuran de su religión, que se nos diga, y nosotros, los dioses, daremos las órdenes que consideremos oportunas»⁴².

Este edicto fue publicado el domingo de la segunda semana (después de Pascua). Después de esto, esta matanza desordenada llegó a su fin; la atmósfera también se sosegó.

Nadie sabría recoger y enumerar los nombres de todos aquellos que murieron durante estos días. Entre ellos, al principio, hubo muchos extranjeros, que no pertenecían a la religión por la cual morían; además, la confusión había sido considerable. El número era superior a varios miles. Los persas no anotaron los

nombres, el de los padres, el de su provincia, el de sus ciudades o poblados, para que la matanza se hiciera lo más rápidamente posible.

Sin embargo, nosotros conocemos los nombres de Amaría y de Mekkayema, los primeros obispos de Bet Lapat, el de Hormizd, un sacerdote de la ciudad de Schouster; eran de la provincia en la que fueron coronados. Todos estos confesores fueron martirizados como testimonio de Cristo, el 31 año del reino de Sapor bar Hormzd, desde el Jueves Santo hasta el segundo domingo después de Pascua, sobre una colina, al sur de la ciudad de Karka-de-Ledan.

Su memoria es celebrada todos los años por los fieles de Karka, la primera semana después de Pascua, el viernes, el sábado y el domingo siguientes.

A Dios, que glorifica a los santos, alabanza, confesión, gloria y adoración en los siglos de los siglos. Amén.

AÑO 341, EN SELEUCIDA

TARBO Y SUS COMPAÑERAS

Fue cuando la reina enfermó como consecuencia de un accidente. Y como ella simpatizaba con los judíos, enemigos de la Cruz, éstos gozaron, según su costumbre, en propalar calumnias: «La hermana de Simeón, decían, le ha echado mal de ojo, por la muerte de su hermano.» Cuando supo esto, el rey hizo apresar a Tarbo, una mujer que hacía vida monacal, su hermana, una santa, y su sirvienta, también cristiana. Las condujeron a la corte para ser interrogadas. El gran mago y dos notables fueron designados para juzgarlas. Al verlas, advirtieron que la valerosa Tarbo era hermosa entre todas las mujeres hermosas y de una presencia magnífica. Las tres fueron víctimas de la concupiscencia abominable. Pero ninguna dijo nada a las demás; las apostrofaron brutalmente: «Os habéis hecho culpables de muerte por lo que habéis hecho a la reina, la soberana de todo el Oriente.»

La bienaventurada Tarbo respondió: «¿Por qué esas acusaciones falsas, que nada justifica en nuestra conducta? ¿Qué mal hemos hecho para merecer estas calumnias sin fundamento? ¿Deseáis nuestra sangre? ¿Qué os impide bebería? ¿Queréis nuestra muerte? Ved: diariamente, el crimen mancha vuestras manos. Nos matáis porque somos cristianas. Nuestra Escritura nos enseña a servir sólo al Dios único y no hacer imagen alguna de él en el cielo y sobre la tierra. Adentis: si es encontrado un mago, morirá a manos del pueblo. ¿Cómo podríamos nosotros consagrarnos a la magia, puesto que es una ofensa a Dios, castigada con la muerte?»

Los jueces inicuos la escuchaban con alegría pèrfida; contemplaban silenciosamente su belleza y admiraban su rara sabiduría. Cada uno concebía secretamente vanas esperanzas y pensaba: «Voy a salvarla de la muerte y tomarla como mujer.»

El gran mago respondió: «Para vengar la muerte de tu hermano, llevadas por vuestra indignación, habéis faltado a vuestra propia ley y echado mal de ojo a la reina, aunque os estuviera prohibida tal cosa, según vuestra propia confesión.»

La maravillosa Tarbo replicó: «¿Qué desgracia le ha sucedido a nuestro hermano Simeón para que pongamos fin a nuestros días? Aunque le hayáis matado por envidia y celos, vive en el gran reino que es superior a vuestro miserable estado; destruiré vuestro poder y pondrá fin a vuestra gloria efímera.»

Después las condujeron a las tres a la cárcel, bajo una buena guardia. Al día siguiente, el gran mago liizo decir a Tarbo: «Voy a interceder ante el rey para salvaros a las tres de la muerte; pero consiente en ser mi mujer.»

Al oír tales palabras, la bienaventurada se encolerizó y respondió: «Cierra la boca, impío, enemigo de Dios, cesen ya tus discursos inicuos. Que tu voz viciosa no venga a manchar mis oídos. Que tus proposiciones impuras no vengan a manchar mi alma. Soy la esposa de Cristo. Conservo para él mi virginidad. Su espera inspira mi fidelidad. Le he consagrado mi vida, Él sabrá liberarme de vuestras manos impuras y de vuestros bajos deseos. No temo a la muerte y no temblaré delante de los suplicios. Me enseñas el camino que me conducirá hasta mi hermano muy amado, el obispo Simeón; su visión me consolará de todas las pruebas y de todas las tribulaciones.»

Los dos notables, a su vez, le enviaron recados clandestinos; ella los acogió irritada, con palabras tan duras como violentas. Y entonces los tres urdieron una sombría conjura; las acusaron calumniosamente y afirmaron: «En verdad que son tres magas.» El rey envió un mensaje: «Si adoran al sol, dijo, salvarán la vida; quizá sean incapaces de practicar la magia.» Ante esta nueva noticia, dijeron: «No cambiaremos a nuestro Dios por su criatura; no adoraremos al sol, que ha sustituido el lugar de Dios; no abandonaremos a Jesús, nuestro Salvador, a causa de vuestras amenazas.»

Los magos dijeron inmediatamente: «Que perezcan bajo el cielo, ya que han hecho a la reina víctima de su sortilegio, y por él enfermó.» Los magos fueron autorizados a imponerles el tipo de muerte que les agradara más. Dijeron: «Sus cuerpos serán divididos en dos y la reina pasará entre sus partes separadas y curará.»

En el camino de la ejecución, el gran mago hizo decir a la hermosa Tarbo: «Si respondes a mis insi-

nuaciones, ni tú ni tus compañeras moriréis.» La santa le replicó: «Libertino infame, es necesario estar loco para correr de tal manera tras lo que sólo es vergüenza y basura. Voy a la muerte con valentía, no quiero una vida indigna que sería mi muerte.»

Condujeron a las tres santas fuera de la ciudad; plantaron para cada una de ellas dos postes, a los que las ataron, de la misma manera que las ovejas cuando son esquiladas, y las cortaron en dos; las seis partes puestas en bandejas fueron suspendidas en los postes que se habían plantado a los lados del camino; cada poste sostenía medio cuerpo.

Hicieron venir a la reina, que pasó entre los cadáveres, seguida de todo el ejército.

Las bienaventuradas fueron coronadas el cinco del mes de jjar (mayo), según el cómputo lunar.

AÑO 342, EN BET LAPAT

SADOT, OBISPO DE SELEUCIDA Y SUS CIENTO VEINTIOCHO COMPAÑEROS

Sadot ¹⁴, que había sucedido a Simeón en la sede episcopal de Seleucida y de Ctesifon, tuvo un día un sueño sorprendente. Maravillado, llamó a sus sacerdotes y diáconos, que estaban ocultos, y les dijo: «Esta noche he visto una escala de gloria que iba desde la tierra al cielo. El bienaventurado Simeón estaba en lo alto, rodeado de una gloria deslumbradora; yo estaba al pie de la escala. Me dijo alegremente: Sube, Sadot, sube y no temas. Yo subí ayer, tú subirás hoy. Despertándome, me persuadí de que le seguiría rápidamente y daría testimonio de mi Dios. De esta manera interpreto sus palabras: Yo subí ayer, tú subirás hoy. Él fue martirizado el año pasado, yo lo seré este año.»

Después les exhortó con estas palabras del Apóstol: «Fortaléceos en el Señor y en el poder soberano. Revestíos de la fortaleza de Dios. De esta manera seréis la luz de los hombres, seréis protegidos por las pala-

bras de vida. No temamos la muerte por venir, no temblemos. Que aquel que muera luche como héroe, que el que viva se muestre valeroso. Seremos muertos por Cristo y por su verdad. Tan pronto como la espada sea levantada al aire, cuidado, durante el breve instante que la espada centellea, aprovechad de ese instante. Caminemos hacia el reino, hasta el sol, salga en la noche. Mereceremos un nombre y una gloria eternos y dejaremos a las generaciones futuras nuestras acciones como ejemplares.»

Terminó diciendo: «Rogad para que la visión se realice muy pronto.»

Cuan esperada es la muerte por aquel que vive espiritualmente; pero para aquel que vive carnalmente es temible su llegada. Los fervorosos la siguen para obtener la vida; los tibios se ocultan al verla venir. Los que aman a Dios se vuelven hacia él, los que aman el mundo permanecen en el mundo. Uno camina hacia la alegría, otro a la tribulación.

El segundo año de la persecución, el rey fue a Seleucida. Apresaron al bienaventurado Sadot (este nombre significa amigo del rey); amaba en verdad al rey del cielo con toda su alma y con todas sus fuerzas. Era puro y santo, sin reproche, verídico; se parecía a su colega Simeón, el valeroso mártir.

Con el obispo, apresaron en diversas ciudades, y hasta en los villorrios y poblados, ciento veintiocho sacerdotes, diáconos, ascetas, hombres y mujeres. Todos fueron encadenados durante cinco meses, en un duro y amargo calabozo. Tres veces sufrieron interrogatorio; los paganos les sometieron a tortura y astucias para hacerles adorar al sol. Se les repetía el mensaje del rey: «Si me obedecéis, no moriréis.»

El bienaventurado Sadot respondió en nombre de todos: «Decid al que os ha enviado: Sólo tenemos una fuerza, una verdad, una voluntad, en una fe única, anunciamos al único Dios y le servimos con toda el alma. En cuanto al sol, que Él ha creado, no nos prosternaremos jamás ante él; el fuego que puso a nuestro servicio tampoco será venerado por nosotros. No nos someteremos a tus órdenes, en perjuicio de tu ley, y tus amenazas no conseguirán hacernos^unos perjuros. Para ti la espada; aquí tienes nuestras nuca; tú posees la muerte, nosotros la vida. No atrases nuestra ejecución un solo día, no esperes un día para verter nuestra sangre. Tu paciencia sólo corrompería a los que confiaran en ella.»

Todos fueron condenados a morir decapitados; y les prepararon para morir. Los verdugos y los comisarios del rey les condujeron encadenados fuera de la ciudad. Juntos, cantaban alegres: «Sé nuestro juez, ¡ oh Dios!, y vénganos de este pueblo sin piedad; líbranos de aquellos que vierten la sangre y de los impos- tores.» Y así seguían cantando.

Cuando llegaron al lugar de la ejecución, dijeron: «Alabado sea Dios, que nos ha preparado esta corona que contemplamos; no nos ha diferido la herencia esperada. Alabado sea Cristo, que no nos ha dejado en este mundo, sino que nos ha llamado y nos ha reunido a él por medio del bautismo de la sangre.»

Y sus cantos no cesaron hasta que hubieron decapitado al último mártir.

Loa bienaventurados murieron el 20 schebat (febrero) del año lunar. Sadot fue conducido, encadenado, a Bet Lapat en el Bet Houzaye. Allí fue decapitado y coronado en Cristo, su esperanza.

AÑO 344, EN SELEUCIDA

LOS CIENTO VEINTE MÁRTIRES

El quinto año de la persecución, el rey lo pasó en Seleucida. Y se aprovechó su presencia para apresar en diversas ciudades y poblados a sacerdotes, diáconos, ascetas, hombres y mujeres: eran ciento veinte y permanecieron en la cárcel durante seis meses, durante todo el invierno.

Hay entre ellos una mujer de alto rango, ¡que su recuerdo sea bendito!, que se llamaba lazdundokht, lo que significa «hija de Dios», de la provincia de Hdajab. Mantuvo a los confesores con su fortuna durante toda la cautividad; hizo frente a todos los gastos y no permitió que nadie costeara nada.

Los interrogatorios eran frecuentes; se sometía a los mártires a toda clase de astucias; se les torturaba y los magos gozaban con ello. Se les decía, por orden del rey: «Adorad al sol, que es dios; de lo contrario, moriréis con muerte cruel.» Pero los santos perseveraban en su decisión y en la misma resolución: «Le-

jos de nosotros, que somos los verdaderos servidores del Dios verdadero, creador del cielo y de la tierra y de todo cuanto en ellos se contiene, renegar de él, abandonar sus caminos y adorar, en lugar de al Señor, al sol, su criatura. Comunicadnos nuestra condenación y gozaremos con ello; comunicadnos nuestra sentencia de muerte y rebosaremos alegría, pues así seremos liberados de vuestros sarcasmos y de vuestra mala voluntad, que nos rodean por todas partes.»

Cuando llegó el día en el que el rey ocupó su residencia veraniega, un amigo anunció a la piadosa mujer, en secreto, que los bienaventurados confesores serían ejecutados al día siguiente por la mañana. Ella preparó un festín, y, en pie, les sirvió ella misma. Hizo que cambiaran sus sayales de prisioneros por vestidos blancos como los novios y les dijo: «Valor, tened valor en el Señor, tened confianza en sus promesas que nos ha dejado en su Evangelio. Ha sufrido en su cuerpo y nos ha abierto la puerta de la confesión y del testimonio para que lleguemos a ser semejantes a él sin temer la muerte, cuando los enemigos de la justicia precipiten su retorno. Perseverad en el fervor, pasad las noches en oración, cantad salmos, celebrad ese momento sin tregua. De esta manera mereceréis el reino maravilloso de los amigos de Jesús.»

Pero ella no les dijo que iban a morir al día siguiente. Dijo simplemente: «He hecho una promesa y debo cumplirla.» Después volvió a su casa y allí pasó la noche. Al día siguiente, a la hora de la amanecida, volvió a la cárcel y les dijo: «Orad ahora en la alegría de vuestro corazón, con conciencia tranquila. Hoy recibiréis la corona de vuestra victoria, hoy dominaréis al mundo, hoy alcanzaréis el reino; hoy tendrá fin

vuestro combate, que será consagrado con vuestra muerte y vuestra sangre. Sólo os pido una cosa: Rogad por mí al Señor bien amado, por quien morís, para que me juzgue digna un día de tener un sitio cerca de donde estéis vosotros. Soy una pecadora, estoy persuadida de ello, pero si vosotros rogáis al Maestro, Él perdonará mis pecados.

Los ancianos del grupo le respondieron: «Confiamos en la misericordia de Dios: Él nos colmará y te recompensará a tu vez, pues nos has honrado y fortificado todo el tiempo de nuestra tribulación a causa de su nombre; Él cumplirá, estamos seguros, todas tus súplicas, a causa de tu fe.»

Llegada la mañana, llegó la orden de conducirlos al martirio. Esta noble mujer permaneció a la puerta del calabozo y besó las manos y los pies del primer confesor que cruzó las rejas. Y lo mismo hizo con todos los demás. Condujeron a los mártires fuera de la ciudad; el gran mago había sido delegado para presidir el interrogatorio y la ejecución.

Por orden del rey, dijo: «Adorad al sol y viviréis.»

Los santos dijeron: «Los condenados a muerte llevan vestidos de luto y cambian de color, ¿no veis, hombres ciegos, que nos hemos vestido con hábitos de fiesta y que nuestros rostros resplandecen como la rosa de la mañana? Nos podéis hacer lo que queráis, hombres impíos. Pero nosotros nos guardaremos bien de abandonar a nuestro Dios y adorar a las criaturas. Despreciamos vuestro reino y haremos frente a vuestras órdenes, para honrar con nuestra sangre el reino invisible que vuestra maldad nos permite adquirir. Para nosotros es sosiego, recuperación; para vosotros, lloros y rechinar de dientes.»

La sentencia fue la misma para todos: «Todos perecerán decapitados.» Fueron valerosamente al encuentro de la muerte, con la esperanza de Cristo.

Durante la noche, la piadosa cristiana asalarió gentes en el mercado, dos por cada cadáver, y preparó los lienzos de lino para su sepultura. Los recogieron; las tumbas fueron rápidamente cavadas, y en ellas fueron puestos los mártires de cinco en cinco, por miedo a los magos.

Los bienaventurados fueron coronados el 6 de nisán del año lunar (6 de abril).

AÑO 346, EN KARKA-DE-LEDAN

BARBA'SCHMIN, OBISPO DE SELEUCIDA, Y SUS DIECISEIS COMPAÑEROS

El sexto año de la persecución, el obispo de Seleucida y Ctesifon, Barba'schmin⁴⁵, fue denunciado al rey. Le dijeron: «Hay aquí un hombre rebelde, se opone a nuestra religión y aparta de ella a numerosos fieles; los aleja del servicio del rey, desprecia al sol, como al fuego y al agua.» El rey preguntó: «¿Quién es?» Respondieron: «El hijo de la hermana de Simeón Bar Sabbae: le ha sustituido al frente de los cristianos.»

El rey fue presa de una violenta cólera y mandó que le llevaran ante él. Apresaron, pues, al obispo Barba'schmin con dieciséis de sus sacerdotes, diáconos, ascetas de diversos lugares como de distintas ciudades; el obispo fue llevado ante el rey.

Este le dijo: «Tú morirás de muerte cruel. Porque

has desobedecido mis órdenes y has aceptado dirigir ese pueblo, al que odio porque desprecia a mis dioses. Por esta razón, Simeón, que fue mi amigo, encontró la muerte.

Barba schmin • ' Tus órdenes nos impiden que vivamos según la fe. Pero no abandonaremos ni una pulgada de nuestra doctrina y la observaremos por entero, porque es nuestro mayor bien.

El rey: Eres tan discutidor y tan insensato como tu tío, que pereció y arrastró a muchos otros a la muerte. Tú también aspiras a la muerte.

Barba schmin: No busco la condenación ni la muerte, con la condición que me dejes seguir el camino de la verdad. Pero si buscas reducirme por la fuerza para que acepte tu error, deseo la muerte, que es para mí vida, y tu condenación, que es para mí alegría. Me guardaré mucho de abandonar la verdadera fe en el Dios único, que mi maestro Simeón me ha enseñado.

Estas palabras encolerizaron al rey y juró por el sol, su dios: «Extirparé esta doctrina de la tierra y en ninguna parte quedará rastro de vuestra religión.»

Barba'schmin se echó a reír y respondió: «¿Por qué no has pedido ayuda a los dos dioses auxiliares, el fuego y el agua, para que te ayuden a cumplir tu juramento, pues sin duda alguna serían tus compañeros de exterminio?»

La cólera del rey llegó a su colmo ante estas palabras: «Hablas así porque estás condenado a morir, con el fin de que yo te mate. Pero quiero conservarte para que sirvas de escarmiento horrible: tu muerte hará temblar a todos tus correligionarios.»

Por orden del rey, los confesores fueron encadenados, encarcelados y sometidos a sagaces interrogalo-

ríos. Esto duró el mes de schebat (febrero) hasta el nueve del segundo canon. Los magos les martirizaron, les molieron a golpes y les sometieron a las torturas del potro. Se les hizo sufrir hambre, sed, hasta que la piel se caía a jirones, seca, de sus huesos y su rostro devino negro como la ceniza.

Al fin del año, el rey se encontraba en Karka-de-Ledan, en Bet Houzaye. Pidió que le llevaran ante sí al obispo Barba'schmin y a sus dieciséis compañeros de cautividad. Cuando hubieron llegado, advirtieron al rey de su presencia. Este les hizo llevar ante él y les dijo: «Pueblo insensato y alucinado que camina libremente hacia la muerte. Desde luego se trata de vosotros, puesto que no mostráis arrepentimiento alguno. ¿Dónde están aquellos que os precedieron en lo que llamáis reino y vida? Seréis semejantes a ellos, moriréis sin retornar a la vida, como ellos querían.

¡Escuchadme! No despreciéis mis órdenes y salvaréis la vida. Os colmaré de presentes, especialmente a ti, Barba'schmin; serás exaltado si me oyes, si adoras conmigo al sol, que es dios.»

Le hizo llevar una copa de oro, en la que había mil medio dracmas de oro. Después el rey le dijo: «Tómala, ante los que están aquí, como testimonio de mi consideración; voy a darte grandeza y poder.»

El obispo: ¿Por qué me halagas como a un niño y me tientas con lo que sólo son flores deshojadas y polvo, para hacerme abandonar al Dios imperecedero, que lo ha creado todo con una sola palabra de su boca? Aunque me ofrecieras todo el bien que contiene tu reino, no abandonaré por ti al que lo posee todo en verdad.

El rey: No rechaces mis presentes ni mis honores

si quieres vivir, tú y los tuyos. Pero si me resistes, me vengaré en ti y sobre todo tu pueblo recalcitrante.

El obispo: ¿Quieres tú que Dios me diga el día en que pueblo y naciones temblarán ante su tribunal: Insensato, por qué me cambiaste por oro del rey Sapor y has seguido a la nada?

Has de saber, oh rey, que tengo confianza en mi fe y que me refugio en mi verdad. Pero tú, tentador y malvado, consumes deseos sanguinarios: basta ya de palabras; actos, hechos necesitamos.

El rey: Hasta este momento te consideraba hombre prudente en la manera de comportarte. Ahora tengo la convicción de que eres un insensato, nacido en ese pueblo insensato. Voy a trataros con dureza. Procederé con crueldad; mis castigos os enseñarán cómo gobierno al mundo.

El obispo: Con nosotros está la sabiduría, vamos libremente a la muerte por el Dios verdadero. Nuestro valor pisotea tu orgullo, sabemos ser humildes y sabemos enorgullecemos e irritarnos. Decimos al mundo que pasa, y a ti que no serás eterno. Tú intentarás vanamente hacernos cambiar por presentes miserables, que pasan como tus dioses, nuestra preciosa vida y nuestro mejor tesoro.

El rey fue víctima de una cólera violentísima y dijo: «Ordenaré a mis ejércitos que extirpen de la tierra todo recuerdo que lleve vuestro nombre.»

Barba'schmin: Nuestra fuerza en el Señor es mayor que la de tus soldados. Si piensas acabar con nosotros por medio de la muerte, has de saber que tus matanzas y tus espadas nos multiplican y nos fortifican de generación en generación. Te destruirás contra la resistencia de nuestro pueblo. Destruye nuestra vida, despuebla a tu país, nosotros seremos acogidos en el

país de nuestros deseos. En vano lavarás tus manos manchadas de sangre. Tus víctimas, nuestros amigos, viven ya en la alegría del paraíso, jóvenes y muchachas gustan ya del gozo del reino. Pero a ti, en lugar de su alegría y de su paz, te están reservadas las lágrimas y el rechinar de dientes para toda la eternidad. El enemigo impío de la justicia fue presa de una gran cólera. Su maldad llegó a su colmo. Ordenó decapitar a todos los confesores.

El bienaventurado Barba'schmin y los dieciséis confesores con él murieron el noveno día del segundo canon (9 de enero).

El rey promulgó un edicto: «Que los que me son fieles y se someten a mi gobierno se esfuercen por extirpar el nombre cristiano del país de mi jurisdicción. Que adoren, al sol, al fuego y al agua, que beban la sangre de los animales. Que los que se nieguen sean llevados ante los magos, que los someterán a tortura y los harán perecer.»

El terror fue tal, que durante veinte años no hubo otro obispo en Seleucida y Ctesifon.

AÑO 347, EN HAZZA, CERCA DE ARBELA

TECLA Y SUS CUATRO COMPAÑERAS

En aquel tiempo, un hombre malvado que se llamaba Paula, y que de nombre era sacerdote en el poblado de Kaschaz, fue acusado ante Narsé Tamschapour. «Este hombre, decían, posee numerosas riquezas y tierras.» Narse hizo cercar su casa, Paula fue encadenado, su casa saqueada y confiscada la fortuna que se encontró en ella. Por él también apresaron a las religiosas del poblado: se llamaban: Tecla, Maris, Marta, María y Enin. Las condujeron encadenadas al poblado de Hazza (cerca de Arbela).

Paula fue llevado ante el inicuo Tamschapour, que le dijo: «Si obedeces al rey, si adoras al sol y bebes sangre, te devolveré todo lo que te he confiscado.» Este hijo de la gehenna sintió nostalgia por su riqueza, y para recuperarla hizo cuanto se le ordenó.

Como Tamschapour ya no tenía motivo para condenarle a muerte, imaginó otra cosa distinta. Voy a pedirle, se dijo, que mate a las religiosas: quizá se

avergüence de hacerlo, y entonces le confiscaré de nuevo sus riquezas. Por tanto, ordenó que llevaran a su presencia a las religiosas y les dijo de forma violenta: «Obedeced al rey, adorad al sol y casaos; de esta forma escaparéis a los suplicios y a la muerte por la espada. Si os negáis a ello, sabed que nadie podrá liberaros de mis manos.»

Las santas respondieron: «Hombre orgulloso y hablador, te imaginas que nos conmueves con tus halagos o tus amenazas. Lleva a cabo lo que se te ha ordenado sin más tardar. Lejos de nosotras renegar de Dios y del Creador y obedecer a ninguno de tus deseos.»

Hizo que las flagelaran. Cada una de ellas recibió cien latigazos. Pero las santas decían: «No vamos a cambiar a nuestro Dios por el sol; no cometeremos la locura que vosotros realizáis, abandonando al Creador para adorar a su criatura.»

Las monjas fueron condenadas a muerte. Y le dijeron a Paula: «Si matas a estas religiosas, recobrarás todos tus bienes.» Y en aquel momento se apoderó de él aquel que habitaba en Judas.

Para recobrar sus riquezas, el avaro se dejó seducir por las promesas demoníacas. Se endureció su corazón, cogió una espada y se atrevió a herir a las mártires, que decían mientras tanto: «Desgraciado pastor, tú dispersas a tus ovejas y degüellas a los corderos de tu rebaño. ¿El dinero se convirtió en lobo asesino? ¿Este es el sacrificio de reconciliación que hemos recibido de tus manos? ¿Es ésta la sangre de vida que tus manos nos han ofrecido? Sin embargo, tu espada nos trae vida y redención. Vamos al encuentro de Jesús, nuestra riqueza y nuestra ganancia; pero los bienes que tú deseas no los poseerás y no los heredarás.

Seremos tus acusadores ante el tribunal de Dios y no pasará mucho tiempo sin que te alcance el juicio de Dios. ¡ Maldito sea el hombre que nos hiere! »

Entonces este hijo de perdición se acercó, levantó su brazo con la espada e hirió de muerte a las cinco religiosas.

Las santas sufrieron valerosamente el martirio. Estas vírgenes alcanzaron la presencia del Señor y, ante Él, fueron como perfume de agradable aroma. Recibieron una doble recompensa por su vida y por su muerte. Fueron coronadas el 6 de junio del año lunar.

El insensato asesino no había leído ni oído lo que se dice del rico que recogió una gran cosecha: ¡insensato, esta misma noche te será pedida el alma! Y eso fue lo que sucedió. Creía salvar su riqueza perdiendo su alma. Murió aquella misma noche. El juez temía que le denunciara al rey: envió a unos esbirros a la cárcel para que le estrangularan. Ocultaron su muerte.

AÑO 362, EN BET-ZABDE

LOS PRISIONEROS DE GUERRA DE BET-ZABDE

En el año quincuagésimo tercero de su reinado, el rey Sápór declaró la guerra a los romanos, sitió la fortaleza de Bet-Zabde⁴¹ⁱ, la conquistó, arrasó sus muros, pasó por la espada a numerosos soldados e hizo prisioneros a unas nueve mil personas, hombres y mujeres. Entre éstas estaban el obispo Heliodoro, los ancianos sacerdotes Dausa y Marjahb, otros sacerdotes, diáconos, ascetas, hombres y mujeres. Los prisioneros, junto con el rey y el ejército, que allí se dirigían, fueron llevados a la ciudad de Bet Houzaye.

En un lugar llamado Daskarta, Heliodoro enfermó.

Consagró obispo a Dausa y le puso al frente de los cristianos. También le confió el altar que había llevado consigo, para que cuidara de él. Murió Heliodoro y fue enterrado con todos los honores.

Al abandonar este lugar, los cristianos se agruparon para cantar salmos todos juntos, coralmente. Diariamente celebraban su culto, lo cual enfureció a los magos, que se consideraban insultados por ello. Los magos los denunciaron a Adarfar, su jefe o gran mago, que ya había vertido mucha sangre cristiana en Oriente.

Este hombre maldito fue al encuentro del rey y le dijo: «Buen rey, entre los prisioneros se halla el jefe de los cristianos; se llama Dausa; reúne a su alrededor a muchos correligionarios, hombres y mujeres; se enardecen juntos entre sí, y, unidos, blasfeman contra tu majestad. He intentado reprenderlos una o dos veces; pero han blasfemado contra los dioses de los persas con todo descaro.»

El rey estaba por aquel entonces en Dursak, en la región de Darayé. Ordenó a este gran mago y a un notable que se llamaba Hazaraft: «Id, tratad de desunir insidiosamente al jefe de los cristianos de sus correligionarios y decidles: «El rey os quiere y estima; no desea haceros mal alguno; os promete tomar posesión de esta montaña, el país es opulento, las ciudades hermosas, el terreno fértil y con abundante riego; no tendréis más preocupaciones hasta el fin de los días.» Esperad a que esas gentes se reúnan para injuriar a nuestra majestad y para blasfemar contra nuestros dioses; hacedles subir a la cima de esta montaña para interrogarles. Todos aquellos que cumplan mi voluntad y adoren al sol y a la luna, abjurando del Dios que adora el Emperador romano, podrán estable-

cerse a su gusto en esta ciudad. Los recalcitrantes serán decapitados.»

Entonces, después de recibidas las órdenes del rey, los dos notables se fueron con cien caballeros y doscientos soldados de a pie. Hicieron comparecer ante ellos al obispo Dausa, al coobispo Marjahb, a los sacerdotes, a los diáconos, a los ascetas y los fieles, y trataron de atraparlos con argucias. Los cristianos eran unos trescientos; les hicieron subir la montaña de Masabadan, hasta el poblado de Gefta, y los pusieron en fila, en las afueras del poblado. Entonces, el sanguinario Adarfar empleó su más sutil argucia: «Habéis de saber que el rey, al principio, ha querido ajusticiaros a todos, porque diariamente le insultáis y blasfemáis contra los dioses de los persas. Pero podéis salvar vuestra vida si sois dóciles ante nuestras órdenes. Cumplid con la voluntad real: prosternaos ante el sol y ante la luna, abandonad la religión del Emperador romano y abrazad la de Sapor, el rey de reyes. Sois sus subditos y él es vuestro señor. Si obedecéis, tengo órdenes de dejaros habitar en estas ciudades ricas y opulentas y en esta región en donde crecen, como veis, viñedos y palmares. El rey satisfará todos los deseos que le expongáis. Pero si resistís, que hoy mismo seréis decapitados, y que nadie de entre vosotros escapará a la muerte, según la decisión del rey.»

El valeroso Dausa respondió: «¡ Oh pueblo que se baña en la sangre de sus propios hijos con cínica complacencia! Matas a los naturales de tus tierras como a los extranjeros, a los indígenas como a los emigrantes. ¿Qué provecho sacáis de ello y quién puede defenderos? Vuestro odio caerá sobre vosotros y llega-

rá el momento de vuestro juicio. Estáis manchados por la sangre de los confesores del Oriente y del Occidente. Nuestra sangre vendrá a sellar el testimonio de los otros mártires que habéis decapitado. Vuestra astucia y vuestras órdenes nos llenan de alegría. No perderemos nuestra patria y no moriremos como prisioneros. ¿Queréis matarnos? ¿Queréis nuestra vida? No dudéis más.

Nosotros sólo tenemos un solo Dios, que es el Dios de todos los hombres. Ha permitido que caigamos en vuestras manos a causa de nuestros pecados. Por eso vamos a morir. Pondremos mucho cuidado en adorar al sol y a la luna que Dios ha creado, y obedecer las órdenes de vuestro rey, ebrio de sangre humana. Permaneceremos firmes en nuestra fe, continuaremos adorando al verdadero Dios, al que adora el Emperador; en Él pondremos nuestra confianza. Cantaremos mientras nos acerquemos al lugar de nuestra muerte.

Pero, ¡malditos seáis, vosotros, impíos, que corrompéis el Oriente con vuestra doctrina religiosa! No tardará Dios en destruirla y en extirpar vuestra impostura de todo el Oriente. Habéis de saber que permanezco fiel a la religión cristiana. Haz lo que te ha sido ordenado.»

El mago ordenó que cincuenta hombres y mujeres fueran ejecutados. Veinticinco se acobardaron y adoraron al sol. Estos se establecieron en aquel lugar y allí siguen viviendo.

Un diácono, que se llamaba Abdischo, sobrevivió después de ser decapitado, ya que la espada no le hirió de muerte. Después que el sol se hubo puesto, se levantó, volvió a la ciudad, y en ella encontró a un hombre pobre que le llevó a su casa, lavó sus heridas

y las curó. Al día siguiente, cuando comenzaba a amanecer, el diácono condujo al anciano y a sus dos hijos al lugar de la matanza, les enseñó el cuerpo de Bausa y de Marjahb y los de los otros sacerdotes ancianos. Se llevaron los cuerpos; ascendieron un poco más por la ladera de la montaña, y allí encontraron una caverna, en donde los ocultaron, y cuya entrada cerraron con grandes piedras. Después se reunieron con Abdischo; le encontraron en el lugar de la ejecución, de rodillas, orando y llorando.

Pastores paganos, que por allí guardaban sus rebaños, vieron en aquel lugar, durante tres noches consecutivas, ejércitos de ángeles que subían y descendían al lugar de la ejecución, cantando las alabanzas de Dios. Los pastores se atemorizaron y anunciaron el prodigio por toda la región; y como consecuencia de esta visión quisieron ser instruidos en la religión cristiana.

Abdischo no murió de sus heridas; comenzó a evangelizar las almas y a mostrarles el camino de la vida. Había decidido quedarse en aquella región, a causa de los demás mártires. Durante treinta días les enseñó la piedad y las buenas obras. Pero un hombre malvado, que era el jefe del pueblo, viendo que las gentes abandonaban el error para emprender el camino de la verdad, se llenó de envidia, bajo la influencia de Satán.

Sobornó a un pastor por cincuenta denarios de plata y llevó al diácono al lugar de la ejecución, en donde el pastor cómplice le mató con una espada. Una vez más el pobre salió de su casa con sus dos hijos; cogieron el cuerpo del héroe, le ocultaron y cubrieron con un montón de piedras, que hoy día se sigue llamando «la tumba de Abdischo». La cólera del cielo cayó sobre el asesino y sobre su casa, Sus cuatro hijos cayeron

en las manos del diablo, que los mató en poco tiempo. En cuanto a él, enfermó de hidropesía; durante treinta días vivió sobre un estercolero, en medio de los peores dolores, y cuando murió, fue presa de los perros. Su fortuna no tardó en disiparse, los criados le abandonaron dejándole solo, su mujer mendigó el pan y murió loca. El arroyo que corre al pie de este poblado había sido hecho por mano del hombre. Dios permitió que unos topos le obstruyeran. En vano intentaron los habitantes desatrancarlo; siempre lo obstruían de nuevo los topos. El poblado padeció sequedad; la vegetación se marchitó. Durante veinte años el lugar permaneció desierto, y esto fue para toda la región un signo de castigo.

Uno de los hijos de este hombre que dio sepultura a los restos de Abdischo, junto a los otros mártires, fue a orar ante la boca de la caverna y prometió ir todos los años y celebrar el día del aniversario. Después de esta promesa, consiguió hacer que el agua fluyera libremente de nuevo por el arroyo, construyó casas y fijó allí su domicilio. Dios le bendijo, y lo recibió todo en propiedad. Comenzó el culto a los mártires y los restos de ellos hacen milagros.

Un superior del convento rivalizó en celo con él. Construyó en ese lugar un «martyrium», y en él puso las osamentas de los confesores que estaban en la caverna. Y allí, hasta el día de hoy, se celebra el oficio religioso.

AÑOS 378 Y 379, EN MEDIA

ACEPSIMAS, JOSÉ Y AITALA

El trigésimo tercer año de la persecución apareció un edicto cruel; los grandes magos, después de ese edicto, tenían poder sobre todos los cristianos para hacerlos torturar, matarlos, decapitarlos o lapidarlos. Los pastores, llenos de valor, no se ocultaban durante esta persecución, y fueron denunciados por esbirros del Maligno, que dijeron a los jueces: «Los cristianos trastornan nuestra religión; según su doctrina y enseñanza, hay un solo Dios, al que debemos servir, aprenden a no adorar al sol, no honrar al fuego, a manchar el agua con purificaciones terribles, a renunciar al matrimonio, a no procrear hijos ni hijas, a no combatir por el rey, a no matar, a sacrificar sin remordimientos animales y a comerlos, a enterrar a los muertos, a pretender que es Dios y no el demonio quien ha creado las serpientes, los escorpiones y todos los reptiles de la tierra.»

Ante esta noticia, los jueces se irritaron y la cólera ardió en ellos como brasa.

Después de esto, apresaron a Acepsimas, que era el obispo de la región de Henaita ^{4T}. El nombre de su residencia era Paká. Era un anciano venerable, octogenario, todavía fuerte, de hermosa prestancia, universalmente apreciado, de gran bondad para con los pobres y los extranjeros. Con su palabra, mostraba a los paganos el camino de la verdad. Ayunaba, oraba, vertía diariamente abundantes lágrimas, hasta el punto de humedecer la tierra sobre la que se arrodillaba.

Unos días antes de su arresto, un hermano, que se llamaba Papa Badoka, que le ayudaba a desvestirse, le besó la cabeza diciéndole: «Bienaventurada cabeza, que va a dar testimonio a Cristo con la muerte.» El santo era calvo; besó a este hombre diciéndole a su vez: «¡Ojalá digas la verdad, hijo mío!; que Dios te oiga muy pronto y me conceda la suerte de la que que hablas.»

Otro obispo había allí, que dijo a este hermano riéndose: «Y a mí, puesto que estás tan enterado, ¿qué es lo que me va a suceder?» El otro le respondió «Pide a alguien que vigile tu casa, para que no se derrumbe.» El santo levantó los brazos y dijo: «Esta casa no es mi casa, esta propiedad no es mi propiedad. Cristo es toda mi riqueza, es mi ganancia, todo lo demás no existe.»

Cuando hubo llegado a Arbela, Acepsimas fue llevado ante el gran mago, Adorkorschir.

Este le preguntó «¿Eres cristiano?»

El obispo le respondió: «Soy cristiano y adoro al verdadero Dios.»

El gran mago: ¿Es cierto lo que he oído decir sobre

ti en toda la región? ¿Es cierto que hablas contra el rey de reyes?

El obispo: Todo cuanto te han contado es verdad. Es verdad que predico efectivamente al único Dios a los hombres, para que hagan penitencia, que abandonen los caminos de perdición y se conviertan, como se dice en nuestras Escrituras.

El gran mago: También me han dicho que eres un sabio y veo que eres de edad avanzada. ¿Por qué recorres un mal camino no adorando el sol y no venerando el fuego, como hace todo Oriente?

El obispo: El Oriente actúa de forma insensata, abandonando al Creador y prosternándose ante su criatura. Vosotros habéis hecho que se extravíe, con vuestra falsa doctrina que adora como a dios lo que es obra de un solo Creador, el Dios del universo.

El gran mago: ¿Llamas funesta a la doctrina verdadera que profesa el rey de la tierra, hombre digno de muerte cruel?

El obispo: ¿Dónde está la verdad de vuestra religión? Se extravía considerando a las criaturas dignas de adoración.

El gran mago: Sométete a la voluntad del rey, adora al sol, y escaparás de los tormentos que te esperan. Tengo piedad de tu edad, quiero evitarte que vayas al infierno bañado en tu propia sangre.

El obispo: ¡Cállate, bandido, y no sigas hablándome de tal manera! Desde mi juventud he sido educado en la verdadera fe. Y ahora, por mi edad, debo salvar mi reputación, merecer la corona y despreciar tu maldito discurso.

El miserable hizo flagelar al bienaventurado. Bajo los golpes, la sangre saltaba y salpicaba, mientras sus pies estaban atados.

El impío le decía: «¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué no viene a librarte de mis manos?»

El santo le respondía: «Mi Dios existe; puede liberarme de tus manos impuras. No te hagas el listo. Tú eres semejante a una flor que se deseca y pasa. Llevas una vida mortecina, porque no vives en Dios, tu Creador. Morirás de muerte temporal y también de muerte eterna, en el infierno. Por el juicio de Dios tú sufrirás en tu cuerpo y en tu alma ese fuego al que veneras.»

El gran mago le hizo encadenar con pesadas cadenas y le hizo encerrar en un negro calabozo...

Hacia la misma época, el sacerdote José de Bet Katoba fue apresado a su vez. Era un venerable anciano de setenta años; lleno de celo por su fe, un modelo de sacerdotes durante toda su vida. Por aquel mismo tiempo apresaron también al diácono Átala, de la región de Bet Nuhadre, que tenía sesenta años: su palabra era cortante, brillante su réplica, el alma apasionada, el rostro agradable; ardía en amor a Dios y amaba a Cristo con toda su alma.

Fueron encadenados y conducidos a Arbela, en donde fueron llevados a la presencia del mismo gran mago, Adorkorschir. Este les dijo: «Sois dignos de la muerte, ¿por qué abusáis de la fe de la gente con vuestra magia?»

El bienaventurado José le respondió: «No somos brujos, sino que nosotros enseñamos a los hombres la verdad, con el fin de que abandonen a las imágenes sin vida para reconocer a Dios vivo.»

El gran mago: ¿Cuál es, pues, la verdadera religión, imbécil, la del rey de la tierra, de los grandes y de los ricos, o la vuestra, la de los pobres y la de los humildes?

José: Dios desprecia el orgullo, la grandeza y la riqueza de este mundo. Somos pobres y viles para merecer la gloria de la otra tierra, que poseeremos después de ésta.

El gran mago: \ Sois unos vagos que no tienen ganas de trabajar, vais de casa en casa, desazonados, desocupados; por eso podéis envaneceros de vuestra pobreza !

José: Dices que somos ociosos; oye: si quisiéramos poseer el fruto de nuestro trabajo, seríamos más ricos que tú, que sólo vives de la rapiña y del robo. Nosotros damos lo que poseemos a los pobres y vosotros les robáis.

El gran mago: Todo el mundo aspira a la riqueza. Ya puedes empeñarte en decirnos que vosotros la despreciáis.

José: Sabemos que la riqueza es efímera, que pasa, que no dura; por esta razón no > le entregamos nuestro corazón. De nada te sirve conservarla, buscarla, puesto que no podrás conservarla para siempre. La riqueza traiciona a los ricos y la gloria traiciona a los ambiciosos; en el infierno sólo encuentran desprecio y polvo.

El gran mago: Basta ya de tantas palabras ociosas como estás diciendo: Sólo te pido una sola cosa: Adora al sol, que *es* dios; ¿quieres escapar a los tormentos que te esperan, sí o no?

José: No te hagas ilusiones, hombre impío; no te imagines que voy a adorar al sol, siendo así que he enseñado a mucha gente que no es Dios, sino tan sólo una criatura.

El gran mago hizo que diez hombres le descoyuntaran, tan grande era su cólera. El mártir fue golpeado con ramas de granado llenas de púas; José estaba

muy cerca del desfallecimiento. Elevó los ojos al cielo en plegaria muda, pidiendo ayuda y fuerza al Señor. Todo su cuerpo estaba cubierto de sangre. Después dijo en voz alta: «Te doy gracias, Cristo, Hijo de Dios, por haberme juzgado digno de este segundo bautismo que me purifica de todos mis pecados.» - Cuando oyeron estas palabras, los verdugos aumentaron su cólera y le flagelaron todavía con más fuerza, hasta el punto que el cuerpo del mártir era una sola llaga. El juez le hizo tirar en el calabozo de Akebschema, cargado de cadenas.

Entonces compareció el valeroso Aitala.

El gran mago le dijo: «Adora al sol, bebe sangre, toma mujer, obedece las órdenes del rey y te librarás de las torturas y de la muerte que te esperan.»

Aitala respondió: «Más vale morir para vivir, que vivir para morir eternamente. Bebe sangre: eres un perro voraz. Adora al sol: eres ciego y no ves la luz que ilumina al mundo y que fue anunciada hasta los confines de la tierra.»

El juez inicuo se tragó su resentimiento y dijo: «Huyes de la vida y buscas la muerte. Hay quien te va a creer capaz de odiar la vida y desear la muerte, a menos que hayas perdido la razón, como todos los demás.»

El santo: Quizá te refieres a ti, a tus correligionarios. No conocéis la verdad. Nuestro maestro ha mandado que amemos la vida que vosotros llamáis muerte, y que odiamos la muerte que llamáis vida.

Estas palabras irritaron hasta la violencia al impío; ordenó que ataran las manos del bienaventurado por debajo de sus rodillas, a las pantorrillas, junto a las corvas, y le pasaran una viga entre el brazo y el fémur; por los dos lados se apoyaron seis hombres;

este suplicio era horrible y despiadado. Después de esto, comenzaron a flagelarlo durante un largo momento. El mártir ultrajaba al mago, llamándole impuro, infecto, perro embriagado de sangre, cuervo hambriento de carroña.

El juez la tomó entonces con los verdugos: «¿Por qué no le hacéis callar a golpes?» Los huesos del confesor se separaron, sus articulaciones se dislocaron, hasta el punto que acabaron por conducirlo de nuevo a la prisión, junto con los otros mártires.

Cinco días después leal condujeron del calabozo al jardín, que se encontraba cerca del templo al fuego.

El gran mago presidía el tribunal que iba a interrogarles y comenzó así: «Malditos brujos, ¿perseveráis en vuestra obstinación y vuestra desobediencia para con las órdenes del rey?»

Los tres respondieron al mismo tiempo: «Perseveramos en una sola voluntad, en una sola decisión, en una única fe. A todas tus preguntas daremos siempre una misma respuesta. Servimos al único Dios, no nos sometemos a las órdenes de un rey inicuo. ¡Haz lo que quieras, impío! »

Trajeron cuerdas muy delgadas, extendieron a los mártires en el suelo, colocaron bajo cada uno de ellos, a la altura de las piernas, de los muslos y de los riñones, leños de madera; fuertes hombres, estirando de las cuerdas, les apretaron contra los maderos hasta que se escuchó que los huesos crujían y también las cuerdas; los mártires estaban rotos y triturados.

Una vez más les interrogaron: «Haced la voluntad del rey y viviréis.»

—Hemos puesto nuestra esperanza en el verdadero Dios, y no obedeceremos al rey.

Todos los tormentos sólo sirvieron para afirmarles

y aumentar su victoria. Les llevaron de nuevo a la cárcel, extenuados, como cuerpo sin vida. Todos los días los magos les sometían a nuevas torturas, a hambres, a sed, a suplicios de todo tipo. Nadie pudo llevarles ropas calientes o mantas, como tampoco pan u otros alimentos. Los magos habían ordenado que cualquiera que les visitara recibiría cien latigazos y se le taladrarían las orejas y las narices.

Pero otros presos que allí había con ellos pudieron ir a la ciudad y traer pan para ellos; los carceleros tenían piedad de los confesores, considerando su edad avanzada.

Después de tres meses de cárcel, el rey llegó a la provincia de Madai. El gran mago les hizo llevar; no tenían rostro ni apariencia humana; el hombre de corazón más duro comenzaba a llorar al ver su horrible estado. El rey les hizo llevar a presencia de la corte y les confió al gran mago Adarschapur, que imperaba en todo el Oriente. Al llegar a su presencia, los confesores no se prosternaron. Muchos de los notables del reino y de los magos estaban allí reunidos. Entonces comenzó el interrogatorio.

Adarschapur: ¿Sois cristianos?

Los mártires: Somos cristianos y servimos al único Dios, el Señor de todo el universo.

Adarschapur: Sois viejos y veo que habéis sorportado atroces torturas; lo dice vuestro rostro. Os aconsejo que os apiadéis de vosotros mismos, para no morir de una muerte cruel. Adorad al sol, obedeced al rey, de lo contrario seréis condenados a una muerte cierta.

El bienaventurado Acepsimas: Conozco tu habilidad para la función que te ha sido confiada. No quieras

ahora cambiar de actitud para con nosotros. No te hagas la menor ilusión, jamás obedeceremos al rey. Llega al fin de todas tus órdenes, ya sea para la muerte o para la tortura. No dudes ni vaciles.

Adarschapur: La muerte es una liberación, y sé que la deseáis. Sólo os la concederé cuando vuestros ojos hayan podido considerar cuan amarga es vuestra vida. Sólo entonces haré que muráis, para horrorizar a los brujos cristianos.

Acepsimas: No tememos ni las torturas, ni tus amenazas, ni tu espada. Aquel que nos confortó hasta este día, a través de tantos tormentos, nos sostendrá contra ti. Podrás poner a prueba nuestra vejez con los tormentos que te plazca, nuestra paciencia es incansable. La verdad se manifestará claramente a través de nuestra tribulación, y tu error también se manifestará en nuestros sufrimientos.

El impío juez hizo que trajeran del mercado siete pares de nuevos látigos, hechos con cuerdas de cuero. Después dijo: «Por el sol nuestro dios, por la fortuna de Sapor, el rey de los reyes, os juro que si no cumplís mi voluntad, destruiré vuestros cuerpos, bañaré vuestras cabezas encanecidas en vuestra sangre, entregaré sin remisión vuestras carnes a estos látigos, aunque muráis.»

Acepsimas: Como tú juras por la nada y por una fortuna que no existe, mucho me temo que sea vano tu juramento. Nosotros poseemos la verdad de nuestra fe, tanto en la vida como en la muerte. Para ti nuestros cuerpos, pero nuestras almas son de Dios. Haz pronto lo que tengas que hacer, lo esperamos.

Furioso, el gran mago dio nuevas órdenes: Acepsimas fue descoyuntado por quince hombres, mientras

que otros dos más le golpeaban, ya sobre los riñones, ya sobre el pecho; la sangre salpicó, la carne fue desgarrada entre horribles dolores.

Una vez más el mártir fue interrogado: «Si obedeces al rey, vivirás y serás salvo.» Pero el mártir siempre respondía, mientras pudo hablar: «Rechazo las órdenes del rey para perseverar en la voluntad de mi Dios.»

Perdió el conocimiento. Una vez más le prometieron: «Si obedeces al rey, vivirás y te salvarás.»

El bienaventurado, con la cabeza, indicó el cielo y dijo: ¡No!

Mientras perseveraba de esta manera, el alma abandonó el cuerpo del héroe. Los verdugos continuaron golpeándole y descoyuntándole. Hacía ya tiempo que estaba muerto, pero seguían matándolo con sus golpes y acabaron por arrancarle los omóplatos y los brazos. Cuando advirtieron que había expirado, dejaron de golpearle y el cuerpo se dobló sobre sí mismo; la cabeza golpeó contra el suelo y la nuca se fracturó. Los verdugos se llevaron aquel cuerpo, le echaron afuera y le hicieron custodiar por vigilantes. Tres días después fue robado clandestinamente, gracias a la hija del rey de Armenia, que servía como rehén en una fortaleza de Madai.

El glorioso Acepsimas fue coronado el 10 del primer tischri, según el cómputo lunar (octubre).

Tras él le llegó el turno a José. El gran mago o príncipe de los magos le dijo: «¿Has visto en medio de qué sufrimientos ha muerto tu insensato compañero, por haberse negado a obedecer las órdenes del rey? Sé tú un poco más razonable y obedece: adora al sol;

cumple la voluntad del rey y vivirás, y escaparás de la muerte horrible que está preparada.»

José: No me prosternaré ante el sol, porque no es dios; no me someteré a las órdenes del rey, pues son arbitrarias; no cambiaré nuestro Dios, el Creador, por los dioses hechos con las manos de los hombres. Haz lo que te plazca.

Furioso, el mago ordenó que treinta hombres le descoyuntaran; y José fue también golpeado brutalmente con vergas, hasta que todo su cuerpo sólo fue una llaga. Le hicieron las mismas proposiciones: «Si obedeces al rey, te salvarás.»

El santo respondió: «Dios es único, no hay otro dios fuera de él. Nuestra fe y la verdad son una misma cosa; perseveraremos *los* tres en una misma voluntad.»

Después que le hubieron sometido a atroces torturas, su alma se calló. Le creyeron muerto, y le dejaron. El santo se desplomó. Le arrastraron y le echaron fuera. No tardaron en advertir que todavía vivía. El juez hizo que no dejaran de vigilarle.

E hicieron comparecer a Aitala. El juez impío le dijo: «Si no estás tan obcecado como aquellos que te han precedido, y perecieron con muerte horrible, cumple la voluntad del rey, adora al sol, que es dios, y tú vivirás y serás colmado de presentes y de honores.»

El santo Aitala le respondió: «Me asombra tu ceguera, de la que no tienes siquiera conciencia. En verdad te asemejas a un animal sin razón. Aquellos que eran de más edad que yo han sabido resistir y han conseguido una gloria eterna con su martirio. ¿No es conveniente que yo me muestre todavía más valeroso, para merecer su corona y su gloria incorruptible?»

Persevero en la verdad y no escucharé al rey, enemigo de todo lo que es grande y bueno.»

Al oír que injuriaba al rey, el mago, muy turbado, cambió el color de su rostro, y después ordenó que veinte hombres le descoyuntaran los brazos, mientras que los brutos le molían a golpes. Le golpeaban como si fuera de piedra o madera, hasta que su cuerpo se desgarró y dividió en pedazos. El héroe dijo en voz alta: «Tus tormentos no son tan horribles, hombre cínico e impotente. Si todavía tienes más verdugos, hazlos venir para que confirmen mi alma y fortifiquen mi cuerpo.»

El gran mago se dirigió a sus asesores: «¿Qué tienen estos brujos para esperar la muerte como si tuvieran hambre de morir?»

Estos asesores le respondieron: «Están de acuerdo con su doctrina, que les promete un mundo invisible.»;

Los miembros del glorioso mártir quedaron dislocados a fuerza de golpes; le arrancaron los brazos y los omóplatos, los huesos se descoyuntaron. Sólo le quedaba la piel.

Mientras dos hombres sostenían a nuestro santo, el impío le dijo: «Si obedeces al rey, haré que vengan los médicos a curarte, para que puedas vivir.»

El bienaventurado: ¡Qué me importan tus medicamentos! Aunque con una sola palabra me pudieras curar, no te creería. No traicionaré a mi Dios que ha creado el cielo y la tierra, no adoraré al sol, su criatura, que Dios nos dio para servicio nuestro.

El gran mago: ¿Qué es lo que queda en ti que te permite seguir viviendo y resistir? Vas a servir de horror a todos aquellos que profesan tu doctrina.

El santo le respondió: «Has hecho una profecía, aunque sin saberlo. Servimos de ejemplo a todos los

fieles. Dejamos como herencia a las generaciones futuras la gloria de nuestra lucha, la paciencia hasta la victoria, el brillo de la corona que el Señor ha preparado a nuestra fiel vejez y que se renovará en la gloria de Cristo, en el último día.»

Adarschapur llamó entonces a Adorkorschir, el gran mago de Hdajab, y le dijo: «Si estos dos locos quedan con vida, llévatelos, te los confío para que sean lapidados por sus correligionarios. Por eso te los he reservado.»

Prepararon dos asnos que los transportaran. Les ataron a las monturas con cuerdas, y la caravana partió; nuestros mártires semejaban un cargamento sin vida. Cuando llegaron a su destino, fueron tirados a tierra de manera ultrajante, como si fueran maderas o piedras; los llevaron a Arbela, en donde fueron encerrados en un calabozo. Estaban tendidos en el suelo como cadáveres ya sin calor; de sus llagas fluía sangre y pus. Y cerca de ellos pusieron guardias para impedir que los cristianos se aproximaran.

En la ciudad había una mujer de elevada posición social, a la que ya hemos mencionado⁴⁸, que era cristiana; ¡que su nombre sea bendito! Tenía veneración por los confesores de Dios y sostenía con su fortuna a todos aquellos que sufrían por el nombre de Cristo en las prisiones de Arbela.

Cuando conoció la tribulación de los santos mártires de Dios, hizo llamar a su casa al jefe de la prisión, y le corrompió con dinero, para que le permitiera ver a los prisioneros. El así se lo prometió, aunque temblando mucho. La mujer envió servidores para

que llevaran a su casa a los mártires. Tomó lino en sus manos, curó sus heridas con sus propias manos, cubrió de besos las manos rotas y los brazos desgarrados, mientras lloraba con toda su alma por las tribulaciones de aquellos dos ancianos, que permanecían sin movimiento y sin vida.

José dijo entonces: «No te comportas como una santa de Dios llorando de tal manera por nosotros.»

Ella le respondió: «No lloro por vuestra cercana muerte, señor. Por el contrario, si estuvierais ya muertos, sentiría una alegría inmensa. Lloro porque veo cómo se prolonga vuestra tribulación.»

José le dijo: «Esta tribulación es un bálsamo para nosotros. El Señor dijo: 'Estrecha y enjuta es la senda que conduce a la vida, y pocos son los que la encuentran'. Y en otro lugar: 'Aquel que resista hasta el final, ese vivirá.' El Apóstol dijo de sí mismo: 'Tres veces fui azotado, una vez lapidado', y añade: 'Hombres hubo que fueron cruelmente probados, de los que no era digno el mundo.' Alégrate, pues, si la lucha de los cristianos dura largo tiempo y si éstos resisten; nuestra recompensa y nuestra corona sólo pueden mejorar con ello.»

Por la mañana les condujeron a la cárcel, en donde permanecieron seis meses, padeciendo indecibles sufrimientos, hasta el mes de nisán (abril).

El gran mago fue depuesto y le sustituyó otro que se llamaba Zardusch, un perro cínico, peor que el primero; trajo consigo una orden cruel del rey: Todos los súbditos cristianos que fueran hallados serían obligados a lapidar con sus propias manos a los confesores. Grande fue la emoción, y acuciante la pena.

Hombres y mujeres libres, los menos confirmados, fueron a ocultarse en lugares secretos de la montaña, por temor a verter sangre inocente.

Cuando llegó el gran mago Zardusch, fue a cumplir con sus obligaciones religiosas al templo del fuego. Los hombres encargados del culto al fuego le dijeron: «Hay aquí dos brujos, llamados cristianos, que están en la cárcel desde hace tres años y medio: el mago Adorkorschir les sometió a tortura muchas veces; pero siempre resistieron a su voluntad.» Inmediatamente, el gran mago ordenó que les llevaran a su presencia y les dijo de forma brutal: «Obstinados y temerarios, ¿no habéis sido quebrantados por las órdenes severas y solemnes de Sapor, el rey de reyes, el soberano de toda la tierra, que devasta los más grandes reinos, conquista las ciudades fortificadas, somete provincias numerosas y todos los países del mundo? Y vosotros tenéis la osadía de habitar en su país y vivir en sus ciudades, resistirle, rechazar sus órdenes y despreciar sus voluntades.»

El bienaventurado José le respondió con voz firme: «Si en verdad somos rebeldes y enemigos del rey, como tú pretendes, ¿por qué no ha equipado para el combate hombres valerosos con armas, arcos y carcajes, para lanzarlos contra nosotros, como ha hecho el rey contra los pueblos a los que te has referido? ¿Por qué se ha contentado con enviar contra nosotros a un hombre débil y poltrón como tú? Tú tienes miedo del ruido de la hoja al caer. Tú jamás mediste tus fuerzas con hombres en el frente de batalla, tú sólo conoces la vida ociosa y las alcobas de las mujeres. Deberías avergonzarte de venir, no para reducir a rebeldes, sino para corromper a débiles e intentar hacer de ellos rebeldes contra su Dios. Cerramos nuestros oídos a tus

consejos perniciosos para permanecer fieles al Dios fiel.»

El gran mago respondió: «Brujo impío, me insultas, me colmas de injurias, cuando yo estoy demostrando tener una gran paciencia contigo; te imaginas sin duda que te voy a hacer cortar la cabeza inmediatamente, para escapar así a los tormentos que te he preparado. Me callo y espero para ejecutar las órdenes recibidas.»

El santo le replicó: «No sé si eres un hombre de recursos, ladino como un áspid que sólo piensa en morder ; tienes el color verde de la hiél, como una víbora, que sólo aspira a matar. Despliega ante nuestros ojos tu arte pérfido, manifiesta tu odio insatisfecho, desenvaina tu espada, calma tu amargura con nuestra sangre inocente, condenándote al juicio y al suplicio eternos. Apresúrate a tomar posesión de las riquezas y reino que esperamos, que vendrá a poner fin a vuestro reino y a vuestro poder.»

El mago ordenó que le suspendieran de los dedos del pie; y con las vergas de madera verde le golpearon dolorosamente sobre sus llagas, la sangre y el pus fluían de sus espaldas, de su pecho y de sus caderas. Los asistentes comenzaron a llorar, al ver aquellos suplicios que eran aplicados a un anciano tan venerable. Los magos le murmuraban al oído: «Si tienes vergüenza por la gente, te conduciremos al templo del fuego; venera al fuego y se te perdonará.»

Nuestro bienaventurado replicó vehementemente: «Alejaos de mí, hijos y amigos del fuego. Alimentad el fuego que ya os devora y os engullirá.»

El gran mago le hizo desatar y le dijo: «¿Todavía no obedeces, con el fin de salvar tu vida, impenitente parlanchín?»

El santo: Me guardaré mucho de recibir la vida de tus manos.

El gran mago: He arrancado la vida de tu cuerpo, ya sólo te queda un aliento, que destruiré con atroces tormentos.

El bienaventurado: Pero no anonadarás mi alma. Está escrito: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien al que puede hacer perecer alma y cuerpo en la gehena.» Tu poder ha destrozado mi cuerpo, pero no podrás arrancarme al alma su esperanza irreductible ni la resurrección que nos ha sido prometida, mientras que, por el contrario, con todo ello os preparáis lloros y rechinar de dientes por las eternidades de las eternidades.»

El impío respondió con sarcasmo: «Cuando estés donde dices, ¿con qué penas me recompensarás?»

El bienaventurado respondió: «El Señor misericordioso nos ha ordenado: «Benedicid a quienes os maldicen, haced el bien a quienes os persiguen.»

El impío bromeó: «Es decir, que estás obligado a devolverme bien por el mal que te haya hecho.»

El bienaventurado: Nadie tendrá que devolver bien por mal en el otro mundo. Pero en este mundo, ruego por ti para que te conviertas a Dios, para que tenga piedad de ti y para que reconozcas que no hay otro Dios fuera de Él.

El impío: No hablemos del otro mundo, a donde te enviaré inmediatamente si te niegas a someterte a las órdenes del rey.

El bienaventurado: No hay para mí deseo más querido que el de ir al otro mundo; por eso padezco todos los tormentos.

El impío: Con el espectáculo que tú ofreces quie-

ro que se extienda el temor y el temblor entre todos los demás.

El santo: He soportado valientemente los suplicios que me has infligido. Espero los otros con valor. Quiero servir de ejemplo a los hijos y a los jóvenes que consideran mi edad para que desprecien tu arrogancia y tus amenazas y vean que puedo vencer con mi fuerza y la gracia de Dios que me sostiene, pues ya te he resistido y te resistiré hasta el final.

El gran mago hizo que se lo llevaran, transportándolo, pues no se podía tener en pie ni caminar, y le condujeron de nuevo a la cárcel.

Y llegó el momento de comparecer a Aitala. El mago le dijo: «¿Te obstinas en decir que no? ¿Continúas desobedeciendo y no adorando al sol junto con nosotros con el fin de que conserves la vida?»

Aitala respondió: «Tan verdad como que Cristo, el Hijo de Dios, vive, es que he puesto en Él toda mi esperanza. Seré más firme que los demás en la decisión que he tomado; no cambio al Creador por sus criaturas, sólo concedo mi adoración a Dios y jamás a sus obras.»

El mago ordenó que le suspendieran de los dedos de los pies como a sus compañeros. El suplicio se prolongaba; el mártir comenzó a gritar: «Soy cristiano, soy cristiano; sabed todos que soy cristiano y que sufro por el nombre de Cristo.»

Había en la cárcel un maniqueo que también había sido condenado y tenía que ser interrogado y flagelado. Quisieron obligarle a abjurar y a sacrificar. Al principio resistió. Fue flagelado violentamente. Pero al cabo de cierto tiempo dijo: «Anatema sea Manes, su fe y su doctrina.» Le presentaron una hormiga para que la matara—los maniqueos pretenden que

las hormigas son Dios y las veneran como a tal—, y el maniqueo la mató inmediatamente.

Pusieron a Aitala en relación con este maniqueo, diciendo: «Mira, este ha cumplido nuestras órdenes.» Cuando Aitala supo que aquel hombre había adjurado y había dado muerte a una hormiga, a la que llaman «alma vida» los maniqueos, nuestro confesor se llenó de alegría, su rostro enrojeció, bailó y saltó, mientras sus brazos descoyuntados se mecían en sus mangas. El mártir dijo en alta voz: «Maldito sea este hombre, maldito; es culpable, ha juzgado a su dios que no existe. Yo soy bienaventurado por haber vencido por Cristo, el Santo, el Hijo, el Hijo de María; existe desde el comienzo y en la eternidad.»

Cuando el impío mago oyó estas palabras, se turbó; ordenó que le golpearan con vergas muy duras hasta que el santo cayó desvanecido. Le arrastraron afuera y le dejaron allí, desnudo del todo, porque no podía utilizar sus manos para ponerse el cinto. Un mago, apiadado, le puso su manto encima para cubrirlo, con el fin de evitar las burlas y las chocarrerías de las miradas impúdicas. Compañeros mal intencionados, que presenciaron aquel gesto, denunciaron al mago ante el gran mago, que le hizo flagelar; recibió doscientos golpes de vergas, hasta que perdió el conocimiento. Quizá Dios haya sido clemente por él por ese gesto. En cuanto al bienaventurado Aitala, fue conducido de nuevo al calabozo.

Cinco días más tarde, Tamschapour, llegó al poblado de Bet Tabaha, el bien nombrado—esta palabra significa carnicería—, pues la matanza debía comen-

zar allí. El gran mago llevó ante él a los dos confesores.

Tamschapour les dijo: «Bebed sangre, os devolveré la libertad y no moriréis; quiero ser considerado por vuestra edad.»

Los dos santos le respondieron: «Hazlo tú, pues⁷ -to que lo haces en secreto y a plena luz.»

Para reducirlos por medio de la fuerza, el mago les hizo flagelar. Algunas personas se acercaron a los mártires, fingiendo apiadarse de ellos y les dijeron: «Vamos a hacer jugo de raíces, del mismo color que la sangre y os lo traeremos; bebed y no moriréis.»

Los santos replicaron: «Dios nos guarde de manchar nuestros blancos cabellos y disimular nuestra fe o la verdad, para complacer a individuos odiosos y perversos.»

Y por estas palabras, les dieron cuarenta golpes más.

El mago volvió a decir: «Os van a traer carne corriente, que no ha sido ofrecida a los dioses y que tampoco procede de un animal impuro, comedla y os daré la libertad.»

Los *santos*: En tus manos, toda carne se convierte en impura; ejecutar una orden tuya será siempre una impiedad. No te preocupes por la idea de hacernos morir, con el fin de ser sacrificados por tus manos.

El mago y Tamschapour decidieron de común acuerdo hacer llegar de Arbela y sus alrededores, hombres y mujeres de calidad, que eran cristianos, para obligarles a lapidar a uno de los dos confesores. Prendieron a un gran número de hombres, mujeres y niños para obligarles a esta mala acción. Entre

ellos estaba la venerable lazdunkokht: querían obligarla también a que tirara piedras contra los dos mártires.

El bienaventurado José fue llevado ante el inicuo Tamschapour; le pusieron en el centro del grupo de cristianos; todo su rostro estaba destrozado por los verdugos; aquellos seres feroces no tenían ni corazón ni piedad. Junto al mago principal, estaban los notables y los otros magos. Un hombre tenía en pie al bienaventurado José. El impío se levantó apresuradamente, pues creyó que el confesor se sometería y se le acercó. José le escupió en el rostro diciéndole: «¡Cínico! ¿No te avergüenza someterme a un nuevo interrogatorio, cuando ya está destrozada mi vida? ¿No has comprendido todavía que después de todas estas tribulaciones, permaneceré fiel hasta el fin?»

Tamschapour y los otros se echaron a reír, burlándose del mago. Este, humillado quedó cuando les oyó decir: «¿Quién te ha dicho que te acercaras a él?»

Y condujeron a José, inmediatamente, para ser lapidado; y junto con él llevaron u obligaron a ir a unas quinientas personas. Cavaron una fosa, y en ella metieron al mártir, hasta la cintura, dejando medio cuerpo al descubierto. Obligaron a la gente a tirarle piedras. La bienaventurada también fue condenada a la misma acción, pero ella se resistía diciendo: «Jamás las mujeres dieron muerte a los hombres, como ahora queréis obligarme a hacer. Se han terminado ya las guerras y las luchas con los enemigos, y ahora empleáis vuestro tiempo en decapitar y verter sangre en un país en paz.»

Ataron un pincho de hierro a una caña, y dijeron

a la bienaventurada: «Si no quieres tirarle piedras, pínchale al menos con esta caña para que podamos decir que has cumplido la voluntad del rey.»

Pero ella gritó con voz dolorida: «Más vale que hunda este estilete en mi cuerpo antes que en el suyo. Si podéis matarme, estoy dispuesta a morir con él. Dios me guarde de humedecer mi mano en la sangre que vosotros vertís.»

Las piedras llovían, la sangre y el cerebro se mezclaron sobre el suelo. Lanzaron piedra tras piedra hasta que el mártir quedó sepultado bajo ellas, salvo la cabeza; ésta oscilaba a los lados, hasta que al final cayó. Como no acababa de morir, uno de los que allí estaban llamó a un soldado. Este cogió una gran piedra, le golpeó la cabeza y el mártir entregó el alma.

Durante tres días, guardias hubo vigilando su cuerpo. En la mañana del cuarto día, hubo un gran temblor de tierra, granizo cayó del cielo copiosamente, el viento sopló con violencia, relámpagos terribles horrorizaron a los hombres, y los mismos centinelas fueron alcanzados por los rayos. Durante este lapso tormentoso, se llevaron el cuerpo del mártir, y lo ocultaron. ¿Fue Dios o los hombres? Nadie lo sabe, porque nunca más fue encontrado.

El santo fue coronado el viernes de la semana de Pentecostés.

Tamschapour hizo llevar a Aitala á la región de Bel Nuhadre, a un gran poblado, Dastegerd. Y también apresaron a los hombres y a las mujeres del país que profesaban la religión cristiana. Condujeron al bienaventurado fuera del poblado, a un lugar elevado, y le ataron; y toda aquella gente fue obli-

gada a tirar piedras contra él. Le cubrieron con un montón de piedras y murió. Pusieron guardias junto a su cuerpo, durante dos días. Durante la tercera noche, los cristianos de aquel lugar llegaron allí clandestinamente, robaron el cuerpo y lo veneraron con temor, a causa de lo que sucedió.

En aquellos días, se produjo un gran milagro en el mismo lugar en donde tuvo lugar la lapidación del mártir; durante cinco años, los habitantes de la región eran curados sobre aquel lugar. Más tarde, alguien, por envidia, quitó su cuerpo. Gentes dignas de fe declaran lo que sigue: «Con frecuencia, durante la noche, hemos visto, en el lugar de la lapidación, ejércitos de ángeles subir y bajar, alabando a Dios.»

El santo fue coronado el miércoles de la semana de pentecostés.

Con Simón y sus compañeros comenzó la persecución, que duró cuarenta años; Sapor tenía en aquel entonces treinta años. Terminó con Aceptsimas y sus compañeros, cuando ya el rey era septuagenario.

Conservamos la historia de los sufrimientos, de las torturas, de las tribulaciones, de la ejecución y de la lapidación de los santos mártires, su amor y su fidelidad, sus respuestas verídicas a los jueces, los himnos de nuestros padres o narraciones directas. Gracias a ellos, hemos podido componer este cuadro maravilloso de su gloria y de su valentía.

Los mártires más recientes nos han sido contados por venerables obispos y sacerdotes, dignos de fe. Estos fueron testigos presenciales, ya que conocieron estos años dolorosos.

AÑO 420, EN SELEUCIDA

MAR ABDA, OBISPO DE HORMIZD;
ARDASCHIR Y SUS COMPAÑEROS

5En el vigésimo segundo año del reinado del rey persa Jezdgerd I, los enemigos desencadenaron una violenta persecución contra nuestro pueblo. Los notables y los magos que estaban en el poder acosaron a nuestro pueblo diciendo al rey: «Estos nazarenos, obispos, sacerdotes, diáconos, ascetas, transgreden tus órdenes, desprecian tu majestad, insultan a los dioses, denigran al fuego y al agua, arrancan las columnas de nuestros templos y desprecian las leyes esenciales.»

El rey se irritó sobremanera; reunió a todos los grandes del reino y les interrogó sobre nosotros: «¿Es verdad lo que me dicen?» Notables y magos volvieron a acusar a nuestro pueblo. El resultado fue un edicto del rey: ordenó que fueran destruidas las iglesias y conventos en todo el reino, que fuera suprimido en ellas todo culto, que los sacerdotes y

superiores fueran apresados, y les condujeran ante el tribunal real.

De acuerdo con las órdenes del rey, reunieron a los nazarenos y les llevaron a su presencia. Los encadenaron y fueron conducidos desde sus ciudades a la corte. Cuando llegaron, el rey quiso verlos. Y les preguntó: «¿Por qué despreciáis nuestras órdenes y no os sometéis a la doctrina que hemos heredado de nuestros padres? ¿Por qué camináis por el camino del error?» Los confesores respondieron: «No seguimos la doctrina de los hombres, que pide honrar a numerosos dioses, a hombres, a los elementos, a la luz, y despreciar, por el contrario, al Creador del mundo entero. Nosotros adoramos al autor del universo, y a Él sometemos las criaturas que puso a nuestro servicio.»

El rey dijo a Mar Abda ⁴⁹, el obispo: «¿Por qué no te preocupa a ti, que eres su jefe y presidente, ver a estas gentes despreciar mi majestad, transgredir mis órdenes, hacer *su* voluntad? Destruís nuestras casas dedicadas a la oración, los templos contruidos en honor del fuego, que hemos heredado de nuestros padres para rendirle en ellos culto.»

El bienaventurado Abda: Los magos—respondió—nos calumnian ante tu majestad; nosotros no hemos hecho nada.

El rey: No acuso por placer; me apoyo en los informes de mis comisarios reales.

El sacerdote Haschu, impulsado por la fuerza de Dios, habló de esta manera: «No hemos destruido ni píreo ni altar alguno.»

El rey: No te he preguntado; he interrogado a

quien es tu superior; es él quien tiene que responderme.

El bienaventurado Haschu: Nuestra religión pide que ni grande ni pequeño se avergüence de la palabra de Dios, puesto que el Príncipe de la vida nos ha prometido: «Os daré por Mí mismo una forma de hablar y una sabiduría, a los que no podrán resistir ninguno de vuestros adversarios.»

El rey: ¿Qué mensaje, imprudente, te hace tomar la palabra en lugar de tu superior y mostrar tal celo por tu pueblo?

Haschu: Soy cristiano, sirvo al Dios vivo; nadie puede preguntarme qué haces.

El rey: ¿Es, pues, verdad que has derrocado el píreo, que has extinguido el fuego sagrado, que has desobedecido mis leyes?

Haschu: He derrocado el píreo y apagado el fuego, pues aquello no era la casa de Dios y el fuego no es hijo de Dios; el servidor de los reyes y de los humildes, de los ricos como de los pobres y de los mendigos. Nace de la madera seca; Dios nos lo da, como todas las demás criaturas del cielo y de la tierra, para nuestro servicio. Queremos que las criaturas de Dios nos honren y por eso adoramos y veneramos a su Creador.

El rey insistió: «¿Quién de vosotros ha derrocado un píreo y se ha atrevido a levantar la mano contra lo que constituye nuestra fuerza?»

Haschu: No engrandezcas, ¡oh rey!, lo que te ha sido dado; no pongas por encima de ti lo que es más pequeño que tú. De la misma manera que el hombre es más grande que la casa que él construye y que la silla que utiliza, así es también más grande que el fuego que utiliza. Lo toméis como dios lo

que Dios creó para el hombre, pero cuando ataca al hombre o a su haber...»⁵⁰.

El rey exigió al sacerdote que reconstruyera el píreo derribado. Como el sacerdote se negara, el monarca le amenazó con destruir todas las iglesias cristianas; y llevó a cabo *su* amenaza. En cuanto a mí, he de confesar que la demolición del píreo estaba fuera de lugar. Cuando San Pablo fue a Atenas no derribó ninguno de los altares que vio tan respetados en esa ciudad, entregada a las supersticiones de la idolatría. Se contentó con descubrir el error en la idolatría y predicar en la ciudad la verdad. Pero no puedo menos que admirar y alabar la generosidad de Abda, que prefirió morir antes que erigir de nuevo el píreo después de haberlo derrocado y no sé de corona alguna que no merezca⁵¹.

HACIA EL AÑO 420, EN SELEUCIDA - CTESIFON

NARSE

Antes de dar testimonio de su fe, Narsé era un hombre recto y santo, consumado en perfección, y que servía a Cristo. Vivía como un extranjero y huía todos los peligros de este mundo.

Había un sacerdote de nombre Sapor, que era el amigo del bienaventurado Narsé. Pero un hombre que se llamaba Adarparwa era fiel seguidor de la doctrina de los magos. Había caído malo bajo el maleficio de un mal espíritu.

Fue a casa del sacerdote Sapor, para que éste le curara de su enfermedad Sapor le dijo: «Nosotros, los cristianos, no tenemos ni medicamentos ni hierbas que curan; sanamos con la palabra de Dios y con el nombre de Cristo. Si abjuras de la fe de los magos al sol y al fuego y confiesas a Dios, obtendrás curación y ayuda.»

Adarparwa rogó al sacerdote: «Ven conmigo a mi poblado, construye allí una iglesia y permanece con

nosotros; yo escucharé allí cuanto quieras enseñarme.»

Sapor le acompañó, le hizo abjurar de la religión de los magos, y el enfermo recobró la salud. Y éste le mostró una plaza para que en ella construyera una iglesia. El sacerdote Sapor le dijo: «Si no entregas un título de propiedad en buena y debida forma, no construiré la iglesia.» Le fue dado el título de propiedad y el sacerdote construyó la iglesia.

Poco tiempo después el mago Adarbozed se presentó ante el rey Jezdgered y le dijo: «Todos los grandes y los nobles han abandonado la religión de los magos y se han hecho cristianos. Autorízame personalmente para hacerles abjurar del cristianismo que profesan.»

El rey respondió: «Tienes todo poder para reducirles por intimidación, por medio de golpes, pero sin llegar a la pena de muerte.» Ese mago consiguió la abjuración de algunos—entre éstos estaba Adarparwa—que no estaban muy confirmados en la esperanza de su fe. Adarparwa volvió sobre su acuerdo y dijo al sacerdote Sapor: «Abandona la iglesia y devuélveme mi título.»

En aquel mismo momento, Sapor recibió la visita de Narsé, como era costumbre. Y el sacerdote le contó de qué manera le obligaban a abandonar la iglesia que había recibido mediante donación legal.

Narsé le respondió: «No devuelvas el título. Si te quieren coaccionar, abandona el país llevando contigo el título. Dentro de algún tiempo, incoas un proceso; y lo ganarás, puesto que posees el título que te vende la propiedad.»

Después que Narsé se hubo marchado, apresaron a Sapor para arrancarle el título. Pero Sapor pudo

huir llevando consigo la escritura de donación. La iglesia fue convertida en píreo.

Unos días después, el bienaventurado Narsé volvió allí, ignorando que Sapor había abandonado aquella región y que la iglesia había sido convertida en píreo. Narsé abrió la puerta del santuario, entró y se quedó sorprendido al encontrar allí los instrumentos apropiados para rendir culto al fuego, según la costumbre de los magos; el fuego estaba encendido. Narsé apagó el fuego, cogió las teas y los instrumentos restantes y los echó afuera. Pusó la iglesia en orden y se instaló en ella.

Poco después, el mago llegó, encontró el fuego extinguido, arrancado el lar, los instrumentos tirados fuera del recinto e instalado en la iglesia al bienaventurado Narsé. Cuando el mago le vio, le dijo: «¿Qué haces?»

Narsé respondió: «Encontré manchada la casa del Señor, lo que le ofende y no le honra. ¿Cómo podría soportarlo?»

El mago se encolerizó, alarmó al poblado y fueron muchos los paganos que se agruparon en torno al mago. Narsé fue maltratado a golpes, cargado de cadenas, llevado ante el gran mago y remitido a Seleucida-Ctesifon, la residencia del rey. Narsé compareció ante Adarbozed, el gran mago.

Adarbozed, el gran mago, convocó su tribunal y dijo al bienaventurado: «¿Cómo has osado permitirte entrar en el templo y destruir el fuego? Has destruido el lar sagrado sin temor al juicio del rey.» El bienaventurado Narsé respondió: «¿A quién hay que temer, a Dios, que da la corona a los reyes y cuyo poder se extiende sobre todas las criaturas, o al rey efímero, que reina hoy y mañana ha de dejar

su reino a otro? Debería atemorizaros poner en la casa de Dios lo que en ella no tiene lugar.»

El gran mago le hizo azotar en su presencia y le dijo: ((Promete restablecer el lar, encender en él el fuego sagrado, y te perdonaré y salvarás la vida.))

El bienaventurado Narsé respondió: « ¡ Insensato! Si tuviera que encender el fuego, ¿por qué había de haberlo extinguido y apagado? Pongo mi confianza en Dios, al que sirvo. Alejé de su casa el fuego para que no vuelva a ser en ella encendido. Si os atrevéis a encenderlo y yo tengo vida, volveré a extinguirlo.»

Estas palabras sacaron de sí al gran mago Adar-zobed; y, llevado por su cólera, ordenó que de nuevo fuera azotado.

Le dijo: «¿Qué vas a hacer en una casa que no te pertenece y cuyo propietario ha huido?»

Narsé: Esa casa es tan mía como de aquel que la ha abandonado; es la casa de Dios. Pues Dios ha dicho en las Escrituras: «Mi casa se llamará casa de oración y de reconciliación para todos los pueblos y nada impuro penetrará en ella.» Y en otro lugar: «El celo de mi casa me consume.» Por eso, yo, servidor de Dios, me he consumido por el celo de la casa de Dios y he alejado de ella lo que la deshonraba.

El gran mago: Que el Dios por cuyo celo ardes venga en tu ayuda.

Narsé: Perfectamente, ha sido mi apoyo en esta empresa, y me asistirá hasta el fin.

El gran mago hizo que encerraran a Narsé en un calabozo estrecho y oscuro; y en él permaneció en medio de las mayores necesidades, durante nueve me-

ses, cargado de pesadas cadenas, entre ladrones y asesinos.

Una vez hubo pasado todo el invierno y la mitad del verano, cuando el rey abandonó Seleucida-Ctesifon, como acostumbraba hacer cada verano, los cristianos rogaron al mago encargado de vigilar y cuidar a Narsé que le dejara en libertad bajo fianza. Le dimos 400 piezas de plata, y un noble laico salió responsable: se comprometió por escrito a conducirlo a la cárcel tan pronto como así fuera exigido por el mago. Le hicimos salir y se retiró a un convento que había a seis leguas de Seleucida.

Diez días más tarde, un edicto del rey fue confiado al marzaban de Bet Aramaye, y en él se decía: «Reduce el número de prisioneros. Los que merezcan la muerte deben ser ejecutados, y castigados aquellos que merezcan un castigo. Haz comparecer a Narsé, el nazareno. Si niega haber extinguido el fuego y destruido el lar, que quede en libertad. Pero si lo acepta, que reúna de trescientos sesenta y seis lugares diferentes fuego, que lo lleve al templo de donde lo extinguió.»

El edicto fue leído ante el gobernador, en presencia del mago a cuyo cargo estaba el confesor. El gobernador preguntó al mago: «Tráeme al hombre que te ha sido confiado.» Atemorizado y lleno de horror, el mago fue en busca del que había salido responsable del bienaventurado Narsé y le dijo: «Entregame al hombre que te confié.» El fiador se dirigió al convento en donde se encontraba el bienaventurado y le llevó consigo a eso del mediodía.

Inmediatamente le hicieron comparecer ante el gobernador. Este hizo que fuera leído el edicto en presencia de Nané. Y le dijo, para ayudarle: «Yo ya

sé que no has sido tú quien ha destruido el fuego.» Quería salvarle de la muerte.

El bienaventurado respondió: «He sido interrogado por el mago Adarbozed y le dije la verdad cuando declaré: Yo lo destruí. ¿Cómo quieres que lo niegue ahora?»

Entonces el gobernador le dijo: «Según las órdenes reales, irás a reunir trescientos sesenta y seis fuegos de diversos lugares, y los llevarás a la casa en donde lo destruiste y los adorarás. Si te niegas a ello, morirás, según las órdenes.»

El bienaventurado Narsé respondió: «He destruido el fuego, y por tanto no voy a restaurarlo. Haz lo que se te ha ordenado.»

El gobernador: Se me ha ordenado que te condene a muerte si no lo haces.

El bienaventurado dijo en alta voz: «Prefiero morir por Dios antes que vivir en el pecado.»

Inmediatamente ejecutaron el edicto real; le pusieron un trozo de lana detrás, en la nuca, y le marcaron con un sello anular, después de atar sus manos a la espalda. Después fue entregado al mago que hacía las veces de comisario para que éste le condujera al lugar de ejecución. El gobernador vivía en aquel tiempo fuera de la ciudad de Seleucida.

Cuando el bienaventurado pasó ante el convento de los hermanos, que estaba en las afueras de la ciudad, un hermano le llevó agua para que bebiera. Pero él la rechazó diciendo: «Rogad por mí, mis señores y hermanos, para que Cristo me juzgue digno de beber el agua viva de la fuente eterna.»

Cuando hubieron llegado a los muros exteriores de la ciudad, cerca de la puerta, fue acogido por la muchedumbre de hombres y mujeres que lloraban ardo-

rosamente. Cuando el comisario encargado de conducirlo al lugar de la ejecución vio cómo lloraba el pueblo, temió que le llegaran a arrebatarse al prisionero, y, atemorizado, dio media vuelta con intención de volver a entrar en la ciudad. El bienaventurado Narsé cuando vio que el mago tomaba el camino de vuelta, se inquietó y afligió, porque creía que le volvían a llevar a la prisión y que su testimonio no sería coronado por la espada como esperaba.

Entonces los que amábamos al bienaventurado y le acompañábamos, dijimos al mago: «¿Por qué le conduces de nuevo a la ciudad y no donde te ha sido ordenado?»

Mago: Tengo miedo con tal afluencia, no me vaya a desaparecer el prisionero y lo pagaré a mis costas.

Pueblo: Nadie entre nosotros se rebelará contra la orden del rey; esto no lo haremos j amas. Hemos venido aquí para acompañar a este hombre que muere por su Dios con el fin de que nos bendiga.

Cuando el bienaventurado vio que el mago se dirigía de nuevo hacia el lugar de la ejecución y de su coronación, se llenó de alegría y entonó el salmo 117 (*Confitemini Domino, quoniam bonas*). Y caminó alegre y decidido hacia el lugar de su coronación, que se llamaba Slio Harobta.

Llegado al lugar de su martirio, se arrodilló para orar, con las manos atadas a la espalda, y toda la muchedumbre que le había acompañado oraba con él para que obtuviera la corona y la victoria. El comisario delegado ordenó a un verdugo que era cristiano de nombre que empuñara la espada y le sostuviera la cabeza. Este renegado empuñó la espada y sin pestañear se aprestó a cortar con ella la nuca del santo. La fuerza de Dios destruyó al traidor, hasta el pun-

to de permanecer tres horas como si estuviera muerto; temor y temblor se apoderaron de los asistentes.

El mago acudió a otro verdugo, que también se negó; pero aquél le obligó golpeándole con un palo. El hombre respondió: «Tengo miedo de seguir la misma suerte que mi compañero.» Y al verlo, el bienaventurado le dijo: «Obedece sin temor.»

Verdugo: Mueres por tu Dios, y me pides que vierta sangre inocente.

Narsé: No has obrado por tu propia voluntad, sino que te sometes a la violencia de aquel que tiene más poder sobre ti. Empuña la espada y corta mi cabeza. Yo voy junto a mi Dios, según el más ardiente deseo de mi alma. Cristo te perdonará, y esta sangre vertida no te será imputada como pecado.

Temblando de miedo, el verdugo alzó su espada e hirió la nuca del bienaventurado. Este cayó de bruces, vuelto hacia Oriente. El puño de la espada se rompió. El verdugo empleó dieciocho espadas nuevas para matarle; pero el alma no abandonó al mártir hasta que fue empleado el cuchillo.

Cuando el bienaventurado Narsé fue coronado con su sangre, el mago que desempeñaba la función de comisario le dejó allí y se alejó. Nosotros, los cristianos, recogimos su cuerpo, la cabeza y la sangre del bienaventurado confesor y le transportamos al «martirium» que el bienaventurado Maruta, obispo de Sof⁵², de santa memoria, había allí construido, con permiso del rey. El rey Sapor había condenado a muerte y ajusticiado en aquel mismo lugar, y en un sólo día,

a ciento dieciocho confesores ^{o3}. Maruta compró aquel terreno y en él elevó un templo magnífico en honor de los mártires.

Lavamos el cuerpo del bienaventurado, lo embalsamamos con aceite y ungüentos, lo envolvimos con lienzos y telas de lino y le pusimos en un puesto de honor en el «martirium».

Bajo la persecución (¿de Bahram?) nos llevamos los restos del cuerpo del mártir, por temor de que los magos los descubrieran y los profanaran; en parte, los transportamos al «martirium» de Lwrn, en donde los dejamos para que socorran y curen a los hombres.

Ahora rogamos a Cristo, Príncipe de los testigos que corona a los confesores, que nos haga partícipes, junto con los mártires que se distinguieron en su verdad y fueron coronados en su amor, del reino de los cielos, en las eternidades de las eternidades. Amén.

AÑO 421, EN SCHIARZUR

FEROZ DE BET LAPAT

El año 733, según el cómputo de los griegos ⁵⁴, el 56 primer año del rey persa Bahram, que sucedió a su padre, éste cedió a las presiones de los magos y de los grandes de la corte, que le habían coronado rey, prefiriéndole a todos sus hermanos. Se ató al carro de Mihrschabur⁵⁵, el gran mago, hizo desenterrar a los muertos sepultados desde los tiempos de su padre y dispersó sus cenizas a los cuatro vientos. Esta disposición estuvo en vigor durante cinco años. No se contentó con esto. Por complacencia y halagarles, desencadenó contra el pueblo de Dios una persecución despiadada, que debería alcanzar a todos cuantos se adherían a la religión del Nazareno.

Al recibir esta orden, los magos se llenaron de alegría, y tanto más cuanto que el rey con estas medi-

das se mostraba digno hijo de su padre, que al final de su vida anonadó todas sus grandes realizaciones, turbó la paz y desencadenó la persecución.

En esta época vivía en una de las ciudades célebres de Bet Houzaye llamada Bet Lapat un hombre muy distinguido que se llamaba Feroz⁵⁶. Era muy estimado, poseedor de una gran fortuna, de noble linaje y perteneciente a una gran familia. Fue apresado con muchos otros y encadenado. Las cadenas acabaron dejándole sentir su peso. Renegó de la verdad y abjuró.

Ante esta noticia, su familia y su mujer le escribieron una carta cargada de tristeza, en la que le expresaban sus sufrimientos, sus lágrimas y sus gemidos. Esta misiva impresionó muchísimo a Feroz, que se dijo a sí mismo, al mismo tiempo que se anegaba en un mar de lágrimas: «Si padre y madre, hermanos y mujer me escriben de tal manera y me repudian diciéndome: 'Tú ya no eres de los nuestros, porque has renegado de la verdad; tú ya no eres nuestro hijo y nosotros no somos tus padres, y tu mujer tampoco es ya tu esposa', ¿qué puedo hacer si, mis padres me repudian? ¿Dónde ir? ¿Dónde ocultarme? ¿Dónde encontrar todavía la alegría?»

Volvió sobre sí mismo, y se dijo: «Volveré a entrar por la puerta por la que salí. El Señor me perdonará, y confesando mi fe daré una gran alegría a mis padres.»

Se armó de nuevo valor, con la gracia del Señor, y dijo al perseguidor: «¿Quién de vosotros me separará de la caridad de Cristo?» Uno de los grandes personajes de la corte del rey Mihrscharbur, el gran

mago, el satán y el enemigo del pueblo de Dios, al escucharle, le creyó ebrio. Le interrogó de nuevo y el cristiano confirmó lo que había dicho. El impío dijo entonces: «No vuelvas a hablar una vez más de tal manera ante mí, de lo contrario morirás en medio de los peores tormentos con una muerte cruel.»

El bienaventurado le respondió: «¡ No sigas hablando; ya basta! El verdadero Dios, al que sirven los nazarenos, sabrá confirmarme, para soportar todos los tormentos.»

El mago se levantó inmediatamente, airado, y fue ante el rey, al que comenzó halagando: «Ocurre, Sire, que todos los nazarenos se han alzado contra ti, y; se niegan a someterse a tus órdenes. Desprecian tu voluntad y no sirven a tus dioses. Si quieres escuchar mis palabras, ordena a los nazarenos que abandonen su religión. Tienen la misma fe que los romanos y defienden la misma causa. Si hubiera una guerra, los nazarenos serían como un puñal en nuestra carne. Su perfidia corroe tu poder.»

El rey se encolerizó y ordenó que llevaran a su presencia al recalcitrante, que se presentó ante él sin miedo alguno. El príncipe le dijo: «¿Eres tú Feroz, el nazareno?»

Feroz: Yo soy nazareno en cuanto que yo sea digno de llevar tal nombre. Este nombre es ilustre para quien es digno de llevarlo.

El rey: ¿No has renegado tú ya de ese nombre?

Feroz: Lejos de mí el amar las tinieblas y odiar la luz. Aquel que camina en las tinieblas, perece.

El rey: He sabido que tú también leías las Escrituras de los nazarenos.

Feroz: Sí, Sire.

El rey: Entonces, en tu opinión, vosotros sois el pueblo de Dios.

Feroz: Yo digo que en verdad aquel que no confiesa al verdadero Dios camina en las tinieblas.

El rey: Os matamos sin cesar, porque sois insumisos, obstinados, como a subditos rebeldes.

Feroz: ¿A quién hay que obedecer, a Dios o a los hombres?

El rey: Es necesario obedecer a Dios.

Feroz: Si hay que obedecer a Dios, escúchame: Dios es uno solo, y nosotros no podemos cambiarle.

El rey: Yo sé que no se os puede persuadir con las palabras, porque os lanzáis, con la cabeza baja, a la muerte.

Feroz: Está escrito que es necesario rechazar al pueblo o a aquellas palabras que nos citan con toda justicia.

El rey: No te aventuras a decir que el sol y la luna no son los hijos de Dios.

Feroz: Lo he dicho y lo repito: Dios es único.

El rey: También nosotros afirmamos que hay un solo Dios; aquellos a los que llamamos dioses son los grandes personajes de su corte. Pues no hay rey sin corte. Al mayor de todos le honramos según su grandeza, y a los demás, según su mérito.

Feroz: Incluso si hubiera varios dioses en el cielo o sobre la tierra, sólo existe un solo Dios, único es su Hijo y único su Espíritu; Él es el creador y el autor de todas las cosas, y nos ha liberado del error.

El rey: ¿Tienes algo más precioso que tu alma para que estés dispuesto a anonadarla en un abrir y oerrar de ojos?

Feroz: Mi gozo es morir de tal manera. Tal muerte

no es muerte, sino vida; por ella entro en la gloria eterna.

El rey: No te han traído ante mí para que me expliques los libros de los nazarenos, sino para obligarte a que obedezcas a mi voluntad.

Feroz: La doctrina de los nazarenos se resume en una sola frase: Sí, sí; no, no; todo lo demás procede del Maligno.

El rey apartó su mirada del bienaventurado y le condenó a la pena capital. Unos soldados le alejaron de la presencia del rey y le condujeron al lugar de su coronación; muchos paganos y cristianos acompañaron al cortejo. Cuando hubieron llegado al lugar de la ejecución, los comisarios reales le dijeron: «Haz la voluntad del rey y vivirás, y no morirás.»

Peroz: No escuché al rey; ¿creéis que voy a escucharos a. Vosotros? Acercaos y cumplid la orden real; este día es el más hermoso de toda mi vida.

Los verdugos le dijeron: «Hemos recibido la orden de no decapitarte en seguida, sino que te hemos de arrancar primero la lengua» Los comisarios insistieron: «Piensa en tu vida, eres joven y bien querido de todos, cumple la voluntad del rey, aunque sólo sea un instante, sólo para cubrir la forma; y vivirás y no morirás.»

Peroz: No queráis convencerme; vuestras palabras no me sirven de nada. No escucho a los que quieren separarme de mi Dios.

Y entonces se acercaron a él los verdugos, le despojaron de sus vestiduras y le dijeron: «Tiende tus manos para que las atemos.» El respondió: «Esperad un instante que ore.» Y se arrodilló y dijo: «Quiero alabarte, Señor, toda mi vida, quiero honrarte tanto tiempo como respire por haberme juzgado digno de

este cáliz, tú que fortaleces a los pequeños. Concede la paz a tu pueblo perseguido, se le condena a muerte, se le persigue, se le tortura.

«Ven en mi ayuda, Señor, para que confiese tu nombre, para que te confiese a ti, por tu gracia, en los siglos de los siglos.»

Fue atado, después tumbado en el suelo. Le perforaron la nuca, le arrancaron de raíz la lengua, se la mostraron. El mártir confesó a Dios en su corazón y celebró que le hubiera sido permitido compartir su parte y su herencia. Después, ante la muchedumbre, le decapitaron.

Fue coronado el año 733, según el cómputo de los griegos, el primer año del reinado del rey Bahram, el 5 elud (septiembre) de los griegos, en la región de Schiarzur (es decir, el año 421).

HACIA EL AÑO 422, EN SELEUCIDA - CTESIFON

SANTIAGO, EL NOTARIO

Santiago era originario de la ciudad de Karka, de
57
Adsa ⁵⁷. Cuando tenía veinte años, fue apresado con
quince de sus colegas, a causa de su fe. Quisieron
obligarles a que renegaran de su fe y a que adoraran
al sol y la luna. Como se negaran a ello, confiscaron
sus bienes; sus casas fueron selladas y ellos fueron
condenados a cuidar de los elefantes durante todo
el invierno.

Después de los Ázimos ⁵⁸, el rey se fue, como
tenía
por costumbre, a las tierras menos cálidas. Los pri-
sioneros fueron empleados en el trazado de los
caminos
reales durante el verano. Pusieron hachas en sus
ma-
nos; debieron cortar los árboles, destruir rocas y,
du-
rante seis meses, prepararon el camino que había
de

seguir el rey. De vez en cuando, el rey se burlaba de ellos: «¿Por qué desdeñáis los honores y buscáis la ignominia?») Ellos respondían: «Todo cuanto nos viene de tu majestad es un honor para nosotros, salvo que no apostataremos.»

Los dos tischri (septiembre-octubre) que anuncian el invierno llegaron; el rey se puso en camino hacia Seleucida-Ctesifon, para pasar en ella el invierno. La comitiva se acercaba a las montañas muy salvajes del país de Beleschfar, cuando Mihrschabur llegó ante el rey y le dijo: «Si dejamos con vida a éstos, serán muchos los que les sigan y no conseguiremos destruir el cristianismo.»

El rey: ¿Qué podemos hacer con ellos todavía? Han sido confiscados sus bienes, selladas sus casas y hasta ellos mismos padecen estos castigos.

Mihrschabur: Que tu Majestad me lo permita y yo me encargo de que apostaten sin golpe ni muerte.

El rey les entregó a su discreción, prohibiéndole, sin embargo, que les matara.

Mihrschabur les llamó uno a uno y les confió a un soldado individualmente; cada soldado iba acompañado de un comisario. El gran mago ordenó que les desnudaran, por la noche, descalzos, con las manos atadas a la espalda, y les condujeran secretamente a las montañas, a un lugar desierto; y que cuando amaneciera les acostaran sobre las espaldas, desnudos, atados, distribuyéndoles cuidadosamente el pan y el agua.

Durante siete días sufrieron estas torturas, sufriendo frío en la noche, calor en el día; hambre y sed; sus pies estaban despellejados, a fuerza de caminar descalzos, y sus brazos como descoyuntados; algunos habían enloquecido y parecían cadáveres. Mihrschabur

llamó al comisario que estaba encargado de la tortura y le dijo: «¿Cómo están esos miserables nazarenos?»

El comisario: No están lejos de la muerte.
¹ *Mihrschabur:* Ve y diles: «El rey os ordena que cumpláis su voluntad y que adoréis al sol. De lo contrario, ataré cuerdas a vuestros pies y os haré arrastrar por toda la montaña, hasta que vuestra carne se separe de vuestros huesos, que vuestros cuerpos queden entre las piedras y que sólo quede en ellos el tendón al que esté atada la cuerda.»

El comisario les dijo fielmente estas palabras a los mártires. Varios de ellos ni siquiera le entendieron, porque habían perdido el conocimiento. Los otros respondieron tristes y resignados: «Después de todas estas pruebas y ante estas nuevas amenazas, estamos dispuestos a obedecer al rey.»

El satélite informó al gobernador, que les hizo soltar, aunque no hubieran adorado todavía ni al sol ni al fuego. Les transportaron, a lomos de bestias de carga, hasta Seleucida, en donde el rey internaba. Allí, luego de unos días, cuando se hubieron repuesto de sus heridas, ayunaron, oraron y lloraron por su aparente defección.

Santiago tenía la frescura de la juventud, pero la prudencia de los ancianos. Permaneció firme en su fe; era de extracción romana. Durante esta persecución, informaba fielmente a los obispos reunidos a la puerta del palacio de todo cuanto se decía alrededor del monarca, lo que éste fraguaba contra los cristianos y contra las iglesias. Les animaba y les reconfortaba; los venerables prelados le habían tomado mucho afecto, a causa de su profunda fe en Cristo. Cuando sus compañeros respondieron: «Haremos la voluntad del rey», Santiago no estuvo de acuerdo, pero no respon-

dio, destrozado por el sufrimiento y la tribulación. Volvió a la ciudad, se vistió de saco, cubrió su cabeza de ceniza y pasaba los días en el ayuno, la penitencia y las lágrimas. Los hermanos no cesaban de acompañarle en su casa; su mansión servía de iglesia.

Pero un día Satán entró en uno de sus discípulos. Y, como Judas Iscariote, fue a la corte del rey y ante el gobernador dijo: «Santiago no ha apostado; hace penitencia y ora vestido con un saco y cubierto de ceniza. Los cristianos no se separan de él, no cierra ni un solo momento en todo el día el libro de las Escrituras.»

Esta noticia irritó sobre manera al impío gobernador. Llamó a Santiago y a sus compañeros. Primero interrogó a los quince y les dijo: «¿No habéis renegado y ejecutado las órdenes del rey?»

—Ya hemos perdido la vida una vez, ¿qué es lo que nos pides? ¿Exiges que apostatemos una segunda vez?

Estas palabras devolvieron la tranquilidad al ánimo del gobernador, que les permitió volver a sus casas.

Retuvo a Santiago, a quien dijo: «Y tú, ¿no has renegado de la fe de los cristianos?»

Santiago: Dios me guarde de ello. Jamás renegué de la fe de los cristianos, y no estoy dispuesto a hacerlo. Mi fe es mi vida, como ha sido la vida de mis padres.

Abandonándose a la cólera, el gobernador hizo que le ataran las manos a la espalda y le golpearan con puñetazos en la nuca y en el rostro. Tres hombres le golpeaban alternativamente. El gobernador le dijo: «Reniega de tu Dios, que de nada te sirve, y adora al sol.»

Santiago: ¡Malvado impío! ¿Qué me pides tú que reniegue y adore?

Gobernador: Reniega de tu Dios, que de nada te sirve, y adora al sol, al que adora el rey; él te dio la vida.

Era en invierno, el tiempo está cubierto y lluvioso. El valeroso atleta dijo al hiparca: «Tus ojos están ciegos, y oscurecido está tu espíritu; muéstrame el sol, al que me dices que adore.»

Gobernador: Y el Dios al que tú adoras, ¿dónde está?

Santiago: Tú no mereces saberlo. Para que no me tomes por un insensato, te diré con pocas palabras: Mi Dios es invisible en su naturaleza y en su divinidad; se manifiesta en sus criaturas y en su gracia, su providencia y su ayuda; yace en el alma de los fieles.

Gobernador: ¡Basta ya de discursos inútiles! Puesto que utilizas esta estratagema para negarte a adorar el sol que se oculta detrás de las nubes, adora al fuego, que está bien visible delante de ti.

Según las prescripciones del mazdeísmo, había allí un lar con fuego. El bienaventurado le respondió: «Pide que saquen este fuego de aquí y le pongan bajo la lluvia. Si no se apaga al caer sobre él la lluvia, te daré la razón. Pero si las nubes ocultan el sol y extinguen el fuego, es por que sólo están a nuestro servicio el sol y el fuego.»

Gobernador: Insultas al rey, que adora y sirve al fuego.

Santiago: Que el rey adore al Dios que le dio la corona y el poder.

Estas palabras hicieron que el hiparca se encolerizara sobremanera; hizo que le pusieran en lugar seguro. Fue al encuentro del rey, y le dijo: «Entre los quince secretarios, sólo uno, un joven se obstina en su fe nazarena; dice cosas sin razón.»

El rey pidió que llevaran ante él a Santiago, y le dijo: «¿No has renegado de la fe de los nazarenos?»

Santiago: En verdad, no lo he hecho, y no lo haré aunque muera.

El rey: Te haré torturar hasta que reniegues.

Santiago: Si tu majestad lo permite, te quisiera decir una palabra.

El rey: Habla.

Santiago: Tu padre, Jezdgerd, ha reinado durante veintiún años en medio de la paz y la prosperidad, y en todas partes sus enemigos devinieron amigos y vasallos, porque honraba a los cristianos, construía iglesias y les concedió la paz. Pero al final de su reinado trocó estas buenas disposiciones y comenzó a perseguir a los cristianos y a verter la sangre inocente de los servidores de Dios. Y tú sabes cómo ha muerto, abandonado de todos, y su cadáver no recibió sepultura. Cuida no participes tú de su muerte, imitando su conducta.

El rey se irritó muchísimo y ordenó: «Mando que le hagan morir con el suplicio de las siete muertes.»

Firmó el acta y confió al mártir a un eunuco, como comisario, y a dos magos, junto a un notable de la corte, y ordenó: «Que se haga todo según he dispuesto, pues este hombre ha injuriado a nuestra majestad, se niega a renegar de la fe de los nazarenos y a adorar al sol y al fuego.»

Por orden del rey le condujeron a Slik-Charobta, mientras no cesaban de repetirle al oído: «Obedece y adora al sol y nosotros intercederemos cerca del rey para que vivas y te perdone por tu juventud.»

Santiago: Tengo piedad de vosotros, porque pasáis vuestra vida en el error, y me aconsejáis seguir el camino de la perdición. Haced lo que el rey os ha orde-

nado; no os oiré, y por esta vida breve y efímera no voy a destruir mi vida junto a Cristo.

Le cortaron los dedos de las manos (primera muerte). Dijéronle: «¡Apostata ahora!»

Santiago: ¡Hombres desnaturalizados! Cuando tenía todos mis dedos y podía escribir y trabajar, no he renegado. ¿Lo haré ahora?

Le cortaron los dedos de los pies (segunda muerte); después las manos y los pies (tercera y cuarta muerte). De nuevo le dijeron: «Apostata ahora.»

Santiago: Coged mis manos y echadlas al rostro del rey y mis pies echádselos a Mihrschabur; quizá se avergüence.

Le cortaron los brazos a la altura del codo y las piernas por las rodillas (quinta y sexta muerte). El mártir no sentía dolor alguno, y no dio un solo grito, como si no le tocaran. Le hicieron sentar y le dijeron con cinismo: «¿Vas a apostatar, Santiago?»

El respondió, suspirando: «Te confieso, Cristo, porque me has juzgado digno de esta decisión.»

Le cortaron las orejas y la nariz (séptima y octava muerte). Acabaron cortándole la cabeza, lo que acabó y consumó la coronación del valeroso mártir. Esta fue la novena muerte.

Los hermanos llegaron hasta allí y robaron sus manos, sus pies y sus dedos; dejaron en el lugar del suplicio el cuerpo y la cabeza. El hiparca envió soldados para que montaran guardia junto a sus despojos, con el fin de que los correligionarios no los robaran. Durante esta persecución vivíamos en la hostería, porque nos habían expulsado de la ciudad por orden del rey. Comerciantes y compatriotas del bienaventurado Santiago vinieron hasta mí y llorando nos

dijeron: «Mihrschabur ha ordenado que monten guardia junto al cadáver para que los perros y los pájaros de presa le coman.»

Me dijeron: «Si nos aseguramos que no es un pecado, nosotros nos disfrazaremos de magos e iremos donde están los soldados; les diremos: el hiparca nos ha enviado como comisarios cerca de vosotros para que vendáis su cuerpo a los nazarenos, sus correligionarios.»

«Eso no es un pecado—les dije—, porque Dios conoce vuestra intención.»

Se levantaron y se fueron, como habían dicho. Cuatro de ellos fueron al encuentro de los soldados y les dijeron: «El hiparca nos ha ordenado que le guardemos con el fin de que sean los pájaros de presa y no los perros quienes le devoren.»

Cuando vieron que pájaros y perros se acercaban, los cristianos disfrazados "les echaron piedras, y aquéllos y éstos huyeron. Los soldados les dijeron: «¿Qué hacéis? ¿No permitís que se acerquen ni pájaros de presa ni los perros?» Sus compatriotas les respondieron: «Hacemos lo que nos ha ordenado el hiparca.» Y velaron durante todo el día el cuerpo del mártir. Cuando llegó la noche, dieron diez dracmas a los soldados, y éstos se fueron a la ciudad.

Los cristianos cogieron el cuerpo y la cabeza del mártir y los envolvieron en una pieza de lino y los ocultaron. Unos días después, los transportaron en una nave por el Tigris hasta la ciudad natal, y allí le ocultaron fuera de la ciudad en una de las propiedades de la Iglesia.

Hacía muchos años que la madre del mártir era viuda. Se disponía a hacer que su hijo volviera de la corte para casarle—Santiago era todavía soltero—,

pues no sabía la gracia que le había sido concedida. Aquellos que le llevaron hasta allí su cuerpo le dijeron: «Santiago es mártir y nos lo hemos traído.» La madre se levantó llena de valor, feliz como la heroica Schamuni⁵⁹; se puso sus vestidos blancos y fue al encuentro de Saumai, el obispo de la ciudad de Karka, en donde habitaba. Cuando el prelado la vio con sus vestidos de fiesta, se asombró, pues no tenía noticia alguna de su hijo: Le dijo: «¿Qué sucede? Jamás te había visto vestida de blanco.»

Ella respondió: «¿Es que cuando mi Santiago se casa no voy a vestirme de blanco?»

Obispo: ¿Todavía no ha vuelto Santiago, y tú ya preparas su matrimonio?

Madre: Levántate y ven conmigo, y mira a Santiago; sus bodas son más hermosas que todas las bodas efímeras de esta tierra, su matrimonio más grandioso que el de todo esposo terrestre.

Se levantó y condujo al obispo. Cogió aceite y perfumes, lino y los vestidos que había preparado para el matrimonio de su hijo. Ungieron el cuerpo del bienaventurado, le envolvieron como era costumbre y le enterraron en un puesto de honor, digno de las gloriosas hazañas del mártir. Con todo cuanto había preparado aquella madre para el matrimonio del bienaventurado, hizo construir un hospicio para acoger a los santos, las viudas, los pobres y los enfermos.

¡Que sus oraciones nos protejan! Amén.

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS CRÍTICAS

BIBLIOGRAFÍA GENERAL. EDICIÓN DE TEXTOS

TH. RUINART: *Acta martyrum*, reedición de RECENSBOURS, 1859. Esta edición, ya antigua, necesitaría ser sometida a una revisión crítica rigurosa. A falta de otra edición, hemos recurrido a ella.

R. KNOPF: *Ausgewahlte Martyrerakten*, 3.^a edición, corregida por G. Kruger. Tübingen, 1929. Esta selección es la mejor edición corriente de las actas latinas y griegas más importantes. Remitimos al lector a ella.

(Para las actas de los mártires persas, véase más abajo.)

TRADUCCIONES FRANCESAS

H. LECLERCQ: *Les martyrs*, tomos I, II y III. París, 1902, 1903 y 1904. Es la traducción más completa de las actas de los mártires. Empresa gigantesca, pero falta de cuidado en los detalles.

P. MONCEAUX: *La vraie légende dorée*. París, 1928. Selección de quince pasiones, de las cuales diez son auténticas, recogidas en su mayor parte en África.

P. HANOZIN: *La geste des martyrs*. París, 1935. Excelente versión de las principales actas de los mártires.

LITERATURA GENERAL

P. ALLARD: *Histoire des persecutions*, cinco volúmenes, París, 1903-1908; *Dix leçons sur le martyre*, París, 1910.

H. DELEHAYE: *Les. origines dn cuite des saints*, Bruselas, 1912; *Les passions des martyrs y Les genres littéraires*, Bruselas, 1921; *Les légendes hagiographiqu.es*, Bruselas, 1927; *Sanctus*. Ensayo sobre el culto de los santos en la antigüedad, Bruselas, 1927; los trabajos del sabio Bollandista, a los que nos referimos sin cesar, siguen siendo fundamentales en todo aquello que se refiere a la literatura latina y griega.

NOTA INTRODUCTORIA A LAS ACTAS DE LOS MÁRTIRES PERSAS

La colección de las actas siríacas de los mártires orientales, ya sea o no la obra del único Manila, obispo de Maiquercat, enviado por Roma para reorganizar la Iglesia persa, existe desde el siglo v; por tanto, las actas fueron escritas todavía recientes los acontecimientos que narran y de los que dan constancia.

Las pasiones de los mártires persas han sido editadas por Ev. ASSEMANI: *Acta sanctorum martyrum orientalium*, Roma, 1748, texto siríaco y traducción latina, según dos manuscritos muy antiguos, traídos de Nuestra Señora de Nitria. Estos manuscritos llevan actualmente las signaturas Vat., 160 y 161. La transcripción es, desgraciadamente, de las más imperfectas.

P. BEDJAN publicó una nueva edición, *Acta sanctorum et martyrum*, París y Leipzig, 1891 y sq. Texto a veces diferente del de Assemani; desgraciadamente, la elección de las variantes es arbitraria e insuficiente el aparato crítico. A pesar de todo, todavía no contamos actualmente con una edición satisfactoria para la mayor parte de las actas siríacas.

O. BRAUN tradujo al alemán las principales actas: *Augewahlte Akten persischer Mártyrer*, Kempen-Munich, 1935; hemos recurrido habitualmente a esta edición.

Es posible que Sozoméno haya conocido estas actas y las haya utilizado en su *Histoire ecclésiastique*, 2, 9-14, V. también THEODORET, *Histoire ecclésiastique*, 5, 39, que se sirve de una fuente siríaca; NICÉFORO CALLISTE, *Histoire ecclésiastique*, 8, 36, 37.

Las mejores obras sobre esta literatura siríaca son; G. HOFFMAN: *Ausziige aus syríschen Akten persischer Mártyrer*, Leipzig, 1880; ROBENS DUVAL, *La liuérature syriaque*, París, 1899; J. LABOURT, *Le christianisme dan l'empire perse sous la*

dynastie sassanide (224-632), París, 1904. (Citaremos las dos últimas obras con el simple nombre de su autor.)

Más reciente, A. CHRISTENSEN, *L'Iran sous les sassanid'j*, Copenhague, 1936, sobre todo las páginas 213-310. Obra tendenciosa.

F. DVORNIK, *National Churches and the Church Universal*, Westminster, 1944, págs. 10-15.

En cuanto a las actas siríacas, menos conocidas, remitimos al repertorio de los bollandistas: *Bibliotheca hagiographica orientalis*, que citamos con la siguiente sigla: B. H. O.

El *Propyleum ad Acta sanctorum Decembris*, Bruselas, 1940, que es la obra del célebre bollandista PEETERS, es un comentario crítico del martirologio romano. En él encontraremos una noticia crítica para cada santo citado, así como la apreciación de la literatura que se refiere a él. Hemos tomado de esta obra numerosas indicaciones.

Séanos permitido mostrar nuestro agradecimiento a los padres bollandistas de Bruselas, sobre todo a los padres Hal-kin y Devos, que nos han abierto su biblioteca y tan pacientemente nos ayudaron con sus consejos. Sus autorizadas opiniones nos han permitido hacer la selección definitiva de las actas que pueden ser consideradas como auténticas.

COLECCIONES DE ACTAS Y MARTIROLOGIOS

Los cristianos concedieron la mayor importancia a la narración de los diversos martirios y pusieron empeño en conservar por escrito su relato, así como su recuerdo. El día aniversario de los mártires fue conmemorado solemnemente y se leía el acta de su martirio públicamente. De esta forma, se constituyeron numerosas narraciones de desigual valor, que acabaron siendo reunidas en el siglo x por Simeón Metafrasto el Menólogo, cuyo trabajo, primero Ruinart y los bollandistas más tarde, analizaron desde el punto de vista crítico.

De esta forma se estableció el calendario de las fiestas de los mártires o martirologios. El más antiguo es el calendario liberio, comenzado en 235 y proseguido hasta el Papa Liberio (352-366). El más antiguo martirologio, al decir de Jerónimo, fue compilado en Italia en el siglo v y copiado con numerosas interpolaciones y correcciones en Auxerre en el siglo VI. De esta versión de Auxerre se derivan todos los martirologios

conocidos. El martirologio actual procede de una compilación hecha en el siglo IX en Saint-Germain-des-Prés y corregida en el siglo XVI por Bonius.

1. *Martirio de Policarpo*, ed. KNOPF-KBUGER, 1-7, que entrega el texto crítico de BIHLMAYER, *Die apostolischen Valer*, Tübingen, 1924, 120-132. Este es aparentemente el más antiguo y el más emotivo de los relatos martirológicos de la Iglesia, cuya autenticidad no es puesta en duda. Policarpo murió el 23 de febrero; pero la Iglesia latina lo celebra el 26 de enero. En cuanto a la fecha, que actualmente se considera el año 155, M. GREGOIRE (*Analecta Bollandiana*, 1951, 59, 1-38) propone el año 177.

2. *Martirio de Ptolomeo y Lucio*, ed. KNOPF-KRUCER, 14-15. El texto se encuentra en JUSTINO, *Apología*, 2, 2. Véase H. QUENTIN, *Les martyrologes historiques*, 381, 606-608.

3. *Justino y sus compañeros*, ed. KNOPF-KRUGEK, 15-17, que utiliza el texto de P. FRANCHI DE CAVALIERI, *Note agiografiche (Studi e testi)*, Roma, 1902, 33-36. Séanos permitido expresar aquí nuestra gratitud a este sabio por los consejos que nos prodigó durante nuestro viaje a Roma en 1951.

4. *Actas de Carpió, Papila y Agatonice*, ed. KNOPF-KRUCER, 8-15, que utiliza el texto latino y griego. La fecha de este martirio es discutida. Nosotros seguimos la opinión de Altaner, *Patrologie*, 1950, 184, que lo sitúa bajo Marco Aurelio y no bajo Decio. La narración procede de testigos oculares. Nuevo estudio y presentación de textos por H. DELEHAYE, *Analecta Bollandiana*, 58 (1940), 142-176.

5. *Los mártires de Lyon y de Vienne*, ed. KNOPF-KRUCER, 18-28. La carta de las iglesias de Lyon y de Vienne nos ha sido conservada por Eusebio, *Hist. eccl.*, 5, 1, 1-2. Equivocadamente se ha atribuido esta carta a San Ireneo. Es obra anónima de testigos oculares.

Poseemos dos traducciones antiguas de esta carta: una en latín, hecha hacia 402 por Rufino, bastante mediocre; otra en siríaco, que parece datar del siglo IV.

Para la topografía y el anfiteatro de los mártires, véase P. WUILLEUMIER, *Fuilles de Fourvière á Lyon*, París, 1951, páginas 3-9.

6. *Actas de los mártires escilitanos*, ed. KNOPF-KRUCER, 28-29. Los mártires de Scili (localidad de Numidia todavía no identificada) son los primeros mártires del África cristiana y las actas son la obra más antigua de la literatura cristiana

africana, como también de toda la literatura latina cristiana. Este relato utiliza el proceso verbal del interrogatorio. Sobre las recensiones, véase MONCEAUX, *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*, París, 1901, 1, 61-70, y también DELEHAYE, *Passions*, 59-63, 397-400.

7. *Actas de Apolonio*, ed. KNOPF-KRUGER, 30-35. Hasta el descubrimiento, en 1893, de un texto arameo y, en 1895, del texto griego de estas actas, sólo se poseían los testimonios discordantes de Eusebio, *Hist. eccles.*, 5, 21, y de Jerónimo, *De viris illustribus*, 42. Para el texto griego, encontrado por los bollandistas en la Biblioteca Nacional de París, véase *Analecta Bollandiana*, 14 (1895), 284. También H. DELEHAYE, *Passions*, 125-136. GRIFFE, *Les actes du martyr Apolline et le problème de la base juridique des persécutions*, en *Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, 1952, 65-76.

Los discursos de Apolonio acusan un arreglo y revisión de índole literaria posteriores a la fecha del proceso verbal primitivo.

8. *Pasión de las santas Felicidad y Perpetua*, ed. KNOPF-KRUGER, 35-44. La historia de estas mártires nos ha llegado a través de dos textos, uno griego y el otro latino, este último parece ser el original. Esta narración bastante compleja está hecha según una biografía de Perpetua de una narración de Saturo y del trabajo de un redactor anónimo. La tradición quiere ver en ella la mano de Tertuliano, lo cual es muy dudoso, excepción hecha de lo que se refiere al prólogo y a la conclusión.

El preámbulo, la importancia anormal concedida a las visiones y algunos otros detalles manifiestan la influencia montañista. A pesar de esto, la narración ofrece un interés histórico de primer orden.

En cuanto a las visiones, se puede consultar G. E. EDSMAN, *Le baptême de feu*, Lund, 1940, 42-48, y compararlo con el Pastor de Hermas. MONCEAUX (*Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*, 1, 70-96) hace el estudio crítico de los textos. Véase también C. VAN BEEK, *Passio sanctorum Perpetuas et Felicitatis*, Nimégue, 1936; H. DELEHAYE, *Passions*, 63-72.

9. *Pasión de Potamino y de Basilido*, ed. KNOPF-KRUGER, 44-45. Texto en Eusebio, *Hist. eccles.*, 6, 5.

10. *Martirio de Pionio*, ed. KNOPF-KRUGER, 45-47, que utiliza el texto de O. VON GEBHARDT, *Das Martyrium des heiligen Pionius*, en *Archiv für Slawische Philologie*, 18, 1 y 2 (1896),

156-170, y *Acta martyrum selecta*, 96-114. Es la primera edición del texto griego. Estaraos ante una redacción posterior que utiliza dos procesos verbales de audiencia. Véase DELEHAYE, *Passions*, 28-53.

H. GRECOIRE (*Mémoires de l'Académie Royale de Belgique*, 46 (1951), 157-160) sitúa el martirio de Pionio, como el de Policarpo, en el reinado de Marco Aurelio.

11. *Actas de Acacio*, ed. KNOPF-KRUCER, 57-60. Sólo poseemos la traducción latina de la narración, que originariamente ha debido ser redactada en griego. La autenticidad de estas actas es sospechosa para HARNACK, pero es admitida por KNOPF-KRUCER. Véanse también DELEHAYE, *Orígenes*, 267-271; *Passions*, 344-364, y *Analecta Bollandiana*, 33 (1914), 346-347.

12. *Actas de Máximo*, ed. KNOPF-KRUGER, 60-61. En cuanto al lugar de este martirio, los autores dudan entre Lampsaque y Efeso. El P. PEETERS, en su *Propyleum ad acta sanctorum decembris*, 164, opta por Efeso.

13. *Pasión de Lucio y Marciano*, ed. ROINART, 212-214. En estas actas es necesario distinguir la primera parte (que hemos omitido), y que no es más que una leyenda, y la segunda, que hemos reproducido aquí, que parece estar tomada de una fuente original. Falto de edición crítica, hemos tenido que recurrir a la edición de Ruinart.

14. *Martirio de Apolina*, EUSEBIO, *Hist. eccles.*, 6, 41. Carta dirigida al obispo de Antioquía, conservada por el historiador Eusebio.

Es insegura la fecha de la muerte. Ha sido negado que la mártir muriera bajo Decio.

15. *Actas proconsulares de Cipriano*, ed. KNOPF-KRUCER, 62-64, que utiliza la edición de G. HARTEL (*Corpus de Vienne*, 3, 3, CX-CXIV), y GEBHARDT, *Acta*, 124-128. Estas actas, que son unos de los documentos más célebres y de los mejor conservados de la literatura marlirológica, se componen de tres piezas distintas, unidas por ligeras adiciones: el proceso verbal del interrogatorio del 30 de agosto de 257, el segundo interrogatorio de los días 13 y 14 de septiembre del 258 y, en fin, una corta noticia de un testigo ocular. Sobre este tema, el P. MONCEAUX (*La vraie légende dorée*, 191) observa con notable acierto: «simple proceso verbal lleno de hechos sin una frase, es una pieza oficial casi litúrgica de la Iglesia de Cartago». Cfr. también *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*, II, 179-197, y H. DELEHAYE, *Passions*, 82-104.

La hagiografía posterior confundió estas actas con la leyenda de Cipriano, el mago.

16. *Martirio de Canon*, ed. KNOPF-KRUGER, 64-66. Texto publicado por vez primera por A. PAPANOPOULOS-KERAMEUS, San Petersburgo, 1897. Desgraciadamente, no fue incluido por dora Leclerq en su colección *Les martyrs*.

17. *Martirio de Fructuoso y sus compañeros*, ed. KNOPF-KRÜCKER. Como KRÜGER, seguimos la edición RÜINART, que, a falta de una edición crítica, no permite eliminar las alteraciones del texto primitivo. Este documento es anterior al siglo IV, pues lo encontramos reproducido en un himno de Prudencio, *Sis novem, Perl stephanon*, 6; San Agustín hace alusión a él en dos sermones, 213, 2 y 273, 3.

Esos son los únicos mártires de España cuyos documentos hagiográficos conocemos. Véanse P. FRANCHI DE CAVALIERI, *Note agiografiche*, VIII, 129-199, y J. SERRA-VILLARO, *Fructuos, Augari i Eidogi*, Tarragona, 1936.

18. *Martirio de Mariano y Santiago*, ed. KNOPF-KRÜCKER, 64-74, que cita el texto de FRANCHI DE CAVALIERI, *Passio SS. Mariani et Iacobi*, en *Studi e Testi*, 3, Roma, 1900, 47-73. Obra de un testigo ocular, semiletrado, ingenua y familiar. La importancia concedida a las visiones recuerda las pasiones africanas de Perpetua y Felicidad y de Montanus.

El recuerdo de los mártires anteriores y de la literatura hagiográfica obsesionan el sueño de los cristianos africanos.

Para el estudio detallado de esta pasión, léase P. MONCEAUX, *His.toire littéraire de l'Afrique chrétienne*, II, 153-165.

19. *Martirio de Montano y de Lucio*, ed. KNOPF-KRÜCKER, 74-84, que cita el texto, según FRANCHI DE CAVALIERI, *Gli atti dei SS. Montano, Lucio e compagni*, en *Romische Quarlarschrift*, 8, Supplementheft, Roma, 1898 (texto, 71-86).

Esta pasión se compone de dos partes totalmente distintas: una carta de los confesores apresados y un relato del martirio. Se parece en la forma a las pasiones de Felicidad y Perpetua, lo que acusa una influencia literaria, pero ésta no puede debilitar la veracidad de la narración. Para el estudio crítico de ese documento, véase P. MONCEADX, *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*, II, 165-178.

20. *Martirio de Marino*, ed. KNOPF-KRÜCKER, que cita el texto griego conservado por Eusebio, *Hist. eccles.*, 7, 15.

21. *Martirio de Gouria y de Schamouna*, según la edición crítica de O. VON GEBHARDT, *Die Akten der edessenischen*

Bekenner, Leipzig, 1911, en *Texte und Untersuchungen*, 37, 2-63. No hemos traducido las adiciones al texto primitivo. En cuanto a su valor crítico, véase *Propyleum ad acta sanctorum decembris*, Bruselas, 1940, en donde se observa (págs. 524-25) que la versión armenia se acercaría más al original.

22. *Actas de Maximiliano*, ed. KNOPF-KRUGER, 86-87, que cita el texto de Ruinart, 340-342. Estas actas proceden probablemente de los archivos proconsulares de Cartago. Es un proceso verbal oficial, completados aquí y allí por los recuerdos de un testigo ocular sobre las circunstancias del suplicio y de la sepultura. Para el estudio crítico, léanse P. MONCEAUX, *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*, III, 114-118, y H. DELEHAYE, *Les passians*, 104-110.

23. *Actas de Marcelo*, ed. KNOPF-KRUCER, 89-90, que cita dos textos latinos tomados a H. Delehaye, *Les actes de S. Marcel, le centurion*, *Analecta Bollandiana*, 41 (1923), 257-287. La pasión contiene dos extractos de procesos verbales relatando, uno, el interrogatorio sufrido por León en España; el otro, el juicio realizado en Tánger.

24. *Actas de Julio*, ed. RUINART, 509-570, reeditadas de forma crítica por los bollandistas en *Analecta Bollandiana*, 1891, 50-52; éstos afirman su autenticidad.

25. *Actas de Félix*, ed. KNOPF-KRUCER, 90-91, que cita la edición crítica de H. DELEHAYE, *La passion de S. Félix de Thibiuca*, en *Analecta Bollandiana*, 39 (1921), 268-270. Para el estudio del texto, véanse P. MONCEAUX, *La passio Felicis. Étude critique sur les documents relatifs au martyre de Félix, évêque de Thibiuca*, París, 1905, y H. QUENTIN, *Les martyrologes historiques*, 522-532.

26. *Actas de Claudio, de Asteria y de sus compañeros*, edición KNOPF-KRUCER, 106-109, que cita el texto de Ruinart, 309-311. Nos hace falta una edición crítica. El texto publicado y traducido no ofrece una total garantía. *Propyleum ad Acta*, 355.

Para la redacción de estas actas, véanse FRANCHI DE CAVALLIERI, *Note, agiografiche*, V, 107-118, y *Nuovo Bulotino di Archeologia Cristiana*, X, 17.

27. *Pasión de Procopio*, ed. RUINART, 387. Estas actas forman parte del libro de Eusebio *Sur les martyrs*, I, I, edición SACHWARTZ, 607. Cfr. H. DELEHAYE, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, 1905, 142-167, y *Les légendes grecques des saints militaires*, 75-89, 214-233.

28. *Actas de Saturnino, Dativo y de sus compañeros*, edición RUINART, 414-422. Las actas que poseemos proceden del escribano oficial: «Quien escribe esto estaba presente en la escena y había recogido de los labios del mártir estas palabras emotivas», escribe H. DELEHAYE, *Passions*, 114-116. Véase también P. FRANCHI DE CAVALIERI, *Note agiografiche*, VIII, 3-71.

No hemos traducido la primera parte de estas actas, pues está escrita por una mano donatista.

29. *Martirio de Ágape, Irene y Qidonia*, ed. KNOPF-KRUGER, 95-100, que utiliza el texto de FRANCHI DE CAVALIERI, *Nuove note agiografiche*, I. *Il testo greco originale degli Atti delle SS. Ágape, Irene e Chione (Studi e Testi, 9)*, Roma, 1902, 15-19.

Esta pasión utiliza los procesos verbales entretnejidos por elementos narrativos seguidos de un breve relato cuyo valor es algo más que dudoso. Es el caso concretamente de la muerte de Irene, obligada a tirarse ella misma al fuego. Aparte de estos detalles, los diálogos son tan hermosos como ciertos.

30. *Martirio de Irene de Sirmio*, ed. KNOPF-KRUCER, 103-105, que toma el texto a O. VON GEBHARDT, *Acta martyrum selecta*, 162-165. La redacción de esta pasión denota cierta preocupación oratoria.

31. *Martirio de Folión*, ed. RUINART, 453-436, posterior en un mes apenas al martirio de Irene, en el de Folión pertenece a la misma gira administrativa del gobernador de la provincia de la Panonia inferior.

32. *Martirio de Euplo*, ed. KNOPF-KRUCER, 100-102, que cita el texto griego y latino; el primero según P. FRANCHI DE CAVALIERI, *S. Euplo, note agiografiche, 7 (Studi e Testi, 49)*, Roma, 1928, 47-51; el segundo según RUINART, 437-439.

Proceso verbal retocado por un testigo ocular.

33. *Martirio de Felipe de Heraclea*, ed. RUINART, 440-448. FRANCHI DE CAVALIERI, *Studi e testi, 27*, Roma, 1905, 97-103.

34. *Actas de Crispina*, ed. KNOPF-KRUGER, 109-111, que da el texto establecido por P. FRANCHI DE CAVALIERI, *Nuove note agiografiche, Studi e testi, 9*, Roma, 1902, 21-35.

Para el estudio crítico, véase P. MONCEAUX, *Les actes de Sainte Crispine, martyre de Theveste*, Mélanges Boissier, París, 1903, 387-389; H. DELEHAYE; *Passions*, 110-114.

35. *Pasión de Sereno*, ed. RUINART, 517-518. Cfr. H. DELEHAVE, *Les origines de la cuite des martyrs*, 256-257.

36. *Actas de Fileas y de Filoromo*, ed. KNOPF-KRUCER, 113-116, texto tomado a RDINAKT, 519-521. Sobre el valor de estas actas, véase E. LE BLANT, *Note sur les actes de S. Philéas*, *Nuovo Bulletino di Archeologia Cristiana*, 2 (1896), 27-33, y H. DELEHAYE, *Martyrs d'Egypte*, 115, 170.

37. *Martirio de Apiano y de Edesio*, en EUSEBIO, *Sur les martyrs de Palestine*, 4-5, ed. SCHWARTZ, 912-918, 919-920.

Eusebio de Cesárea compuso dos redacciones de las actas de los mártires palestinos a cuya confesión asistió; una, más corta, está editada en su *Historia eclesiástica*, desde el libro VIII hasta el final; la otra, más extensa, en siríaco. Esta última fue publicada por Cureton, Londres, 1860. Nuestras traducciones de las actas palestinas están tomadas de la obra de EUSEBIO citada en segundo lugar.

38. *Pasión de Quirino*, ed. RUINART, 522-524.

39. *Martirio de Habib*, ed. O. VON GEBHARDT, *Die Akten der Essenischen Bekenner*, Leipzig, 1911, en *Texte und Untersuchungen*, 37, 64-99. Sólo hemos traducido el texto primitivo.

40. *Martirio de Agapio*, en EUSEBIO, *Sur les martyrs de Palestine*, 6; ed. SCHWARTZ, 920-923.

41. *Martirio de Teodosia*, en EUSEBIO, *Sur les martyrs de Palestine*- ed. SCHWARTZ, 922-923.

42. *Testamento de los cuarenta mártires*, ed. KNOPF-KRUCER, 116-119, que cita el texto editado por N. BONWETSCH, *Das Testament der vierzig Martyrer*, *Studien zur Geschichte der Theologie und Kirche*, I, 1, Leipzig, 1897, 75-80. Para su autenticidad, véanse *Analecta Bollandiana*, 17 (1898), 407, y H. DELEHAYE, *Passions*, 215-235.

43. *Martirio de Simeón Bar Sabbae* (es decir, hijo de los teñidores), *Bibliotheca hagiographica orientalis*. 1.117. El texto existe en dos redacciones, conservadas, una por ASSEMANI, I, 10-36; la otra por BEDJAN, II, 131 sig. KMOSKO ha hecho la edición crítica de Jas dos, *Patrología syriaca*, *ibid.*, 715-778 y 779-959. Hemos traducido la primera redacción de la versión de KMOSKO, la más antigua, salvo un extracto del final, que tomamos a la segunda. Véase P. PEETERS, *La date du martyre de Saint Simeón*, en *Analecta Bollandiana*, 56 (1938), 118-143, quien escribe: «En este martirio, el patetismo de los hechos queda ensombrecido por la resonancia de las frases profundas.» Para las actas de Ustazad, véase PEETERS, *Le tré-*

fonds orientale de Phagiographie orientale, Bruselas, 1950, 152-153.

En el año 412 se encuentra el cullo a Simeón, de Barba'schmin y de Sadot, en el martirologio siríaco, en *Acta SS. Novembris*, II, I, LXIV.

44. *Martirio de Pusai* (forma helenizada de Pusaik), BHO., 993, ed. BEDJAN, II, 208-233. El texto se encuentra en ASSEMANI como apéndice a las actas de Simeón. Véase SOZOMENE, *Historia eclesiástica*, 2, 11, que conocía ya una versión griega de estas actas siríacas.

45. *Martirio de Marta*, hija de Pusai, BHO., 698, ed. BEDJAN, II, 233-240. Véase también LABOURT, 67, nota 3.

46. *La gran matanza de Bet-Huzaye*, BHO., 1.149, ed. ASSEMANI, 51-59. Véase también H. DELEHAYE, *Versions grecques des actes des martyrs persans sous Sopor 11*, *Patrologie orientale*, II, 4, que da la versión griega y la latina. Tarbo en griego se llamaba Ferbulé. La historia está visiblemente inspirada en la narración bíblica de la casta Susana. Este episodio de las actas es, por otra parte, bastante inverosímil si admitimos, como el redactor de la pasión de Simeón, hermano de Tarbo, que éste era de edad muy avanzada. Véase LABOURT, 69-70. SOZOMENE habla de ello en su *Hist. ecles.*, 2, 12.

48. *Martirio de Sadot*, BHO., 1.133, ed. ASSEMANI, 88-91. DELEHAYE trae una versión griega bastante extensa, P. O., II, 4. Véase también DUVAL, 136.

49. *Los ciento veinte mártires*, BHO., 718, ed. ASSEMANI, 105-109. Véase LABOURT, 73.

50. *Martirio de Barba'schmin y sus compañeros*, BHO., 135, ed. ASSEMANI, 111-116. Después de la muerte de estos tres obispos, Simeón, Sadot y Barba'schmin (sobrino de Simeón), la sede episcopal de Seleucida permaneció vacía más de veinte años. Véase LABOURT, 73.

51. *Martirio de Tecla*, BHO., 1.157, ed. ASSEMANI, 123-127. MOHÍN confunde a esta virgen con la mártir del mismo nombre, venerada en Provenza. *Eludes, textes et découvertes*, MAREDOÛS, 1913, 14. Véase también *Analecta Bollandiana*, 28, 314, y también la *Synaxaire de Constantinople*, ed. DELEHAYE, 739-742, y PEETERS, en *Analecta Bollandiana*, 43, 274-275.

52. *Martirio de los prisioneros de guerra de Bet-Zabde*, BHO., 375, ed. ASSEMANI, I, 134-139 (incompleto), y BEDJAN, II, 316-324. DELAHAYE, P. O., II, 4, cuenta el martirio de la

virgen la, perteneciente a este grupo (la significa violeta). Véase LABOURT, 78-79, y DÜVAL, 139-140.

53. *Martirio de Aceptimas y de sus compañeros*, BHO., 22, ed. ASSEMANI, 171-203. DELEHAYE, P. O., II, 4, 78-157, da cuatro reseñaciones griegas de estas actas; sólo la primera contiene el prólogo siríaco.

Estos mártires son los últimos de la persecución bajo Sapor II. Cfr. LABOURT, 80-81* y P. PEETERS, *Passionnaire d'Adiabene*, en *Analecta Bollandiana*, 43, 289-298.

54. *Martirio del obispo Abda*, BHO., 6, ed. ASSEMANI, IV, 250-253, que trae un texto incompleto. En TEODORET, *Historia eclesiástica*, 5, 38. LABOURT, 105-196. Véase también P. PEETERS, *Une passion arménienne des SS. Abdas, Hormisdas, Sahin et Benjamín*, en *Analecta Bollandiana*, 28 (1908), 399-415.

55. *Martirio de Narsé*, BHO., 786, ed. BEDJAN, IV, 170-181. Narsé era clérigo o monje. «Esta pasión es una de las mejores piezas hagiográficas que contiene la literatura siríaca», escribe LABOURT, 108-109.

56. *Martirio de Feroz*, BHO., 912, ed. BEDJAN, IV, 253-263. Le sitúa en el reinado de Bahram V, el 5 de septiembre del año 421. Véase LABOURT, 113.

57. *Martirio de Santiago, el notario*, BHO., 421, ed. BEDJAN, IV, 189-200. LABOURT cree que la pasión de Santiago el interino es muy legendaria y que procede de la fusión de las actas de Peroz y de Santiago, el notario, 117, nota.

El P. PEETERS (*Propyleum ad acta, SS.*, 549-550) sugiere que también se podría establecer la hipótesis inversa. La pasión de Santiago, el interino, podría ser la más antigua y proporcionar materiales para las de Peroz y Santiago, el notario. Pero además de la dificultad cronológica, el sabio bollandista, no se explica el silencio de Sócrates, de San Agustín, de Sozomén, de Teodoreto y otros escritores respecto a Santiago, el interino. Este sólo aparece en el martirologio a partir del siglo IX. En el martirologio del Museo Británico, Add., 14, 504, en el 27 de noviembre, *Patrologie orientale*, 10, 48.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
BAJO ANTONINO (138-161):	
1. Policarpo	35
2. Tolomeo y Lucio	47
BAJO MARCO AURELIO (161-18.0):	
3. Justino	50
4. Carpo, Papilo, Agatónica	55
5. Los mártires de Lyon	61
BAJO CÓMODO (180-192):	
6. Los mártires escilitanos.....	78
7. Apolonio....;	81
BAJO SEPTIMIO SEVERO (193-211):	
8. Perpetua y Felicidad..... ,.....	89
Prefacio	89
Arresto en Tuburbo	91
Narración de Perpetua	91
Narración de Saturo	99
Narración del redactor anónimo	101
9. Potamiana y Basildo... ..	108
BAJO DECIO (250-253):	
10. Pionio.....:	111
Narración de Pionio.....	111
El último interroga torio.....	127

11. Acacio	131
12. Máximo	137
13. Luciano y Marciano	140
14. Apolina y algunos otros mártires	144
BAJO VALERIANO (253-260):	
15. Cipriano	151
Proceso del año 257	151
Segundo interrogatorio y condenación en el año 258	152
Noticia sobre el martirio	155
16. Conon	156
17. Fructuoso y sus compañeros	161
18. Mariano y Santiago	167
19. Montano, Lucio y compañeros	182
Narración de un cronista anónimo	189
DURANTE LA PAZ:	
20. Marino	200
BAJO DIOCLECIANO Y MAXIMIANO (284-305):	
21. Gouría y Schmouna	202
22. Maximiliano	214
23. Marcelo	218
Primer proceso verbal	218
Segundo interrogatorio	219
24. Julio	221
25. Félix de Tibiuca	225
26. Claudio, Asterio y compañeros	228
27. Procopio	234
28. Hechos de los santos Saturnino, Dativo y varios más	236
29. Ágape, Irene, Anionia	252
30. Ireneo de Sirmio	259
31. Polión y varios mártires	264
32. Euplo	268
33. Felipe de Heraclea	272
34. Crispina de Tagor	293
35. San Sereno	297

BAJO GALEKIO, MAXIMINO Y LICINIO (305-323):

•

36. Fileas y Filoromo..... ,.....	300
37. Apiano y Edesio..... ,.....	307
38. Quirino, obispo de Escicia.....	314
39. Habib.....	320
40. Agapio.....	328
41. Teodosia..... ,.....	331
42. Testamento de los cuarenta mártires.....	333

BAJO SAPOB II DE PERSIA (309-379):

43. Martirio del bienaventurado Simeón Bar Sabae.....	338
44. Pusai.....	355
45. Marta..... ,.....	373
46. La gran matanza de Bet Houzaye.....	380
47. Tarbo y sus compañeras.....	386
48. Sadot, obispo de Seleueida, y sus ciento veintiocho compañeros.....	390
49. Los ciento veinte mártires.....	393
50. Barba'sehmin, obispo de Seleucida, y sus dieciséis compañeros.....	397
51. Tecla y sus cuatro compañeras.....	402
52. Los prisioneros de guerra de Bet-Zabde...	405
53. Aceptimas, José y Aitala..... ,.....	411

BAJO JEZDGERD I (399-420):

54. Mar Abda, obispo de Hormizd; Ardaschir y sus compañeros.....	434
--	-----

BAJO BAHRAM V (420-438):

55. Narsé.....	438
56. Feroz de Bet Lapat..... ,..... ,.....	447
57. Santiago, e; notario..... ,..... ,.....	453

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS CRÍTICAS..... ,.....	462
---	-----

MAPAS.....	475
------------	-----

NIHIL OBSTAT: DON HERME-
NEGILDO L. GONZALO. MADRID,
4 DE ABRIL DE 1961. IMPRÍMASE:
JOSÉ MARÍA, OBISPO AUXILIAR y VICARIO GENERAL.